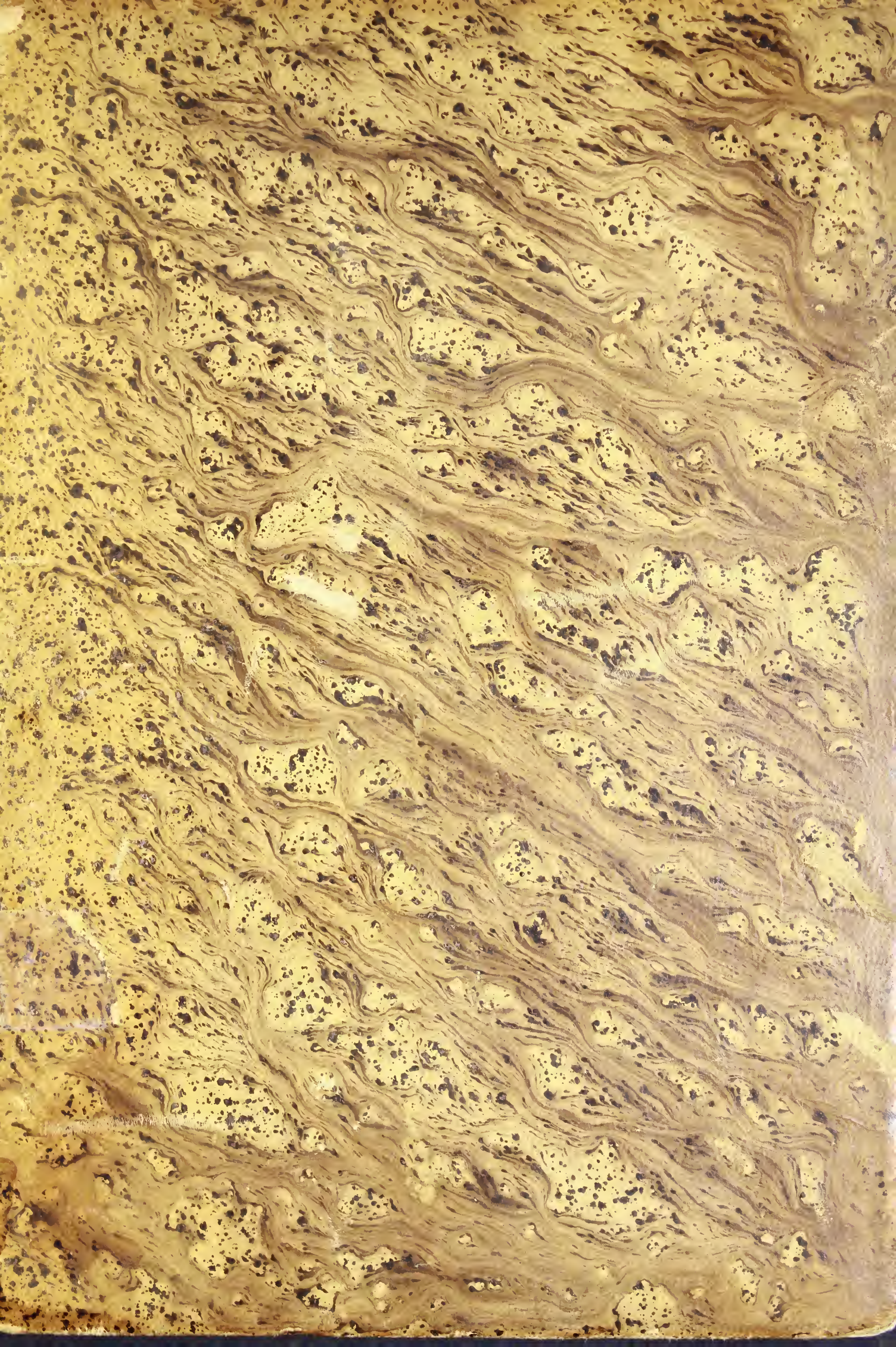
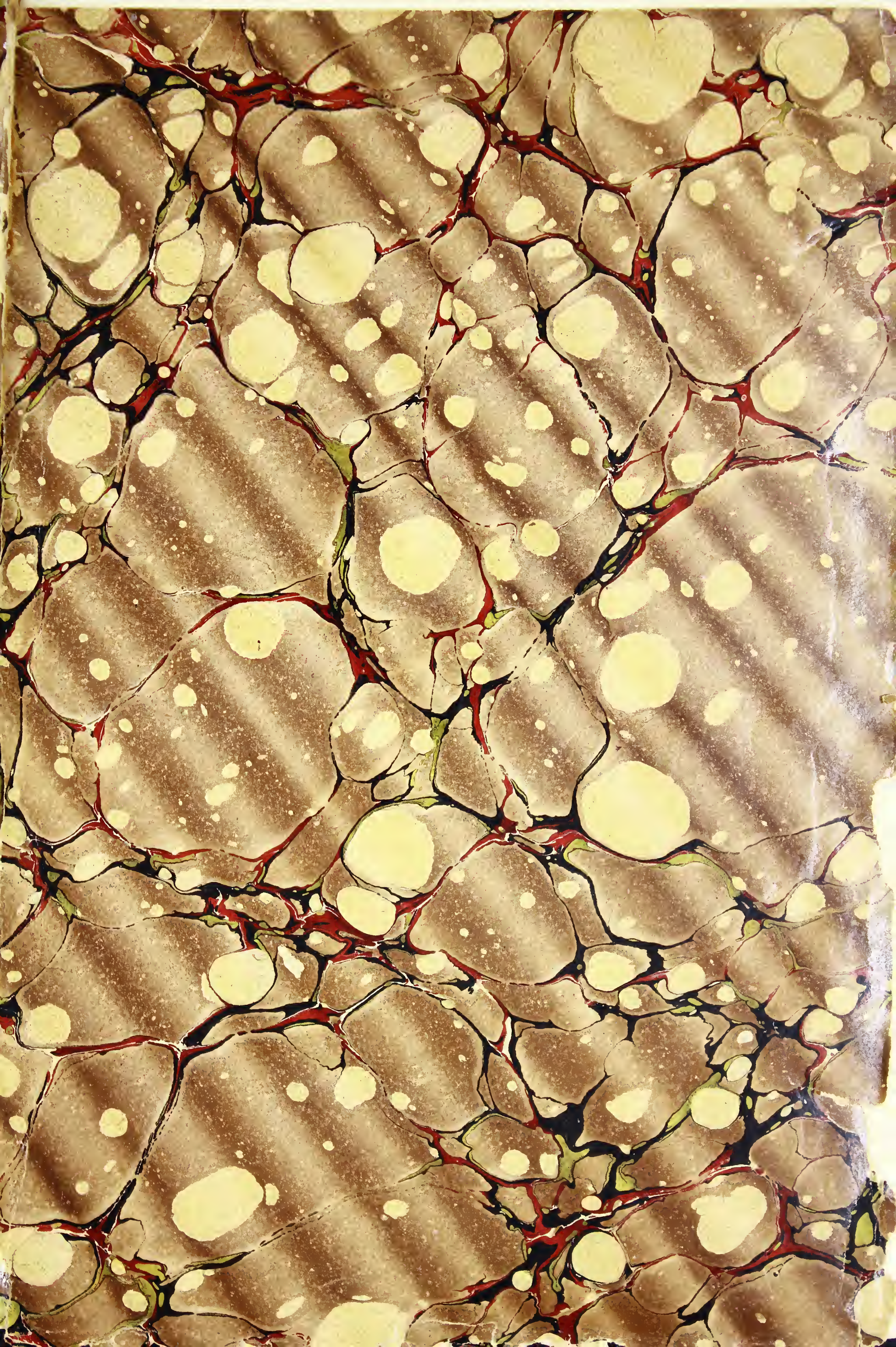




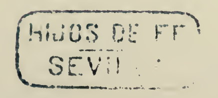



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA

OBRAS DE RODRIGO CARO

II





DIAS GENIALES

Ó LÚDICROS

LIBRO EXPÓSITO

DEDICADO Á DON FADRIQUE ENRRIQUEZ AFAN DE RIVERA, MARQUÉS DE TARIFA,

POR

JUAN CARO

Presbitero, Rector del Colexio de la Sangre de Nuestro Señor Jesu Cristto de su villa de Bornos y su Capellan.

AÑO DE 

1884.



SEVILLA:
Imp. de EL MERCANTIL SEVILLANO,
Olavide 8.

No se imprimen más ejemplares que los correspondientes á los señores Socios.

Liber Homino.

Sit tibi summus honor, sit laus extrema Magistro
Pagina quod renover munere tota tuo.

Idem Lectori.

Textat ab antiquo puerilis tempore lusus:
Magnum de parvis suscipe, Lector, opus.





PÆGNIO DELICIOLO MEO

CAUTIO INSCRIBENDA

Volo et rogo, sit hoc amori datum, nè puellus hic lucitator audaculus domo, cui mando mancipoque in jusus quoquàm temerarius exeat; cum io æqualibus ibi colludere nugari, insanire, ac lubente Domino, jus fas que esto: modestiam etiam in lucibus, qua potis es servato: ad amicum studiosum Apollinem, et Musas amantem, geniove indulgentem exiturus quandoque domu itionem maturam jubetor. Homines tetricos, jejunos, malevolentes, quique se nimium amant caveto cætera ex præscripto domini facito lubens quod si forte lapsanti, gradu palabundus in urenteis cujus quam Zoili oculos impingat, quod Dii, Deæque omnes, avertant. M. Valerii Martialis epigrammate fascinum ut amoliatur, circum ligatus esto.



IN DETRACTOREM

Nasutus sis usque licet; sis denique nasus
Quantum noluerit ferre rogatus Atlas:
Et possis ipsum tu deridere Latinum
Non potes in nugas dicere plura meas
Ipse ego quam dixi: ¿Quia dentem dente juvabit?
Rodere? Carne opus est, sisattur esse velis.
Ne perdas operam: qui se mirantur in illos
Virus habent: nos hæc novimus esse nihil.
Et tamen hoc nimium nihil est, si candidus aure,
Et matutina si mihi fronte venis.



AL LECTOR

De este libro es autor el Dr. Rodrigo Caro, aunque está á nombre de *Juan Caro*, rector del Colegio de la Sangre de N. S. Jesucristo de la villa de Bórnos. Véese de la dedicatoria á D. Fadrique Enriquez de Ribera, marqués de Tarifa, primogénito del Excmo. Sr. D. Fernando Enriquez de Ribera, duque de Alcalá, amigo del autor y de todos los doctos de su tiempo, donde dice: «¡Cosa extraña! ¿Quién dijera que, como hay padres tan crueles y tan olvidados de sí mismos, que exponen sus hijos á riesgos de la muerte y de la incertidumbre de ajena demencia; hubiese tambien ingenios tan inhumanos que, posponiendo el amor propio, desamparen sus propios partos y los expongan á las puertas de la incierta voluntad ajena?» Donde se ve diferente el autor del que hace la dedicatoria.

Tambien lo dice el epígrama latino al principio del libro del P. Jacinto Cárlos Quintero, clérigo menor, que refiere las obras del Dr. Rodrigo Caro, que son: los *Comentarios á Flavio Dextro*, *Los dioses de España*, las *Antigüedades de Sevilla*, y éste.

Confiésalo así el mismo Dr. Rodrigo Caro, en las *Antigüedades de Sevilla*, en el cap. XXXVII, fól. 147, á la vuelta, donde dice: «Hacen memoria de ella los autores griegos y latinos, y yo toqué algunas cosas en el Diálogo VI de mis *Dias Geniales ó Lúdicros*.»

En el libro que el Dr. Rodrigo Caro imprimió en octavo en Osuna, año de 1622, con título de *Santuario de Nuestra Señora de Consolacion y antigüedades de la villa de Utrera*, al fól. 32, dice: «Algunas cosas he observado acerca de esto en el Diálogo IV de los *Juegos de los muchachos*.»

El original de este libro de los *Dias Geniales ó Lúdicros* está en la librería del colegio de San Alberto, del Órden de Nuestra Señora del Cármen, de Sevilla.

D. Nicolás Antonio, en su *Biblioteca Hisp.*, *verbo Rodericus Caro*, dice: «*Propinqui forzan sui nomine ussus est autor in nuncupatione hujus libri qui de Ludis Puerorum docte et accute disserit.*»

A D. Fadrique Enrriquez Afan de Ribera, Marqués de Tarifa;

Juan Caro, su Capellan, salud, vida y felicidad.

¡Cosa extraña! ¿Quién dijera, que como hay padres naturales tan crueles y tan olvidados de sí mismos, que exponen sus hijos al riesgo de la muerte y á la incertidumbre de ajena clemencia; hubiese tambien ingenios tan inhumanos que, posponiendo el amor propio, desamparen sus propios partos y los expongan á las puertas de la incierta voluntad ajena? Mas la opinion imposible acredita la cierta experiencia de este pequeño expósito que V. S. ahora vée en sus manos, y yo le hallé á la puerta de mi aposento arrojado allí de su padre.

El cual no sé si en tal ocasion quiso continuar aquella tan ajustada similitud que los hijos y los libros tienen, llamándose los unos y los otros igualmente en su secreta formacion, conceptos; en los umbrales de la luz, partos; en la educacion y trato, hijos; pensamiento á que parece atendieron los sabios architectos de la lengua latina, juntando la voz *de liberos* y libros con próxima analogía: y porque en todo se parezcan, lleva ahora este expósito el número de similitud que faltaba, pade-

ciendo como los hijos naturales el rigor de expósito: si ya no fué traza de su padre para buscar lo mejor, cautelando posesion de respecto á título de moderacion.

Todos estos pensamientos fluctuaban en mi imaginacion luégo que le hallé, admirando la novedad; si bien nunca pude aprobar la eleccion de quien lo puso á mi puerta, pues si esto suelen hacer los padres naturales con sus hijos, obligados ya de la necesidad y más veces de la vergüenza, buscan siempre casas donde les sóbre el favor ó la esperanza, bienes, aunque cortos, que en la mia pobre no se hallan.

Desengañóme luégo el mismo expósito con la direccion á V. S. que traia escrita en el seno; alegróme la mejoría de la destinacion, aprobando el acierto de su padre, pues con dirigirlo á V. S. le supo buscar en su piedad el mejor nacimiento y en su casa la mejor fortuna. Podrá V. S. permitirle y tenerle entre sus meninos; y por lo que he visto en él no será el menor bachiller de todos, si bien no parece que ha oido gracias en su vida escurriles y de truhanes, porque no las usa, ántes habla al estilo de su aldea, sencillamente; todo su negocio el jugar, pero tal vez como el Aquíles disimulado echa el arco y flechas y se esfuerza á jugar las armas pueriles, corre, salta, lucha, como que se previniese para guerrero, y en el mismo ruido de estos entretenimientos respira antigüedad, aspira á docto y habla de las cosas como si se hubiera hallado en los juegos olímpicos de Grecia ó en los circos y anfiteatros de Roma, y lo que parece imposible en tan poca edad, lo acredita con sus acciones, previniendo en los juegos y ejercicios corporales valor

militar y en la aficion á la antigüedad y leccion de los libros prudencia y sabiduría de Minerva; fines ámbos á que el gran padre de V. S., el Duque mi señor, como sabio Chiron, está muy atento á la generosa educacion de V. S.

Previnieron los que dieron más acertados preceptos á la juventud, como Platon, Plutarco, Séneca, Quintiliano, San Gerónimo y otros varones doctísimos, que la enseñanza en esta tierna edad fuese de manera templada, que los niños aprendiesen jugando y jugasen aprendiendo: «*Nam in primis cavere opportevit, qui amare nondum potest, oderit, et amaritudinem semel preceptam ultra rudes annos reformidet. Lussus hic sit et laudatur et rogetur.*»

Así lo siente Quintiliano; mas ya salgo fuera de mi obligacion, y juzgo, segun la inclinacion y estudios de V. S., que en tan pequeña edad como la de diez años que hoy tiene, ya le puede enseñar erudicion á este expósito. Con que V. S. nos da á entender que nació docto de padre, como ilustrísimo, doctísimo.

Suelen los árboles generosos y plantados en fértil terreno, aunque sean muy antiguos, renovar su juventud con nuevos pimpollos, porque la naturaleza es antigua pero no vieja. Este árbol de real trono, donde el Duque mi señor y V. S. son generosos pimpollos, no puede dejar de producirlos con las mismas cualidades que la generosísima raíz que el señor rey D. Alonso el Sabio, su progenitor por via masculina, tuvo, que aunque fué rey alto y poderoso, fué tan sabio que el mundo lo conoce más por este glorioso renombre, que sus admirables es-

tudios le dieron, que por la posesion ambiciosa del cetro. Luego en su gran casa nada de esto hace novedad, pues lo tienen su excelencia y V. S. de su cosecha propia, nacido en su casa; heredando con la sangre la alteza del ilustrísimo y real linage, las letras adquiridas con vigilantes y perpétuos estudios, la aficion á los estudiosos, con que las mismas Musas se hallan ufanas y desvanecidas.

Descubierto se habia espacioso campo para que tomando osado vuelo mi pluma discurriera en las alabanzas de V. S., sin temor de que este ardimiento me precipitara en el mar de la lisonja, y fuera deuda que yo pagara de muy buena voluntad; mas ahora no trato sino de disculpar al autor de este nuevo criado, cuya eleccion apruebo y le estoy agradecido; pues conoció de mí la propension al servicio de V. S. y me fió la ejecucion de tal ministerio.

Yo le cumplo fielmente, remitiéndolo á V. S. con el pobre aderezo que le hallé; y estoy muy cierto que V. S. lo recibirá con grato afecto por el que muestra tener al servicio de V. S., pues con exponerse á su favor confiesa mayor deuda que al padre que lo engendró.

Guarde Nuestro Señor la persona de V. S. con sus criados y capellanes deseamos.

De su villa de Bórnos, 6 de Agosto de 1626.

Criado y capellan de V S.,

Juan Caro.»

AL LECTOR

No es menester larga prefacion cuando sólo el título dice qué es la cosa, sin ambicion, ni circunlocucion de palabras; ni á mí me toca este oficio, porque yo no soy el padre natural que engendró este mancebito bachiller. Su padre, con exponerlo, declaró su ánimo y poca aficion que le tenía, pues se avergonzó del título de padre y dió el parto de su ingenio en manos de la crueldad, por no recibir los golpes á que se expuso, y quiso diesen todos sobre el miserable expósito.

No sé si en esta prevencion culpo demasiadamente nuestra edad tan inclinada á la maliciosa censura, ó su poca aficion; sea lo que fuere, él anduvo más recatado que pío: mas yo, que por ser el primero á cuyas puertas llegó, me hallo con las obligaciones de padre, te ruego,

benévolo lector, le trates con piadosa misericordia, que muy propio es de los de esta edad errar.

Con todo eso, será bien, para que desde luégo sepas lo que profeso, declarártelo, no sea que te llames á engaño, y pienses que por llamarse *Dias Geniales*, como el libro de Alexandro *ab Alexandro*, contiene cosas de mucha curiosidad ó importancia, pues su dueño te desengañó con añadir *Lúdicros*, que es cosa de burlas y juegos; si bien, hablando verdad, para escribirlos parece que leyó todo cuanto escribieron griegos y latinos. Y aunque parece que para tan gran menudencia fué superfluidad tanta leccion, no lo fué, porque estas cosas muy de camino se advierten, y son mayores los fines que de la leccion de autores graves consigue el que las lee con juiciosa atencion.

Lo que he colegido es, que en el primero y segundo Diálogo trata de los juegos gímnicos, que propiamente pertenecen al ejercicio del cuerpo, para aumentar las fuerzas y la agilidad, lo cual hacian los antiguos para el uso de las armas, previniendo la milicia desde la tierna edad; y este fin solo era él de grande consideracion: por cuya pérdida justamente se lamenta Gerónimo Mercurial, médico doctísimo, diciendo que por haberse dejado estos ejercicios corporales se han perdido las fuerzas, vigor, destreza de las armas y la sanidad de los cuerpos, y en su lugar se han introducido muchas enfer-

medades no conocidas ni vistas jamás de los antiguos. Pero lo diremos mejor por sus mismas palabras: «*Sed quo plures ab hac Arte sumus Milites emanasse, eo magis dolendum nobis est, quibus nescio quo misero fato cum multis aliis optimarum Artium studiis periit: unde sit ut vetus illud militare robur et veram sanitatem per pauci sint hoc tempore qui consequantur: tot que morborum genera quotidie nos infestent, quot ob exercendorum corporum consuetudinæ non expertos esse veteres rationi concetaneum est.*»

El tercero y cuarto Diálogo contienen muchos géneros de juegos de todas edades; porque hay juegos y ejercicios místicos, simpociacos, saturnales, y en especial parece que quiso de propósito juntar los juegos de la primera edad, cosa que ninguno en nuestra edad ha intentado: en esta parte es singular, y sólo en este tiempo, aunque en el pasado de los romanos escribió Suetonio Tranquilo un libro *De Lucibus Puerorum.* Conque si alguno demasiadamente severo le quisiere culpar, está bastantemente disculpado, pues le patrocina en el mismo intento escritor de tan conocido juicio, crédito y gravedad.

Tiene particular cuidado de conformar los juegos antiguos con los que hoy vemos, y dar los nombres modernos á cada uno, diligencia que no hallarás en ningun onomástico; y finalmente, todos estos juegos es-

tán encadenados con la antigüedad, qué sólo esto es suficiente para persuadirse á que nó sólo este tratado será deleitable, por ser festivo y lúdicro, sino que tambien te podrá ser útil, aficionándote á la sagrada antigüedad, sin la cual todas las artes son imperfectas y sin gusto. Vale.

Petri Cari, e Societate Jesu.

EPIGRAMA

Cum venus et felix adsint tibi senio talo
Mome, sile tristis, contineas que canis,
Dum tibi biseno jactatur tessera puncto
Omnia sic merito Ludrica puncta ferunt.
Lusisti gravibus, levibus sic seria misces,
Ut pueros doceas, et doces que senes.

Dècima.

Levántome del tablero,
Y por jugar tan picado,
Que aunque el juego me ha dejado
Como si fuera fullero,
Lisonjearos no quiero;
Caudal quisiera tener
Para jugar y aprender
Juego que enseña á ganar;
Bien pueden todos jugar,
Que el juego no es de perder.

ADVERTENCIA

Imperfectas y vulgares son las copias que de este importante tratado, que RODRIGO CARO *intituló* Dias Geniales, *hemos podido cotejar para hacer la presente edicion. Esta falta es tanto más deplorable, cuanto que citándose en el libro más de treinta autores de difícil consulta, y estando estragadísimamente copiados los numerosos textos latinos que de aquéllos se insertan, no ha sido posible hacer la necesaria confrontacion.*

No obstante, el disgusto que nos causa ese defecto que no nos ha sido posible corregir, queda compensado con la satisfaccion de dar á la estampa, aunque no sea con la correccion apetecible, un libro tan apreciado por los eruditos.

DIÁLOGO I

INTRODUCCION

DEL DIÁLOGO PRIMERO

Son tan raros los dias de contento de que el breve espacio de la vida de los mortales, por muchos caminos trabajada, suele gozar, que si por ventura algunos le suceden, no los pierde de vista la memoria, sin que sean necesarias, valiéndose de la antigua costumbre, piedras blancas que curiosamente los conserven; argumento bastante de su poquedad.

Entre estos pocos y raros dias aquellos con mayor razon son repetidos en los cuales á la materia del gusto asistió la sagrada antigüedad: *Medioque Helicone petitus sermo.* La certidumbre de esta verdad solicita mi memoria á que no la pierda de ciertos dias alegres y geniales, en los cuales algunos caballeros nó ménos amorados de la antigüedad que de su antigua nobleza se hallaron, y yo con ellos, en una heredad nó muy léjos de la antigua ciudad de Bétis, amena por el sitio de naturaleza y agradable por la curiosa disposicion del artificio, haciéndola deseada el cómodo hospedaje y amable

condicion de D. Fernando, su dueño, para ser visitado de D. Diego y D. Pedro, íntimos amigos suyos, á quien la igualdad de la edad, semejanza de estudios y costumbres hacian que el gusto y el corazon fuesen unos mismos.

Convidaba á no perder la ocasion la que el tiempo ofrecia de alegre y templada primavera; quisieron verle sin darle cuenta de su intento, porque su no pensada venida á la heredad de D. Fernando, donde de presente se hallaba, diese más admiracion al gusto y ménos cuidado á la prevencion; los caballos en el verde hacian notable falta; parecióles la supliria un coche muy antiguo y un cochero nuevo llamado Melchor, arbitrio que dió causa á mucho cansancio, pero mayor risa, por el discurso del viaje, que se remató con la llegada á la heredad de D. Fernando, por cuyas puertas como entrase dijo D. Pedro: ¡Bendito sea Dios, que nos ha dejado llegar acá! Mil veces he venido á esta heredad, y ninguna me ha parecido tan largo el camino.

D. Diego. ¡Válgame Dios, qué terrible cosa es caminar por arenales y á pié!

D. Fern. ¿Es posible? ¿Qué es esto, á estas horas, y á pié, y sin avisarme?

D. Diego. Guarde Dios á V. m., Sr. D. Fernando, y lo libre de horas menguadas.

D. Fern. En muy buenas sean V. ms. venidos; que no habiéndoles sucedido desgracia alguna, para mí no serán muy menguadas, sino colmadas de gusto y alegría.

D. Ped. Hános sucedido una cosa.

D. Fern. ¿Qué, por vida mia? ¿Ha habido algun desman?

D. Diego. No lo podrá V. m. adivinar aunque más Edipo sea.

D. Fern. Yo Dacio soy: mas pues V. ms. vienen tan risueños, no me parece que será menester temer algun ejemplo trágico, pues el suceso ha tenido fin tan alegre.

D. Diego. Búsquelo V. m. entre las *Milesias* de Lucio Apuleyo. Pero mal he dicho, que no pienso se hallan argonautas de á pié ni españoles hipocentauros.

D. Fern. Pues ¿qué Medea vienen á robar V. ms., ó qué navío traen que mida las inciertas carreras del agua, ó qué Deyanira pensaban hallar, para cuyo agrado se vistieron de formas irracionales? Mas ya nos dejó desengañados Lucrecio: *Ne forte ex homine, et veterino sanguine equorum, centauros fieri concredas posse, nec esse.*

Melch. Ya yo veo las orejas al lobo. Ello ha de haber latines en juntándose V. ms.; pero ¡por Dios! que tengo de hablar yo en romance, y decir el suceso del coche, si V. ms. no lo dicen.

D. Diego. ¿Qué les parece á V. ms. la desvergüenza de mi criado?

Melch. Esa, señor mi amo, tengo yo de mi labranza y crianza.

D. Fern. Privilegio es ese que os hace libre y exento en estos reinos, aunque no seais pariente de Antonia García; mas cuando no la tengais, el Sr. D. Diego me hará á mí merced que por honra de tan gran fiesta os dé licencia de que digais lo que quisiéreis.

D. Diego. Señor: este Melchorillo tiene muy poco de gracioso y mucho de maldiciente, y así temo que ha de usar mal de la merced que V. m. le hace; mas por hoy hable todo lo que se le viniere á la boca.

Melch. No puedo yo hacer eso cómodamente si no viene primero la bota.

D. Fern. Habeis hablado, Melchor, á muy buen tiempo, que áun estos señores, segun el cansancio que traen, tienen necesidad de algun refresco. En el ínterin que el casero adereza la comida, toquen V. ms. de una caja que aquí tengo, y áun el vino pienso que no es malo.

D. Diego. No hay cosa mala en esta heredad.

§. II.

D. Fern. No me olvido de lo primero que pregunté á V. ms. ¿Cómo ¡por vida mia! vienen á pié y tan abochornados?

Melch. Si V. m. lo olvidara lo habia yo de acordar.

D. Diego. Éste gusta de nuestro mal, como al fin criado.

D. Fern. Eso me da más que pensar; ¿pues ha acaecido alguna desgracia?

D. Diego. Nó señor. ¿No echa V. m. de ver en la risa del Sr. D. Pedro que no hay cosa de cuidado?

D. Fern. No suspenda V. m. tanto mi deseo.

D. Diego. Mi señor: digo que como nuestro lugar anda tan revuelto con esas competencias de.....

Melch. Perdone V. m. que le atajo: su honra vaya adelante: advierta que soy el fiscal deste pleito, y que no haciendo la relacion muy á la letra, tengo de hacer mi oficio.

D. Diego. Cuente V. m., Sr. D. Pedro, este suceso, que no puedo sufrir la soltura de éste.

D. Ped. Digo, mi señor, que sabiendo sus amigos de V. m. que se hallaba en esta su heredad, que es la secretaría de nuestros gustos, y deseando tenerlos en ella en compañía de V. m., determinamos el Sr. D. Diego y yo venir ayer tarde; pero no hallando á propósito los caballos, que están en verde, al Sr. D. Diego se le acordó de aquel coche que fué del Sr. D. Fernando, su tio.

D. Diego. Añada V. m. que mi tio lo heredó de mi bisabuelo.

D. Fern. Poco á poco lo subirán V. ms. á posesion de Lain Calvo, ó si se enojan de Erithonio.

D. Ped. No hay testigos que puedan deponer de su edad, y así deja libre latitud al discurso de su inmemorialidad, y á mi ver parece copiado de otro coche que, holgándose Séneca, nuestro andaluz, escribe á Lucilio.

D. Diego. Áun ese llevaba, si no me acuerdo mal de esa *Epístola*, dos mulas; mas este nuestro sólo lo tiraba un rocin, y todo es tal que tengo vergüenza de decir que es mio.

D. Ped. Éste, pues, tal y cual estaba en su cochera, tan retirado de la humana conversacion, que la

suya era sola con las polillas y telarañas, de que sacándole á la luz le quitamos sin cuento, pusímoslo corriente con jabon, reparáronse las quiebras más urgentes, y uniendo en medio de sus dos pértigos el dicho rocin (que esta es la hechura de esta máquina), ordenamos de cochero á Melchor, que ha sido el Típhis y Automedon de este viaje. Dispuestos, pues, ya todos, y el coche vergas en alto, queriendo hacerlo á la vela, me pareció que el cariño de Plauto nos decia: *¿Sani nè estis, qui pedes in hunc curriculum conjicistis?*

Comenzamos á caminar arrebatando los ojos de todos los que por las calles encontrábamos, que risueños miraban la novedad de aquella vejez, pareciéndoles gran fiesta la que era digna de aquel secular espectáculo.

Ya estábamos fuera del lugar, cuando la mohosa clavazon comenzó á manifestar su enfermedad de suerte que nos fué forzoso parar y reparar lo que se pudo cómodamente. En este conflicto prometí á la Vírgen de las Veredas una tabla de aquellas por sagrado anathema, si me sacaba libre de afrenta de esta jornada: con esto la proseguimos, y no habíamos caminado un cuarto de legua cuando volvió el coche á gemir, rechinando sus carcomidas costillas, cosa que aumentó nuestro temor y solicitó mucha risa. El áuriga Melchor, nuevo en el oficio, no hacía caso del peligro, como lo llevaba á las espaldas; y así, sacudiendo el azote, se gallardeaba. En esto, una de las ruedas se comenzó á desencuadernar, y saltando un rayo de ella como si fuera despedido por Júpiter desde la esfera, nos dejó á todos espantados, y el coche se paró no pudiendo más rodar. Salimos todos

al punto, y haciéndonos Dédalos y Archímedes suplimos con el artificio la falta de instrumentos y materiales, y lo volvimos á poner más corriente; pero no osando hacer peso, nos hemos venido tras él á pié.

Hic mea me longo successit prora remulco
Lactantem, gratis sistit in hospitiis.

MELCH. Lo que V. m. ha dicho en latin yo no lo entiendo; pero pienso que dirá ahí V. m. cómo junto con mi señor se uncieron por cuartas para sacarlo de aquel arenal, y todos tres, rocin y consortes, lo han traido á horro hasta su portillo de V. m.

D. FERN. Paréceme que á Melchor se le han ido rocin y manzanas, como dicen.

D. DIEGO. ¿No he dicho yo á V. m. la licenciosa lengua de este demonio?

D. PED. ¡Ojalá y mintiera mucho!

DIÁLOGO I

D. Diego. Muy mejorada hallo esta casería, señor D. Fernando, que me parece ha acrecentado V. m. este cuarto con su jardin.

D. Fern. Sí señor; y deseo recogerme de manera que temo no se me malogre este buen deseo como otros.

D. Ped. Por cierto está muy para codiciar la vivienda de este campo, y exclamar con el Lírico cuando V. m. se ausenta de él por mucho tiempo:

O Rus, quando ego te adspiciam? quando que licebit,
Nunc veterum libris, nunc somno, et inertibus horis
Ducere solicitæ jucunda oblivia vitæ.

Pues aquí se da V. m. al ocio literario, dejando el mundo para quien es: mas por nuestros pasos contados nos hallamos ya en una cosa que yo veo allí cerca de aquella gruta, muy gustosa para mí.

D. Fern. Yo apostaré que es aquella piedra es-

crita, que me trajeron de nó léjos de aquí el otro dia.

D. Ped. No veo aquí otra cosa que más pueda llevar los ojos: mucho es que no esté injuriada del tiempo: ¡qué lindo mármol y qué elegantes letras! Léale V. m., Sr. D. Fernando, que aunque yo soy aficionado á la antigüedad, no alcanzo tanto que la entienda como quisiera, y estas letras singulares que se hallan en tales inscripciones no son fáciles de entender.

D. Fern. Razon tiene V. m.; mas la presente no tiene más que las muy ordinarias. Dice, pues, así:

D. M. S.

C. APULEIO NIMPHIDIO C. F.
C. N. DIOCLI OPTIME M. ADOLES-
CENTI QVI SACRIS CERTAMINIBVS PO-
PVLO ADCLAMANTE, VICTOR, EODEM
MOERENTE FATO VICTVS EST.
C. APVLEIVS ET. NIMPHIDIA PAREN-
TES INFELICIIS. PERPETVIS TENEBRIS,
ET QVOTIDIANA VLVLATIONE DAMNATI.
MOESTITER.
F. C.

VALE ANIMA. VALE SOLATIVM
V. A XIX. M. VIII. D. LI. H. SC. N.
S. T. T. L.

D. Diego. Aunque no parece que está dificultosa de entender para quien sabe un poco de latin, con todo eso, declárela V. m.

D. Fern. De esta manera la entiendo yo:

«Memoria consagrada á los dioses manes ó de los defuntos. Á Cayo Apuleyo Nimphidio, hijo de Cayo y

nieto de Cayo, por sobrenombre Diocles, mancebo que lo tenía muy bien merecido, que en los certámenes ó juegos sagrados fué vencedor con aclamacion del pueblo, y con mucho sentimiento del mismo pueblo fué vencido del hado. Cayo Apuleyo y Nimphidia, sus muy desdichados padres, condenados á perpétuas tinieblas y llanto de cada dia con mucha tristeza, cuidaron que esta memoria se hiciese. ¡Adios, alma mia! ¡Adios, contento! Vivió diez y nueve años, ocho meses y cincuenta y un dias; las horas nadie las sabe. Séate la tierra liviana.»

D. Ped. Por cierto, buen testimonio es de la elegancia de aquellos tiempos, y mayor de la piedad y afecto de los padres de este malogrado mancebo, cuyas lágrimas hicieron perpétua señal en esta dura piedra, de donde se trasladan en quien quiera que las leyere, pena de exceder su dureza.

D. Diego. Todos entramos á la parte en la ternura de tan justo sentimiento; y supuesto que esta inscripcion se halló nó muy léjos de aquí, deseo saber quién fueron esas personas de quien ahí se hace mencion, y si fueron de nuestro lugar.

D. Fern. No es fácil lo que V. m. pregunta, ni todas veces se le podrá responder á V. m., porque las piedras sepulcrales se ponian indistintamente, como ahora, á los varones señalados y á cualquiera plebeyo, y áun á los libertos y esclavos, y así no hay obligacion de satisfacer á los deseos de los que leen; pero porque el mio de dar gusto á V. ms. facilita lo imposible, diré lo que congeturo de esta piedra. Dícese en ella que este mancebo Cayo Apuleyo Diocles es hijo de Cayo y nieto de Cayo, que es lo mismo que decir que tuvieron su

mismo nombre su padre y su abuelo; por lo cual vengo á entender que éste fué nieto de Cayo Apuleyo Diocles, español, natural de Lusitania, capitan de la faccion de los agitadores ó áurigas de Roma que se llamó Rosada por la librea de que se vestia. Para esta mi congetura tengo una hermosísima y elegante inscripcion, que hoy se halla en Roma en el campo Marcio, y la trae Panvinio *De Lud. Circens.*, lib. X. Pondré el principio de ella, que prueba el intento.

C. APVLEIVS. DIOCLES. AGITATOR.
FACTIONIS, RVSATAE. HISPANVS.
LVSITANVS. ANN. XXXXII. M. VII.
D. XXIV. AGITAVIT IN FACTIONE ALB.
ALCIBIO. AVIOLA, ET CORELIO.
PANSA COSS.

Hace en esta inscripcion memoria de tantas victorias que tuvo en el circo, que es cosa maravillosa y de mucha ponderacion. Vean V. ms. este autor, si gustaren, en el lugar citado. Tambien hay memoria de él en esta inscripcion que sus hijos pusieron en la ciudad de Preneste, en Italia, á la Fortuna Primigenia. Tráelo Jano Grutero en las *Inscripciones del Orbe*, pág. 76.

Mas lo que más gusto me ha dado es hallar mencion de esta famosísima áuriga en los *Fragmentos* de Flavio Dextro, en el año del nacimiento de N. S. J. de 120, por estas palabras: «*Diocles agitator lusitanus ex oppido Laconimurgi, propè Caparam mirabilum agitationum opinione floret.*» En esta memoria, nó sólo dice que era español y lusitano Cayo Apuleyo Diocles, sino

que era de un lugar junto á Caparra (donde hoy no hay más que unas ventas con este nombre, que conservan sus ruinas, llamado Laconimurgi); con cuya autoridad, nó sólo averiguamos quién fué el abuelo de este mancebito, sino el mismo libro ó *Fragmentos* quedan bastantemente defendidos con la autoridad y verdad de estas memorias que en las piedras hallamos conservadas, pues en ellas no puede haber ficcion.

Á lo último que pregunta V. m., ¿si era natural de nuestro lugar?, no puedo responder con certidumbre; ántes parece que siendo de la Lusitania sus mayores lo sería tambien su descendiente, aunque por algun caso particular muriese en el Andalucía, si bien pudo ser munícipe ó vecino de nuestro lugar. Finalmente, nada cierto respondo en este artículo.

D. Ped. Á mí me queda otra duda, y no se ha de enfadar V. m. de que le preguntemos, porque soy muy amante de la sagrada antigüedad, aunque no entiendo de ella mucho; y así, quisiera saber qué juegos y certámenes sagrados eran esos de que en la piedra se hace memoria, y que tan gran cosa eran para encomendar á la posteridad en la alabanza de este defunto.

D. Fern. Da principio V. m. con tan breve pregunta á una muy larga materia; y así, para lo poco ó mucho que se hubiere de tratar, estaremos mejor sentados á la sombra de aquellos naranjos, que con el suave olor del azahar y alegre vista de sus verdes y copadas ramas nos darán cómodo hospedaje.

D. Diego. Es muy á nuestro propósito; y pues en todo quiere V. m. gratificarnos, y ya nos hallamos

en esta amena y sombría estancia, resta que V. m., prosiguiendo lo comenzado, nos diga lo que siente de los certámenes en que este mancebo se halló vencedor.

D. FERN. Más claridad quisiera yo hallar en esta inscripcion, por la cual sólo se dice que fué Cayo Apuleyo Diocles vencedor en los certámenes sagrados, y no dice si fué en Grecia ó Roma, ó si acaso fué en alguna ciudad de España, que á imitacion de aquellas repúblicas tuvieron tambien sus certámenes; y así, se ven hoy dia las ruinas de circos y anfiteatros en Cádiz, Sevilla la Vieja y Mérida, y los doctos de Sevilla afirman que tambien allí lo hubo, y no es poca probanza los actos del martirio de Santa Justa y Rufina, patronas y mártires de aquella ciudad.

D. DIEGO. Yo oí decir de un hombre docto y curioso que las columnas de Hércules que están en la Alameda eran ornamentos del circo.

D. PED. Otro oí yo decir que eran del templo de Hércules, que estuvo donde ahora la parroquia de San Nicolás, donde debajo de tierra se descubren bóvedas y cuevas que discurren por várias partes de la ciudad, teniendo por bobería lo que el vulgo y su historiador Morgado dicen, que aquellas cuevas pasan á Itálica ó Sevilla la Vieja por debajo del rio.

D. FERN. Tengo por ridícula esa opinion, y por más cierto que aquellas columnas fuesen del pórtico de algun templo que allí hubo, como se ven hoy dia en Roma, en Santa María de Rotunda, que fué el templo de Pantheon que edificó M. Agripa, hijo de Lucio, como parece de la inscripcion que allí se vée.

Mas volviendo á lo que V. ms. preguntan, digo que en aquellas dos grandes y sábias repúblicas, griega y latina, fueron los juegos estimados en mucho; y así, ser vencedor en ellos era mucho honor, nó sólo para la persona que vencia, sino para todo su linaje y patria, de tal manera que le componian himnos, levantaban estatuas y escribian sus nombres para eterna memoria de su virtud. Ciceron dice que entre los griegos era tanto honor vencer en estos certámenes como era triunfar en Roma; véase en la oracion *Pro Q. Flacco*. Y así, ni lo que en esta piedra se escribe es extraordinario, ni cosa tan poca ser vencedor que no mereciese honrada memoria.

D. Ped. Más me pica V. m. y me provoca que me satisface, como el que está sediento, que mostrarle el agua, ó darle poca, incita más la sed que le apaga. Quiero saber qué cosa eran esos certámenes ó juegos sagrados, y qué estimacion tuvieron en aquellas dos repúblicas, y pienso que el Sr. D. Diego está con el mismo deseo.

D. Diego. No hay para mí cosa más agradable que saber algo de la antigüedad.

D. Fern. Algo podrá ser que acierte yo á decir, que todo es imposible por ser materia muy difusa y tratada de autores muy antiguos y modernos en muchos volúmenes; y comenzando por la palabra *certámenes* y *juegos*, digo que vienen á ser lo mismo que en la lengua latina *certamina seu ludi*, en plural, porque ámbos significan espectáculos, fiestas públicas, justas, entretenimientos sagrados ó profanos: pero por la mayor parte

se dedicaban en honor de los dioses, con que conseguian muchos fines de gran consideracion, porque juntamente les parecia que agradaban y aplacaban la deidad, y la reconciliaban á su amistad por este camino, y daban autoridad divina á la misma accion, para que de todos fuese estimada y tenida en sumo respeto y veneracion; alegraban juntamente el pueblo, y los príncipes y magistrados autores de los tales juegos contenian en oficio y devocion al pueblo.

No era fin de menor consideracion que los dichos ejercitar las fuerzas corporales y agilitarse para la guerra y dar á los fuertes vencedores honrosos premios, incitamentos y estímulos de la virtud. Tales como éstos fueron aquellos certámenes ó juegos de la antigua Grecia llamados olympios, pithios, isthmios y neméos.

D. Diego. Muchas veces encontramos por las historias y autores esos certámenes; mas hasta ahora no sé qué sean en particular.

D. Fern. Los certámenes ó juegos olímpicos se llamaron así porque se celebraban en honra de Júpiter Olímpico cada cinco años, cerca de una ciudad del Peloponeso llamada Elide. Al que en ellos vencia se le daba corona de oleastro ó acebuche, y fueron tan estimadas y celebradas estas fiestas, que desa invencion se tomó la primera cuenta de los años de Grecia, contando por olimpiadas, y comenzaron, segun los cronólogos, año del mundo de 4400. En estos primeros juegos venció Hércules, y fué coronado el primero.

Los certámenes phíticos se celebraban en honra de Apolo, porque venció la serpiente Phyton, de donde

tomaron el nombre: el que era vencedor en ellos era coronado con laurel, pendiente de la corona manzanas.

D. Ped. Ahí tengo yo una dificultad que oponer.

D. Fern. Dígala V. m.

D. Ped. ¿Cómo dice Ovidio en el lib. X de los *Metamorphoseos* claramente que esa corona era del árbol llamado esculo, que entiendo es un género de encina? Sus versos son éstos, si no me acuerdo mal:

Ne ve operis famam posset delere vetustas.
Instituit sacros celerè certamine Ludos
Phytia perdomitæ serpentis nomine dictos.
Hic juvenum quicumque manu pedibus-ve, rota-ve
Vicerat esculæ capievat frondis honorem.

D. Fern. Están muy bien dificultados, y respondo que en este lugar el poeta trataba de la ninfa Daphne, que áun no se habia convertido en laurel; y para acreditar la fábula, dice poco adelante de aquellos versos:

Nondum laurus erat, longoque decentia crine
Tempora cingebat, de qualibet arbore Apollo.

Y así, no habló de propia sentencia, conforme á la verdad histórica que vamos tratando, sino como á él le estuvo más á propósito.

D. Diego. Diga V. m. los demás certámenes que propuso, que en ese punto el Sr. D. Pedro y yo estamos satisfechos.

D. Fern. Las fiestas isthmias se llamaban así de la voz *isthmo*, que es tierra angosta que está entre dos mares, y no es isla porque la isla la ha de cercar el mar por todas partes para serlo, mas el isthmo puédese en-

trar por tierra, y hacerse tan angosta en él que se comunican dos mares, como en el Peloponeso, que hoy se llama Morea. Por eso Horacio llama á Corintho *bimaris*, porque desde la ciudad se comunican dos mares. Allí se celebraban estas fiestas en honra de un dios marino, llamado de los griegos Palemon y de los latinos Portumno, deidad que conducia á salvamento los navegantes. En esta fiesta el vencedor era coronado de pino.

En las fiestas neméas se coronaban los vencedores con apio; celebráronse en honra de Archemoro, hijo de Licurgo. De estos cuatro certámenes hay un antiguo *Epigrama* de Archia poeta, cuyas palabras, vueltas en latin, referiré á V. ms., porque no pienso que estarán tan prontos en la lengua griega que fácilmente la entiendan.

D. Diego. Y áun si V. m. volviese en romance las autoridades que trajere gustaré yo mucho de ello; y le confieso ingénuamente, que aunque gusto muchísimo de la lengua latina y tiene para conmigo soberana autoridad, con todo eso la lengua que nos enseñaron nuestras madres no sé qué tiene de mayor gusto y facilidad para penetrar nuestro ánimo y entender la sentencia del que habla.

D. Ped. Yo tengo el mismo sentimiento y deseo que el Sr. D. Diego; y por si acaso alguno de los circunstantes gustare de la plática, no sabiendo la lengua latina, seràle de mucho alivio oir la castellana.

D. Fern. Yo deseo mucho acertar á dar todo gusto y agrado á V. ms., y así les suplico me adviertan de

todo lo que quisieren, que nó sólo volveré en romance las autoridades que trajere, siendo necesario, pero tal vez me esforzaré á volver los versos en verso, para que no se pierda del todo la hermosura de la poesía.

D. Diego. Yá es eso caérsenos la sopa en la miel.

D. Fern. Comencemos, pues, por el *Epigrama* de Archia, que en latin suena así:

Quatuor Argibis certamina sacra fercitur
Bina hominum natis; Binaque cœlitibus
Phœbo, ipsique Jovi, Archemoro parvo, Melicertæ:
Poma, àleastra, apium, præmia pinus erant.

Y así lo entiendo en nuestra lengua castellana:

Cuatro son los certámenes sagrados
Que los griegos tuvieron; de los cuales
Dos fueron á los dioses dedicados
Y otros dos á los hombres celestiales.
Á Júpiter y Apolo consagrados,
Melicerta y Archémoro mortales:
Corona son del vencedor divino
El laurel y oleastre, el apio y pino.

§. I.

Del pentathlo ó quinquercio y del correr.

D. Diego. Ha dicho V. m. de estas fiestas en comun, y no ha dicho V. m. en qué consistian, ni qué ejercicios eran la materia de esos certámenes ó juegos sagrados.

D. Fern. No se puede decir todo junto; despacio

estamos, y ya que V. ms. me hacen tan gran merced honrando esta heredad con su presencia, les quiero detener en ella algunos dias, que dándolos á las musas y al genio, serán los mejores que yo tendré en mi vida.

D. Ped. La mayor parte nos cabe á nosotros de esa merced, y como tan favorecidos sería ingratitud no obedecer á V. m. y gozar de tan buena ocasion.

D. Fern. Pues no es justo la perdamos, para lo que el Sr. D. Diego pregunta digo que los juegos que en aquellas fiestas se hacian eran cinco: correr, saltar, luchar y apuñarse; y aunque es así que en este número hubo diferentes opiniones, porque unos dicen que son tres los juegos que llamaban gímnicos, en cuya opinion estuvieron Platon, Ciceron y Julio Pólux, la comun opinion es que eran cinco, como está dicho, como lo dice la etimología de la voz griega y latina, llamándoles los unos Πενταθλον, y los otros *quinquertium*. Sexto Pompeyo Festo en los *Fragmentos: «Quinquertium vocabant antiqui, quem Greci* Πενταθλον, *ut indicat versus hic: Omnis à equalis vincebat quinquertio.»* La misma opinion siguen Paulo Jurisconsulto, en la L. II, *Dig. de aleæ usu;* San Isidoro, lib. XVIII, *Orig.;* Hermolao, sobre el cap. VIII, lib. XXXIV; Plinio, Otoman, Onufrio, Panvinio, y Gerónimo Mercurial en su *Gimnástica*. Plutarco, reduciendo este número de juegos á cinco, dice que no pueden ser más ni ménos, como ni tan poco las letras vocales. Véase en el *Simpociaco*. Diremos por su mismo órden de cada uno en particular, y primero del correr: y porque estos ejercicios ahora no los usan sino muchachos ó mancebos, siempre

me iré acomodando en los ejemplos que trajere á los que hallo de esta edad, porque mi intento es decir algo, y nó todo lo que de cada cosa habia que decir. Es, pues, el correr ligereza y agilidad veloz de los piés, como lo define San Isidoro; es provechoso para aumentar las fuerzas, y para los soldados necesario en las batallas, así acometiendo y siguiendo al enemigo vencido como para retirarse y escaparse.

No hubo antiguamente lugar señalado en los gimnasios para el curso, porque donde quiera corrian, pero especialmente se señalaba un estadío, el cual contenia doscientos cincuenta pasos, y esta era la medida de una carrera de ida y vuelta. De aquí tomó el ejemplo San Pablo: «*Nam hi qui in stadio currunt ab omnibus se abstinent,*» etc. Para conservar las fuerzas naturales y correr velozmente se abstenian de mujeres, vino y demasiada comida. Horacio:

Quis cupit optatam cursu contingere metam
Multa tulit, fecitque puer sudavit et alcit,
Abstinuit venere et vino....

El que en su veloz carrera
Quiere tocar la meta deseada,
Mucho ha de trabajar en su primera
Edad, sufrir calor y escarcha helada;
Que aquel de premio es dino
Que se abstiene de Vénus y de vino.

Las leyes que guardaban eran las siguientes: corrian de arriba hácia abajo, esto es desde Oriente á Poniente, de la manera que el Sol comienza y acaba su curso; desnudos, en calzones, derechos, sin torcer á

una parte ni á otra, con mucha velocidad, sin pararse, habian de llegar al puesto que les tenian señalado, y al que primero llegaba le daban corona de vencedor y el premio que estaba señalado en el certámen, y solia haber primero y segundo como acá en las fiestas literarias, ó cuando corren la seda. Tenía esto sus moralidades y significaciones muy discretas.

D. Diego. Díganoslas V. m.

D. Fern. Corrian de arriba hácia abajo, significando que todo lo que nació ha de morir, como apetito forzoso que las cosas vienen á su centro, que por eso comenzaban de la parte de Oriente y acababan en el Occidente, conforme á aquella sentencia:

Vergit ad Ocasum quidquid pervenit ab Ortu.

Pasa volando al Ocaso velozmente
Lo que partió del Oriente.

Corrian desnudos, porque conviene desnudarse de los afectos todos para pasar la carrera de esta vida, porque todos ellos no son otra cosa que impedimentos que desacomodan nuestro vivir bien.

Tambien corrian desnudos para dar á entender que los que nacemos desnudos de la misma manera llegaremos á la sepultura, pensamiento que primero sintió el santo Job.

Iban derechos, sin torcer á una ni otra parte, por la poca diferencia que hay de la vida á la muerte.

Era necesario llegar al puesto, porque nada puede retardar la muerte, á la cual con fatal necesidad todos vamos corriendo velozmente.

Estos son los misterios de la carrera y estadío donde corrian, pero es de saber que habia muchos géneros de cursores: estos que corrian á pié llamaban los griegos apobatas y parabostas, y corrian en el circo tambien.

D. Ped. Aunque he leido algo de los circos romanos, no sé bien cómo eran, y quisiera entenderlo.

D. Fern. Pues para que V. m. lo sepa, lea á Onufrio Panvino en el tratado que hizo *De Ludis Circensibus*, y á Julio César Bulengero, *De Circo*, donde está estampada la forma de él y declarada latísimamente: pero porque V. ms. en el ínterin no lo deseen todo, diré por mayor alguna cosa, porque tambien corrian en el circo; y así, como lugar de este certámen, tambien como de otros, pertenece á nuestra materia.

§. II.

Del circo y juegos circenses.

Ante todas cosas digo que hay variedad entre los autores sobre la etimología y orígen de la voz circenses, porque unos dicen que se dice *Quia ludi fiebant circum enses, vel in circuitu;* otros que del circo donde se celebraban, porque en él corrian en circuito. Tertuliano quiere que se dijesen de Cirse, hija del Sol, porque los primeros espectáculos ó fiestas romanas se dedicaron al Sol, y que allí tenía templo. No tenemos para qué gastar mucho tiempo en esto, porque no es nuestro intento.

Los primeros circos que hubo en Roma muy de sus principios fueron de tablados hechos de madera, sobre los cuales levantaban gradas, donde sentado el pueblo romano por sus tribus ó decurias, viesen sin que unos á otros se estorbasen ni impidiesen.

Su forma era circular prolongada, porque el principio de donde se comenzaba la carrera sólo hacía dos ángulos; pero donde se remataba en la meta era el circo muy redondo. El espacio que enmedio quedaba era llano, por donde los justadores, atletas ó áurigas agitadores corrian.

Esto, que al principio fué de madera, despues, creciendo la potencia de la República Romana, se hizo de obra soberbia y grandiosa de cantería y ladrillo; por manera que lo que ántes eran gradas de madera se hizo de obra perpétua sobre fuertes bóvedas, unas sobre otras, en las cuales bóvedas habia oficinas diputadas para varios efectos.

D. Diego. Poco más ó ménos ya imagino cómo pudo ser este edificio; porque me acuerdo haber visto el amphiteatro de Sevilla la Vieja, y mudándole la forma del edificio, lo juzgo de aquella traza.

D. Fern. No era el circo redondo del todo como aquel que V. m. dice, ántes ovalado, pero en cuanto á las gradas y bóvedas juzga V. m. muy bien; mas diremos algo de las partes del circo: y aunque hubo muchos circos en Roma, quiero tomar por asunto el que llamaron Máximo, que estuvo en el valle llamado Múrcia, entre los montes Aventino y Palatino.

En la descripcion del circo dejamos por decir una

parte de él muy principal, que es una muralla que corria desde casi el principio hasta donde estaba la meta: á esta muralla llamaban espina, y no se levantaba del suelo más que una vara ó poco más. Tenía doce piés de ancho, y en longitud dividia todo el circo, dejando en las extremidades espacio bastante para que los caballos con las bigas, trigas y cuadrigas pudiesen revolver corriendo. Bigas eran carros ó carricoches de dos caballos; trigas, de tres; cuadrigas, de cuatro. Encima de esta espina habia muchos ornamentos. Tenía este circo trece puertas, siendo la mayor la de enmedio, y estas puertas estaban á la parte que hacía el circo dos ángulos.

Luégo estaba un sitio que llamaban las cárceles, porque así como las cárceles tienen los reos presos, de la misma manera tenian estas cárceles los caballos, y eran hechas de bóvedas: llamábanles tambien el pueblo, porque estaban cercadas de murallas con sus almenas. Aquí entraban los agitadores con sus coches ó cuadrigas, y cuando habian de salir al circo salian por doce puertas; pero nó luégo que salian corrian, hasta hacerles cierta señal el Pretor con un lienzo que llamaban mappa, y al mismo tiempo dejaban caer una como cinta que estaba delante, para que todos pasásen velocísimamente.

Tenía más el circo Máximo un euripo ó estanque lleno de agua, que tenía diez piés de hondo y otros tantos de ancho, y éste estaba cercano á los poyos ó gradas por la parte interior del circo, y lo cercaba todo por los dos lados, y la parte superior ó semicírculo donde estaban las metas, por derredor de los cuales pasaban los carros ó coches de los áurigas con mucho peligro de ha-

cerse pedazos si tocaban en ellas; habia tambien demás de las metas, sobre la espina, muchas columnas, aras y estatuas, y un alto y grande obelisco enmedio, consagrado al Sol, y otro á la Luna, que era menor, y por esto remataban en punta con unas como llamas.

Habia tambien dos formas de huevos muy grandes, consagradas á Cástor y Polux, que nacieron segun las fábulas de dos huevos fatales de un cisne.

Por la otra parte exterior del circo habia puertas por donde entraban, y escaleras por donde subian á las gradas interiores de él, de tal disposicion y artificio que no se estorbaban al entrar y salir.

La longitud del circo era de setecientos setenta y cinco pasos, que son tres estadíos. Otros cuentan el estadío de ciento veinte y cinco pasos, y esta es más comun y cierta opinion; y así, una milla son ocho estadíos, y de anchura tres yugadas ó aranzadas, y tenía en redondo una milla todo él. Cabian dentro, segun Dionisio Halicarnasco, ciento cincuenta mil hombres, y sin estorbarse la vista unos á otros. Segun Plinio y Sexto Rufo, cabian doscientos sesenta mil hombres.

Hubo en Roma sin este círculo ó circo Máximo otros muchos, como el Flaminio, el de Antonio Caracalla, el de Aureliano, el de Flora, el de Alejandro Severo, de Domicio, el Vaticano.

D. Ped. Cosa por cierto parece admirable y bastante prueba de la grandeza inmensa de aquella gran ciudad.

D. Fern. He dicho yo muy poco, y confieso que dejo de decir muchas cosas de la grandeza del circo, y

de sus ornamentos y aras; pero no dejaré de decir algo de los coches ó carricoches, que como hemos dicho los romanos llamaron bigas, trigas y cuadrigas, porque pertenece á la materia que vamos tratando del correr. Eran estos coches ó carricoches pequeños y fuertes, nó cubiertos por cima, y tenian una silla donde iba el áuriga, agitador, bigario ó cuadrigario, que todos estos nombres tenía, sentado, rigiendo su coche y azotando fuertemente los caballos. Vénse de estos cochecitos en medallas de plata, bien grabados, que por esta razon llamaron bigatos.

Al principio no hubo más que dos cuadrillas ó facciones de áurigas, la una que se vestia de color de librea blanca y la otra colorada y rosada. La blanca significaba el invierno por las nieves, y la colorada el verano por el calor del Sol; y otros dicen que la blanca era dedicada al viento Céfiro, y la roja á Márte. Añadieron otras dos facciones ó cuadrillas, la una de color que llamaron prasino, que era verde, y la otra de color véneto, que era azul; éste consagrado al cielo ó la mar, y aquél á la tierra ó á la primavera: de manera que todas vinieron á ser cuatro cuadrillas, que tuvieron el nombre de sus colores: Prasina, Rusata, Veneta, Albata. Tambien significaban por ellas los cuatro tiempos del año, ó los cuatro elementos.

Estos áurigas de ordinario eran esclavos ó libertos, ó extranjeros, porque era arte de gente baja, aunque muy favorecida de los nobles y de todo el pueblo romano. Las cuadrillas tenian sus prefectos, capitanes y maestres. Los caballos habian de ser muy ligeros, y los cria-

ban con notable cuidado; y estaban tan diestros en la carrera, que hubo tal vez que, cayendo el áuriga, los caballos sin él dieron sus siete vueltas al circo, y llevaron la palma, parándose á la última vuelta en el sitio acostumbrado como si lo pidieran tácitamente.

Habian de correr estas cuatro facciones partiendo de las cárceles, que estaban al principio del circo, por la mano derecha, segun le cabia á cada uno el lugar por suerte; y llegaban á la meta, que era un gran mármol que estaba al fin de la espina, y en llegando allí revolvian á otra meta que estaba al otro cabo de la espina; y daban al circo siete vueltas, significando los siete planetas ó siete dias de la semana, y las doce puertas por donde salian, los doce meses del año.

Era cosa de mucho gusto ver los áurigas con la diferencia de colores corriendo por el circo, y habia aficionados á cada faccion, tanto que apostaban á cuál vencia, y áun á veces llegaban á venir pesadamente sobre tales contiendas. Llevaba el premio el primero de todos que dadas las últimas siete vueltas llegaba primero á la meta. Muchas veces nó sólo corrian sus cuadrigas ó coches, sino que tambien, habiendo acabado sus carreras, saltaban de ellos y corrian á pié sus áurigas. El premio era lo más ordinario una palma, que estaba puesta en un vaso al cabo de la meta, sobre la espina.

D. Diego. No ha dicho V. m. el número de áurigas que corrian en cada faccion ó cuadrilla, ó si corrian todos juntos.

D. Fern. Digo, señor, que el número de los áurigas en cada faccion eran veinticinco, y tal vez hubo no

más que veinte; y no corrian todos juntos, porque no cupieran ni se supiera con distincion cuáles eran los vencedores. Corrian, pues, de cuatro en cuatro, uno de cada cuadrilla, y habiendo éstos dado las siete vueltas al circo, y sabiéndose quién llevaba primero, segundo y tercero premio, luégo echaban otros cuatro otro lance con el número de vueltas que los demás. Á estos lances llamaban missus, y venian á ser todos los lances veinte ó veinticinco, conforme habia el número de áurigas; y aunque es así que decimos que este oficio ó ejercicio no lo hacía sino gente baja, veces hubo que lo hicieron senadores y equites, y los mismos emperadores, como Neron y otros tales, y tenian tanto afecto á salir con la victoria, que algunos usaban de hechizos para que sus caballos corriesen velozmente y que los de los contrarios tropezasen y cayesen. Era necesario, nó sólo destreza, sino mucha fuerza para regir los caballos y no caer; y así, no era para muchachos, sino para mancebos ya fuertes. Á Floro le costó la vida, como parece de su sepulcro.

FLORVS EGO HIC JACEO BIGARIVS INFANS,
QVI CITO, DVM CVPIO CVRRVS, CITO
DECIDI AD VMBRAS.

§. III.

Prosigue la materia del correr y de los toros y juegos de cañas, y su orígen.

D. Ped. Mucho me he alegrado de saber qué co-

sa era el circo en Roma, y de los juegos circenses, y deseo que V. m. nos diga otros juegos, especialmente si hay algunos que queden hoy en el uso.

D. Fern. Digo, señor, que los mismos áurigas ó cocheros corrian tambien á caballo, algunos con dos caballos apareados, y por saltar del uno en el otro en medio de la carrera, y volver al mismo de donde saltó como le parecia al caballero, llamaron los tales caballos desultorios, y los tales caballeros llamaron los griegos celestes; y habia tan diestros corredores, que áun los muchachos hacian esta gallardía.

D. Diego. Yo he visto en Madrid á un mozo hacerla, y me dicen que en Italia es muy ordinario, y que no lo es el correr á caballo solos ó apareados dos caballos como en España.

D. Fern. De lo que hoy pasa en Italia sólo de oidas puedo deponer; pero de lo antiguo digo que en el circo corrian caballos y caballeros singulares, por ganar premio como los áurigas, y nó como ahora por gallardía y gentileza se hace en España, y es el más vistoso entretenimiento de la gente noble, y áun de los príncipes y señores.

D. Ped. Yo he tenido los juegos de cañas y toros, que son las fiestas más frecuentes de que hoy usamos en España, por invencion nuestra, y me fundo en la aficion notable y propension que todos les tenemos; aunque he leido en la *Historia* del P. Juan de Mariana, de la Compañía de Jesus, que es cosa de los moros ó imitacion de sus batallas, que tanto duraron en esta tierra.

D. Fern. Pues yo quiero averiguar dos cosas,

respetando ante todas la erudicion de Juan de Mariana, que lo tengo por uno de los mayores ingenios de nuestra edad, de mayor juicio y erudicion: la primera, que no fué invencion de españoles sino de los romanos ó de sus ascendientes los troyanos, y que lo ejercitaron muchachos.

D. Diego. ¡Oh, cómo ha dado V. m. en el punto de mi gusto, y le prometo que le tengo de oir aficionadísimamente!

D. Fern. Pues yo sé que el Sr. D. Pedro tiene el mismo deseo, porque le he visto jugar cañas con mucha destreza.

D. Ped. Confieso á V. m. esta verdad en cuanto á mi deseo, que en la destreza del juego de las cañas yo cedo al Sr. D. Diego.

D. Fern. Ahora, señores, no estamos en las contiendas del circo, aunque tratamos de él: vamos al intento; y en cuanto á los toros, no hallo que los romanos hiciesen fiestas de toros sólo de ordinario, como ahora, porque aunque los lidiaban era á vuelta de fieras, leones, osos, tigres, habadas ó rinocerontes, elefantes, jabalíes, lobos y otros animales y bestias fieras y extrañas, las cuales unas veces peleaban unas con otras en el anfiteatro y circo, y otras veces con hombres condenados á muerte ó que se alquilaban para este cruel ministerio. Julio César en una sola fiesta echó cuatrocientos leones, y Augusto cuatrocientas veinte panteras ó onzas, sin otras extrañas fieras; Claudio cuatrocientos osos; Neron cuatrocientos osos y trescientos leones: y en esta venacion los caballeros romanos alancearon muchos to-

ros á caballo. Trajano, nuestro sevillano, acabada la guerra de Dacia, hizo fiestas en Roma por ciento veinte y tres dias contínuos, en los cuales se corrieron y mataron mil bestias mansas y tres mil de todos géneros.

Fuera nunca acabar si hubiéramos de escribir por menudo estas venaciones ó lidias de fieras, para con las cuales son nuestras fiestas de toros cosa muy poca, y con todo eso es menester gran ruido para hacerlas y cuestan mucho; y así, ahora no son comparables nuestras fiestas con las de entónces, pues si ahora siendo las fiestas tan pequeñas suelen parecer los gastos grandes, ¿qué sería en aquel siglo para juntar y traer á Roma de partes remotísimas tanta variedad de fieras y tan gran número, alimentándolas y acompañándolas mucha gente? Pero con la grandeza del Imperio Romano todo era poco.

D. Diego. Díganos V. m. algo de los toros, que las otras fiestas, como no se usan ya, poco nos importan.

D. Fern. Las fiestas de toros atribuian los autores á los caballeros de Tesalia, y así á los toreadores llamaban tesalos. Suetonio Tranquilo, en *Claudio*, capítulo XXI, junta fiestas de toros y juegos de cañas, y dice así: «*Ac super cuadrigarum certamina Trojæ lussum, exhibuit præterea Thesalos equites, qui feros tauros per spatia circi agunt inciliuntque defessos et ad terram cornibus detrahunt.*» Nó sólo los varones grandes, pero áun los muchachos y las muchachas toreaban, subiéndose sobre los mismos toros y burlándose de ellos. Séneca, lib. II, cap. XXXI, *De Ira:* «*Aspice elephanto-*

rum jugo colla submissa: taurorum, pueris, pariter ac fæminis per sultantibus terga inpunè calcari.» Imitó felizmente Marcial este lugar en el libro V, *Epig.* XXXII:

Aspice quam placidis, insultet turba juvencis,
Et sua quam facilis pondera taurus amat.
Cornibus hic pendet summis, vagus ille per armus
Currit, et in toto ventilat arma bove.
At feritas immota riget: non esset arena
Tutior, et posset fallere plana magis,
Nec trepidare gressus, sed de discrimine palmæ,
Securus puer est, solicitumque pecus.

Este *Epigramma* volviera yo en un *Soneto* de esta manera:

Mira cómo la ociosa muchedumbre
El retozon novillo está lidiando;
Uno verás del cuerno estar colgando
Del toro, que ama ya su pesadumbre;

Otro al ijar, por gusto ó por costumbre,
Salta y anda corriendo, y ya bailando,
En todo el buey las armas ventilando,
Que volvió su fiereza en mansedumbre.

Libre el mozuelo burla el lomo duro
Del toro más audaz, que en el arena
Ni le tiemblan los piés; ¡quién tal creyera!

Que un niño en el peligro esté seguro,
Y que una fiera, de piedad ajena,
Cuidadosa y solícita estuviera.

Solíanles poner hachas en los cuernos, como ahora, y vistiéndolos de materia fácil de quemar, pegarles fuego. Esto se hace ahora acá con cohetes. De esta costumbre hay un *Epigramma* en Marcial:

Qui modo per totam flammis stimulatus arenam
Sustulerat raptas taurus in astra pilas,
Occubuit tandem cornuto ardore petitus,
Dum facilem tolli sic elephanta putat.

El toro que de llama estimulado
Corre veloz la arena, á las estrellas
Avienta dominguillos. Finalmente,
Cayó del fuego ardiente acometido,
Pensando echar por alto un elefante.

Ponian los dominguillos delante, para que irritados los toros envistiesen con ellos, uso que aún se conserva en nuestras fiestas de toros. Ya V. ms. saben que estos dominguillos son unas figuras de soldados con sus lancillas, y á veces los visten de colorado: á las tales figurillas ó dominguillos llamaron los romanos *prima pila* ó *pilas*, porque los primeros que iban en el ejército á batallar eran los *primi pilos*, de la voz *primus et pilum*, que es el dardo ó arma arrojadiza. El llamarle en España *dominguejos* quizá fué por el color colorado, que era festivo y dominguero antiguamente. Con este color, porque imita la sangre, se irritan naturalmente los toros. Ovidio:

Haud secus exarsit, quam circo taurus aperto
Cum sua terribili petit incitamina cornu,
Pheniceas vestes, elusaque vulnera sentit.

Que en romance se puede explicar así:

De tal manera ardió, cual bravo toro
Que con cuerno terrible al dominguillo
Acomete, y tocando la escarlata,
Arde viendo burladas sus heridas.

Del dominguejo ó pila habla Marcial en el *Amph.* LIX:

O quam terribilis exsarsit pronus in iras,
Quantus erat cornu, cui pila taurus erat.

Habla aquí de una habada ó rinoceronte que arrojaba un toro por alto como si fuera un dominguejo de paja; y en otro *Epigramma*, haciendo donaire de uno que se decia cándido, y tenía muy ruin capa, le dice:

Te lacedemonio velat toga lata galero,
Vel quam seposito de grege parma dedit,
At mea, que passa est furias, et cornua tauri,
Noluerit dici, quam prima pila suam.

En otro *Epigramma*, hablando de Lauro, que al juego de la pelota, á que era aficionado, perdió su caudal y se quedó en pelota, se burla así:

Nemo nova caluui sic inflammatus amica
Flagravit quantum Laurus amore pilæ.
Sed qui primus erat lusor, dum floruit ætas,
Nunc postquam desiit ludere prima pila est.

Hizo admirable alusion de la voz *pila* por la pelota y por el dominguejo; y este *Epigramma* y otros no quisiera volver, porque quizá no acertaré, ó por ventura echaré á perder la agudeza del poeta, no alcanzando nuestra lengua á la latina en esta parte. Mas porque merecen perdon las faltas de la poesía de repente, me parece que yo la volviera así:

Ningun amante se ardió
De nueva amiga en el fuego,
Cuanto Lauro mozo el juego
De pelota ciego amó:
Fué quien más diestro jugó
El juego de la pelota;
Hasta que con capa rota

Hecho dominguillo acaba,
Y en pelota se quedaba
Cuando dejó la pelota.

Dije que el lidiar toros era cosa ó invencion de los caballeros de Tesalia, nó porque ellos fueron los primeros que los inventaron, porque juzgo que en cada provincia habria los mismos entretenimientos, sino porque los tesalos eran muy diestros en esto.

Los romanos tuvieron su orígen en cuanto á los juegos de toros de lo que dice Sexto Pompeyo en los *Fragmentos*, que habiéndose vendido carne de toros sacrificados, dió gran pestilencia á las preñadas, por lo cual se votaron fiestas de toros en el circo Flaminio, que estaba fuera de la ciudad, porque los dioses infernales no entrasen en ella: «*Tauri ludi instituti Diis inferis ex hac causa videntur: Tarquinio regnante cum magna incidisset pestilentia in mulieres gravidas quæ fuerat facta ex carne divendita populo taurorum immolatorum*: *ob hoc ludi tauri appellati sunt*, *et fiunt in circo Flaminio*, *ne intramuros evocentur Dii inferi*.» Otra razon es la que da M. Terencio Varron del orígen de estos juegos. Si hubiéramos de decir todo lo que se ofrecia y hemos visto de las venaciones de los romanos, detendríamos mucho la plática; y de lo que tantos han ya dicho doctísimamente, no hay para qué trasladar: basta remitir á V. ms. á lo que han escrito Onufrio Panvino, Bulengero, Juan Rosino y otros autores en varios lugares.

Resta que digamos del juego de cañas, y de sus primeros inventores, que no fueron los españoles, aunque más de ginetes se precien, sino Eneas el Troyano,

el cual, estando en Sicilia, lo inventó, haciendo de él una viva representacion de las batallas en que él se habia hallado entre los griegos y troyanos, acometiendo á veces los unos, y huyendo á veces los otros. De Eneas lo aprendió su hijo Julio Ascanio, que lo trajo de Italia y lo enseñó á la fundacion de Albalonga á los muchachos de su edad, y en ellos se fué continuando hasta que los recibió Roma y ejercitó en el circo Máximo.

Entraban como ahora en sus cuadrillas; los cuadrilleros habian de ser de lo mejor de Roma; llamábanles Príncipes de la Juventud; al juego, por sus fundadores, llamaban *Troya ó la casa real de Príamo.* Así lo dice Festo Pompeyo: «*Troja et regia Priami lusus puerorum equestrium dicitur.*» Tambien se llamaban *Pyrhica* vulgarmente. Así lo dice Servio en el V *Æneid.*: «*Ut ait Suetonius Tranquillus, lusus ipse, quem vulgo Pyrhicam appellant, Troja vocatur cujus originem expressit in libro de puororum ludibus.*» Si tuviéramos ahora este libro, escussábamos muchos deseos de los juegos que vemos jugar á los muchachos, que sospecho, y no pienso que me engaño, que tienen orígen antiquísimo.

D. Diego. ¡Oh, señor! Suplico á V. m. dirija en cuanto fuese posible su plática á este fin, porque confieso á V. m. mi flaqueza, que fuí muy aficionado á jugar los juegos que usan los muchachos, y me holgaria saber que tienen su principio en la antigüedad, porque estos juegos de los romanos, como ya no están en el uso, no dan tanto gusto oidos.

D. Fern. Yo obedeceré á V. m. en cuanto pudiere, y no me aparto de ese intento, pues voy proban-

do que el juego de cañas fué propio de los muchachos. Hubo algun tiempo en que la costumbre de jugar los muchachos las cañas se intermitió y dejó; mas Julio César, que tuvo espíritu ardiente de honor, lo restauró. Suetonio en este Príncipe: «*Circencibus Trojam lu-cit tur ma duplex majorum minorumbè puerorum.*» Dion dice lo mismo en el lib. XLIII: «*Trojam antiquo more patritorum filii lucerunt.*» Augusto César, por la misma razon que su tio, le fué muy aficionado; y le celebró mucho Tranquilo, en su Vida: «*Sed, et Trojæ ludum edidit frequentissimè majorum minorumvè puerorum delectu prisci decoris moris que existimans claræ stirpis indolem sic innotescere.*» Mas habiendo sucedido que se le quebró una pierna á Cayo Nomio Asprenate, y despues á Escornino, hijo de Asinio Polion, personas nobilísimas, se dejó de ejercitar por algun tiempo: despues, olvidadas aquellas desgracias, se volvió á usar de ordinario. Dion, en el lib. XLVIII, dice que Mario Agripa lo hizo con gran magnificencia en las fiestas apolinares: «*Trojæ ludum per nobiles pueros magnifice edidit.*» Despues, siendo edil, dió á los muchachos el gasto de las libreas y lo demás necesario para un juego de cañas. (El mismo Dion, en el mismo lib. XLVIII.) Cayo Calígula en el dia de su nacimiento por muy gran fiesta, y en la muerte de Drucila por placacion y sacrificio á los Manes. Suetonio *in eodem* Príncipe, cap. XVIII: «*Caligula natali suo venationes edidit patritii pueri Trojam lucerunt.*» Y más abajo: *Drucilæ sorori mortuæ publicam sepulturam tribuit, ac prætoriani milites cum suo tribuno; ac seorcim equestris ordo seorsim patritii pueri Trojæ decur-*

cione circa tumulum ejus obequitarunt.» La gran bestia de Neron, siendo muchacho, áun nó de doce años, lo jugó con tanta destreza y donaire que se llevó el favor público y aura popular. Suetonio *in eo*, cap. VII: «*Tenet ad huc, nec dum matura pueritia circencibus ludis Trojam constantissime lucit.*» Lo mismo dice Cornelio Tácito: «*Sedente Claudio circencibus ludis cum pueri noviles equis ludricum Trojæ inirent, interque eos Britanicus Imperatore genitus, et Lucius Domitius adoptione mox in imperiorum cognomenque Neronis, adsutus favor plebis acrior in Domitium loco præsagii acceptus est.*»

Pero porque no se nos vaya todo en flores, han de ver V. ms. un juego de cañas que pinta Virgilio; y digo que lo han de ver, porque de tal manera lo pinta que parece que lo pone delante de los ojos. Sus palabras piden la atencion y respeto que este divino poeta merece, que son en el V de las *Æneidas*, de la manera que yo las diré:

At pater Æneas nondum certamine misso,
Custodem ad sese, comitemque impubis Juli
Epitidem vocat, et fidam sic fatur ad aurem,
Vade age, et Ascanio, si jam puerile paratum
Agmen habet secum, cursusque instruxit equorum,
Ducat avo turmas, et sese ostendat in armis:
Dic, ait: ipse omnem longo decedere circo
Infusum populum, et campos jubet esse patenteis.
Incedunt pueri, pariterque ante ora parentum
Frænatis lucent in equis: quos omnis eunteis
Trinacriæ mirata fremit, Trojæque juventus.
Omnibus in morem tonsa coma pressa corona:
Cornea bina ferunt præfixa hastilia ferro,
Pars leves humero pharetras: et pectore summo
Flexilis obtorti per collum it circulus auri.

Tres equitum numero turmæ, ternique vagantur
Ductores: pueri bis seni quenque secuti.
Agmine partito fulgent, paribusque magistris.
Una acies juvenum, ducit quam parvus ovantem
Nomen avi referens Priamus, tua clara Polite
Progenies, auctura Italos: quem Thracius albis
Portat equus bicolor maculis, vestigia primi
Alba pedis, frontemque ostentans arduus albam.
Alter Atys, genus unde Atyi duxere Latini:
Parvus Atys, pueroque puer dilectus Julo.
Extremus formaque ante omnes pulcher Julus
Sidonio est invectus equo: quem candida Dido
Esse sui dederat monimentum, et pignus amoris.
Cætera Trinacriis pubes senioris Acestæ
Fertur equis.
Excipiunt plausu pavidos, gaudentque tuentes
Dardanidæ, veterumque agnoscunt ora parentum.
Postquam omnem læti conssesum, oculosque suorum
Lustravere in equis, signum clamore paratis
Epitides longe dedit, insonuitque flagello.
Olli discurrere pares, atque agmina terni
Diductis solvere choris, rursusque vocati
Comvertere vias, infestaque tela tulere.
Inde alios ineunt cursus, aliosque recursus
Adversis spatiis, alternosque orbibus orbes
Impediunt, pugnæque cient simulacra sub armis:
Et nunc terga fugæ nudant, nunc spicula vertunt
Infensi: facta pariter nunc pace feruntur.
Ut quondam Creta fertur Labyrinthus in alta
Parietibus textum cæcis iter, ancipitemque
Mille viis habuisse dolum, qua signa sequendi
Falleret indeprensus, et irremeabilis error:
Haud aliter Teucrum nati vestigia cursu
Impediunt, texumque fugas, et prælia ludo
Delphinum similes: qui per maria humida nando
Carpathium, Libycumque secant, luduntque per undas.
Hunc morem, hos cursus, atque hæc certamina primus
Ascanius, longam muris cum cingeret Albam,
Retulit, et priscos docuit celebrare Latinos:

Quo puer ipse modo, secum quo Troja pubes,
Albani docuere suos: hinc maxima porro
Accepit Roma, et patrium servavit honorem:
Trojaque nunc: pueri, Trojanum dicitur agmen.

D. Ped. Por cierto que estoy dudando si oia los versos de Virgilio ó estaba viendo jugar las cañas á los muchachos troyanos. Tanta es la fuerza del bien decir y tanto el ingenio de ese gran poeta.

D. Diego. No deja particular que no esplique admirablemente; pero dudo si los troyanos y romanos jugaban las cañas cara á cara como los caballeros de Jerez de la Frontera, que únicamente en toda España conservan este uso, si bien ocasionado á lastimar los ojos y el rostro. Muévome á esta duda por aquellos versos:

Diductis solvere choris, rursusque vocati
Convertere vias, infestaque tela tulere.

porque la voz *infesta* quiere decir cara á cara ó al rostro, como *infesto corpore* quiere decir en la parte delantera del dedo grueso.

D. Fern. Así como V. m. trae el ejemplo es; pero del uso de las cañas lo dudo, porque ahí en ese lugar Virgilio da á entender que acometieron y revolvieron, y á lo último desembarazaron los bohordos; aunque tambien pudo decir *infesta tela* á las primeras cañas que se tiran para provocar á los contrarios, que son siempre cara á cara: mas en los demás lances siempre arrojan las cañas ó bohordos contra los que se van retirando á su puesto.

Pero oigamos al traductor castellano, que aunque con muy desiguales pasos á los de tan gran ginete, se

esforzó lo que pudo volviendo aquellos versos así á nuestra lengua:

Pero el piadoso Eneas, no acabado
Aún el certámen del mancebo Ascanio,
Llama á Epitides, ayo y compañero,
Y háblale al oido de este modo:
«Corre, vé y dile á Ascanio, si ha juntado
Las pueriles cuadrillas ya consigo,
Y si las ha instruido en la carrera,
Que las traiga á las honras de su abuelo.»
Dijo, y mandó apartar toda la gente,
Por el pueblo extendido abriendo plaza.
Luégo entran los mancebos juntamente
Á vista de sus padres, y en caballos
Ricamente enjaezados resplandecen,
Admirando á Sicilia y la troyana
Juventud, que alabando está su entrada.
Van á la antigua usanza coronados,
Llevando cada uno dos bohordos;
Cuál al hombro carcax de leves flechas,
Y cuál cadena de oro retorcido.
Entraron repartidos en tres tercios;
De cada doce en torno y por entre ellos
Iban tres cuadrilléros gobernando,
Iguales en destreza y gallardía.
Iba por capitan de la una escuadra,
Ufano y ledo, el Príamo pequeño,
Insigne con el nombre de su abuelo,
Tu, Claro hijo é ínclito Polite,
Raíz segunda de gran suma de ítalos,
En un caballo tracio remendado
De dos colores, blanco de ámbas manos,
De alta y yerta cerviz, de blanca frente.
Era Atis el segundo, el cual fué cepa
Del latino linaje de los athios,
Digo el pequeño Atis y jóven caro
Al jóven Julo, capitan postrero,
Aunque primero en rara hermosura.

Era el hermoso Julo que llevaba
El caballo sidonio que en Cartago
Le dió en presente la phenisa Dido
Por prendas del amor que le tenía.
La demás juventud iba en caballos
De Sicilia, que dió el anciano Acestes.
Fueron con grande aplauso recibidos
De las damas troyanas, que miraban
En ellos á sus padres retratados.
Despues que todo en torno rodearon
El acompañamiento y ancha plaza
Con gallardía ardiente en sus caballos,
Que tascando aguardaban en sus puestos:
Epitides de léjos dió la seña,
Que fué el azote restallar sonante:
Arrancan al momento apareados
De tres en tres, distantes igual trecho,
Y pasan su carrera; y en tornando
Epitides á dar la seña usada,
Tornan ligeros por do habian corrido,
Y al cabo arrojan voladoras cañas,
Con denuedo enemigo en la apariencia:
Comienzan luégo de contrarios puestos
Una muy bien trabada escaramuza;
Corren aquéllos contra aquéstos, y éstos
Contra aquéllos, y vuelven y revuelven
Una vez, otra, y otra, y en rodeo
Galopan por la verde y ancha plaza;
Van los unos pasando por los otros,
Y entorno meten vueltas y revueltas,
Fingiendo una batalla verdadera;
Tal vez huyendo vuelven las espaldas,
Tal vez con las agudas cañas tornan
Y medrantando á los que los seguian,
Y tal vez hecha paz corren mezclados;
Bien como en la alta Creta un tiempo fama
Haber habido un labirinto oscuro
Cuya confusa é intrincada hechura
Con mil caminos, calles y senderos

La gente confundia y engañaba
De suerte que el error inextricable,
La multitud de sendas y carreras,
Cegaba á los que entraban las señales
Por do podian para salir regirse;
Nó de otra suerte los gallardos hijos
De los troyanos por el verde cerco
Corriendo unos con otros se encontraban,
Y á veces se impedian la carrera,
Del todo semejantes á delfines
Que por los mares húmedos nadando
Dividen con lascivo juego el agua
Del piélago carpathio y africano.
Este juego que digo, aquesta usanza
De así correr en forma de batalla,
Ascanio fué el primero que en Italia
Lo renovó en el tiempo que cercaba
La ciudad de Albalonga, de altos muros,
Y dió enseñanza dél á los latinos,
Nuestros antecesores; y en la misma
Forma que, siendo él mozo, con los mozos
Troyanos hoy aquí lo habia jugado:
Los de Alba á sus menores lo enseñaron,
De donde ya despues de largos años
Lo tomó Roma, conservando la honra
Y célebre uso de Troya, madre suya;
El cual juego el dia de hoy se dice Troya,
Y el escuadron de mozos que lo juega
Hasta hoy se dice el escuadron troyano.

D. Diego. Confieso que ahora lo he entendido con más claridad, y todavía me parece que á veces jugaban de los bohordos cara á cara, y á veces como se usa en España comunmente; y tambien describe el poeta la entrada corriendo, y despues los galopes volviendo, y finalmente lo dice todo con tanta gallardía que no hay más que desear.

D. Fern. Démosle un poco de lugar en estas cañas tambien á Claudiano. *In Sexto Const. Theod:*

Hic et belligeros exercuit area lusus;
Armato hic seape choros, certaque vagandi
Textas lege fugas in confusosque resersus,
Et pulchras errorum artes jucundaque Martis
Certamina, etc.

Et infra:

Torquentur in orbes
Agnima perpetuisque im mota cardine claustris
Janus bella premens læta subs imagine pugnæ.

Esto se llega más á la saltacion pyrrhica, de que tambien se acordó Juan Escobeo en el Serm. XLII, *Alex. ab Alex. Dies. gen.*, cap. XIX *novissime;* Juan Meurs, *De Orchestra*, fol. 70.

D. Diego. No se olvide V. m. de lo que prometió del correr de los muchachos, pues tan bien averiguado queda que ellos jugaban las cañas antiguamente.

D. Fern. No me olvido, pues los historiadores y poetas nos dejaron tantas memorias. Traeré algunas á nuestro intento. Virgilio, en el V de la *Eneida*, dice que Eneas hizo certámen de correr los muchachos en Sicilia, en las honras de su padre Anchíses, de lo cual se acordó Higinio en las *Fábulas*. En esta contienda entraron Eurialo y Niso, un par de muy buenos amigos. Fué Eurialo primero vencedor, y se le dió por premio un caballo enjaezado. Llevó segundo premio Helimo, á quien se le dió una aljaba amazónica. Diores, un almete de la ciudad de Argos, sacó los despojos de un leon. Niso un broquel, obra de Didimaon.

Julio Solino, en el libro V de sus *Historias admirables*, refiere de un muchacho milesio, llamado Polynnescor, que habiéndole su madre puesto á guardar cabras, corriendo alcanzó una liebre; por lo cual su amo en la olimpiada XLVI le dió para los juegos olímpicos, y en ellos alcanzó corona de vencedor.

Pausanias, en VI, dice de Damisco, vencedor en el juego olímpico; y en el estadío habia estatua que conservaba esta memoria, no siendo este muchacho de más de doce años: «*Positus ibidem est à mesenis Damiscus, qui annos natus duodecim, palmam ex olympicis ludis tulit. Hic ipse, de quo nunc agimus Damiscus, pueros de stadio vicit, et quinque post hanc et partim Nemeas partim vera Isthmisi victoriæ obtingere.*»

Pone Pausanias otros muchachos, y despues de ellos dice que tuvieron estatua por vencedores en el circo Sophio Messenio y Eleo: «*Post Cheream Sophius Messenius, et Eleus vir stonius collocati sunt: in cursu ille pueros ante vertit.*»

Y en el lib. III, *In Laconisis*, refiere de Danao que casó sus hijas proponiéndolas por premio al que más corriese, escogiendo el primer vencedor, y luégo el segundo, y así los demás; á cuya imitacion Icario, padre de Penélope, instituyó el mismo certámen, en que venció Ulises y casó con la muy casta y honrada Penélope. Excuso referir sus palabras, por no cansar.

Tuvieron los antiguos especialísimo cuidado en la educacion de sus hijos, procurando agilitarlos para la milicia; y así, dice Pausanias en el lib. V de las *Historias Eliacas*, que los eleos, nó sólo hacian que sus hijos mu-

chachos corriesen y hiciesen los demás ejercicios gímnicos, sino que tambien les señalaban premios para incitarlos, y fueron algunos de ellos vencedores. Sus palabras son éstas: «*Puerorum vero certamina, nullo veteris memoriæ exemplo arbitratu suo instituerunt elei: ac primum quidem decursu et lucta septima, et tricessima olympiada, pueris propositu præmia luctæ Hypostenes lacedemonius, cursus palmam accepit Eleus Polynices.*»

Corrieron tambien á caballo por ejercitarse los muchachos en el campo Marcio, como lo dice Estrabon con harta elegancia en el lib. V de su *Geografía*, y mejor Virgilio en el VII de su *Eneida:*

Ante urbem pueri et primævo flore juventus
Exercentur equis, domitantque in pulvere currus;
Aut acres tendunt arcus, aut lenta lacertis
Spicula contorquent cursuque ictuque lacessunt.

De este ejercicio mezclado con los otros se dirá en los ejemplos, que por no repetirlos muchas veces los dejo; y á quien quisiere ver mucho en esta materia, vea á Pausanias en el V y VI *Eliacorum*, en el cual hallará infinitas memorias y estatuas levantadas á muchachos vencedores en estos juegos, por honra suya, del cual traeremos algunos ejemplos, dejando muchos.

Otro género de saltos hacian los soldados sobre un caballo de madera, desnudando las espaldas, para hacerse diestros. Véase á Vegecio, libro I, cap. XVIII, y á Justo Lipsio en el lib. V *De Militia Rom.*, cap. XIV.

§. IV.

Del salto y la saltacion.

Ya que habemos salido de la obligacion de aquellos juegos más graves, y V. ms. son tan bien contentadizos que se satisfacen con la parte menor de ellos, que es el uso de los muchachos, averiguaremos cómo ellos con particular atencion de aquellas dos Repúblicas ejercitaron los juegos que restan del Pentathlo ó Quinquercio, los cuales están en los autores tan juntos á los ejemplos que de ellos traeremos para nuestra probanza, que apénas los podremos dividir; pero siguiendo el órden comenzado, diremos del saltar, presuponiendo que son diferentes salto y saltacion, porque salto dice San Isidoro: «*Saltus quasi exilise inaltum, est enim saltus altus exilire vel longius.*» Es una jactacion ó arrojamiento del cuerpo en alto ó largo. La saltacion es un tripudio, baile ó danza á compás, de lo cual habló Ciceron, diciendo era el fin de muchos regocijos. «*Multarum delitiarum comes est extrema saltatio.*»

Digamos primero del salto, aunque no fué muy frecuente en gimnasios, pues Platon no se acordó de él; mas acordóse Vegecio *De Re militari*, lib. I, cap. IX, en estas palabras: «*Ad saltum etiam, quo vel fosea transiliuntur, vel inpediens. aliqua altitudo superatus exercendus est Miles, ut cum ejusmodi dificultates evenerint,*

possint sine labore transire.» Cosa importante es á los soldados el salto, ó para pasar á fosa ó sobrepujar alguna altura, porque cuando tal cosa sucediere puedan hacerlo sin mucho trabajo.

Sidonio Apolinar lo trae por juego y entretenimiento de los soldados:

Clipeosque notare
Ludus, et intortas præcedere saltibus astas.

Jugar de los broqueles diestramente
Era juego, y de un salto
Salvar torcidas lanzas por lo alto.

Saltaban los athletas desnudos, como dice San Cipriano *De Spectaculi*: «*Ecce tibi alter nudus saltat;*» y á veces con unos pesos ó mazas de plomo en las manos, que llamaban *halteres*, de que hace memoria Pausanias, VI *Eliacorum*, y les llama firmeza de los que saltan.

Su forma de éstos era rosilla y larga más que redonda, y capaz para asirlos bien con la mano por el medio. Habia otro modo de ellos, cuya forma expresa Mercurial en su *Gimnástica*, fol. 78, en el cual pueden V. ms. ver muchas cosas tocantes á esta materia que, como no se usan, no me detengo en ellas; mas por usarse saltar á pié cojita en muchos juegos, diremos algo de ella.

D. Diego. Venga muy en hora buena la madre vieja, pié cojita, y díganos V. m. su orígen y descendencia.

D. Fern. Los teólogos de la gentilidad dicen que Icario, padre de la ninfa Erigone, á quien por su gran justicia y equidad el dios Baco enseñó el uso de las vi-

des para que él lo enseñase á los mortales, habiendo plantado y cultivado una hasta que estaba en flor, un descomedido cabron se entró donde estaba y le comió fruto y hojas; Icario, lleno de justa saña por el malogro de su cuidado y su vid, mató al cabron; y hincando el pellejo, de que le desnudó, pidió á sus compañeros que en venganza de su pecado todos saltasen sobre él con sólo un pié, suspendiendo el otro, esto es á pié cojita.

Fué tan alegre fiesta para ellos ver caer unos y tenerse mal y temblando, que esta risueña celebridad la transfirieron en fiestas y sacrificios del dios Baco, cuya deidad el atrevido cabron habia ofendido comiéndole su vid. Así lo refiere Higinio, nuestro español: *Signorum Cælestium, in Arctophilace*. Trae por testigo á Erathostenes, cuyas palabras cita. Llamaron á estas fiestas *Ascolia* y al juego *Ascoliasmos*, que viene á ser lo que hemos dicho: saltar por las odres á pié cojita. Aristhóphanes en la comedia *Pluto*, act. V, esc. I, hace memoria dél, diciendo Scaro á Mercurio.

Nunc sub dio per utres saltat uno pede.

Y Platon en el convite: «*Instar eorum qui unico crure innidi saltare coguntur.*»

Julio Pólux lo describe bien: «*Ascolia Zein quoque vocatur utri vacuo, sed spiritu inflato, et inuncto incilire, ut propter ungeuntum laberentur.*»

Virgilio, en el II de las *Georgias:*

atque inter pocula læti
Mollibus in pratis unctos salire per utres.

Daban por premio el mismo pellejo lleno de vino al que saltaba sobre él en un pié diestramente, que no

cayese, sino se quedase firme y derecho; y al que resbalaba le seguia la grita y risadas, premio de su caida. Era esta fiesta, nó sólo digna de tan alegres aras como las de Baco, pero que tambien las viese en el teatro del pueblo de la ociosidad. Elio Rhodiginio, lib. V, cap. IV, *Antiquar Lect.*: «*Ascoliasmus saltatio erat. Bacchi dedicata festis quæ vocatur Ascolia, quod theatris medio utres quos vocant* Ασκους, *inflatos obuntosque uno tantum insilirent pede ut delabentes risum exitarent.*»

Los romanos, muy antiguos en aquella rusticidad, tambien tuvieron éstas como aquéllos, que ya comenzaban á imitar á las naciones patrocinando su extendida supersticion, llamándolas *cornualia*, y al saltar á pié cojita *cornuare, id est, cornu se inflectere.* Para tomar vuelo y saltar con más fuerza, inclinaban el cuerpo. Marco Barron, en el I de *Vita Pop. Rom.*: «*Etiam pelles bubulas oleo per fusas percurrebant ibique cornuabant, à quo ille versus vetus est in carminibus, sibi pastores ludos faciunt coriis cornualia.*»

Nó sólo saltaban á pié cojita sobre las odres, pero tambien en muchas maneras, en varios certámenes y juegos; unas veces al que mayor salto daba, otras corriendo unos tras otro hasta alcanzarlo ó cansarse; tal vez contaban los saltos hasta cansarse ó vencerse el uno. Nuestro buen amigo Julio Pólux, á quien debemos estos y otros juegos: «*In Ascoliasmo autem, uno sublato pede altero quidem saltare oportet, quod* Ασκολιακαρ *vocaverunt, sive in longitudinem saltitarent, sive unus quidem sic insecutus sit, alii vero utroque pede fugerunt donec aliquem uno pede illattus persecutor nanciscatur aut*

stantes saltabant saltus ipsos numerantes, et penes multitudinem erat victoria.»

Ahora vemos jugar á los muchachos todos estos juegos, si no estoy olvidado, porque los que juegan á *coscogita* cuentan los saltos que dan ó en largo ó en número á cuál da más saltos; y en un juego que llaman *Espada Lucía* es ceremonia necesaria que el que salta en el otro ha de venir á coscojita, ó á pié cojita. Lo mismo en otro juego que llaman *Palomita blanca, á hao*, si ya no es el mismo; pero aquella particularidad de que uno huye con ámbos piés y otro lo sigue hasta alcanzarlo, como dice Julio Pólux, es particular costumbre de los que juegan á un juego que los muchachos llaman la *Maruca*, de que en otra ocasion hablaremos.

D. Diego. ¿Ha visto V. m. por ahí un juego que llaman *Fil derecho?*

D. Fern. No sé qué vislumbre veo dél en Atheneo, lib. III, cap. VIII: «*Invenitur tamen quambis raro in hac sententia: nam Satyrus Sophocles hæc loquitur, Herculi disposito immedium dorsum Satirum;* y parece que Policiano aludió tambien á él en el prólogo de los *Menecmos:* «*Esporgite lumbostum, nos sesum ibimus spectavimus que vos taciti aut ridepimus.*»

La saltacion, que en castellano llamamos danza, baile ó tripudio, fué antiguamente en dos maneras: una honesta y útil para el ejercicio del cuerpo, y otra deshonesta y lasciva. La misma diferencia tenemos hoy; mas digamos algo de lo antiguo, porque hay tanto escrito en esta materia, que se puede hacer de todo ello un justo volúmen; y porque de la una y de la otra danza te-

nemos ejemplos en España, no nos divertiremos mucho á ajenas provincias.

Compara la danza Luciano á la armonía de los orbes celestes, porque así como aquéllos se mueven á compás y número, así el que danza se mueve con armonía, dando gusto y alegría al que lo mira. Nuestros españoles fueron tan amigos de esta tan honesta danza, que dice Silio Itálico, en el lib. III de la *Guerra Púnica*, que era todo su entretenimiento y gusto sagrado y profano.

Nunc pedis alterno percussa verbere terra.
Ad numerum resonans gaudentæ plaudere cetras,
Hæ requies ludusque viris ea sacra voluptas.

Como tan belicosos, en la paz hacian entretenimientos de la semejanza de sus batallas, usando de la saltacion Pirrhica, la cual, como dice Atheneo en el libro XIV de sus *Dimnosophistas*: «*Erat quasi armorum instructio*,» un ensayo de batalla, una esgrima á compás, con la cual danza se festejan tambien los dioses.

Qui recte subere chorus decorare Deos,
Hi optimi et in ballo, etc.

Pudo ser que este baile se le pegase á los españoles de los muchos griegos que en España poblaron. Muévome á creerlo así, porque nó sólo usaron de las mismas danzas los griegos que acá vemos imitadas, pero tambien la voz baile y bailar es griega, del verbo *ballizo*, y de tiempo antiguo muy usada en España. En el concilio segundo Bracarense: «*Si quis ballationes ante Eclecias Sanctorum fecerit, seu faciem suam transformaverit in habitu muliebri*» etc. Y en el tercero concilio

Toledano se les llama *ballimachiæ:* «*Quod ballimachiæ, et turpes cantici prohibendi sunt à Sanctorum solemniis.*» Llamáronles *ballimachiæ* ó *ballimachias* del verbo *ballizo* y *machi*, que es pugna; «*quasi saltantium pugna.*» Aquí se ajustan muy bien los versos de Silio Itálico arriba dichos.

Los autores antiguos tuvieron á los curetes por inventores de esta danza. Así lo dice Estrabon, lib. X: «*Credibile est armiferam illam saltationem ab eis introductam, prius qui muliebris vestitu comati et stolati Curetes vocarentur, ut fortiores in re militari cæteris evaderent, et versatam inde armis vitam haverent.*»

Y estos curetes vinieron desde Grecia y asentaron en la costa de Gibraltar y Tarifa: así lo dice Trogo Pompeyo ó su abreviador Justino, lib. XLIV: «*Saltus vero tartesiorum ín quibus Titanes Bellum adversus Deos genie proditur incoluere curetes.*»

En los regocijos y convites, dice Estrabon en el III de su *Geografía* que danzaban al són de la trompeta militar los lusitanos, y las mujeres de Baeza y Guadix y otros pueblos de aquella region, que se llamó Bastetania; oigamos sus palabras: «*Inter potandum ad tibiam saltant, et ad tubam coreas ducunt interum insilientes et poplitibus inflexis redunt corpus dimitentes. In Bastetania id etiam mulieres faciunt una alteram manu tenentes.*»

Este género de baile es el mismo que el de las mujeres espartanas. Escribe el dicho autor: «*Exilione utebantur Lacernæ mulieres adnates saltando quæ retro flexis cruribus ita saltabant, ut calabrus nates atingirent quan-*

doque cruribus alternatim inflexis quandoque utrisque uno, et eodem tempore.»

Es tan uno este de las mujeres espartanas con el baile de los lusitanos y de las mujeres bastetanas, que no se puede negar, y muy semejante todo lo dicho á lo que vemos en la danza de las espadas, que es aquella saltacion pirrhica ó ballimachia de que primero dijimos, que hiriendo los piés el suelo al compás, usan de las espadas y broqueles haciendo un género de batalla muy graciosa.

Pues el bailar dejándose caer sobre las asentaderas, cruzando y sacando las piernas con mucha destreza, no hay danza nuestra en que hoy no lo veamos, derivado de aquel antiquísimo siglo.

D. Ped. Verdaderamente consuena toda la antigüedad con lo que hoy se usa, y es cosa de muchísima admiracion la tenacidad de las costumbres españolas, que todas parecen heredadas: de donde he venido á pensar si un juego de muchachos que llaman *Ande la rueda* es especie de esa saltacion pirrhica.

D. Fern. Diga V. m. la forma de ese juego, y podrá ser le hallemos alguno semejante.

D. Ped. La forma de este juego es así: júntanse muchos muchachos, y asidos de las manos en rueda, y otros andan sueltos fuera, y todos ellos andan velocísimamente alrededor, bailando y tirando coces al que anda fuera, lo que dice uno y responden todos: *Ande la rueda, y coces en ella.*

D. Fern. Harto es que en la antigüedad descubramos algo que se le parezca, á la manera que en un

dia nebuloso y nublado se suelen descubrir los bultos de léjos, adivinando lo que son, con peligro de no acertar: tal me parece hallo en el lib. XVIII de la *Iliada* de Homero delineada esa danza ó juego; sus versos de version de Espondano dicen así:

Ibi quidem adolescentes, et virgines formosisimæ
Hi quandoque cursitabant doctis pedibus,
Agiliter admodum sicut cumquis rotam, aptam
Manibus sedens figulus tentaverit si currat.

Allí las hermosísimas doncellas
Y mancebos danzaban con piés diestros
Velocísimamente á la redonda,
Como cuando el ollero con las manos
Prueba la rueda á ver si está corriente.

Atheneo, en el lib. I, cap. VIII, juzga por heróica esta danza, porque imita al Sol en su esfera: «*Aliæ sunt saltationes apud Homerum, quæ ciberar istes vocanttur. Aliæ per spheram quam Solem circumvolventem inter heroicas inducit.*»

Más expresamente lo veo imitado en Aristóphanes, en la comedia llamada *Las Avispas*, en estos versos:

Caridum ite fratres
Citos pedes movete in Orbem
Tum recalcitrans quis
In Schema, eat accinens
Miretur ut theatrum.

Consideren V. ms. con cuidado y noten todas las particularidades de esta danza, pues llama á los que en ella danzan hermanos de los cangrejos, por la multitud de los piés que se mueven en círculo, porque *caris*, en lengua griega, significa cangrejo: incítanlos á que mue-

van los piés velozmente, y que cada uno vaya tirando coces, diciendo el versillo andando á la redonda.

D. Diego. No faltó ahí sino que dijera el versillo de ande la rueda, que en todo lo demás admirablemente conviene. Díganos V. m. si acaso ha encontrado por ahí á *Juan de las Cadenas á hao*, que parece tambien de ese género de danza, porque se engastan y encadenan los muchachos y pasan á la redonda.

D. Fern. No sé qué ecos he oido en el lib. II *De Rerum Natura*, que Lucrecio me suena en los oidos diciendo:

> *Quos memorant phrygios inter se forte catenas*
> *Ludunt*, etc.

Así enmienda y entiende este lugar el buen viejo Adriano Turnebo en el lib. XXVII de sus *Adversarios*, donde dice que Lucrecio alude á un juego semejante: «*Lucere enim catenas erit ludu quodam catenarum seu in quam catenatim concerere sese; et implicare catenasque imitari.*»

Pero ya es tiempo que pasemos al otro género de saltacion lasciva y deshonesta, y ojalá en ella no hallaremos tantos ejemplos antiguos y modernos en nuestra tierra. Bástenos saber que los bailes de las mozuelas gaditanas, muy célebres en el mundo llamándoles bailes, á diferencia de danza, porque danza llamamos comunmente á la honesta saltacion, y danza llamamos tambien á las que en las fiestas del *Corpus Christi* en todas las ciudades de España se usan, con rico adorno de vestido, en que se representan algunas historias de las que Luciano refiere.

D. Ped. Ya que llega V. m. á este punto, díganos qué danzas son esas, pues conforman con las nuestras.

D. Fern. Digo que los antiguos griegos y romanos tenian unos géneros de danzas en las cuales, con el movimiento del cuerpo y gesticulaciones, el que danzaba iba representando toda una historia sin hablar palabra, pero con tales movimientos y acciones que expresaba todas las acciones alegres ó tristes de aquella fábula ó historia: á éstos llamaron los antiguos pantomimos, del verbo griego *mimesthai*, que es *representar*, y de la voz *pantos*, que es *todo*, como si dijéramos representarlo todo. Tales danzas fueron *La batalla de los Titanes*, *El nacimiento de Júpiter*, *La prision de Saturno*, *Las personas de Prometeo*, *La caida de Icaro*, *El laberinto de Creta*, y otras muchas.

D. Ped. Algo de esto hemos visto este año en los teatros y coliseos de Sevilla, con sóla una diferencia, que el músico que tocaba la vigüela iba cantando la historia y el bailarin danzando las piezas de él: así se bailó *El caballero de Olmedo* y la *Fábula de Píramo y Tisbe*, y á esta traza otras.

D. Fern. No pueden llegar las gesticulaciones que ahora se hacen á las que nos refieren las historias; basta que imiten algo. Mas volviendo á nuestro baile, digo que la diferencia entre la danza y él, es que en la danza las gesticulaciones y meneos son honestos y varoniles, y en el baile son lascivos y descompuestos: tales eran los bailes gaditanos antiguamente, de que habló Juvenal, *Sát.* XI.

Forsitam spectes ut gaditana canoro.
Incipiat prurire choro plausuque provatæ
Ad terram tremulo descendant clune puellæ
Irritamentum veneris languentis, etc.

Estas danzas ó bailes lascivos y deshonestos eran tambien pirrhicos por la presteza y agilidad de su movimiento, y usaban de él en las fiestas de Baco, fundador de nuestra vecina Lebrija.

De que se bailase en las tales fiestas tengo por autor á Atheneo, lib. XIV, cap. XVIII: «*At Pirrhica quæ apud nos reperitur Dionysica quædam ese videtur.*»

Y la razon es porque los compañeros de Baco, que se llamaban sátyros y silenos, ó digamos sus sucesores, la bailaban: «*Erat enim*, como dice Julio César Escalígero, *maxime notoria gesticulatione creberrima et celerrima potisimum Satyrorum.*»

Alude á este baile Marcial, hablando de una dama gaditana:

Tam tremulum crisat tam blandum prorit ut ipsum.
Alas turbatorum faceret Hyppolitum.

Y en otra parte, el mismo poeta:

Vibrabunt sine fine lumbos.

D. Ped. Dijo V. m. que el dios Baco fundó á Lebrija, y como lugar nuestro vecino me alegraré ver alguna probanza de esta proposicion.

D. Fern. Recibido está por los hombres doctos que Nebrissa ó Lebrija es fundacion de Dionisio Baco, por unos versos de Silio Itálico, que así lo dan á entender, y son del III libro de la *Guerra Púnica*. Dicen así:

Tempore quo Baccus populos dominabat iberos
Concutiens Thyrso, atque acuta Mena ad Calpem
Lascibo genitus Satyro Nimphaque Mirice.

Y hablando de los lugares que siguieron la guerra de los cartagineses, cuenta á Lebrija con este aparato:

Ad Nebrissa Dionysæis consica Thyrsis
Quam satyri coluere lebes redimitaque satra
Nebride et Hortano Menas nocturna Liæo.

Ven aquí V. ms. sátyros y ménades en Lebrija, donde serian sus bailes tan frecuentes y sus relinchidos tanto que los pudiéramos oir desde nuestra tierra y campos, si ya por acá no teniamos la misma festividad. Y digo esto, porque yo tengo en mi casa una efigie de estas ménades, de muy buen mármol, coronada de yedra y suelto el cabello. Están los corimbos ó obas de la piedra y las hojas extremadamente expresadas en el mármol.

Y que esta figura sea de las ménades, mimalónides, baccas ó basárides, que todos estos nombres tienen, es evidente por los lugares que citaré á V. ms. donde nos las dejaron pintadas. Séneca, en la tragedia *Edipo*, acto segundo, al principio:

Efussam redimite comam nutantes.

Corymbo:

Mollia Nisætis armati Barchria Tyrsis.

Tíbulo:

Sed variæ flores, et frons redimita Corymbis.

Ovidio:

Ibat ut Edonius referens triteria Baccho
Ire solet fassis barbara turba comis.

Estucio, en el epitalamio de *Estela:*

> *Erat Enthea Thyrsis*
> *Atque hederedis redimita Cohors.*

Y un sátiro tengo de la misma manera coronado de yedra, y lo conservo como venerable antigüedad entre otros retazos que de ella tengo. Nonno Panopolita, en el lib. XLVIII, trata de los bailes que muy en sus pañales le cantaron:

> *Et ipsum Eleusi midibus Dea apposuit Bachis,*
> *Circa Puerum Bachum circulabant Chorea.*

Lindamente pinta Aristóphanes uno de estos corros bailadores del dios Bacco en la comedia *Cerealia celebrantes.* En latin suena así:

> *Terna et Concinna totam cantilenam*
> *Dualis autem ita ipse,*
> *Tu heridifer Bacche.*
> *Te Choroalibus idebrando Evion ò Bacche*
> *Peomis et semelis fili*
> *Chorea qui celebrans per montes Nimpharum*
> *Amabilibus in Himnis.*

Iban estas ménadas, basirides, bachas ó mimalionaes tocando adujes y sonajas: toda su trápala representa muy bien Sidonio Apolinar en tales versos:

> *rotat Anthea Thyrsum.*
> *Basaris et maculu Crithea nebridus horrens,*
> *Exitat odrysios ad marcida tympana mystas.*

Á estos instrumentos ó sínodo de ellos les llamó Marcial crusmata:

> *Edere lascivos et Betica crusmata gestus*
> *Et gaditanis ludere docta modis.*

El mismo celebra los certámenes gaditanos:

Cantica qui Nili, qui gaditana susurret.

Y por eso la llaman á Cádiz Tinnula, que resuena con el són de sus instrumentos. Papino Stacio, *Silv.* I:

Illic cimbala Tinnulæ que Gades.

Estos lascivos bailes parece que el Demonio los ha sacado del Infierno, y lo que áun en la república de los gentiles no se pudo sufrir por insolente, se mira con aplauso y gusto de los cristianos, no sintiendo el estrago de las costumbres y las lascivias y deshonestidades que suavemente bebe la juventud con ponzoña dulce, que por lo ménos mata al alma; y nó sólo un baile, sino tantos, que ya parece que faltan nombres y sobran deshonestidades: tal fué la *Zarabanda*, la *Chacona*, la *Carretería*, la *Topona*, *Juan Redondo*, *Rastrojo*, *Gorrona*, *Pipirronda*, *Guriguirigai*, y otra gran tropa de este género, que los ministros de la ociosidad, músicos, poetas y representantes inventan cada dia sin castigo.

Parece que previno estos tiempos Job en su *Threnodia*, cap. XXI: «*Pueri eorum exultant lusibus. Tenent tympanum et cytharam, et gaudent ad sonitum organi.*»

Y con ser Platon un gentil, temió que en su república se pegase tal contagio de las costumbres; y así, en el lib. VII de ella dejó escrito, nó sólo que no hubiese cantares deshonestos en su república, ni bailes lascivos, pero ni nuevos tampoco: «*Omni igitur ratione conandum ne pueritia in cantibus et saltationibus nova nunquam audeat imitari neve ullus ad novitatem pueros voluptatum blandimentis alliciat.*»

Y los lacedemonios desterraron de su ciudad á Archiloco por autor de estos cantares y malos bailes, como

lo dice Val. Máx., lib. VI, cap. III. Horacio atribuye el perdimiento de Roma á estos bailes. Carm. III, *Od.* VI:

Facunda culpæ sæcula nuptias
Primum inquinavere, et genus, et domos:
Hoc fonte deribata clades
In patriam, populumque fluxit.
Motus doceri, gaudet jonicos
Matura virgo, et fingitur artubus
Jam nunc, et incestos amores
De tenero meditatur ungui.

¡Oh! ¡Si nuestros jueces despertasen al són de tan importantes voces, y pusiesen remedio en las costumbres depravadas de la juventud, y desterrasen ya los teatros de España! Mas porque ya es hora de que V. ms. coman un bocado y descansen, tratemos de eso: «*Et nunc amoto quæramus seria ludo.*»

DIÁLOGO II

DIÁLOGO II

D. Diego. ¡Qué de memorias alegres nos reduce este agradable sitio! En ninguna manera permite vagar la imaginacion á cosas tristes, porque la hermosura de este jardin, desenfado del patio, y todo el edificio y sitio de esta heredad entretienen los ojos y ocupa su hermosura en el entretenimiento.

D. Ped. Con haber en los campos de nuestro lugar tantas y tan grandes y hermosas heredades, tan extremadas y grandiosas caserías, cuales no se ven semejantes en España, parece que nuestro gusto está vinculado á esta sola, y que no se puede hallar gusto sino aquí.

D. Fern. Tanto puede la amistad y merced que V. ms. hacen á su dueño, que fabrican materias de alegrías y agradecimiento, pagándose áun de mis deseos; pero yo siempre me reconoceré deudor.

D. Diego. Por lo ménos V. m. lo es de lo que ayer prometió, de proseguir aquella alegre materia de los juegos que ayer trató en este mismo puesto, donde sin pensar hoy nos hallamos, atraidos de la suavidad y olor de las flores, y convidados de la sombra de estos naranjos.

D. Fern. Bien le conocí á V. m. la aficion á lo que se comenzó ayer: pienso yo que cualquiera que sacrificare al genio y á las sagradas Musas tendrá mucho respeto y aficion á la venerable antigüedad; y porque ayer dijimos *del correr* y *el saltar* algun poco, pasando de carrera á salto, por muchas más cosas que se pudieran decir, hoy proseguiremos los juegos que restan del penthathlo ó quinquercio, por el mismo órden; segun lo cual tiene el tercero lugar *la lucha*, á la cual llamaron los griegos *palestra*, sobre cuya etimología contienden Plutarco, Julio Pólux y otros gravísimos varones. La voz *palestra*, nó sólo significa lucha, sino tambien palestra; esto es, lugar donde se ejercita la lucha, como parece de aquel verso de Virgilio:

Pars in gramineis exercent membra palæstris.

La antigüedad de la lucha, á mi parecer, es tanta como la que tiene el género humano, porque desde que nuestro primer padre fué desterrado del Paraiso de los deleites al valle de las lágrimas, sus hijos y descendientes contendieron y lucharon, uno con sus apetitos, ó los de su hermano, para salir cada uno con su intento; y así, todos cinco ejercicios, que todos ellos dependen de los piés, manos y puños, segun Lucrecio, lib. III *De Rer. Nat.*:

Arma, antiqua manus, ungues, dentesque fuerunt.

Y las demás partes del cuerpo y sus facultades tienen una misma antigüedad: lo que yo ahora averiguaré será su uso en las repúblicas que tuvieron política: y no se ha de entender que la lucha fué así simple como ahora vemos cuando dos mancebos luchan; porque en Grecia y otras partes hubo maestros asalariados de lo público, y lugares que llamaron gimnasios, donde lucharon en una parte que llamaban xisto. Luchaban desnudos, y para esto se untaban con aceite y polvo todo el cuerpo, y fabricábanse muy bien su cuerpo primero. Por eso Garcilaso le llamó polvorosa á la lucha.

Por tí con diestra mano
No revuelve la espalda presurosa,
Y en el dudoso llano huye la polvorosa
Palestra, como siempre ponzoñosa.

Hacian sus acometimientos para asirse bien, y tenian sus tretas particulares, que eran, como dice Julio Pólux, lib. III, cap. IX: «*Cruribus prosterrere detorquere, pervertere.*» Derribar con las piernas, torcer el cuerpo, pervertir, echar zancadilla, siempre fué tenido por treta nociva y engañosa. Nomo Ponopolitano, en el lib. XXXVII de los *Dioniciacos:*

Æacus varia consilia agitans doloso, vero pede
Sinistrum Aristhey thalum, ællident pedis,
Supinum per se volutum dejecit ad terram.

Volveré así estos versos en romance, porque ayer dejamos muchos de propósito.

D. Diego. Hácenos V. m. un grande beneficio y merced.

D. Fern. Digo, pues, así:

Várias cosas revolvia
Eaco en sus pensamientos:
Con zancadilla engañosa
Torciendo el pié de Aristheo,
Y echándole boca arriba,
Le tendió todo en el suelo.

Ulises, con Ayax luchando, lo venció con engaño. Homero:

Doli autem non oblitus est Ulises
Percussit pone poplitem adeptus;
Solvit autem membra
Dejecit que retro.

Pero no olvidado Ulises
De sus cautelosas mañas,
Hirió por detrás las corbas
Y dió en el suelo con Ayax.

Lucano, lib. XIV *De Bello civili; Achelao* en Grecia, Ovidio, lib. III *Methamorph.*, y Plauto en la comedia *Pseudolo*, hablando del vino, dice:

Captæt primum pedes, luctator dolosus est.

Luchando, falso aquel es
Que ase primero los piés.

Fué ejercicio que hicieron los héroes y semidioses, pues Hércules luchó con Antheo en Libia. Algunos hacen inventor de la lucha á Theseo; otros á Phorbante. Esta invencion entiendo de la lucha pública con premio en certámenes: y Luciano introduce á Vulcano luchando con Cupido, y de esto hay muchos ejemplos que

no importan á nuestro intento. Sidonio Apolinar toca la lucha de Pólux *in carmine ad Felicem:*

Non dicam lacedemonis jubentus
Unctas Tindæridis discasse luctæs,
Doctosque palem patriis Teramnem
Gimnas Bebritii tremit theatri.

No cantaré la juventud gallarda
Del muchacho Tindáride, que luchas
Untadas consagró; si el ejercicio
Pastoril Teramneo ya enseñado
El Bebricio teatro le tenía.

Teramne fué un pueblo de Lacedemonia, en Grecia, donde la lucha tuvo mucho valimiento, y allí Pólux luchó en su juventud, como á lo largo lo cuenta Valerio Flacco en el lib. IV de sus *Argonautas,* que por muy largos no refiero sus versos.

Ejercitaban de propósito los muchachos en este ejercicio de luchar para fortalecer los miembros, en que dió muestra de su valor siendo muchacho Alcibiades, que diciéndole otro muchacho que luchaba con él ¿Muerdes como mujer, Alcibiades? respondió animosamente: «Nó, sino como leon.» «*Num in lucta cum deprimeretur ne caderet magnus illius qui eum deprimebat sibi injectas ori admovit et mordere cæpit qui nexu laxato cum diceret: ¿Mordes Alcibiades more mulierum? Minime vero inquit, sed more leonum.*»

Licurgo tuvo por tan importante la lucha, que nó sólo los mancebos, sino tambien las doncellas quiso que la ejercitasen.

Plutarco, *in Licurgo:* «*Corpore virginum cursu lucta*

discorum et tellorum jactu exercuit, ut et fœtus radix validum in valentibus corporibus exordium haberet.» De manera que, siendo fuertes la madre y el padre, que son raíces de la generacion, las crias lo fuesen.

De Grecia pudiéramos traer muchos ejemplos, pero digamos algunos de Roma. Aquel famoso mancebo y capitan Márco Coriolano en este ejercicio se fortaleció para ser despues ilustre varon. Plutarco, *in Coriolano:* *«Ita corpus ad omnius generis pugnam paravit ut adversum agitis esset et corpus haberet in præhendendo, luctusque bellisis difficile extricatu.»*

Terencio lo tiene por cosa digna de la educacion de un hombre noble, *in Adelphis:*

Fac periculum in literis, in palestra, in musis,
Quæ æquum est liberum scire adolescentem.

Trae tantos ejemplos Pausanias á cada paso, que parece supérfluo referirlos; mas volvamos los versos de Terencio en nuestra lengua:

Haz esperiencia en las letras,
En la música, en la lucha,
Artes que el mancebo noble
Ha de aprender en la cuna.

No faltó quien infamase la lucha y no la tuviese por buena, desterrándola de su república; así lo hicieron los egipcios, de quien dice Século, lib. II, cap. III: *«Palestræ aut musicæ non vacant existimantes quotidianum illius exertitium Junioribus infirmum esse et periculosum ex eo vères brebiores effici.»*

Lo mismo parece haber sentido Xenophonte en la *Pérdida de Ciro: «Quem admodum dicuntur Græci docere*

pueros in luctatione decipere, èosque excercere inter se qui hoc facere possint.»

San Cipriano la juzga tambien por deshonesta y mala *in Epistola ad Plebem: «Quam fœda inquid ista luctamina vir infra virum jacens inhonestis nexibus implicattus.»*

Tertuliano, lib. *De Spectaculis: «Palestrica Diaboli negotium est.»*

Y Plinio no siente bien de ella.

Lo cierto es, que la lucha por sí como ejercicio es buena; ahora la dañosa es mal uso: los ejemplos de varones insignes acreditan esta parte, pues á más de los ya dichos, Arato la ejerció. Plutarco, *in Arato: «Cum ingenue educaretur Argis, et corpus surgere in bonum habitum, et prosperitatem dideret ad medicationem contulit se palestræ.»*

Y Luciano introduce al dios Mercurio por maestro de la lucha *in Apolline et Mercurio: «Quem admodum ego vaticinor Æsculapius medetur Mercuri; palæstricam doces puerorum exercitator optimis.»*

Y Platon, en el *Diálogo* VII: *«Que vero in recta luctatione a collo manibus laterumque motu cum victoriæ studio, honestuque habitu adhibetur, cum ad omnia utilia sint, tum ad sanitatem vires que conducunt prætereunda non sunt.»*

Este género de lucha de que hemos hablado era la ordinaria que ahora vemos á los muchachos, que es procurar derribarse el uno al otro asiéndose fuertemente brazos y piés.

Habia tambien otro género de lucha, que llamaban

voluntaria ó pancracio, que era, estando echados los luchadores en el suelo, procurar coger uno al otro debajo y oprimirlo hasta que lo rindiese. De esta lucha se entiende que habla Aristóteles, *de Con. Anim. gress.*, y Antileo en *Oribacio Collect.*, cap. XXVII, donde hace la lucha de dos maneras, una estando en pié y otra estando en el suelo; y esto basta de la lucha.

§. II.

El *tirar* es fuerza de las manos y brazos, arrojando de ellos alguna cosa. En los gimnasios lo que arrojaban era una maza redonda y gruesa, á manera de plato, que llamaban *disco*. La materia de ella era de metal ó de mármol; tal vez se vió prolongada en forma de un ladrillo ó barra de plata de las que ahora traen de las Indias. Eran algunos de estos discos tan pesados, que apénas podia un hombre levantarlos del suelo y moverlos; mas los ordinarios no eran tan pesados. Este ejercicio, como sencillo y fácil de probar, tiene la antigüedad que los demás, porque aunque no fuesen los que arrojaban en la forma del disco, bastaba ser alguna piedra grande, como aquella que Ulises, denostado de Evrialo, mancebo hermoso pero necio, tiró con tanta gallardía, que nadie osó contender de todos los Pheaces.

Con el disco jugaba el dios Apolo cuando al mancebo Jacinto, malogrado, le costó bien caro, pues perdió

la vida, yéndosele de la mano el disco al dios Apolo y dándole en la cabeza á Jacinto. Luciano, *in Apolline et Mercurio: «Disco Apollo ludere discebat atque ego una cum illo ludebam; et ego quidem quemadmodum cum sua vera inus discum inaltum sursum versus jaculabam, Zapyrus autem eì à Taigeto spirans ablatum puero in caput inflixit.»*

La misma desdicha llora Nonno Panopolita, III *Dyonis:*

Et plantam juvenis videns agitatam auris
Disci recordatus lamentabatur nequa et puero
Emulus imbideret etiam in foliis ventus.

Viendo el pié del mancebo fatigado
Del aura, y acordándose del disco,
Triste se lamentaba porque el viento
Émulo nó otra vez lo molestase.

¡Qué bien nuestro Marcial en dos *Epigramas!:*

Splendida cum volitent spartan pondera disci
Este procul, juvenes, sit semel ille nocens.
Flectit ab inviso morientia lamina disco
Aevaltus Phœvi cura dolosque puer.

Cuando los lucientes pesos
Vuelan del disco espartano
Baste que dañe una vez;
Poneos en cobro muchachos.
Del disco aparta los ojos,
Ya con la muerte turbados,
Cuidado y dolor de Febo,
El Jacinto malogrado.

De su destreza en el disco y otras lozanías de su edad habla Philolaches en *Plauto*, así:

Cor dolet mihi quem scio nunc sematque ut fui
Quo neque industrior de juventute erat gimnastica
Disco, hastis, pila, cursu, armis, equo.

Duéleme el corazon de que me acuerdo
Quién soy ahora y quién fuí antiguamente;
Pues más que yo ninguno fué industrioso
En el arte gimnástico, en el disco,
Danza, pelota, curso, armas, caballo.

Quintiliano en la declaracion por Milite contra Tribunum dice que fué juego áun entre los soldados: «*Ludu fuit rotare Saxa librare jactu Sudes saltus agitare venatu.*»

Este ejercicio se hace todavía en España, y en los pueblos menores y serranías es más frecuente. Llámanle tirar la barra, y de aquí ha venido á ser proverbio por aventajarse; tambien se llama el herron, por un hierro redondo, grueso, horadado por medio, que es el instrumento que imita en algo al disco.

Tirar con arco ha sido en el mundo tan frecuente, que no ha habido nacion bárbara que no lo haya usado; y verdaderamente que es ejercicio fácil y conveniente en esta edad, poco admitido en Europa, habiendo sucedido en su lugar la pólvora, invencion que parece nació del infierno en su crueldad y violencia, y por lo ménos huele á los pebetes de ella, por no disimular su nacimiento. Poco há que conocemos el uso de ella, y ántes en todos los lugares habia oficiales de esta arte: ahora ni en Sevilla se hallará uno tan sólo, habiendo muchos oficiales de arcabuceros, pólvora y balas. Pero vamos á nuestro intento, y de él tenemos la parte menor, que es el ejercicio de la juventud en arcos y flechas. Aquel man-

cebito, Amor, cuñado de Hércules, en Valerio Flaco, lib. I de *Argonautico:*

Tela puer facilesque humoris gaudentibus arcus
Gestat Hilas.

Flechas y arco liviano trae á los hombros
Hilas, gentil mancebo.

Y en otra parte, el mismo autor:

Sub te puerila tela magister
Venator ferat et nostram festinet ad Hastam.

Papinio Stacio introduce á la ninfa Thétis poniéndole arco y flechas á su hijo muchacho, mal disimulado Achiles.

Mater et ipsa humeros, exertaque brachia velat
Ipsa arcum pharetramque locat.

Estudio antiquísimo fué de los persas, pues desde edad de cinco años hasta veinte y cuatro los instruian en este y otros ejercicios. Estrabon en el XV de su *Geografía:* «*A quinto usque ad vigesimum quartum discunt sagitare, jaculare, equitare et in primis vera dicere.*»

El último es muy de notar, porque los muchachos que siéndolo dicen mentiras, nunca pierden la mala maña.

Los scitas son de tiempo antiquísimo ejercitados en esto. Lucano, VIII *Phars.:*

Nec puer, aut senior lactales tendere nerbos
Signis et à nulla mors est incerta sagita.

Nadie, muchacho viejo, los fatales
Nervios tendia perezosamente,
Porque todas sus flechas son mortales.



Los parthos y germannos, en naciendo, aprendian á tirar con arco y vibrar la lanza. Sen., *in Epist.* XXXVI: «*Si in Parthia natus esset arcum statim tenderet; si in Germania protinus puer tenerum hastile vibraret.*»

Como doctrina importante antiguamente para guerra, la quiere Vegecio por juego introducir, y entretenimiento en los mancebos, lib. V *De Re Milit.*: «*Sed prope tercia vel quarta pais Juniorum que aptior potuerit reperiri arcubus ligneis sagitis que lussoriis ad illos ipsos exercenda palos.*»

Y Cornelio Tácito, en el lib. IV de las *Historias*, dice que era doctrina que Cibil enseñaba á su hijo pequeñuelo: «*Et ferebatur Cibilis parbulo filio quosdam captivorum sagitis, jaqulisque puerilibus figendos obtusse.*»

David, de este comun uso de los muchachos, tomó la comparacion para desengañar los injustos maldicientes, diciendo que las heridas que dan son de tan poca consideracion como las heridas de los virotillos pueriles: «*Sagitæ parvulorum factæ sunt plaga erorum.*» *Psalm.* LXIII.

Tambien era juego tirar con dardos los muchachos. Nó sin pompa poética lo dijo Sidonio Apolinar:

Et puer est Cupidus nunquam sed parcus habendi
Urget, quod sperat ludum si forte retexam
Consumit quidquid jaculis feciset, putaris
Istius una dies tribus hunc tremuere sagitis
Anguis, cervus. Aper, etc.

Codicioso el mancebo, y nó avariento,
Persigue lo que espera; y si dijere
El entretenimiento suyo acaso,
Lo que con dardos tira sólo un dia

Lo consume con solas tres saetas:
Temblaron de este jóven animoso
Serpiente, siervo y jabalí brioso.

El mismo autor, en el *Panegírico* de Antemio:

Ludus erat puero raptus ex hoste sagitas
Festina tractare manu captosque per arcus
Flexa reluctantes in cornua tendere nerbos.

Y en el *Panegírico* de Abito:

Jam si forte suem latrantibus improbus imber.
Terruit albentes nigro sub gutere Lunas
Frangere per adversos venabula cogere prædas.

§. III.

Del tirar con honda, costumbre mal continuada entre muchachos, hay mucha memoria en los autores: por juego de esta edad lo trae Higinio en las *Fábulas*, y dice que en los certámenes argibos que hizo Acasto, hijo de Peleo, venció con honda á Cephato. Platon lo hizo ley de aquella su república; lib. VII: «*Certetur arcu pelta, lanceis, lapidumque, et, sundæ jactione.*»

En las islas de Mallorca y Menorca fué la honda cosa tan célebre, que fueron proverbio del mundo y famosos sus habitadores en las batallas por el uso de ellas; pero desde muy pequeños los enseñaban sus madres á que no habian de comer más pan que el que atinasen tirando con la honda. Así lo dice Flavio Vegecio, I *De Re Milit.*: «*Fundarunt autem usum primi Ballearium*

Insularum habitatores, et ita peritè exercuisset dicunt ut matres parvos filios nullum cibum contingere sinerent nissi quem ex funda destinato lapide percusissent.»

Diodoro Sículo acredita la misma costumbre, y dice que les ponian á los muchachos encima de un palo por blanco el pan, y no lo comian hasta que con la honda lo derribaban; lib. VI, cap. VI. *Bibliothecæ:* «*Ita autem lapides rectos propellunt, ut raro effugiat ictum appetitus locus quod eis continuus a pueritia usus probet à matribus et in certamen coactis imponunt enim supra erectum lignum panem, signum quod jactu petant neque ante cibum capiunt, quam panem lapide ejectum pro cibo sumant.*»

Licofron, en su comedia *Alexandra*, dice lo mismo, y añade que los traian desnudos y descalzos prevenidos con sus hondas.

Nudam trahunt discalceatam intæm
Tribus funibus instructis fundis,
Quorum matres jaculandi artem
Docebant infantes ante cænam filios,
Nullus enim illorum maxilis panem mandet,
Antequam cum certo assequantur lapide
Super lignum scopi signum positum,
Atque illi quidem ripas conscendent asperas
Iberi feras justa tartesi portam.

Atribuye esta costumbre Licofron á los españoles andaluces, como tambien Estrabon á los lusitanos, en el lib. III: «*Cæterum Hispani fere omnes peltis usi sunt bello, levique armatura latrociniorum causa quales Lusitanos diximus bacculo funda et gladio uti*;» porque estos mallorquines son raza de españoles.

Tambien fué muy diestra aquella medio muchacha Camilia, de quien dice Virgilio que arrojaba pelotas de metal con la honda.

Et fundam Tereti circum caput egit cihena.

Honre David este ejercicio y acredite su mucha habilidad en la suya, de tan buena suerte, que dió con su jigante en tierra. Reg. I, cap. XVII: «*Et misit manum suam in peram, tulitque unum lapidem, et funda jecit, et circumducens percusit Philistæum in fronte, et infixus est lapis in fronte ejus, et cecidit, in faciem suam super terram.*»

Bien ejercitada tenía la honda quien con tanta destreza de un tiro alcanzó tan grande victoria, si bien es verdad que Dios le gobernaba la mano.

Lo que hasta aquí hemos dicho del tirar con honda es loable ejercicio, con que nos da ejemplo é instruye la antigüedad; pero las hondas que hoy ejercitan nuestros muchachos son perniciosísimas, que tiran á dañar y herir sin destreza ni aprovechamiento corporal ni espiritual suyo, ántes se hacen licenciosos y malos con tales permisiones; y no dudo que tambien tiene antiguo principio, pues San Agustin dice que en África habia de estos apedreadores, en los cuales entraban chicos y grandes, y se herian y mataban. Llamábanles catervas por la muchedumbre que se juntaba y se dividia en ellas, y hacian sus bandos ó bandas, y solian ser contrarios padres y hijos. Donde esta costumbre habia hecho más hondas raíces era en Cesárea de Mauritania: las palabras del Santo en el lib. I de *Doctrina cristiana*, capítulo XXIV, son tales: «*Denique apud Cæsaream Mauri-*

taniæ, cum populo disuaderem pugnam civilem, quam caterbam vocabant, neque enim cives tantum modo, verum etiam propinqui et fratres, postermo parentes, ac filii lapidibus inter se in duas partes divisi per aliquot dies continuos certo tempore anni solemniter dimicabant, et quisque ut quemque poterat occidebat.»

¡Cuánto de esto hemos visto acá! Quitó el glorioso Doctor con sus sermones esta barbaridad, y la superstícion de echar la stipe ó limosna á las fuentes, y las danzas lascivas en los templos.

§. IV.

Apuñearse, á que llamaban pugilato, y de cómo los muchachos ejercitaron el pentathlo.

Apuñearse, que llamaron pugilato los latinos, de la voz *pugno*, por el puño, y á los que lo ejercitaban *pugiles*, era ejercicio duro, peligroso y pesado, porque no se apuñeaban con la mano desnuda.

D. Diego. Díganos V. m. la forma de este juego.

D. Fern. Lea V. m. á Virgilio en el lib. V de la *Eneida*, y allí verá á Dares y Entellus desbaratarse á puñetazos, nó sólo con el vigor y fortaleza de sus manos y brazos, sino tambien con unos que llamaban cestos.

D. Diego. ¿Cómo eran?

D. Fern. Eran unos guantes, digámoslo así, de fuertes correones que se asian en los codos y enlazaban fuertemente, y á veces llegaban hasta los hombros y se

cruzaban por las espaldas, porque no se cayesen, y en las manos ó puños tenian unas como puntas de fierro, con que lastimaban.

Puestos, pues, en la palestra los pugiles, como si fueran esgrimidores, se tiraban tajos y reveses con las manos, porque no se podian abrazar ni llegar uno á otro á través, y desdichado del que se descuidaba, que de un golpe escupia las muelas. De este ejercicio y de la destreza que en él tenía fanfarronea graciosamente Ergacilo Paracito en la comedia de *Plauto:*

Nam meus est ballista pugnus; cubitus, cathapulta est mihi,
Humerus aries, tum genu, et quæcumque icero ad terram dabo
Dentilegos omnes mortales faciam quemque offendero,
Et qui obstiterit, oxesistet eja hic homo pugilatum incipit.

Volveré todas estas fanfarronerías y desgarros en un romancillo, y no será con la gracia que ello suena en latin, pero que contendrá la misma sentencia:

Mi puño es una ballesta,
Mis codos tiros pedreros,
Arietes son mis hombros,
Que echan muros por el suelo:
Con la rodilla derribo
Á todos cuantos encuentro.
Si alguno me resistiere
(Que sería atrevimiento),
Haré que estén ante mí
Sus carrillos á derecho:
Sabrán todos los mortales,
Cuantos son, cuantos nacieron,
Que sus dientes y muelas
Cogedores los he hecho.

D. Ped. Paréceme que es ese buen hombre á

modo de nuestro Rastrollo, que de valiente, á puñadas come, y á coces bebe.

D. Fern. En todas edades ha habido de todo, y nada hay nuevo debajo del sol; mas porque concluyamos con el pentathlo ó quinquercio, y por ejercicio de los muchachos, traeré algunos lugares que ciñen todos los juegos, y sea el primero el de Séneca *in Hercule furente*, act. IV, donde hablando de los muchachos, y con ellos, dice:

Non vos patriæ laudis comite
Ulti sæbo vulnere reges,
Non Argiba membra palestra
Flectere docti: fortes coestu
Fortes quæ manu: jam tamen ausi
Telum scythici leve corythi,
Missum certa librare manu
Tutos fuga figere cervos:
Ite infaustum genus, o pueri,
Noti per istes triste laboris.

———

Nó vosotros, compañeros,
De paternal alabanza,
Por vengaros de los reyes
Con las sangrientas espadas,
Ahí teneis de las palestras
Argias la docta enseñanza.
Fuertes en cesto y en mano,
Mas con osadía gallarda,
Sabeis con mano certera
Tirar las flechas livianas,
Que el scita coritho empuña,
Que al ciervo ligero alcanzan.
Sed valientes, mancebitos,
Generacion desdichada;
Sed por el triste camino
Del trabajo y la desgracia.

Mucho mejor comprehendió el quinquercio Plauto *in Bacchidibus:*

Nego tibi annis viginti fuisse, prius copiam
Digitum longe à pedagogo pedem ut referem ei à edibus.
Ante Solem ex Orientem missi in palæstram venire,
Gimnasii præfecto haud mediocres pænas penderes,
Idque ubi obtingerat hoc etiam malum accersebatur malo;
Et magister et discipuli perhibeantur improbi,
Ubi cursu, luctando, hasta, disco,
Pugilatu, pila saliendo se exercebant.

———

Por espacio de veinte años
No me dió mi ayo licencia
Que un dedo de él me apartase,
Saliendo de casa afuera.
Si ántes que saliese el sol
No venía á la palestra,
Al prefecto del gimnasio
Pagué nó pequeñas penas
Cuando tal acontecia,
Que á un mal otro mal se llega:
Discípulos y maestros
Padecíamos afrenta;
Porque en disco, lucha, en asta,
En la pelota y carrera,
En puñete, seso y saltos
Pagabamos la pereza.

Muy bien Píndaro Tebano, en el epítome de la *Iliada*, donde tratando de las exequias de Patroclo dice:

Et varios cineri ludorum indicit honores
Tydides Tiriscum, cursu pedibusque ferocem
Meryonem saperat; luctando vincitur Ayax,
Cujus decepit vires Lænius asta,
Cestibus adversis cunctos superavit Cphebus,
Et disco fortis Polybetes depulit omnes
Meryonesque omnes, etc.

Virgilio ocupa todo el lib. V en la misma materia.

D. Ped. Yo he reparado en una cosa, que si el Sr. D. Fernando me da licencia se la tengo de preguntar. D. Fernando: ¿Cómo, siendo los romanos tan recatados en la educacion de sus hijos, los enviaban al gimnasio á ejercitarse en los juegos que V. m. acaba de decir, en los cuales se desnudaban y era forzoso que los vieran los varones grandes, lo cual no parece muy apropósito para las licenciosas costumbres de aquel tiempo, y áun más que licenciosas?

D. Fern. No es pequeña dificultad. V. m. acuerda en ella la severidad de los antiguos romanos, que porque no habian visto escuelas de Rectórica, y se supo que en Roma de nuevo las abrió un maestro donde los mancebos se juntasen á estudiar, como si esto fuera gran crímen, dice Aulo Gelio que se juntó el Senado para lo remediar, lib. XV, cap. XI: «*Denuntiatum est nobis, esse homines qui novum genus disciplinæ instituerunt ad quos jubentus in ludum conveniat, eos ibi inposuisset latinos Rethores, ibi homines, adolescentes dies totos decidere, hæc nova, quæ præter consuetudinem ac mores majorum fiunt, neque placent, neque recte videntur.*»

Y áun en jugar no les daban de los juegos lícitos toda la licencia que querian, como dice Ciceron: «*Sicut pueris non omnem licentiam ludendo damus, sedemque honestis actionibus non sit aliena*,» etc.

Y Augusto César, como dice Tranquilo, no permitió que en los espectáculos estuviesen los muchachos sentados junto á los hombres: «*Spectandi confusissimum, ac solutissimum morem correxit, manitis è plebe proprium*

ordinem asignavit: prætextatis cum eum suum proximum pædagogis.»

Y Plinio el más mozo, escribiendo á Hispula á un el Maestro, dice se ha de escoger con mucho recato: «*Jam circunspitiendus latinus Rector cujus schola seviritas puder, et in primis castitas constet.*»

Quisiera yo que algun autor me hubiera prevenido en la solucion de esta duda, mas no lo he visto; pero de los ejemplos dichos colijo que en esto y en todo eran los romanos muy recatados y circunspectos: y así, juzgo que aunque los ejercitaban en los juegos del quinquercio, para alguno de los cuales era forzoso desnudarse en carnes, con todo era á tiempo que no se hallaban presentes varones grandes, por ser muy de mañana cuando venian al gimnasio; así parece del lugar de Plauto ya mencionado, y haber pena para el que no venía á aquella hora:

Ante solem ex Orientem, missi in palæstram venires,
Gimnasii præfecto haud mediocres pænas penderes.

No poco abonan este pensamiento unos versos de Ausonio, en sus *Idilios:*

Degenere animos timor arguit: at tibi constat
Intrepidus nec te clamor plugæque sonantes
Nec matutinis agicet formido sub horis.

Marcial, en el lib. IX, *Epigr*, L:

Quid tibi nobiscum est ludi scelerat magister
Imbisum pueris virginibusque caput?
Nondum cristati rupere silentia Galli

Y en el lib. XII, *Epigr*. XLVIII:

negant vitam
Ludi magistri mane nocte pistores.

En la region Tercera de Roma dice Publio Víctor que habia una escuela que se decia *Ludus matutinus*; verdad es que ésta era donde los gladiatores meditaban con espadas negras ó palos la esgrima, para que al medio dia, que era el tiempo en que el pueblo lo veia, estuviesen diestros en su ministerio; pero si para esto, que era de ninguna importancia, se juntaban muy de mañana, claro está que los muchachos tendrian ésta por suya, como cosa de más importancia, pues tambien para lavarse la tenian señalada.

Y parece este cuidado más cierto, pues habia en Roma personas diputadas para requerir las escuelas de los muchachos, como parece de una inscripcion antigua que está en Roma en San Onofre, y la trae Grutero, pág. 450, núm. 7. Dice así:

T. PETRONIO. T. F. PROCVLO.
P. D. N. CIV. CVRATORI LVSVS.
JVVENVM. V. F. JVVENEM
AG. OB M. E. QVI STATVÆ
DEDICATIONE
DEDIT. JVBENIBVS S. H. S.
EX ADJECTO PANE, ET VINO EPVLANTIBVS.
L. D. D. D.

Aunque aquí más parece que estaban encomendados á este curador los mismos juegos de los muchachos, porque *ludus* en la lengua latina significa la *escuela* material en que algo se aprende; pero *lusus* significa los *juegos* de esta edad: de manera que este oficio era para ordenar y reformar los tales juegos, con que está bastan-

temente encarecido el cuidado de aquella gran República en la educacion de sus hijos muchachos.

D. Diego. Está muy bien, pero resta que V. m. nos declare esa inscripcion, porque refiriéndonos las letras singulares solamente nos pone V. m. más deseo de saber lo que significan; como si vemos pasar un hombre muy embozado ó una mujer muy tapada, que por el mismo caso solicitan más el cuidado de los que, si no fueran de aquella forma, no los miraran á la cara.

D. Fern. V. m. me ha metido en una dificultad que no sé yo cómo salga de ella, porque esas letras singulares son tan raras, que si no es adivinando, y con gran riesgo de errar, no puedo declararlas; pero á trueco de dar gusto á V. ms., me expongo á la censura de los críticos, y así digo que toda esta piedra contiene, extendiendo las letras singulares, esta sentencia: «*Tito Petronio Titi filio Proculo, Juridico nostræ civitatis Curatori, lusus juvenum victorem fecit Juvenem Augustum ob memoriam ejus qui dedit Juvenibus statuæ dedicatione semi sextertium, ex adjecto pane et vino epulantibus Locus, datus Decreto Decurionum.*»

Confieso que aquellas letras *P. D. N. Civ.* no las he visto en otra parte, y podria alguno pensar que dicen: «*Primo Decurione nostræ civitatis.*»

Yo digo lo que más verosímil me parece. Las dos letras *V. F.* son muy ordinarias, y quieren decir *Virtus fecit* ó *Vir fortis;* pero aquí no entra, por lo cual me parece más apropósito lo que he dicho, porque el acusativo *Juvenem Augustum* ha de tener verbo que lo rija, y el que más cuadra allí es *fecit,* mayormente tratando de

juegos de mancebos. Las últimas letras, *L. D. D. D.*, son muy ordinarias, y significan lo mismo que se ha dicho: «*Locus Datus Decreto Decurionum,*» que se entiende donde se colocase la estatua que le dedicaron, que como era parte pública no se podia poner sin licencia del Cabildo. En Alejandría de Egipto, porque no habia decuriones, habia un jurídico, *ut in cap. I De Oficio Cur. Alex;* pero en los demás lugares llamábanse dumviros, y los elegian de entre los decuriones, por lo cual todavía dudo de aquellas letras *P. D. N. Civ.*

Los persas despertaban los muchachos con vacías y campanillas ántes que saliese el sol, para los ejercicios de esta edad. Estrabon, lib. XV: «*Engregant eos in unum locum acris sonitu ante lucem exitatos.*» Platon, en el lib. VII *De Legib.*, lo previno tambien: «*Asurgente pueri ad magistrum proficiscantur.*»

Ocurrian tambien á esta dificultad los pedagogos, que de ordinario andaban con los muchachos y no los dejaban mezclar con la plebe mayor ni ir al teatro, como lo afirma Juliano en el *Masapog:* «*Negat sibi per pedagogum licuisse prius theatris interesse quam pilorum plus in mento quam in capite haberet.*»

Y con ser Horacio hombre humilde y de condicion libertina, dice así en la *Sátira* V, lib. I, y de su educacion, teniendo por ayo á su padre:

Ipse mihi custos incorruptissimus omnes
Circum doctores aderat? Quid multa, pudicum
Qui primus virtutis honos servavit ab omni
Non solum facto, verum opprobio quoque turpi.

Él fué mi incorruptísimo custodio
Con todos los maestros; finalmente,
Me conservaba casto y vergonzoso,
Nó sólo en hecho, pero en dicho torpe,
Que este es honor de la virtud primero.

Esta vigilancia de los romanos resplandecia tambien en que áun teniendo licencia de jugar, en los saturnales permitia más á los muchachos. Marcial en el lib. V, *Epigr.* LXXX.

Jam tristis nucibus per relictis
Clamoso rebocattur à magistro.
Et blando malè proditus fritilo,
Arcana modo raptus è popina
Ædilem rogat ludus Aleator
Saturnalia transire teta, etc.

Triste deja las almendras
El muchacho, que le llama
Su vocinero maestro,
Que es ya la hora pasada.
Él, blandamente perdido,
Con lágrimas en la cara,
Ruega al edil, y él severo
Áun del tinalo le saca.

Á este intento se chocarrea Plinio el Mozo con Cornelio, su amigo: «*Nam tu, magister, ego contra; atque ideo tu in scholam revocas; ego adhuc saturnalia extendo librum misisti.*»

Todo lo dicho parece doctrina de Platon, que conoció bien la lascivia de esta edad y dejó advertido en el lib. VII *De Legib.* una circunstancia muy necesaria á la educacion: «*Quoniam vero neque pecudes, neque alia prorsus animalia, sine pastore vivere debent, nec pueri*

etiam sine pedagogis sint, neque absque dominis servi. Est autem puer omni bestia intractabilior, nam cum prudentiæ fontem nondum perfecium abeat, inssidiosisimus est acerrimus et petulantissimus omnium bestiarum, et cum primum à matribus nutricibusque se jungitur, pedagogis eum ad puerilem lasciviam compescendam commendaret opportet.»

Son palabras dignas de toda ponderacion y advertencia.

D. Diego. De manera, que sacamos por conclusion verdadera que conviene mucho ejercitar los muchachos en las fuerzas corporales, pues dos Repúblicas tan sábias, tan antiguas y tan poderosas lo tuvieron, nó sólo por entretenimiento y alegría de los pueblos, sino tambien por doctrina necesaria para que los mozos se criasen fuertes y robustos para la guerra y para vivir mucho.

D. Fern. Es sin duda ninguna.

D. Ped. Pero si en España quisiesen volver á hacer todos ejercicios del pentathlo ó quinquercio no me parece á mí que pudiera ser.

D. Fern. Es tan grande la mudanza de costumbres y tan diferentes aquellos siglos de los nuestros, que ni puede ahora ser, ni áun sé si conviniera; porque la malicia de los hombres y la soberbia ha crecido demasiadamente, y cuando la humildad y sencillez cristiana debiera reducir los hombres á tenerlos reducidos á una admirable paz, conformidad y amor, parece que puesto envidiosamente el enemigo del género humano, no cesa de sembrar discordias, infundiendo en los ánimos alti-

vez y menosprecio del prójimo, con que las cosas están en miserabilísimo estado y digno de muchas lágrimas. Mas porque ahora no tratamos de reformacion, ni nos toca sino alegrarnos por estos pocos dias que nos hemos apartado del bullicio del pueblo, volvamos á nuestra plática de juegos.

D. Diego. No desamparemos del todo la utilidad á lo ménos que el ejercitarse en honestos juegos trae, ni la hagamos tan imposible que algo de lo dicho no se pueda conservar honestamente.

D. Fern. No há mucho que el P. Pedro de Guzman, de la Compañía de Jesús, sacó á luz un tratado de sólo este argumento; y así, nó sólo digo que no es imposible, pero que pueden y deben los príncipes dar órdenes y mandar cómo algunos de aquellos juegos se conserven, que nó en balde las leyes que premiaron esos ejercicios se conservan hoy en el cuerpo del Derecho; con que parece que los príncipes convidan á la honra, si no de los premios, á la alegría y honor de la victoria que ella consigo trae. Paulo Jurisconsulto, en una ley del *Digesto*, de *Aleæ ludu et Aleatoribus*, pone estas palabras, que comprehenden el pentathlo ó quinquercio: «*Senatus consultum vetuit in pecuniam ludere, præter si quis certet hasta vel pilo jaciendo, currendo, psalendo, luctando, pugnando quid, virtus causa fuit.*»

Y como por estímulo y incitamento del pueblo permitiesen las leyes públicas, Titia y Cornelia, que en estos juegos se hiciesen apuestas y fuesen lícitas y se cumpliesen, Marciano Jurisconsulto, en la ley *Quibus eo tit.*, y el emperador Justiniano en la ley *Fin. c. de Pelig. et*

Sump. Fun., parece que no los permite, pero convida al ejercicio de los juegos, que allí llamó de esta manera, conforme la *Lecion* de Andrés Alciato, lib. I, *præterm.* .... *verb. Lussum: «Commonòbolon, Commodo, Laulomolo Regindala Compon Reyfrusare.»*

De otra manera lee Jacobo Cujacio *in Peratithl. tit. ad Junet.: «Monòvolos, Contomonò, bolos Quintanos, Contax, sine fibulan Perichite, Hippice.»*

Siguiendo esta última leccion de estos nombres greco-bárbaros, y dejados los demás, parece ser estos juegos gímnicos, y parte de ellos comprehendidos en el pentathlo. *Monóvolo* es salto, sin que el que lo dá tenga en las manos algo, de que queda dicho cuando hablamos de este ejercicio. *Contomonobolo* es tambien salto nó sencillo, sino sobre alguna asta ó palo, afirmándose en la cual el que salta carga todo el cuerpo. *Quintanos-contax* es tirar dardo ó lanza sin hierro; hoy dia se usa este juego en Italia, y se llama *Quintana. Perichite* llama á la lucha de que ya tratamos. *Hippice* es correr á caballo, de que ya tambien queda algo dicho, y es frecuentísimo en España más que en ninguna parte del mundo, por la gallardía y velocidad de sus caballos, y en especial los de nuestra Andalucía, que á los demás se aventajan.

Conocieron los antiguos ser necesarios los juegos, y en especial entre la gente lozana y furiosa en la mocedad; y así, para apartarlos de vicios que acarrea la ociosidad, ordenaron juegos, que juntamente con entretener y alegrar la naturaleza, dan la agilidad y fuerzas para las ocasiones de véras, y para conservar la salud. Lo mismo han sentido los doctores santos y doctos de nues-

tra edad, entre los cuales el Dr. Navarro y Juan Gutierrez, que en general lo dijo en las *Cuestiones canónic.*, I part., cap. VII, y con especialidad Juan Mariana en el libro *De Spectac*, cap. XXV, cuyas palabras no pondré todas, sino las que hacen á nuestro propósito: «*Concurrant inter se equites, peditesve ludicro certamine injustæ pugnæ modum, cum singulis singuli, aut facto agmine cursu Juvenes, lucta, jactuque certent præmiis etiam victoribus propositis ad accendendum certamen: quæ sunt omnia bellorum imagines viribus corporis exercendis idoneæ dexteritatæque comparandæ, neque minus utile erit de sagittendi pueritia certamen constituire, glovis vel plumbis è ferro tubo, flæmma luctante è jaculis inmodum flamminis signo proposito contendere præmio, designato illi, qui primus collimaverit: quod in aliis nationibus fieri scimus cum aliquo modo fructuque maximo. Addantur tripudia more Hispanico Choreæ tibi acque sit timpani sonitum pedum pulsu modulante.*»

§. V.

Moderacion de la disciplina y juegos.

D. Ped. Déme licencia V. m. que divirtiéndonos un poco á lo moral, y sin salir de la materia, le pregunte una duda.

D. Fern. Diga V. m. todo lo que fuere servido, que aquí tengo por interés errar á trueco de dar gusto á V. ms.

D. Ped. He visto poner muchas veces en disputa entre personas de consideracion que desean acertar con la educacion de sus hijos, si conviene largarles un poco de licencia de jugar y travesear; ó por el contrario sería mejor asustarlos y sujetarlos fuertemente, para que con el yugo se amansasen, como dice el Espíritu Santo: «*Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.*»

D. Fern. Para dar preceptos de educacion tenía yo necesidad de ser un Sócrates, Platon, Séneca ó Plutarco; mas á la pregunta de V. m. responderé guiado de aquellas grandes lumbreras que poco há dije, hallando en ámbas proposiciones de V. m. igual peligro que el que previno Ulises pasando por Scila y Caribdis: aunque temo no me suceda lo que á él, mas al fin á la luz de aquellos ilustres fanales deseo guiar por medio sin tocar en el un extremo ni en el otro.

Nó sin misterio aquellos sabios architectos de las palabras griegas y latinas juntaron en las voces que significan enseñar los muchachos que significasen tambien juego; y así, del verbo παιδιζο, que es *jugar*, dijeron παιδια, que juntamente es *juego* y *enseñanza;* παῖς, que es *muchacho*, de donde se deriva la voz castellana *paje*, por el muchacho que nos sirve; y así, dijo Plauto en la comedia *Persa:* «*Pegnion delitiæ pueri Salve.*» Y Ausonio Gallo llamó *Pegnion* á una obra lúdicra ó juguete, y dice: «*Ut nec ludus laboranti, nec ars desit ludendi.*» Los latinos á la escuela donde aprenden los muchachos llamaron *ludus*, y al maestro *ludi magister*, para significar que habian de aprender jugando y jugar aprendiendo.

Ascanio Pediano: «*Omnem scholam ludum dicere Romani.*»

Ovidio, aludiendo á esto, dijo: «*Et puer es, nec te quid quam nissi ludere oportet, lude.*» Etc.

Platon, en el VII *De Rep.*: «*Ergo non tanquam coactos pueros in dissiplinis, ò vir optime, sed quasi ludentes enutrias ut et magis adquo quisque natura sit aptus posit agnoscere.*»

Los demasiados regalos y licencia es cosa perniciosísima en esta edad, porque los hace dificultosos, pesados é iracundos, y que por cualquiera cosita se levantan y quieren tomar el cielo con las manos; y al contrario, la demasiada severidad los hace apocados de ánimo, de costumbres serviles y bajas, ineptos para la conversacion humana. En verdad que lo dijo Platon por estas mismas palabras, en el mismo lugar: «*Novis profecto videntur delitiæ dificiles morosos iracundosque redere et libide causa excitabundos Juvenum mores efficere, contra vero nimia servitus atrox cum abjectos et iliberales et humana consuetudinem.*»

El mismo lugar de Platon parece que miraba Quintiliano, á quien como maestro experimentado en esta materia se ha de dar mucho crédito, cuando en el libro I de sus *Instituciones Oratorias* dejó advertido: «*Nam in primis cavere opportevit, ne studia qui amare nondum potest oderit, et amaritudinem semel perceptum etiam ultra rudes sennos reformidet: lusus hic sit et laudetur et rogetur.*»

No fué maestro de menor importancia Ausonio, pues mereció serlo del emperador Graciano, y por ello

Cónsul ordinario de Roma. Dijo en uno de sus *Idilios:*

nec semper acerbi,
Exertet pueros vox imperiosa magistri,
Sed requies, studiique vicesdata tempora servant,
Et satis est puero memori legisse libenter
Et cessare lucet; Græco schola nomine dicta,
Justa labori feris tribuatur ut otia Musis.
Disce libens: longum declinatur laborem,
Intervalla damus studium puerile profectis.

Nó siempre á los mozuelos ejercita
La voz imperiosa del maestro,
Que hay tiempo de holgarse establecido:
Bástele al muchachuelo memorioso
Leer de buena gana, y es forzoso
Que llegue el tiempo lícito de holgarse.
Llamaron á la escuela así los griegos,
Porque se dé al tiempo de descanso.
Junto á las santas Musas laboriosas
Aprende nó forzado, que intervälos
Daremos para que el trabajo luégo
Lo mitigue el regalo, que el estudio
Pueril fallece si con vária mano
No templa lo sagrado y lo profano.

El glorioso San Gerónimo nos dejó el mismo precepto de educacion escribiendo á Pocatula: «*Post laborem lussibus gestiat, de matris pendat collo, rapiat oscula propinquorum, psalmos mercede decantet, amet quod cogitur discere ut non opus sit sed delectatio non necescitas sed voluntas.*» Admirable templanza, cierta y digna de mucha atencion.

Valga tambien la sentencia de Galeno, que aunque su intento no fué más que curar el cuerpo, de su buena disposicion muchas veces resulta la templanza de las cos-

tumbres; y al contrario, dice que se dé licencia bastante para hartarse de jugar á los muchachos, en el I *De Sanit. tuend.*: «*Quod, si qua ocupatione avocetur qui puellum nutrit modico pane prævito, ludere permitat quantum velit.*»

Pero como dicho y advertido queda, esta licencia de jugar ha de ser siempre despues de cumplida la obligacion del estudio, porque como dice Plutarco: «*Et vigor illius à etatis incontinens voluptatum lascibiæque et freno opus habet;*» como acontece á los pajarillos que criamos cogiéndolos del nido, que en naciéndoles las alas, aunque más los hayamos regalado, se nos van de las manos sin poderlos más coger.

¡Qué bien á este intento Juvenal!:

Quem si revoses subsistere nescit
Et te contempto rapitur, metisque relictis,
Nemo satis credit tantum delinquere, quantum.
Permitant adeo indulget sibi latius ipsi.

No sabe parar, si corre,
Aunque quieras refrenarlo,
Y ha de pasar de la raya,
Del deleite arrebatado.
No pudieras persuadirte
Que á tanto hubieras llegado,
Y que con poca licencia
Se atreviera á pecar tanto.

Para este fin es necesario el juego, como dice el Espíritu Santo y V. m. lo advirtió al principio.

Los lacedemonios, que se criaron con la severidad de las leyes de Licurgo, criaban sus hijos con notable austeridad, y los persas de la misma manera. De aqué-

llos dice Xenophonte que los criaban con tanta vergüenza y recato, que las manos no las sacaban de debajo de la capa: cuando iban por la calle iban muy compuestos, callados, sin mirar á una ni otra parte, llevando bajos los ojos y fijos en el suelo, como si fueran estatuas de bronce, de donde venía el ser tan vergonzosos como doncellas en el tálamo; oigamos sus palabras: «*Ad hæc volens quasi naturalem his pudorum vehementer conciliare inperavit, ut in viis manus intra palium haberent, et cum silentio incederent, ac nusquam circunspicerent: illorum enim voces nimus, quam si es sentænei comberteris, verecundiores autem eos quam que in thalamo sive virgines existèma veris.*»

Comparar V. ms. ahora nuestros muchachos á éstos, la obligacion de cristianos á la ceguedad de gentiles, y no podrán dejar de causarles grande admiracion.

D. Ped. Pues ¿qué dirá V. m. de la licencia de ver comedias, de los cantares lascivos, de los bailes deshonestos, *Seguidillas*, *Chaconá*, *Carretería*, *Rastrojo*, *Japona*, y otra gran tropa de nombres que cada dia inventa el pueblo de la ociosidad, músicos, poetas y representantes?

D. Fern. Ahí no hay sino exclamar con Platon: «*O qualem hospes rem narrasti!; quale pestem Juvenum, et publicis civibus, et prebatum domibus illatam!*»

Tales tiempos previno en su llanto Job: «*Pueri eorum exultant luscibus, tenent timpanum et citaram.*»

Mas ya nos entramos mucho en lo moral; por tanto no profesamos eso, sino alegrarnos lícitamente, dejando á cargo de los magistrados lo que es suyo, y á los maes-

tros de la juventud que reformen por su parte lo que les toca, pues tantos avisos tienen en la *Sagrada Escritura* y en los autores sagrados y profanos.

Mas por despedida no puedo dejar de ponderar mucho la circunspeccion que Platon quiso que se tuviese áun en los cantarcillos y bailes de los muchachos, mandando por ley en su *República*, que nó sólo no fuesen deshonestos, pero que no se introdujesen nuevos, poniendo en esto mucho conato y fuerza: «*Enim igitur ratione comandum, ne pueritia in cantibus et saltationibus nova inquam audiat emitæri: neve ullus ad novitatem pueros blandimentis voluptatum alliciat.*»

Y porque ya el casero nos ha hecho señal de que está la comida aderezada, y es hora, por hoy dejaremos esta materia.

DIÁLOGO III

DIÁLOGO III

§. I.

D. Fern. Muy de mañana veo á V. ms. en el puesto, cuando los imaginaba dormir á sueño suelto por el cansancio de la cacería de ayer tarde.

D. Diego. Es lástima que hallándose un hombre de bien en el campo, le ronde el sol la puerta sin que él primero se levante á dar saludes y recibirlas de la blanca aurora.

D. Ped. Justo es que se dé la mejor parte del dia á las Musas, pues las Horcadas y Nápeas llevaron su parte ayer tarde; y pues tanta parte tiene la antigüedad en el gusto de todos los que bien sienten, y V. m. nos dejó ayer engolosinados con los lúdicros y ejercicios de la juventud, será bien que la prosiga, diciendo algo más de los juegos comenzados.

D. Fern. Muy bien les tengo conocido á V. ms. el juego; pero de aquellos cinco que comprehendimos

en el pentathlo ó quinquercio no ha quedado ninguno por decir, aunque de ello dejé muchas cosas de propósito, que muy á la larga escriben, Mercurial en su *Gimnástica*, ó Onofrio Panvino y Bulenguero en el libro *De Lud. Circens.* y *De Circo;* nuevamente Juan Aluercio en el libro singular que sacó á luz *De Ludis Græcorum*, y á Pedro Pantoja de Ayala, toledano, docto jurisconsulto y de los que verdaderamente aman las Musas y sacrifican al genio de nuestro tiempo, en un elegantísimo tratado que dió á luz este año de 1625, sobre el título *De Aleæ lusu, et Aleatoribus.*

D. Ped. Está muy bien advertido; mas yo no trato ahora de que V. m. nos diga más de aquellos juegos, que con lo dicho estamos satisfechos, y cuando tengamos comodidad veremos aquellos autores. Hay otros juegos en los de esta edad, que verdaderamente tal vez me han pulsado el ánimo, deseando saber si tienen orígen en la antigüedad.

D. Fern. ¡Oh, pecador de mí, y qué tecla toca V. m., tan fácil en la apariencia, y tan difícil en la obra! No es materia que nadie ha tratado, con haber los ingenios de este tiempo movido cuantas menudencias de antigüedad se pueden imaginar. Puede ser que de muy menuda, ésta se les haya olvidado; por lo cual á mí me será muy dificultosa, y con mucho peligro de errar, si algo dijere á V. m. de lo que he observado.

D. Ped. De la misma manera disculpara á V. m., aunque para mí ninguna materia que toque en antigüedad deja de ser de mucha importancia.

D. Diego. Y áun puede añadir V. m. provecho.

D. Fern. De la misma manera lo siento; pero nó todos lo juzgan así.

D. Diego. Ni esto es para todos.

D. Fern. Para que yo lo estime en mucho, bástame saber que el primero de los ingenios humanos, el que no ha tenido segundo y sería locura pensar nadie imitarle, Homero, en aquel antiquísimo siglo escribió un libro de esta materia, llamado παιγνια, *id est*, *Ludicra*, y otro Homero, llamado Celio, despues compuso tambien un libro *De Ludicros;* así lo testifica Suidas *in Historicis:* y no es de ménos autoridad para calificar este buen gusto haber escrito Suetonio Tranquilo entre otras obras suyas excelentes un tratado de *Lusibus puerorum*, el cual, si hoy gozáramos, no habia más que desear; perdióse con otros tesoros de la antigüedad: mas testifican de él los que lo vieron, que son: Servio, en el lib. V de la *Eneida* de Virgilio, donde dice: «*Lusus ipse quem vulgus Pyrrhicum appellat*, *Troya vocatur cujus originem expressit in libro de Puerorum ludibus Suetonius Tranquillus.*»

Lo mismo testifican Aulo Gelio, *Noct. Attic.*, libro VI, cap. VII, y Juan Azetres en la *Chiliada* VI.

D. Ped. Ahora nos ha puesto V. m. mayores estímulos al gusto y al deseo, y así será justo empleo que V. m., recogiendo las reliquias de la antigüedad, restituya lo que por su parte pudiere: «*Sunt etiam Mussis sua ludicra mixta Camœnis.*»

D. Fern. No puedo yo salir al teatro sin la persona de Melchor, que me consta que lo es de todos los muchachos de mi barrio. ¡Hola! Melchorillo, no te va-

yas de aquí, y no sea como ayer, que te hiciste invisible.

Melch. Esa virtud tienen unos botes que el señor D. Fernando tiene en esta botica.

D. Diego. Ya veo yo que de cochero no has aprendido más que eso; mas porque no perdamos tiempo, razon será que para que el Sr. D. Fernando satisfaga nuestro deseo le preguntemos ordenadamente, aunque no sé yo qué órden podemos nosotros tener en la cosa que de su naturaleza no lo tiene; pero siguiendo el desconcierto de los mismos muchachos que juegan, iremos preguntando como se nos fueren ofreciendo á la memoria, quizá por aquí errando acertaremos, pues el órden más acertado es el que nace de la naturaleza de la cosa que se trata; y pues ellos varian por su antojo los juegos, sea ésta la ley de nuestras preguntas.

D. Fern. Parece ha leido V. m. la misma sentencia en Epitecto: «*Si inmunis retroverteris, velut pueri, qui nunc luctatores ludunt, nunc tibicines, nunc gladiatores, deinde Buccionam, deinde tragisi decantant, sic et tu.*»

D. Ped. Sea, pues, ese mismo desórden el órden nuestro; y porque el juego á que yo tuve más aficion cuando muchacho fué el de las almendras, así por lo que tenía de juego, como porque era golosina, quiero comenzar por él.

D. Fern. Y es muy apropósito. Pues que nos volvemos á las primeras niñerías, comencemos por el juego que es de los primeros de aquella edad; y á eso mismo llamaban los latinos *Redirè ad nuces*, *relinquere*, *abjicere*, *nuces*, tomando la metáfora del juego.

Fué este juego muy frecuente en la antigüedad en várias maneras de entretenimientos, y para tratar de él presupongo que la voz *nux*, latina, nó sólo significa la nuez, sino tambien cualquiera fruta con cáscara, como el almendra, avellana, castaña, etc.; de lo cual disputa Macrobio en los *Saturnales*, lib. III, cap. XVIII; Servio en el lib. II de las *Geórgicas;* Atheneo en el lib. II, cap. XI. Y así, aunque muchas veces hubiéramos de traducir nueces, porque tambien con ellas juegan los muchachos, traduciremos en las autoridades que trajéremos almendras, porque de ellas se toma el nombre del juego, aunque se juegue con otra especie de fruta.

Fué ceremonia solemne de los casamientos que al tiempo que la nueva casada se entregaba al marido, él tomaba puñados de nueces ó almendras y las arrojaba á los muchachos; ellos á porfía las cogian, diciendo ciertas palabras nó muy honestas, y haciendo cierto baile ó tripudio que era tenido por dichoso agüero de las bodas. Tocó esta costumbre Virgilio en las *Bucólicas*, en aquel verso *Sparge marite nuces.*

Plinio, en el lugar arriba citado, les llamó por esta causa compañeras de los fesceninos nupciales: «*Nuces juglandes quamquam et ipsæ nuptialium fesceninorum comites.*»

Servio y los comentadores de Virgilio dan várias razones en esta envejecida ceremonia.

La que hace á nuestro propósito es, que el arrojar los desposados las nueces ó almendras era señal que renunciaban todas las cosas de muchachos, y de allí adelante se profesaban varones y hombres de véras; porque

fué este juego tan general en la antigüedad, que por la voz *nux* ó *nueces* entendian juego de almendras ó cualquiera otra niñería de aquella edad, como lo dice aquella frase tan conocida: *Ad nuces redire.*

Estas costumbres de echar y esparcir nueces en las bodas las tocó Catullo en el célebre *Epitalamio* de Julia y Manilio.

Da nuces pueris iners
Concubinæ, satis dici,
Lucisti nucibus.

Las nueces da á los muchachos,
Perezoso concubino;
Harto estás ya de jugar
Las almendras con los niños.

La misma costumbre se conserva hoy en las bodas, especialmente en las aldeas, donde se esparcen almendras, nueces, castañas y garbanzos á los muchachos. Juan Cicardo, en las Notas de San Clemente, testifica la misma de Alemania: «*A sacro enim ut primum fuerint domun reversi, cum nova nupta pro ipsis foribus missilia quædam incomfluentem turbam, que officii gratia comitatur.*»

Trae tambien á Tertuliano por testigo de esta costumbre, la cual tambien averigua doctamente Bernabé Brisonio en el lib. *De Ritu Nuptiarum.* En cuanto á juego, lo tocó Persio, *Sat.* I.

Et nucibus facimus quæcumque relictis
Cum sapimus patruos, etc.

Lo que hacemos, dejadas las almendras,
Cuando tios sabemos.

Saber á tios, es decir, que áun todavía no habian acabado de salir de la tutela y todavía salian los mozuelos á las costumbres que sus tios ó tutores les enseñaban. Marcial alaba el juego por donoso y de poca costa.

Alea parva nuces; sed non damnosa videtur.

Quien adivinó y previno nuestro deseo fué Ovidio ó cualquier otro autor que lo fué de la Elegía *De Nuces*, que, como quiera que sea, es muy antigua: allí, hablando de los juegos de almendras que vamos tocando, dice:

Has puer, aut certo rectas diverberat ictu,
Aut pronas digito bis-ve semel-ve petit.
Quatuor in nucibus non amplius in alea tota est.
Cum sibi suppositis additur una tribus
Per tabulæ clivum labi jubet alter et aptat.
Tungat ut è multis quælibet una suam.
Est etiam par sit numerus qui dicta an inpar,
Ut dibinatus auferunt Augur opes.
Fit quoque decreta qualem cœleste figura
Sidus et in græcis litera quarta tenet.
Hæc ubi distincta est, gradibus quæ constitit, intus
Quod tetigit virga tot capit, inde nuces.
Et vas quoque sepe cavum spatio distante locatur
In quod missa levimur cadete una manu.



Horacio introduce á un padre reprehendiendo á su hijo porque era tan inclinado á jugar que no se le caian del seno las almendras y las tabas.

.... *Te talos, aule, nucesque*
Ferre sinæ vidi, etc.

Y Suetonio Tranquilo dice que Augusto, aquel gran monarca del mundo, jugaba á las almendras con los niños que para este fin buscaba y escogia: «*Augustus, la-*

xandi animi gratia modo, piscabatur hamo modo talis aut òcellatis nucibus que ludebat, cum pueris minutis quos facie et garrulitate amabiles undique conquirebat.»

D. Ped. No pase V. m. por tan encima los juegos que Ovidio tocó en aquella *Elegía*, que aunque al vuelo, me parece que son muchos, y algunos conocidos.

D. Fern. Á ese punto aguardaba yo á V. ms., y no me sería muy fácil atinar con los juegos que hoy se juegan; pero ayudado de la gracia del Sr. Melchor podré decir algo que simbolice al intento.

Melch. Pídamela V. m. en cristiano, que esa lengua en que están yo no la entiendo, aunque tal vez malas lenguas dicen que la hablo.

D. Fern. Á mí me está muy bien eso, y para estos señores digo, que acerca de la leccion de los ya referidos versos hay variedad de Códices, porque en aquella voz *diverberet*, lee Erasmo *dilaniat;* y Radero, sobre Marcial, *dilaminat;* y donde los demás leen *figura*, lee Aldo Romano *figira*. Yo sigo la leccion del conde Constancio Lando sobre Cátulo. Iremos considerando los juegos por su mismo órden; dice el primero dístico:

Has puer, aut certo rectas diverberat ictu,
Aut pronas digito, bisve semelve petit.

Para el Sr. Melchor, dice Ovidio que los muchachos armaban las almendras poniéndolas derechas, entiendo las puntas hácia arriba, y que les tiraban para derribarlas. Ésto en el primer verso.

Melch. De la misma manera se juega este juego ahora; su forma es ésta: toman un medio ladrillo, y en él asienta cada uno la almendra hácia arriba, y luégo al

que le cupo la suerte de tirar primero tira, y si lleva de camino alguna ó algunas las gana. Tras él van tirando los demás, cada uno como le cupo la suerte, y el que no acierta con el tiro pierde; llámanle á este juego *Ladrillejo*, por el ladrillo donde arman las tales almendras, nueces ó castañas.

D. Fern. Bien dijo el Sr. D. Diego que es perito Melchor en esta filosofía, si bien el mismo juego lo ejemplifica de otra manera Erasmo, al uso de su tierra. Ahora digamos el que se comprehende en el segundo verso:

Aut pronas digito bis-ve semel-ve petit.

Ha dicho Ovidio que jugaban con las almendras enhiestas: ahora dice que las tendian llanas y les daban con el dedo una ó dos veces.

Melch. Ese juego le llaman *Dedillo;* es así: ponen una cuaderna, y encima de las tres almendras en que se arman ponen la cuarta tendida, y el que juega tira con el dedo á derribarla tan sutilmente que no descomponga las tres: si lo hace así gana la cuaderna toda, y si no derriba la almendra sola de una ó dos veces, ó si las descompone todas, pierde la dicha cuaderna.

D. Fern. Está bien. Vamos con nuestro texto adelante.

Quatuor in nucibus non amplius alea tota est.
Cum sibi suppositis additur una tribus.

Este es el juego de las cuadernas sencillamente: la forma de armarlas ya la ha dicho Melchor, que es poner una almendra sobre tres, y luégo tirar á derribarlas con una teja desde el puesto que se señala de comun

consentimiento, tirando cada uno como le cupo la suerte. Y segun la leccion del jugar de Suetonio Tranquilo, que nó poco há trajimos, leen algunos *castellatis nucibus*, que viene á ser este juego de las cuadernas. La más comun opinion, con Isacc Casaubono, lee *occillatis*, que quiere decir *horadadas* ó *partidas*, y pienso que el autor escribió de esta manera: *oscillatis*, hoc est, *sigillaribus*, que eran unas figurillas como muñequillas, de que en otro lugar trataremos.

Mas volviendo á nuestras cuadernas, digo que este juego lo describe Philon en su *Cosmopea;* y Nicesas dice que lo jugaba Alexio, emperador de Constantinopla. Luciano, *in Chronosolonibus*, da á entender que fué juego, nó sólo de muchachos, sino tambien frecuentado de los mayores. Vamos al siguiente:

Per tabulæ clivum labi juvet alter et optat.
Tungat ut ex multis quælivet una suam.

Aunque con breves palabras, da á entender Ovidio que ponian una tabla, inclinándola en forma que hiciese cuesta, y el uno de los jugadores decia al otro que dejase deslizar su almendra por la tabla y deseaba siquiera una tocase con alguna de las suyas. Esto dicen así las palabras latinas.

Melch. Á este juego llaman los muchachos la *Chasa*. Ponen una tabla cuesta arriba, de modo que puedan por ella rodar las almendras; el uno arma sus almendras, y al fin de la tabla en la parte más baja; el otro deja deslizar su almendra de la parte de arriba, asestando á las del otro muchacho; si toca alguna, esa

gana; si pasa por medio ó por el lado sin tocar, pierde, y de esta manera van jugando.

D. Fern. Á nuestro texto:

Est etiam par sit numerus qui dicat an impar,
Ut divinatas auferat augur opes.

Aquí viene el Sr. Oidor *Pares y nones*, tan grave, que si no le respetan hará como los Doce Páres.

D. Diego. Debido le es todo respeto á tan gran señor, cuyo tribunal es tan absoluto como el de Castilla y Leon; mas aunque más pueda con la fortuna, no puedo yo creer su antigüedad.

D. Fern. ¿Tan presto se ha olvidado V. m. de lo que dijo Ovidio? Pues para que no estime en poco persona tan grave, la tengo de calificar con informacion de testigos bien ancianos: el primero sea Platon, que tiene casi dos mil años de edad. En la primera pregunta dijo que conoce á las partes y que tiene noticia de este juego, á que en su tierra llamaban *artiasmos*, del verbo αρτιαζεῖν; que le comunicó y trató desde muchacho y fué muy su amigo; y en las demás preguntas generales dijo que venza quien tuviere justicia, porque es muy amigo de la verdad. Dice, pues, este testigo *in Lyside seu de Amicitia*, que entrando donde estaban ciertos hombres haciendo sacrificio, vió que despues de acabado, unos mancebos bien puestos estaban en el zaguan del templo jugando á las tabas y á las tablas parte de ellos, y parte jugando á pares y nones en un rincon del gimnasio. «*Ingresi autem juvenes sacrificantes invinimus, et sacra firme peracta illibus autem Comptostalis calculusque ludentes; partim in ipso vestibulo foris; partim in*

gimnasii, angulo pari inpari ludebant;» y que se hallaron presentes en esta sazon Sócrates, Hipotales, Itessipo, Menexeno y Lysis.

No es ménos, sino más antiguo que él Aristóphanes, que testifica del mismo personaje en la comedia *Pluto*, act. IV, esc. I: *«Nos ser vuli par inpar ludebamus aureis.»*

El mismo autor, en el act. IV, esc. V, en una graciosísima interlocucion que introduce de un mozuelo y una vieja desdentada, que por ser entretenida la volveré tambien en verso:

JUVENIS. *Age, vis tu mecum lusitare diu tule?*
ANUS. *Ubinam, homo miser?*
JUVEN. *Hic scilicet.*
Ubi tamem nuces? Tu acceperis.
ANUS. *Quid? Qualen dum?*
JUVEN. *Quot sunt tibi dentes.*
CARINUS. *Lubet, et hos mihi dibinando ascequi.*
Tres habet opinor, aut fortasse quatuor.
JUVEN. *Solve nuces, nam molarem habet tantum unicum.*

JÓVEN. ¿Quieres, vieja, que juguemos?
VIEJA. ¿En dónde, niño cuitado?
JÓVEN. Aquí donde estoy, no sé
Que de almendras nos hagamos.
Tómalas tú.
VIEJA. ¿Qué? ¿Ó qué juego?
JÓVEN. ¿Cuántos dientes te han quedado?
CARINO. Tambien yo quiero jugar,
Y saberlo adivinando.
Digo que tiene tres dientes;
Cuando mucho tiene cuatro.
JÓVEN. Perdiste: dá las almendras.
Sóla una muela le hallo.

D. Diego. Saladamente se burlaban con la vieja los mancebitos. Todo el mundo ha sido uno.

D. Fern. Esto mismo parece de la perseverancia de nuestro juego de *Pares y nones*, pues Julio, en el *Onomástico*, dice de él: «*Sed et ludere par inpar astragalorum multitudine manibus contesta dibinationem habet parium et imparium, idem vero et fabis nucibus, amigdalis, et pecunia facere solevant.*»

D. Ped. Admirable testigo, porque prueba el modo de jugar apretando la mano y cubriendo en estas el dinero, nueces, habas ó almendras, para que el otro jugador adivine si son pares ó nones.

D. Fern. No es menor en el crédito que él, aunque lo es en la edad, Suidas, tambien griego, que afirma jugarse en Aténas: «*Lussus quidam talis est apud Athenienses: interrogabat aliquis nucibus comprehensis, extensaque manu quantum, habeo? Quod si alter divinaverit in respondendo, tot solvit, quot interrogator in manu tenuit.*»

Hasta aquí los autores y testigos de Grecia; será justo que demos lugar á los latinos.

Horacio Venucino dice que lo juegan en Italia entre otros juegos: «*Ludere par inpar equitare arundine longa.*

Interprétalo con más claridad su comentador Acron Erlencio, y dice así: «*Ludere par inpar de illo dicit, cum quo pueri soliti sunt ludere inter se quando promunt copiam nucum manibus; tunc quando simul veniant ad ludendum laxo sinu veniunt, et girum inter se faciunt et proponunt sive problemata: tunc coopert a manu quisque ostendit suo compari et infit, quot in sunt? Si alius augu-*

rari potest, aufert, illi: sic, dici hoc certant, donec unus desoneret alium.»

Muy buenas señas da este testigo del conocimiento.

Suetonio Tranquilo dice que tenía tanta estimacion en el palacio de Augusto César, que daba dinero el mismo emperador para que lo jugasen. En una carta, escribiendo á su hija: «*Misi tibi dinarios ducentos quinquaginta, quos singulis convivis dederam si vellent inter se coenam vel talis, vel par inpar ludere.*»

D. Diego. Bastante le ha calificado V. m. en su persona y antigüedad; resta que nos diga V. m. de su nombre, por qué se llamó así.

D. Fern. Los romanos le llamaron *Par inpar*, del modo de jugarlo; y no es ménos latina la fórmula de hoy en España, que es señal que conservan la antigüedad de los romanos, pues de preguntar el un muchacho *Par est?* y responder el otro *Non est*, se llama hoy el juego de *Pares y nones*, juntando la pregunta y la respuesta.

Del oficio que tiene de jugar en las controversias dudosas, ya V. ms. saben cuán usado es echarlo á pares y nones, aunque este oficio fué de propiedad de otro personaje llamado de los latinos *Mico micas*, y que despues nos dirá el Sr. Melchor.

Melch. Desde ahora se lo digo á V. ms.

D. Diego. ¿Qué les parece á V. ms. de la malicia de este desvergonzado?

D. Fern. No juzgue V. m. de la intencion, que si ella es mala, yo tuve la culpa, que le puse el cabo á la paleta.

§. II.

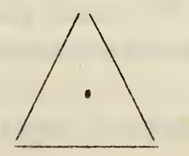
Nuestro autor prosigue con los juegos de esta manera.

Fit quoque decreta qualem cœleste figuram
Sidus, et in græcis litera quarta tenet.
Hæc ubi distincta est gradibus quæ constitit intus,
Quot tetigit virga, tot habet inde nuces.

No pienso que está este juego hoy en el uso con estas ceremonias y figuras que aquí dice; y así, se percibe con alguna dificultad.

MELCH. Declárelo V. m. en romance, que siendo juego de almendras no se me ha de escapar.

D. FERN. Yo pienso que se le escapó á Calderino y otros gramáticos que por aquí pasaron; mas puede ser que el misterio se revele á los pequeñuelos. Lo que yo entiendo es que los muchachos, ó ya fuesen varones, levantaban, formándolos con las manos, de lodo, unos valladillos en altura de tres ó cuatro dedos, en forma de triángulo, que tal es la figura celestial á quien los griegos llamaban delton, que es la cuarta letra de su alfabeto, y á esta figura asimila Ovidio el lugar donde echaban las almendras: y para que no quede á sólo el entendimiento, lo ofrezco á los ojos:

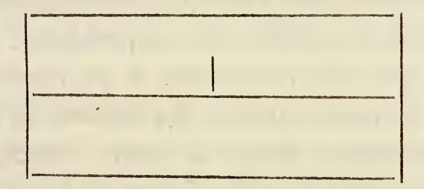
 :

En medio de este cercadillo ó embarazo enastaban una varilla, que servía de escopo á los que del puesto tiraban las almendras á dar en esta varilla; y aquel que daba en ella y su almendra se quedaba dentro ganaba, y el que nó perdia.

Á Erasmo le parece que la varilla no estaba enhiesta y hincada, sino tendida á la larga. No estoy de su parecer, por aquella voz *constitit*, que me da á entender que estaba derecha y levantada.

MELCH. No he visto jugar ese juego en mi vida.

D. DIEGO. Alguna semejanza tiene con el juego que los muchachos llaman de la *Rayuela*, porque en el lugar de los valladillos acá los muchachos hacen unas rayas que forman casi la figura de una asierra tendida en el suelo, y allí fijan una varilla enmedio, en esta figura que yo aquí figuro.



Tiran los muchachos desde el puesto, y el que toca en la varilla y se le queda su almendra en el círculo cuadrado gana.

D. FERN. No es muy desemejante al otro juego, si bien las figuras se diferencian geométricamente; y este juego se hace de ordinario con cuartos, y le llaman la *Rayuela*.

En Julio Pólux hallo un juego llamado *Grammismo*,

que parece viene á ser la Rayuela, aunque aquel autor no lo declara más que así: «*Huic, autem ludo proxime accedet Grammismus, et dia grammissareo, quem ludum nonnulli et lineas vocarunt;*» si no contradice Melchor.

MELCH. Es como V. m. dice.

D. FERN. Nuestro texto prosigue:

Vas quoque sæpe cavum, spatio distante locatur.
In quod missa levi nux cadat una manu.

Dicen que ponian un vaso cóncavo apartado alguna distancia del puesto, al cual con mucho tiento arrojaban á colar dentro una sola almendra.

MELCH. No se pone acá vasillo ninguno, mas en su lugar hacen un hoyo del tamaño de la concavidad de una mano, en el suelo, y el que tira primero y cuela allí una almendra gana otras tantas de todos los que juegan; y si no la cuela, ó colándola se vuelve á salir fuera, paga á cada uno una. Llaman á este juego *Mochiliuno.*

D. FERN. Mucha semejanza tiene con el que vamos diciendo, y entiendo que lo jugaban tambien con unas pecezuelas de hueso, de que habla Pomponio *apud Priscianum:* «*Interim dum contemplor orcam taxillos perdidi,*» que es lo mismo que solemos decir: «Por mirar á la puesta perdí la rueca,» en refran castellano; y no estoy del parecer de los que reprehenden á Cornuto, intérprete de Persio, que en aquel verso: «*Angustæ collo non falliet orcæ,*» sintió de este juego de almendras; pues demás de su antigüedad, porque merece respeto, se prueba evidentemente de este lugar de Ovidio.

Tambien hallo que en la antigüedad hacian un ho-

yo de industria, y á él tiraban almendras, bellotas y nueces en lugar de tabas, y el juego dice Julio Pólux que le llamaban *Tropa*, aunque esta voz le parece sospechosa á Enrico Stephano. Las palabras de Pólux son: «*Ludus autem Tropa dictus, plerumque astragalis fit, quos in fobeam de industria ad horum receptionem factum projiciunt, sæpe tamen gladibus et nucibus astragalorum loco ludentes utuntur.*»

D. Diego. Este juego se me hizo á mí muy nuevo viéndole jugar en la puerta del Arenal, en Sevilla, un dia de éstos, y lo tuve por invencion moderna. Juéganlo con ocho bolillas muy pequeñas, y el hoyo á donde concurren todas las bolillas juntas, como si dijésemos en tropa, está hecho en industria y sacado á plana en un medio del otro más pequeño, donde han de entrar todas juntas.

D. Ped. Si de este juego de los griegos tropa, viene la voz militar tropa, por la gente junta sin órden?

D. Fern. No es muy fácil averiguar, aunque la voz toda es una. De este juego habla Brodeo sobre *Marcial*, lib. IV, cap. XIV, y en las *Misceláneas*, libro X, cap. XXVI.

D. Diego. En las autoridades que V. m. ha traido de las nueces ó almendras vienen muchas veces juntas las tabas, que parece llaman los griegos *astragalos*, y los latinos *talos;* y pues se parecen los juegos, no es razon los aparte V. m., si tienen tambien antigüedad, que ella es la que buscamos.

D. Fern. Tiene tanta, y hay tanto escrito del juego de la Taba, que los varios pareceres de autores

griegos y latinos ántes pervienten que guian, y dando noticia de él me confunden.

Los modernos han querido penetrar esta dificultad, y no me pienso valer de sus dichos, si bien no todos fueron en la materia tan dichosos. Dijo algo, y nó plenamente, el obispo Sipentino, sobre el segundo libro de *Marcial;* Philipo Beroaldo, sobre *Propercio;* Celio Rodiginio, lib. XX *Lect. Antiq.*, cap. XVII, y en el libro IV, caps. XI y XII; Nicolao Leoniceno, *in Sanneto;* Galeto Marcio, *De Promisqua discip.*, cap. XXVI; Escalígero, en las *Exercitaciones contra Cardano;* Turnebo, en los *Adversarios*, lib. V, cap. VI; Lambino, sobre *Plauto, in Asin.;* Polidoro Virg., lib. II *De Inven. rer.;* Lipsio, *Antiquan lect. in anvivio;* Isacc Casaubono, sobre *Tranquilo, in Aug.;* Francisco Robertelo, sobre *Cátulo;* Ramirez de Prado, sobre *Marcial;* Martin Antonio del Rio, *in Senecam, frag. Herc. fur.*

D. Ped. Por cierto para cosa tan menuda admiro que tantos hombres doctos se hayan desvelado.

D. Fern. ¿Pues de esto se admira V. m.? Otros tantos ó más trae Pedro Pantoja de Ayala en sus *Comentos al tit. de Aleator*, en la Lec. fin., fol. 109, que por todos son de sólo los modernos treinta y dos autores; yo sacaré de todos alguna cosa con mucha brevedad, remitiendo á V. m. á los autores alegados.

Ante todas cosas digo que *taba* llamamos acá aquel hueso que los animales visalcos ó pati-hendidos tienen en la coyuntura baja de las manos: llamáronle los griegos *astragalos;* los latinos, *talus;* los españoles, *taba* ó *carnicol;* los franceses, *ossellet;* los flamencos, *pickelsteen*. La

figura de este hueso, como V. ms. lo habrán visto muchas veces, tiene cuatro lados todos diferentes, como que parece que la naturaleza ocasionó en la misma ociosidad ruda del mundo este juego, y esta es la mayor probanza de su antigüedad; y aunque Polidoro Virgilio, lib. II, cap. XIII *De Invent. rer.*, no halla inventor, Martin Antonio del Rio dice que el bienaventurado San Cipriano hizo inventor á Thallte: «*Suspicor divum Ciprianum allæ et talorum inventionem, Thaleti adscrivere.*»

Mas porque el nombre de éste no fué sino Talo, rey de Creta, y su legislador más antiguo, Acinos entiende que fué error, que se extendió á las obras de Sexto Empírico contra *Mathemáticos*, cap. XVIII; y aunque todos aquellos autores no han descubierto el inventor de la taba y su juego, yo le he hallado claramente en el *Phedro* de Platon, el cual hace inventor de ella y de los dados á Theuth, á quien los egipcios en la ciudad de Nauerate dedicaban la Ibis: «*Audibi enim circa Naucratim Egiptii priscorum quendam fuisse Deorum cui dicata sit avis, quam Ibim vocant, nomem autem Demonì Theuth. Hunc primum omnium numerum, et numeri computationem invenisse, et Geometriam, et Astronomiam, talorum rursus, alearumque ludos et literas.*»

De manera que ya hemos dado con el inventor, nó sólo del juego de tabas y dados, sino de la Arithmética, Geometría y Astronomía.

Despues de haber escrito yo esto, vide á Pedro de Guzman en los libros de los *Bienes del honesto trabajo*, disc. VII, §. III, donde siente lo mismo que yo tenía aquí escrito. Alégalo tambien Pedro Pantoja *ad Tit. de*

aleæ lusu, fol. 87, *in margine*, segun lo cual yo osaría afirmar fué Noé ó algun hijo suyo ó nieto, porque estas ciencias ellos fueron los primeros que las enseñaron al género humano despues del Diluvio universal.

Del nombre de Theuth, inventor de los juegos de fortuna, por ventura se deriva la voz de *tahur*, con que denotamos á los que juegan ansiosamente.

Ser la invencion del juego de la Taba muy antigua se prueba de Luciano, en los *Saturnales*, donde introduce al sacerdote de Saturno, que muchos juzgan ser Noé, preguntándole que si en aquel primero siglo jugaban á la Taba: «*Quin illud etiam mihi responde: Talis ludere in usu fuit, tui quoque sæculi mortalibus;*» y le responde que sí, porque no llegaba la soltura á tanto que jugasen millaradas de ducados, como ahora, sino cuando mucho jugaban almendras ó nueces; porque ¿qué precio se habia de dar á hombres que ellos todos eran de oro? Sus palabras: «*Erat sane, ut non depositis talentis, verum, ut plurimum, nucibus; namque tandem pretio, certassent ipsi talis cum ipsi toti essent aurei?*»

Despues de esto introduce á Júpiter, tambien jugando á la Taba: «*Nuper vero Rex ille atque omnium pater, depositis Aegide ac fulmine.*» Á los héroes pone tal vez jugando este juego Apolonio en sus *Argonautas*. Todo esto no lo digo á otro fin que su mucha antigüedad.

D. Diego. Resta saber si lo jugaron los muchachos.

D. Fern. Nó sólo era juego de muchachos, pero él mismo era símbolo del entretenimiento de esta edad. Pausanias, *in Achaicis:* «*Talus quidem adolescentum et*

Virginum luscionem significat quæ a natura grandioribus à liena teneræ ætati non indecora est.»

Ninguna cosa hallaban más á mano los muchachos para jugar, ni más fácil; y así, su aficion fué siempre una. Aristóphanes, en la comedia *Avispas:* «*Equidem te puto velle astragalos occhare puelle.*» Platon, *in Lyside:* «*Invenimus pueros calculis talisque ludentes.*»

Plutarco, en el *De Fortuna Alexandri*, trayendo aquella pérfida sentencia del capitan Lisandro: «*Viros jure jurando: pueros talis fallendo.*»

Julio Pólux trae por testigo á Platon de su sentencia: «*Sed est pueros, in Spoliariis astragalos sportulis rapere, Plato inquit.*»

Lucano compara á este siglo á el muchacho que juega á la Taba, *in Auctiene vitarum:* «*Quid est, Seculum? Puer ludens, ludens talis.*»

Este juego era el entretenimiento de aquel brioso mancebo Alcibiades cuando, jugando con otros de su tamaño, venía una carreta, y llegando á la sazon el rústico carretero para que se quitasen de la calle, todos los muchachos echaron á huir; sólo Alchibiades, á quien le tocaba la mano, le mandó que se detuviese, y no lo haciendo por su villanía, se tendió de bruces en la tierra diciendo: Pase si quiere. Plutarcus, *in Alcibiades:* «*Pacio etiam nunc lucitabat in bicotalis cum jaciens quæ vices redirent, adipsum supervenit plaustrum omistum: ibi primum aurigam sustinere jussit, quo non parente ob rusticitate sed per gente, alii pueri dimoverunt se: Alcibiades pro vehiculo absesit se in faciem espendensque se esmodo, dixit: Si vellet, transiret.*»

Séneca, en el lib. IV *De Constantia:* «*Non ideo quid quam inter illos puerosque interesse quis dixerit quod illi talorum, nucænque et æris avaricia est.*»

Por último de esta averiguacion digo que los muchachos llamaban *mujer*, que es lo mismo que mocoso, á los que no jugaban bien: así lo dice Fexto Pompeyo en los *Fragmentos:* «*Mulier dici solet, quasi mucosus, ís qui talis male ludit.*»

Tambien era juego de viejos, por ventura porque se cumpliese en ellos el proverbio: *Bis pueri senes.* Y así, Ciceron, en el lib. *De Senect*, dice que se queden los mozos con las armas, los caballos, lanzas, mazas, pelotas, nadar y correr, dejando las tabas y los dados á los viejos: «*Habeant igitur alii sibi arma, sibi equos, sibi hastas, sibi clavam et pilam, sibi natationes, et cursus, nos senibus lusionibus multis talos relinquant et tesseras.*»

Y Juvenal, en una Sátira: «*Si damnosa juvat senem alea.*»

§. III

Modo de jugar á la Taba.

D. Ped. Díganos V. m. ahora la forma de jugar á la Taba.

D. Fern. Mucha dificultad adivino en la respuesta; pero diré algo de lo que entiendo, presuponiendo

que las tabas con que jugaban, ó eran de las mismas naturales que se sacan de los animales, ó á su imitacion hechas de diferentes materias, como marfil, oro, plata, etc. Jugaban tal vez con una taba sola; de ordinario era con cuatro. Ciceron, I *De Divinat.*: «*Quatuor tali casu jacti venerem efficiunt.*»

El mismo, en otra parte: «*Venerem jacti posse quatuor talis jactis et quadringentis venereis non posse casu consistere.*»

Plauto, en la comedia *Curculo:*

Talos possit sibi in manum, provocat
Me in aleam, jusit vultorios quatuor.

Para evitar las fullerías y pandillas, no tiraban las tabas con la mano, sino tenian un vasillo, que llamaban *pirgo*, *turricula* ó *fritillo*, el cual tenía dentro unas como gradas ó escaloncillos: echaban dentro los talos ó tabas, y meneábanlos muy bien, y luégo los arrojaban sobre una tabla que llamaban *albeolo*. Del vasillo habló Séneca en la *Coloquíntida:*

Nam quoties missurus erat, resonante fritillo
Utraque subducto fugievat tessera fundo.

Marcial, en el lib. V, *Epig.* últ.:

Et blando male perditus fritillo.

Sidonio Apolinar, lib. II, *Epist.* IX: «*Crepitandum fritillos, tesserarum strepitu;*» *et in Carmina* XXIII:

Hic talos crepitantibus fritillis.

Por ser este vasillo causa de evitar tahurerías, se gloría en Marcial:

Qua erit compositus manus improva mitire talos.
Si per me licæt nil, nisi vota facit.

Como si dijera:

> La mano del tahur procura clavar el dado;
> Pero si por mí no es, no gana más que deseos.

Á la tabla dijimos que llamaban albeolo. Así lo dice Ciceron, *De Finibus:* «*Aut alveolum poscere, aut quærere quempiam ludum.*»

Tambien le llamaban tabla. San Isidoro: «*In tabula luditur pyrgo, tesserisque et talis.*»

D. Diego. Ahora nos dirá V. m., si es servido, cuándo ganaban ó cuándo perdian.

D. Fern. Las suertes buenas ó malas se llamaban con todos estos nombres: *cous, chius, planus, Vénus, canis, basiliscus, Hércules, vulturius.* Y de otra manera: *Midas, vulturius, Hércules, Vénus, canis, asinus, stesichori, suppus, chius, cous, curipidis, signum.*

D. Diego. No distingue V. m. las suertes buenas y malas, para que sepamos cuáles eran.

D. Fern. Las suertes dichosas eran: *Vénus, cous, suppus, basiliscus, Midas, Hércules;* las infelices y azares eran: *canis, chius, planus, vulturius, asinus.*

Llamaban tambien á la suerte feliz *senio* y á la infeliz *unio,* nó porque tuviesen puntos, sino tomando la metáphora de los dados, que tenian seis lados y en ellos figurando desde un punto hasta seis.

Muchas autoridades se podrán traer de todo lo dicho, pero basten pocas que lo prueban bien. Propercio, lib. IV:

> *Et mihi per talos venerem quærente, secundos*
> *Damnosi semper subsiluere canes.*

Yo, con tabas favorables,
Buscaba suerte de Vénus;
Pero los canes dañosos
Salian por mal agüero.

San Isidoro: «*Canem vitari ab aleatoribus, quia damnosus est, et unum significat. Operi Senionem quia bonum jactum afferet.*»

Marcial:

Senio nec nostrum cum cane quassat ebur.

D. Ped. Díganos V. m. ahora cómo ganaban ó perdian.

D. Fern. Si jugaban con una taba sola como ahora, y echaban la parte de ella que hace algo de inchazon ó barriga, le llamaban los nombres de felicidad, Vénus, cous, etc., y ganaban. Si echaban la parte contraria á ésta, que hace una concavidad y es algo llana, le llamaban canis, chius, planus, vulturius, etc. Cuando jugaban con cuatro tabas era la suerte dichosa si caian todas cuatro cada una en postura diferente; mas si caian todas de una misma figura, era azar y mala suerte.

Melch. En tomando V. ms. la taba no hay quien se la quite de las manos, y tambien tengo yo voto en esta facultad.

D. Fern. Y el primero: pues diga V. m. lo que le parece, que todos obedeceremos.

Melch. Lo mismo es eso que si jugasen á la *Primera* con los naipes, que cuando vienen cuatro manjares diferentes gana el que juega; como si dijéramos los cuatro sietes, ó tres sietes y un as, que hace primera pasante.

D. Fern. No estoy muy léjos de pensarlo así, y áun por ventura degeneró de esta diferencia de lados de las tabas la diferencia de los cuatro manjares: mas resta averiguar lo que íbamos diciendo, y en Luciano hay un lugar insigne con que lo averigüemos. Hablando de un loco enamorado de una estatua de Vénus, dice que para ver si le habia de suceder bien ó mal echaba las tabas; y si salia la suerte de Vénus se alegraba, y si lo contrario echaba maldiciones: «*Super mensa quatuor talos Lybicæ capræ componens, ludendo experiabatur quid sibi sperandum foret. Et scopum quidem jaciendo sortitus erat, lætabatur nullo talorum effigie à equali cadente: sin autem ut fit negligentius, talos jecisset in mensam et illi abominavilius subsiliissent universe Gnido diras imprecabatur.*»

De aquí se entienden fácilmente aquellos versos de Marcial:

Cum fleterit nullus vultu enbi talis eodem
Munera me dices magna dedisse tibi.

Cuando caen las tabas con lados diferentes,
Dirás que te envíe grandes presentes.

En esta materia hay un lugar de Suetonio Tranquilo, *in Augusto*, que á los intérpretes ha hecho mucha dificultad su inteligencia. Trae este autor una epístola original de Augusto á Tiberio, en que le dice: «Jugamos ayer y hoy, mi Tiberio, como unos viejos; porque echadas las suertes de las tabas, el que echaba el can ó el senion ponia cada vez un real, todo lo cual tiraba el que echaba la suerte Vénus.» «*Lucimus, mi Tiberi,*

γεροντικως *eri, et hodie, talis enim jactatis ut quisque senionem aut canem misserat in singulos talos singulos denarios conferebat: quos tollebat universos qui venerem jeserat.»*

La dificultad está en que hemos dicho que era suerte feliz el *senion*, y que con ella se ganaba; y se prueba llanamente de aquel verso de Persio:

Scire erat voto quid dexter senio ferret.

Pues como aquí lo compara Augusto César al can, y dice que si echaba el senion ó el can ponia un real tantas veces cuantas echaba aquella suerte, y que se los llevaba todos el que echaba la Vénus; respondo que cuando jugaban con una taba llamaban al can suerte infeliz, senion; mas cuando jugaban con cuatro tabas, llamaban y era suerte dichosa. Y porque Augusto jugó con sola una taba, como consta de aquellas palabras *in singulos talos*, por eso perdia el que echaba el senion ó can.

D. Diego. Ha dicho V. m. los nombres de los dos lados contrarios de la taba, y le faltan los otros dos, que no nos ha dicho cómo se llamaban, ni si perdian ó ganaban con ellos.

D. Fern. Respondo que al lado de la taba muy llano le llamaban *ternion*, y al opuesto, que hace una concavidad con esta figura ᔓ, le llamaban *cuaternion:* el que echaba estos lados todos cuatro era suerte azar, y perdia; pero si echaba uno ó dos terniones ó cuaterniones, y los demás eran de las otras figuras, no perdia, ántes ganaba con el ternion tres dineros y cuatro con el cuaternion. Tal vez dejaban la taba tan solamente, ó dejaban las tabas, como jugando acá á la *Perinola*, cuan-

do sale la letra D, ó como cuando juegan al parar y sale presa sin pinta, que si es la del contrario no pierde más que el naipe y pasa al otro siguiente.

D. PED. Yo estoy muy contento con lo dicho, y pienso lo estará el Sr. D. Diego.

D. DIEGO. Yo lo estoy mucho, y me admiro de la antigüedad, estimacion y frecuencia del juego de la Taba, y me lastimo que á la buena señora la haya desterrado *Bilvan*, supremo monarca de la ociosidad, á la provincia de la Picardía. Mas quisiera yo saber, si en el juego de la Taba nos quedan algunos rastros de lo que fué antiguamente.

D. FERN. Paréceme que podemos comparar el juego de la Taba que hoy vemos usar con aquellas dos famosas estatuas que en Roma llaman *Pasquin* y *Marfodio*, que de puro manoseadas, traidas y llevadas de un lugar á otro apénas les ha quedado rastro ni figura de lo que antiguamente eran. Y así, ni más ni ménos, iremos adivinando los vestigios que hoy nos quedan en la Taba de su uso antiguo, y de lo que fué y resta hoy, que es bien poco.

En cuanto á lo primero de la taba, lo mismo es y de la misma manera que Dios la crió; que como este es derecho natural, no se puede mudar. Del nombre latino queda algun vestigio, diciendo de *talos*, *taba*. Al lado que los latinos antiguos llamaron *canis* parece le llaman ahora *carne*, aunque no es ahora ésta suerte infeliz.

De la voz *canícula* parece que tomó todo el nombre la taba, pues algunos ó muchos lugares de Castilla le llaman *carnicol*. Yo he querido averiguar esto alguna

vez, preguntando á los muchachos, y he sabido que á la suerte del un lado llaman ahora *horca*, que es la suerte infeliz, como lo fué la de canis; á la contraria llaman *carne*, que es la suerte de Vénus. Suelen llamar tambien á un lado *chuque*, que parece de género del nombre chius.

La *Perinola* parece ser hija muy parecida á la Taba, porque tiene cuatro lados no más, y en ellos vemos estas cuatro letras: T, S, P, D. La T corresponde á la suerte de Vénus, porque el que la echa se lleva todo el dinero que los jugadores han puesto, como dijo Augusto en Suetonio Tranquilo: «*Quos tollebat universos qui venerem jecerat.*» Y esta misma suerte se llamaba coo, suppo, basilisco y Midas.

La contraria suerte es P, y corresponde al canis, ó canícula, ó senion, y el que la echa pone el puesto, como vimos en el lugar citado de Tranquilo: «*Talis enim jactatis, prout quisque senionem aut canem misserat, in singulos talos singulos denarios conferebat.*»

Llamóse tambien esta suerte plano, vulturio, chio, asino.

La D y la S corresponden al ternion y cuaternion, que parecen suertes médias ó indiferentes.

MELCH. Algo tenía que decir Melchor; mas pues ya no se hace caso de él, sería bien lo dejasen ir.

D. FERN. Tiene razon el señor Melchor, que aquí quien puede hablar en esta materia sólo es él.

MELCH. No digo yo tal, sino que en aquellos nombres lo metió V. m. todo á baraja y se dejó mucho por decir.

D. Fern. Á tiempo estamos todavía, señor Melchor; diga V. m. todo lo que supiere de esta arte.

Melch. Digo que aquellos nombres modernos que V. m. dió á la taba y á sus lados, no siempre son siempre unos, sino que se mudan conforme á los juegos: cuando se juega al juego que llaman *Taba*, llaman carne á la que hace aquella figura ∽, y con ella ganan; y á la opuesta y contraria le llaman chuque, y pierden con ella: cuando la taba cae á la parte llana que tiene una concavidad le llaman un nombre deshonesto de la parte trasera sobre que nos sentamos, y á la contraria á ésta llaman barriga, por aquella hinchazon que allí muestra el hueso, y con ésta ganan, perdiendo con la contraria.

Hay otro juego de Taba que llaman *Rey*. En éste tienen los mismos lados otros nombres: á la que hace aquella figura ∽ llaman rey, y á la contraria alguacil; á la que hace barriga la llaman zapata, y á la contraria llaman horca.

D. Fern. Decid cómo se juega ese juego.

Melch. Echa cada uno la taba en alto conforme les ha cabido el tirar, y al que le cabe el lado que llaman rey lo es, y el que le cabe alguacil hace su oficio de alguacil; al que la zapata hace oficio de verdugo, y al que le cabe horca hace oficio de condenado.

D. Fern. Por manera que es un tribunal entero.

Melch. Sí señor, porque hay rey, alguacil, verdugo y horca, que es el reo y el suplicio. El alguacil condena primero á tantos azotes; si el reo consiente la sentencia se ejecuta luégo; si no la consiente apela al rey,

el cual, como le parece, aumenta ó disminuye la sentencia.

§. IV.

Dados y Tesseras.

D. Ped. Muy engastado viene ese juego de la Taba con el juego de los *Dados.*

D. Fern. Ámbos se comprehenden bajo de una voz general latina, que es *alea*, que significa todo género de juego de fortuna; aunque este de los *Dados*, por ejercitar en él más que en otro su poderoso imperio esta mudable y ciega diosa, se ha alzado con el nombre de *alea simpliciter;* y ahora tambien entendemos con él los Naipes, juego muy parecido al de los Dados en la fortuna, aunque nó en la materia y forma.

D. Ped. ¿Es antiguo el juego de los Naipes?

D. Fern. Nó señor, y por tanto lo excluiremos de esta conversacion como no digno de entrar en el colegio de los demás; el de los *Dados* es muy antiguo, aunque nó tanto como el de la Taba, porque lo inventaron los de Lidia, y éste Noé ó sus hijos y nietos.

De que inventaron los *dados* y *tesseras*, que éste era su nombre propio latino, los lidos, es autor Herodoto en el lib. I; y aunque el nombre propio y más comun de los dados es *tessera*, el señor San Isidoro, en sus *Ethimologías*, les llama con todos éstos: *tessera*, *lepusculus*,

jaculum, quadrantal, numerus. Ausonio les llama con cuasi el nombre castellano *data.* Los griegos le llamaron κυεος, y al juego κυοεια. Tenian y tienen seis lados todos iguales, y en ellos ocho ángulos, de donde consta haberse engañado Cardano, lib. *De Subtilit.*, en que distingue el cubo de la tessera. Engañóse tambien Toquelino, sobre Persio, que confunde el cubo con el astragalo ó taba, que tiene sólo cuatro lados. Diferénciase asimismo de la taba la *tessera,* en que por cualquiera parte que cae está igualmente firme, porque en ella no hay ó no debe haber nada cóncavo (si bien ahora los hacen algo cóncavos, aguzando las esquinas ó ángulos de modo que se tengan sobre ellos sin tocar otra cosa en la tabla), en que la taba no puede tenerse más que en los cuatro lados, y si alguna vez, que era cosa muy rara, caia de punta y se tenía, era tenido por dichosísimo agüero y fortuna; y así, se decia por proverbio: *recto talo,* como ya dijo Horacio:

Securus cadat, an recto stet tabula talo.

Diferenciábanse tambien las tabas de los dados en que las tabas formaban juego con una ó cuatro, y tal vez con cuarenta. La tessera ó dado no fueron más que tres. Ovidio:

Parva monère pudet, talorum dicere jactus
Ut sciat, et vires tessera missa suas,
Et modo tres jactet numeros, modo cogitet aptè
Quam subeat partem, calida quæmque vocet.

———

Vergüenza será decirlo,
Pero vaya de las tabas,
Cuyo juego es bien que sepa
La mozuela enamorada.

Juegue tambien á los dados,
Porque las suertes echadas
Sientan las fuerzas de amor,
Y reconozcan ventaja.
Tres números eche ahora,
Ó ya con astucia ó maña
Piense á qué parte se inclina,
Á quién topa, ó á quién pára.

Más claramente lo dijo Marcial:

Non sunt talorum numero pars tessera, dum sit.
Major quam talis alea sæpe mihi.

Nó iguales en el número seamos
Los dados á las tabas, con que sea
El juego nuestro de mayor cantía.

No era de menor consideracion la diferencia de las tabas á la de los dados, porque las tabas no tenian puntos y los dados los tenian, y de ellos y sus números, cada un lado sus nombres. San Isidoro: «*Jactus quisque apud lusores veteres à numero vocabatur, ut unio, benio, trinio, quatrio, quinio, senio: postea apellatio singulorum mutata est; et unionem, canem, trionem, suppum, quatrionem, planum, vocabant.*»

La suerte azar é infeliz era el uno, y le llamaban can, y la más dichosa era el seis, y le llamaban por esta causa el diestro, ó dichoso y feliz:

quid dexter senio ferret.
Scire erat in voto damnosa canicula quantum radere, etc.

Luciano, en los *Saturnales*: «*Nisi forte tibi parum esse videtur, ut in Tesserarum ludo vincas; cum que cæ-*

teris alea in unionem volvatur tibi senionem in summo latere ostendat.»

Nuestro patron San Isidoro: «*Jactus Tesserarum, ita à peritis aleatoribus componitur, ut aferant quod voluerint, ut puta senio, nem quia eis in bonum jactum afferat, vitant; autem canem quia damnosus est unum significat.*»

Alegoriza el Santo comparando el tiempo á los tres dados, que no están jamás en un ser y siempre se mudan, de la misma manera que el tiempo corre: «*Nam tribus tesseris ludere prehibent per tria sæculi tempora præterita, presentia et futura, quia non estant sed decurrunt.*»

Adriano Tuberno, en el lib. VI, cap. III de sus *Adversarios*, dice que se dijeron dados de la voz latina *datus*, *data*, *datum*, y lo prueba de los versos de Ausonio, que dicen así:

Narrantem fido per singula puncta ressursu,
Quæ data per longas que revocata moræs.

Yo pienso que del mismo antiguo modo de jugarlos nos han quedado en los juegos de naipes y otros juegos lo que llaman *Bolos.*

Vidimus et quando tabulæ certamine longæ,
Omnes qui fuerant enumerasse Bolos.

Cuando jugaban á la *Pelota* otros semejantes no entra la mano, que entónces paga el bolo el que entra. Llamamos manos á los jactos, y así llamaban los romanos á lo mismo, de donde descendió la frase latina: *Manus remittere;* remitir lo que uno en una mano ó jacto habia ganado.

Para que no hiciesen las tahurerías ó pandillas, ó

para que no clavasen el dado, usaban de aquellos vasillos que llamaban *turriculus*, *fritillos* ó *pyrgos*, que tenian dentro unas como cejuelas ó escaloncillos, donde rodando los dados se mudaban con tanta variedad que era imposible que el jugador, aunque tuviese más flores que un Mayo, hiciese ruindad. Ausonio, de estos grados ó escaloncillos:

Alternis vicibus, quæ præcipitante rotatur
Fundat et excussit per cava buxa gradus.

Bien claramente lo dijo Sidonio Apolinar, lib. VIII, *Epist.* XII: «*Hic tessera frecuens eboratis se saltatura pyrgorum gradibus.*»

De esta manera los arrojaban á la tabla llamada *alveolo* ó *tabula*, y nó fristillo como algunos han dicho.

Fué este juego de *Dados* aborrecible en todos los tiempos por lo mucho que en él se pierde, y por las muchas ofensas á Dios y al prójimo que siempre trajo y acarrea á los que lo juegan; y así lo prohibieron: las leyes Ticia, Publicia y Cornelia; despues, *De Jure Dig. et Cod.*, por todo el tít. *De aleæ lusu et aleat.*, *L. vlt. c. de relig. et supt. fundt. Autent. Interdicimus c. de sacris ecless.* Reprehendiéronlo el señor San Cipriano, y otros muchos Padres antiguos, referidos de Juan Salisberiense *in Polycrat.*, lib. I, cap. V; y por las leyes de España, nó sólo es prohibido el jugar los *Dados*, pero el mirarlos jugar y el hacerlos: L. I, II, VII, tít. VII, lib. VIII *Recopil.*; y finalmente, el refran castellano: «Lo mejor de los dados es no jugarlos.»

§. V.

De las Damas y el Axedréz.

D. Diego. ¿El juego de las *Damas* y el de *Axedréz* son antiguos?

D. Fern. El de las *Damas* lo es mucho, y poco ménos el *Axedréz:* llamáronse las piezas de las Damas *calculos*, en la lengua latina, y en la griega, κηρωι. El juego se llamó *Latrunculorum lusus.* Descríbelo Alexandro ab Alexandro en sus *Dias geniales*, cap. XXI, por estas palabras: «*Ludus Calculorum, veteribus præcipius fuise traditur, qui et latrones dicti hi enim duas divissi turmas erant colores dibersi, quorum alii milites alii hostes: horum lusus erat, ut turmis instructis velunt qui congredi acie parabant, hinc inde sub hostium imagine procederent, ac præscripto fine quo ad quisque progredi debeat: ita cavere opportebat, ut dum postem quisque invadere mititur, alterius non pateat in cursibus qui etiam, exgemma, fuere viris, et mulieribus frecuens, à melioribus vel summis honoribus, vel maxime æltus et celebratus. Quem Palamedes invenisse proditus ad componendas otiosi exercitus seditiones.*»

Así como este juego fué muy antiguo y celebrado, hay mucha mencion de él. Llamáronse tambien las piezas *calses*, que es parte del pié, y no sé si el llamarles hoy á las piezas *peones* viene del mismo principio, ó

puede ser que como es una representacion de batalla se llamen como los soldados peones, á imitacion de la infantería, que camina á pié. Llamáronse *latrones* ó *latrunculi*, porque todo el cuidado del contrario es comerle á los otros sus piezas y cautivarlas; por eso les llamó *cautelosas* Sóphocles, hablando de su inventor:

> .... *captos que temporis Turunculos,*
> *Scruposque que tesserasque fallendo otio*
> *Invenit*, etc.

La materia de estas piezas solia ser de vidrio: Marcial, lib. XIV, *Epig.* XVII:

> *Insidiosorum si ludis bella Latronum.*
> *Gemmeus iste tibi miles et hostis erit.*

Y Lucano, más claramente:

> *Vitreo peraguntur milite Bella.*

Petronio Arbitro notó que entre el delicado aparato de la cena de Trimalchion, despues de ella entró un muchacho con una tabla de therebinto y las piezas de cristal, y que lo más delicado que notó fué que en lugar de las piezas blancas ó negras jugaban con monedas de oro y plata. Tambien fueron de otras materias estas piezas, como hoy las vemos de madera y marfil. Sirvieron asimismo las conchuelas de la orilla de la mar. Julio Pólux describe este juego en el *Onomástico*, y dice que á una parte de él llamaban la *ciudad*, y que á las piezas llamaban *canes*, y que todo el cuidado del jugador era coger dos de los peones de un color del contrario diferente del otro en color. «*Multis autem calculis constans ludus Latrunculorum est loca lineis disposita habens: et una quidem Latrunculorum pars civitas vocatur, et cal-*

culi singuli canis: calculis autem in duas partes secundum colorem divisis, ludi hujus ars erat comprehensione duorum calculorum concolorum, alterum discolorem tollere.»

Marcial llamó *mandras* á las casas donde se asientan las piezas:

Si vincas Noniumque Publiunque,
Mandras et vitreo Latrone clausos.

Aunque Josef Scalígero en las notas á una *Égloga* de Lucano quiere que mandras sean los caballos de este juego del Ajedrez: véase este autor, que en lo crítico es aventajado.

Á las calles llama Julio Pólux *líneas*, y dice que eran cinco de cada parte, y que á la calle de enmedio llamaban *sagrada*, porque de ella no puede sacar nadie la pieza que la ocupe libremente, si no es por mucha traza y violencia; y de aquí se dijo el proverbio: «*Moveo hunc á sacra.*» Sus palabras todas son éstas: «*Inter quinque vero utrorumque lineas erat sacra vocata, et inde movens calculum proverbio locum fecit. Moveo hunc à sacra.*»

Ovidio, con mucha claridad, describe el juego, libro III *De Arte amandi:*

Cautaque non tulit latronum prælia ludat,
Unius cum germino calculus hoste perit.
Bellatorque suo prensus sine compare pugnet.
Æmulus et cœptum sæpe recurrat iter.

Las piezas ó cálculos con que cada parte jugaba fueron, como ahora son, doce. Ciceron, *in Hortensio:* «*Itaque tibi concedo quod duodecim scrupis olim, ut calculum reducas si te alicujus dati pœnitet.*»

Aquí parece que llama Ciceron al lance, dado. El movimiento de los peones ó piezas siempre era el caminar adelante. Unos pasaban muchas casas, como ahora las damas, otros caminaban de casa en casa, como ahora, sin saltar, por lo cual á aquellos que hoy llamamos damas, les llamaban *vagos*, y á los peones *ordinarios;* y cuando encerraban á algunos les llamaban *incitos*, de donde proverbialmente á los muy pobres y que no podian ir atrás ni adelante les llamaban *incitos*. Señor San Isidoro, lib. XVIII, *et in* cap. LXVII: «*Calculi partim ordine moventur; partim vagè; ideo alios ordinarios; allios vagos, appellant: at vero que moveri omnino non posunt, Incitos dicunt: Unde egentes homines Incitè vocantur quibus spes ultra procedendi nulla restat.*»

De donde se entiende aquel lugar de Plauto en el *Penulo:* «*Ad Incitos rem rediisse.*»

Así lo sienten Adriano Turnevo y Josef Scalígero.

Séneca hace memoria de este juego, reprehendiendo que la sutilidad de los ingenios se gasta en cosas supérfluas: «*Latrunculus ludimus, insuper vacius subtilitas teritur.*»

Fuéronle aficionados jugadores el gran Pompeyo y Scévola, Jurisconsulto, de quien dice Quintiliano, libro XI *Inst.*, que jugando con uno el dicho Scévola á las damas jugó una pieza mal, siendo él mano, por lo cual fué vencido y perdió el juego; y que yendo al campo, acordándose de todos los lances que habia jugado, los repitió por su órden y volvió á decirlos al jugador con quien habia jugado, y el lance donde erró, el cual confesó que así era verdad: «*At vero Scevola in ludo duode-*

cim scruporum cum prior calculum promovisset, esset que victus: dum rus tendit repetito totui certaminis ordinè quo dato errasset recordattus rediit ad eum, qui cum lusserat: isque ita factum ese confessus est.»

Séneca refiere de Canio, condenado á muerte, que notificándole la sentencia fatal, estuvo tan en sí que contó las piezas todas, y dijo al centurion que venía á notificársela: «Séame testigo que le llevo una pieza de ventaja.» «*Lutrunculis ludebatur vocatus Canius, numeravit calculos annuens centurioni: Testis, inquit, eris uno me antecedere.*»

De este juego escribió un valenciano un libro, que yo vide impreso y leí algunos años há, y otro llamado Valle.

Suidas reduce el juego á Philosofía, y dice que la Tabla, así dice la voz griega, significa el mundo inferior ó la tierra; ser las piezas doce, significa el Zodiaco y sus doce signos; la arca y los siete granos son los siete Planetas; la torre significa la altura del cielo, de donde nos vienen los bienes ó males: «*Tabula enim est mundus terrestris: duodenarius numerus est Zodiacus: ipsa vero arca et septim in ea grana, sunt septem stellæ planetarum. Turris est altitudo Cœli unde bona et mala.*»

Parece haber tomado aquel autor las mismas palabras de Cedreno en los *Annales*, si bien la forma de estas piezas se diferencia en algo de las que hoy usamos en Castilla.

El juego del Axedrez, aunque no es tan antiguo como el de las Damas, es muy antiguo, pues lo inventó Xérges, segun Polidoro Virgilio, en el año de 3635 del

mundo. Su invencion fué así: que no pudiendo aquel sabio varon, ni atreviéndose á decir á un rey tirano cuánto peligro corria su tiranía sin fuerzas, inventó este juego para que fuese documento que la majestad del rey há menester muchos que le defiendan y acompañen, y que de otra manera no podia estar segura, y para esto instituyó un ejército con su capitan, y otro contrario, que cada uno procuraba dar mate al otro. Llamáronse *Ludus Schacorum*, *ab scandendo*, que es pasar adelante y subir; los griegos le llamaron βατρικαυς. Pedro Gregorio, en el *Syntagma*, piensa que es invencion de los hebreos, y que su nombre viene de las dos voces *Schachi et Mathi;* que aquélla significa *fortificar* y esta otra *matar* ó *ser muerto:* y así el juego se acaba en jaque y mate cuando el rey, cercado por todas partes, sin poderse menear, está como muerto.

Márcos Gerónimo Vida hizo un elegantísimo poema de este juego, en que atribuye su invencion á los italianos. Por ser muy largo, no lo referiré.

En nuestra lengua escribieron de él libros enteros Rui Lopez de Segura, impreso en Alcalá año de 1562, y el Ldo. Martin del Reyno, á quien puso por título: *Dechado de la vida humana del juego de Axedrez;* y Fr. Jacobo de Thesalonia, del Órden de Predicadores, entre otras obras escribió cuatro libros de sólo este juego, y un tratado Antonio de Prado, Jurisperito, y otro Thomás Foro, Semproniensis, que está en el VII volúmen de los tratados de los doctores, fol. 168.

DIÁLOGO IV

DIÁLOGO IV

§. I.

De la Morra, Micacion, Trompos y Peonzas.

D. Fern. ¡Quién pensara que despues de tres dias que há que tratamos de estas niñerías no estuviesen ya V. ms. cansados ó enfadados!

D. Diego. Muy al contrario, pasa en nosotros que con la memoria de las cosas de la niñez, nos rejuvenecemos.

D. Ped. Tienen no sé qué de gusto escondido, que no se halla en otras ningunas, así por su sencillez como porque aquel buen tiempo no puede ocurrir á la memoria sin el gusto con que le acompañamos, tan sin mezcla entónces de pesar.

D. Fern. Mucho temo no se diga por nosotros lo que Séneca: «*Simılli pueris sumus, quibus, omne ludicrum in pretio est.*»

D. Ped. Muy léjos estoy de ese temor, asegurado

con la autoridad del Espíritu Santo, que en el capítulo XXXII del *Eclesiástico* persuade holgarse honestamente y jugar cada uno en su casa ó su retiro: «*Præcurre autem prior in domum tuam, et illic avocare et illic lude. Et age conceptiones tuas, et non indelictis et in verbo superbo.*»—*Multa et ludo vide apud D. Thomam.* 2. 2, *q.* 32, *art.* 7, *et q.* 168 *de Modestia, art.* 2 *et* 3:—*et Ricardum, in* 4. *sent., dist.* 15:—*plurima apud Stephanum Costam in trac. de Ludo qui habetur.*—*In tractatibus D. D. Thom.* 7, *fol.* 161:—*et apud thomam Actium de ludo Schacorum in iisdem tract. D. D. Thom., tom.* 7, *f.* 178, *Paris, de Puteo et Sacra Lupi, aliosque qui habentur eodem tom.* 7 *Doctorum.*»

D. Diego. Á tan segura autoridad, y en materia tan honesta, no hay que buscarle más razones, sino que V. m. se disponga á la importunidad de nuestras preguntas; y porque pienso que nos hace falta mi criado, será bien llamarle. ¡Hola, Melchor!

Melch. Señor, no estoy en casa.

D. Diego. Tú eres siempre de tan poco provecho, que viene á ser lo mismo: mas ahora no faltes de aquí, que te há menester el Sr. D. Fernando.

D. Fern. ¿En qué quedamos ayer?

D. Diego. De lo que V. m. ha comenzado no pienso que queda nada por decir; sólo que el otro dia apuntó V. m. que en ocasion diria del verbo *mico micas*, á quien los pares y nones habian usurpado el oficio de jugar.

D. Fern. Ya me acuerdo de lo que dije del verbo *mico* apuntando al Sr. Melchor.

Melch. Tambien yo me acuerdo que me descargué bastantemente.

D. Fern. Pues yo quiero ahora cumplir mi obligacion, y digo que en el reino de Valencia ví jugar un juego que llaman la *Morra*, que hasta entónces no lo habia visto jugar en mi vida. Despues lo ví jugar á extranjeros en el Arenal de Sevilla, y dando vueltas á los libros hallo que es muy antiguo.

D. Ped. Díganos V. m. primero la forma de ese juego, que yo no lo he visto.

D. Fern. Vílo jugar de esta manera: los jugadores son dos; alzan de repente ámbos las manos con los dedos que quiere cada uno extendidos, encogidos los otros, y al mismo tiempo que levantan las manos cada uno dice el número que quiere, y el que acierta con el número que dijo contando los dedos que ámbos tienen levantados, gana, y el otro pierde: como por ejemplo, si uno alzara los dedos, y el otro dijere *seis*, que si no hubiere más que cuatro dedos levantados, pierde el que dijo seis, y si los hubo, gana; y si ninguno acierta la suerte es indiferente y vuelven á jugar.

D. Ped. Ahora entiendo lo que dijo nuestro Marcial cordobés á los opositores del magisterio de música de aquella Santa Iglesia, en una *Décima*, que si no me acuerdo mal dijo así:

Los edictos con imperio
Maese Lobo ha prorogado,
Hasta que varíe el grado
De su vocal magisterio.
Si no lleva otro misterio,
El nuevo término corra,

Y juegue en tanto á la *Morra*
Nuestro pretendiente Bobo,
Ó apele de un maese Lobo
Para otro maese Zorra.

Dijo famosamente, haciendo alusion de los nombres de los opositores, y tomando la metáphora del solfear con los dedos y los gestos que los músicos hacen, á los que hacen los que juegan á la Morra; y sólo resta que V. m. nos diga su antigüedad.

D. Fern. Jugáronla muy de antiguo los rústicos romanos. Márco Varron, alegado de Nonio Marcelo: «*Micandum erit cum græco utrum ego illius numerum anillè meum, sequatur.*» Ciceron, en el lib. *De Divinat.*: «*¿Quid est sors? Idem prope modum quod micare, quod talos jacere, quod Tesseras.*»

De aquí vino aquel antiguo proverbio: «*Dignus qué cum in tenebris mices.*» «Fulano es un hombre de bien, que se puede tratar con él á ojos ciegas y jugar á la Morra á oscuras.»

Nonio Panopolita, en el lib. XXXIII de sus *Dionisiacos*, describe buena parte del juego:

Ludus erat alternatim digitos expandere
Hos erigentes, illos deprimentes.

Elegantemente Calpurnio, en la *Égloga* II:

Tyrsis et, ò pueri, me judise pignora dixit.
Irrata sint moneo: satis hoc mercedis habebo.
Si laudem victor, si fert opprobia victus.
Et nunc alternos magis, ut distinguere cantus
Possitis, terquisque manus jactate micantes;
Nec mora: discernunt digitis.

Tírsis dijo: ¡Oh, mancebitos!

Si mi juicio seguís,
No aposteis, no pongais prendas
En contienda pastoril;
Baste por paga al que vence
Haber vencido la lid,
Y que del triste vencido
Los demás se han de reir:
Y para que vuestros cantos
Más se puedan distinguir,
Eche tres veces la mano
Cada uno de por sí.
Y sin detenerse un punto
Ellos lo hicieron así,
Siendo jueces sus dedos,
Que el pleito han de discernir.

Si seguimos el parecer de Cervantes, en el cap. V de la *Sabiduría* á este juego parece aludió el Profeta Rey en aquellas palabras del *Psalmo* XXX: «*In manibus tuis sortes meæ.*»

Tambien está admitido comunmente que los soldados que sortearon las vestiduras de Nuestro Señor Jesucristo las sortearon con dados, y así se pintan en los instrumentos de la Pasion: mas muy consideramente Nonio Panopolita, en la Paráphrasis del Evangelio de San Juan, dice que á este juego de la Morra ó Micacion las sortearon.

Purpuream ne disecemus veram hanc tunicam
Divinam, habentem formam peregrinam, sed oro y osa.
Digitos manus jacientes, procul jacta signa victoriæ
Sorte videamus contentionis expertæ cujus erit.

Por esta causa dice Isaacc Casaubono en las *Animadversiones á Suetonio in Augusto*, que á cualquiera controversia donde habia duda, así en materia de precio

como de justicia, se dirimia en lite con Micacion: «*Fuit autem Micationis ujus frecuens apud veteres in controversys, nan etiam in contractibus faciendis, si de pretio, aliave quavis senon convenirent, Micationes delanio emebantur.*»

D. Ped. Razon tiene *Mico, as,* de quejarse que tan lata jurisdiccion se le haya quitado y dádosele en España á los pares y nones.

D. Fern. Señor; como se le acabó á Roma su monarchía, pasóse á los Páres de Francia, y luégo á Castilla y Leon.

D. Diego. En todo hay mudanza y variacion.

D. Fern. Miéntras mandó Roma, áun las carnes en el matadero se sorteaban por Micacion; mas despues se prohibió por edicto de Turcio Aproniano, prefecto de la ciudad, que hoy se conserva en un mármol que se ve en Roma en la iglesia de los Santos Apóstoles, y lo trae Joano Grutero en las *Inscripciones del Orbe,* que es como se sigue:

Ex autoritate Turcii
Aproniani Præfecti urbis
Ratio docuit, utilitate suadente,
Consuetudine micandi sum mota
Sub exagio potius pecora vendere,
Quam digitis coludentibus tradere, etc

Por ser muy largo, y bastar lo dicho para nuestra probanza, no lo pongo todo.

D. Ped. Muy admitido veo en el uso de los muchachos el trompo, y segun pienso, tambien tendrá antigüedad.

D. Fern. Juzgo lo mismo que V. m., y nó con pequeña probanza, pues el Profeta Rey toma de él la

metáphora en el *Psalmo* LXXXII, y pide á Dios que trate á sus enemigos como suele el muchacho al trompo ó peonza: «*Deus meus, pone illos ut rotam.*» Allí la palabra *rota* significa trompo.

Así lo entiende Genebrardo: «*Torque illos in mundum trochis, quo modo trochus solet torqueri à pueris, jacta illos ut super terram, sphera et globus jactatur;* ó como la bola ó pelota, que no puede parar en cuesta.

Así lee el Caldeo: «*Pone eos ut rotam quæ volvitur et movetur nec consistit in declivi.*»

Los griegos le llamaron *trochos;* los latinos *turbo;* nuestra voz castellana *trompo* más se llega á la voz griega.

Aristóphanes habla de él en la comedia *Aves* como de cosa muy usada:

SY..... *Trocho nihil differre opportet.*
PI..... *Inteligo*
Trochum: et quidem sunt mihi per Jovem
Optime Cercyreæ tales àlæ.
Quibus te faciam hodie trochare.

Aquí se nos vino por su pié la etimología de la voz castellana *trocar*, que es revolverse el estómago y lanzar, que parece haber salido de la voz *trochos* por el movimiento y vueltas que da esta invencion de los muchachos, la cual fué en dos maneras: su primera, el trocho griego, el cual era una máquina redonda hecha con unos aros ó círculos de fierro, y en medio de ellos otro arillo, en que habia una campanilla ó cascabelejo que sonaba; ésta, impelida con un instrumento que llamaban *asa*, que revolvia en círculo y corria velozmente, haciendo

un sonido agudo y suave. Describió Antilo un instrumento muy parecido á esto, que le llaman *ensilicia*, de que trata Orivacio en el lib. VI de sus *Collectaneos*, y Marcial en el lib. III de su *Gymnástica*, cap. VIII. De este trocho habló Horacio, lib. III, *Carm. ode* XXIV, por juego de muchachos:

Nescit equo rudis Hærere ingenuus puer,
Venarique timet; ludere doctior,
Seu græco jubeas trocho
Seu malis vetita legibus alea.

No sabe el muchacho noble
Ni áun tenerse en el caballo,
Ni cazar, porque es más diestro
En el trompo y en los dados.

Del mismo habló Marcial en el lib. XIV, *Epigrama* CLXVIII:

Inducenda rota: das nobis utile munus,
Iste Trochus pueris, ut mihi cantus erit.

Tráigase aquí la rueda, pues ofrece
Buen entretenimiento: aqueste trompo
Es para los muchachos juguetones;
Mas para mí los hierros de una rueda.

El mismo poeta, en otro *Epigrama* dice de esta suerte:

¿Garrulus in laxo cur annulus orbe vagatur?
Cedat autargistis obviæ torva trochis.

¿Por qué el anillo sonante
Anda en los mayores arcos?
Porque á los agudos trompos
Se va la turba apartando.

Esta especie de trocho ó trompo, aunque fué instrumento de luciones pueriles, lo fué tambien de varones, porque habia arte de él. Testifícalo Horacio en su *Arte:*

Indoctus que pilæ, discive, trochive quiescit.

Mejor Ovidio:

Hic artem nandi præcipit, ille trochi.

Requeria mucha fuerza este juego, por ser el instrumento pesado, y nó ménos aquella asa. Propercio, lib. III, *Eleg.* XIII:

Increpat et versi clavis adunca trochi.

Engáñanse los que han confundido este género de trompos con los que hoy vemos usar nuestros muchachos; porque, aunque el nombre era todo uno, la máquina y el modo de jugarlo eran muy distintos.

El segundo modo de trompos era el que hoy vemos jugar, á que tambien llaman *peonzas.* Llamáronle los latinos *turbo* ó *turben.* De él habló el *Escoliastes* de Aristóphanes: «*Turbo est instrumentum quod ververe vertunt pueri.*» Y el mismo Aristóphanes, *in Vespis:* «*Versent se coram nobis more Turbinis.*»

Juéganlo de dos maneras: con un azotillo, dándole aprisa, haciéndole dar muchas vueltas alrededor. Defínelo Arcon Helinio, intérprete de Horacio: «*Torchus turbo est quia ludentibus pueris scutica agitatur.*»

Pintólo elegantísimamente Virg., lib. VII de su *Eneida:*

Ceu quondam torto volitans sub verbere turbo,
Quem pueri magno in gyro vacua atria circum
Intenti ludo exercent, ille actus habena

Curvatis fertur spatiis: stupet inscia turba,
Impubisque manus, mirata volubile buxum,
Dant animos plagæ:

———

Como debajo de torcido azote
Vuela el agudo trompo, que el muchacho
Al juego atento en el zaguan vacío
Al retortero trae, y él llevado
De punta de metal en retorcidas
Carreras es traido, y espantada
La necia turba de los rapacillos
Viendo el voluble box á quien aliento
Las heridas le dan, etc.

Tíbulo se queja del amor, que lo trata cruelmente, como suele el muchacho á la pelota:

Namque agor ut perplana citus seu verbere turbo
Quem celer assueta versat ab Arte puer.

———

Tráeme al retortero,
Como suele el rapaz con diestra mano
Volver un trompo por el suelo llano.

Box le llama al trompo *Persio* en la *Sátira* III, porque ordinariamente se hacian de esta madera. Virgil.:

Ne cuquis Callidior Buxum, torquere fragello.

Tambien parece haber usado los muchachos del encordonado, con que hacen mover los trompos velocísimamente sin apartarse de un lugar, y tan sesgos, que parece no se menean: de este género habló Aristóphanes *in Vespis:*

Tranquille ut coram nobis sese
Verset turbinis instar.

Horacio, viéndose enhechizado de los amores de

Canidia, ó fingiéndolo, le ruega que desencordone el trompo ó aquel ovillo con que le tiene fuertemente atado:

Canidia, parce vocibus tandem sacris,
Citumque retro salve turbinem.

———

Canidia, deja ya de enhechizarme;
Suelta, suelta ese trompo encordonado.

Usaban las hechiceras para sus embustes de una figura que llamaban *rombo*, que casi imitaba al trompo; y así, Horacio le baptiza con ese nombre, y mejor Propercio, lib. IV, *Eleg.* V:

Straminea rombi ducitur illa rota.

Los intérpretes de Teócrito le llaman á este instrumento mágico *turbo.* Á su encordonado aludió Lucrecio, VI *De Rer. Nat.*:

Traxerunt torti magica vertigine Fili.

Y Silio Itálico al encordonado del trompo comparó lo enroscado de una serpiente:

Alter lætifero stridebat turbine serpens.

Pausanias, en el lib. VI, hablando de Policles, vencedor, cuya estatua acompañaban dos niños, dice: «*Asistunt puciones, dico: eorum alter Trochum præfert, tenian alter appetit.*»

Por último, no quiero dejar un *Epigrama* griego que habla del trompo elegantemente:

At pueri ei talis ludentes turbine acuto
Vertebat lato quisque suum in tribio.

———

Con el agudo trompo los muchachos
En el ancho zaguan cada uno juega
Con el suyo, volviéndolo en redondo.

Tenian por costumbre decir los muchachos cuando tiraban el trompo τυνκατα δαντονετα, que es como si dijésemos: «Cada uno trompe con el que más le conviniere, ó con el más cercano;» como si acá dijésemos en nuestro refran otro nacido de un juego de muchachos, que cuando lo juegan dicen: «Cada oveja con su pareja;» sentencia digna de notar en los casamientos y amistades, que no conviene elegir lo que es desigual, ó por grande ó por pequeño. Y así, el filósofo Pitaco envió á la plaza uno que le consultaba acerca de su casamiento, para que lo que allí oyese á los muchachos eso hiciese. Véase Plutarco, *De Educat.;* Homero, en el IX de la *Iliada*, y á Espondano, su comentador, fól. 164, *Glosa* n.

D. Ped. He estado imaginando si el juego de los Trucos es derivado de los Trochos, porque se parecen mucho en los nombres.

D. Fern. No estoy de ese parecer, porque los *Trucos*, las *Bolas* que los muchachos juegan, y el que llaman *Pilamaleo* ó la *Chucca* son juegos modernos: así lo siente Gerónimo Mercurial en su *Gymnástica*, libro VI, cap. VIII.

§. II.

De la Pelota.

D. Diego. Estos dias he visto muy valido y frecuentado el juego de la Pelota, y ciertamente yo me

huelgo así de jugarlo como de verlo jugar, que no sé qué tiene consigo de nobleza y gallardía.

D. Fern. Es ejercicio propiamente de nobles y de príncipes, y esta propiedad no la tiene de nuevo; ántes pienso que nació y se crió con él, demás de que es bonísimo adminículo de la salud.

D. Ped. Díganos V. m. lo que de él ha leido.

D. Fern. No podré yo decirlo todo sin incurrir en nota de prolijo; pero diré algunas cosas, entresacándolas de lo que de él han escrito varones gravísimos. Su invencion atribuyen unos á los lacedemonios; otros á los siconios; Plinio, á un ilustre varon llamado Phito; Agalis, *in Atheneo*, á Naucicaa, princesa hija del rey Alcinoo; Heredoto atribuyó su invencion á los lidios, *in Clio.*

Lo que yo pienso es que es áun más antiguo, si bien Homero, en el VI de la *Odisea*, dice que cuando salió Ulises á la orilla de la isla de los pheaces hecho una resaca del mar y ludibrio de las ondas, vió que despues que la infanta Naucicaa con sus doncellas lavó y tendió al sol sus paños, quitándose los tocados de la cabeza, comenzaron á jugar á la Pelota.

Cæterum post quam cibo saturatæ, ansillæque et ipsa
Pila ipsæ ludebant, capitis redimicula deponentes:
His autem Naucicaa pulchris ulnis incepit cantilenam.

Llamáronle los griegos Σφογρα; los latinos *pila*, y ámbas naciones tuvieron diferentes juegos, algunos de los cuales, aunque confusos en las tinieblas de la antigüedad, iremos declarando.

Los griegos tuvieron cuatro géneros de pelota, se-

gun Marcial en la *Gymnástica*, lib. II, cap. IV: grande, pequeña ó mediana, vacía ó de viento, coryco. Los latinos tuvieron otros cuatro: fuelle, trigonal, pagánica, harpasto. Diremos de todas algunas cosas, y especialmente de la que ha quedado en uso.

Fuelle era una pelota grande, hecha de cordoban, llena de viento, la cual, si era mediana, la impelian con los puños; pero si era muy grande, la impelian con los codos: y esta pelota se jugaba entre muchos, los cuales al cogerla no habian de tocarse con los cuerpos unos á otros, si bien con las manos se tocaban; y si entre dos, era impelida estando el uno en contra del otro. El coryco era tambien pelota grande, y aunque en lugar de viento la llenaban de harina, y tal vez de arena.

D. Ped. Díganos V. m. cómo se podia jugar esa pelota.

D. Fern. Colgábanla del techo ó bóveda del gymnasio, tanto distante del suelo, que daba cerca de la cintura de los jugadores; cogíanla con la mano, la arrojaban todo cuanto podian. En estas idas y venidas topaba esta pelota con los jugadores, unas veces en los brazos, otras en los pechos y las espaldas, y de este modo se ejercitaban; y no dudo, que demás de ejercicio del cuerpo, que era lo primero que se pretendia, tenía algun gusto y entretenimiento para los jugadores y los que miraban; y este género de pelota me afirman personas de crédito que todavía se usa en algunos lugares de Castilla la Vieja.

Pero no dejemos tan sin probanza el uso antiguo, que lo testifica Antilo, médico, en *Oribacio*, y lo refiere

Mercurial por estas palabras: «*Corpus in corporibus imbesillioribus grano ficulneo, aut farina: irrobustioribus erana impletur: ejus vero magnitudo ad vires et ad ætatem accomidatur; suspenditur autem in Gymnasii superne culmine, tantumque è terra distat, ut fundum ad ejus qui exercetur umbilicum pertingat. Hunc utrisque manibus tenentes, qui exercuntur primun quidem quiete, postea vero veementius gestant, ita ut ipsum resedentem consequatur, et iterum resedenti cedant, violentia compulsi postremo vero cum a manibus rejisiente emitunt, ut cum revertitur vehementius, corpori adbentus suo ocurrat ad extremum vero se inceden suam sæpisime restituendo dimitunt ut ex congressu sino a valde abertant retrocedat, exquo sit ut quandoque manibus occurrant dum propinquat; quandoque pectore, manibus pasis, quandoque vero iis adterga volutis.*»

La pelota pequeña de viento, que impelian con los puños, llamaron por esta causa *folliis pugilatorius;* así parece de Plauto *in Rudente:* «*Ex templo hercle ego te follem pugilatorium faciam.*»

Por su liviandad le llamó Marcial de pluma, nó porque la llenaban de pluma: «*Plumea sculaxi partiris pondera Folli.*» Y por esta causa la usaban los muchachos y los viejos.

El mismo Marcial:

Ite procul juvenes, mitis mihi convenit ætas.
Folle decet pueros ludere, Folle senes.

Este género de juego de Pelota era muy apropósito para la sanidad, y así el lugar donde se jugaba era muy llano, sin empedrado ni ladrillado; ántes tenía al-

gun polvo, nó tanto que impidiese saltar la pelota ni correr los jugadores, pero de manera que pudiesen afirmar bien los piés. Así lo sienta Mercurial, trayendo á nuestro Marcial en testimonio:

Colligit et refert lapsum de pulvere Follem,
Et si jam lotus, jam soleatus erit.

D. Diego. No puedo entender aquel género de juego de Pelota de viento que dijo V. m. que se impelia con los codos.

D. Fern. Ni los autores lo declaran de manera que yo lo pueda dar á entender bien; pero allí por los codos entiendo los brazos, desde la cintura hasta las manos, porque como la pelota era tan grande que no la podia comprehender la mano, cogíanla con los brazos tal vez, aunque de ordinario andaba ella por lo alto y los jugadores se levantaban todo lo que podian á coger la pelota, extendiendo las manos siempre y levantándolas de la cintura arriba hasta ponerse de puntillas sobre los piés. Y no se maraville V. m. de estos modos de jugar, que como hoy no los vemos se nos hacen muy dificultosos; mas quien ha visto estos dias jugar en nuestro lugar los moros de Berbería á la Pelota con unos garrotes de á tres cuartas en lugar de palas, y recogerlas con ellos diestramente, sacar y rebatir, no se admirará de semejantes modos antiguos.

D. Ped. Yo he leido en las historias de las Indias que aquellos bárbaros juegan á la Pelota desnudos, y la recogen con el cuerpo, y vuelven con los muslos y espinillas, y otras partes del cuerpo que de todo nos parecen ineptas para aquel ministerio.

D. Fern. Mucho más es volver la pelota con la planta del pié, y con todo eso hubo en la antigüedad quien lo hiciese. Así lo dice Manilio en el lib. V *Astronomic.*:

Ille pilam celeri fugientem reddere planta,
Et pedibus pensare manus, et ludere saltu,
Per totunque vagas corpus disponere plantas
Ut teneat tantos orbes, sivique ipse recludat,
Et veluti doctos jubeat volitare per ipsum.

Diestro aquél en volver con diestra planta
La pelota que huye, compensando
Con los piés el oficio de las manos,
Jugando á saltos y con vagas plantas,
Disponer todo el cuerpo, porque haga
Tantas vueltas, que en sí mismo se encoja,
Y que los piés por cima dél mandados
Vuelen, á este ejercicio ya enseñados.

No se lee en la antigüedad el uso de las palas, que ahora son tan comunes, para sacar y volver la pelota, pero bien el de las raquetas.

D. Diego. No he visto jugar con raquetas.

D. Fern. Yo sí, en Sevilla, en la huerta de la Alcoba, que es parte de la Alcázar real, donde apropósito ví un juego de Pelota de este género fabricado allí. Los más que jugaban eran extranjeros. La raqueta es hecha de una redecilla extendida fuertemente sobre un arco redondo y algo prolongado, con su manubrio ó cabo para tenerlo y jugar de él. De ella hace memoria Ovidio, lib. III *De Arte amandi:*

Recticuloque pilæ leves fundantur aperto.

Pelota trigonal no era porque fuese en triángulo,

que todas eran redondas, sino porque se jugaba entre tres, puestos en triángulo para echarla uno á otro y recogerla y volverla. Usaban de ámbas manos, porque no cayese en la tierra. Así lo dijo Marcial:

Captavit tepidum dextra lævaque trigonem.

Y en otra parte:

Si me movilibus scis expulsare sinistris.
Sum tua sinesis Rustice, redde pilam.

Alaba por esta causa la destreza de Polybio en usar de la mano izquierda:

Sic palmam tibi de trigone nudo.
Unctæ det favor arbiter coronæ
Nec laudet Polybi magis sinistras.

Lo más cierto es que esta pelota trigonal se llamaba así porque el lugar donde se jugaba era triangular, porque estaba cerca del baño ó hypocausto; este lugar estaba siempre húmedo, resumándose las paredes, por lo cual le llamaba húmeda Marcial á la pelota: *tepidum trigonem*. Pruébase esto de un lugar de Papinio Stacio en las *Silv.*, lib. I:

Quid nunc astra solo referam tabulata crepantes
Anditura, pilas, ubi langidus ignis in erat
Aedibus, et tenuem volvun hypocausta vaporem.

Lo mismo se prueba de un lugar de Plinio el más mozo, libro V, *Epist. ad Apolinarem: «Apoclyterio superpositum est spheristerium quod plura genera exercitationi pluresque circulos capit.»*

Véase á Guevarcio sobre aquellos versos de Stacio, y luégo diremos en esta parte algo más de lo que él advierte.

De esta pelota trigonal piensa D. Sebastian Covarrubias, en el *Tesoro de la Lengua Castellana*, que se dijo trinquete el lugar donde se juega; y Guevarcio, en las notas de Papinio Stacio, advierte que se llamó trigor. Lo mismo Pedro de Ayala Pantoja, que recogió admirablemente este juego y otros muchos, y los describe con notable elegancia y claridad. Del que vamos hablando escribió Alexandro, lib. III *Dier. Genial*, capítulo XXI, por estas palabras: «*Trigonalis altera in qua sinistræ præcipius usus traditur, nanque illius impulsu magis quam dextræ ludus agebatur cujus erat usus, vel maxime in corporis motu, et agilitate ut sciret apte pilam jasere atque exipere modo incurrere, modo rrecurere.*»

Séneca, en el lib. II *De Beneficiis*, cap. XVII, hace una elegante comparacion de dar y recibir el beneficio, volver y gratificarlo, considerando quién lo da y á quién. Son sus palabras tan elegantes, que les haré agravio si no las pongo todas: «*Velo Crysippe noster, uti similitudines de pilæ lusu quam cadere non est dubium aut mitentis vitio, aut accipientis, tunc cursum suum servat ubi inter manus utriusque cepta ab utroque et jacta, et excepta versatur. Nescesse est autem lusor bonus aliter ipsam collusori longo, aliter brebi mitat. Eadem Beneficiis ratio est, nisi utrique personæ dantis, et accipientis aptatur nec ab hoc exibit; nec ad illum perveni et ut debeat: si cum exercitato, et docto negotium est audacius pilam mitemus; ut cumque enim venerit manus illam expedita et agilis percutiet. Si cum tirone et indocto, non tam rigide nec tam exacte; sed languidius et in ipsam ejus dirigentes manus remise ocurremus.*»

Mas este juego que aquí describe Séneca no es de la pelota trigonal, sino sólo entre dos, de la manera que hoy se juega entre nosotros, en algun corredor, sobre una cuerda, aunque debajo del nombre de pelota trigonal tambien entendió Marcial la comun en el lib. XIV, *Epig.* CLXIII.

Llamáronle tepida ó caliente porque de ella pasaban al baño, y era cosa usada estar baño y espheristerio ó corredor de pelota juntos, y era fuerza comunicarse la humedad del un lugar al otro. De lo primero Plinio, en el lib. III, *Epist. De Spurina:* «*Ubi hora balney nuntiata est; in sole si caret vento ambulat nudus: deinde movetur pila vehementer, et diu.*

Y describiendo el mismo Plinio una casa de placer suya, dice: «*Apoditerium superpositum est spheristerium, quod plura genera exercitationis pluresque circulos capit.*»

Y Ulpiano en la ley *Siquis D. mænd.:* «*Ut in hortis ejus quod raven mæ abebat in quos omnibus annis secedere solevat spheristerium, et hipocausta, et quædam alia valetudini apta suæ inpensa faceret.*»

Habia en Roma hora señalada para dejar el ejercicio de la pelota y pasar al baño, á que tocaba una campana, y esta es la primera vez que en la Historia Romana se toca este instrumento, que despues tocó y tomó la Santa Iglesia Católica para convocar los fieles al templo. Marcial, que vió y dejó advertidas muchas cosas de aquella República, que delineaba para la eternidad, lo dice:

Redde pilam, sonat.æs termarum: ludere pergis?
Virgine vis sola lotus abire domum.

Dad la pelota, que ya
Suena el metal de las termas:
¿Aún jugais? Iréis á casa
Lavado con agua fresca.

Pelota *pagánica* se llama de la voz *pago*, que es barrio, y aldehuela, porque era tan frecuente su uso, que donde quiera se usaba, así en los barrios de la ciudad como en los pagos, aldeas y serranías de fuera. Era tambien de cuero, llena de pluma, algo mayor que la trigonal y más dura, por lo cual se jugaba con alguna dificultad y trabajo, como de ella dice Marcial:

Hæc quæ dificili turget paganicu pluma,
Folle minus laja est, minus arcta pila.

Harpasto era el último modo de pelota de los romanos, aunque la voz es griega, del verbo Αρπάζο, que es *arrebatar*. Era tambien de cuero, y más pequeña que las que hemos dicho. Los jugadores la procuraban arrebatar á los otros, y llamábanse phæninda, de su inventor.



Ateneo, en el lib. I, cap. VIII: «*Ludus autem pilæ harpastum nuncupatum pheninda vocabatur, quem ego omnium maxime dilligo;* et mox: *appellabatur phæninda ad inmissione pilæ ludentium, vel quia ejus inventor fuit Phenestius Pædotriba, ut testis Jubas Maurisius, idque Antiphanis carmine confirmat.*

Exerseat phænindas apud phænestium.

Del nombre con que los latinos la conocian, Marcial:

Sive harpasta manu pulvurulenta rapis.

Et alibi:

Non harpasta vagus pulvurulenta rapis.

Llámala aquí pulvurulenta, porque como este juego se hacía entre muchos sin dejar caer la pelota, y unos procuraban quitársela al otro, era forzoso al impelerse caer, y así se ejercitaban donde habia arena ó polvo.

D. Ped. Diga V. m. más claramente ese juego, para que lo entendamos.

D. Fern. Yo pienso que era así: ponianse los jugadores como dicen, anchos en rueda, y enmedio de ellos, el que tenía la pelota hacía señas á uno como que la queria arrojar á él, y así iba engañando y descuidando á todos, hasta que de repente la arrojaba al que más descuidado le parecia, engañando con su disimulacion.

Así lo dice Julio Pólux en su *Onomástico:* «*Pherinda autem dicitur aut à primo inventore Phenindo, aut à id est decipiendo: quoniam alio simulantes pilam in aliam partem mitunt, decipientes credulum.*»

Algo tambien toca Atheneo en el lugar citado: *Sic Antiphanes:*

Capiens pilam, dedit quidem; mox aufugit.
Lætatus expulit simulque hunc alterum
Exire fecit.

Dice más Atheneo, que en este juego se guardaba cierta concinidad, á manera de danza ó saltacion: «*Davant operam, ut quædam concinitas servaretur inter eos.*»

El señor San Isidoro, lib. I *Ethimolog.*, cap. XXV, trae unas palabras de Nevio, poeta, en la comedia llamada *Tarentila*, donde hablando de una mujer impúdi-

ca describe el juego graciosamente, y de él se prueba tambien que se ponian en rueda muchos, y que no se jugaba entre sólo tres como quiere Pedro de Ayala. Las palabras son: «*Quasi in coro pila, ludens datatim dat sese et communem facit alium tenet, alii admitat, alii manus est ocupata, alii pervelit pendem alii dat annulem spectandum alabris, alium invocat, et cum alio cantat et tamen aliis dat digito literas.*»

D. Ped. Admirablemente lo describe, por cierto, y me parece que estando en Castilla la Vieja ví jugar ese juego entre mujeres, y le llamaban la *Olla*.

D. Fern. Así lo dice tambien Ramirez de Prado, al lib. IV de Marcial, *Epig.* XIX. Ya vimos en esta autoridad de Nevio, poeta, que los romanos llamaban á este juego *Datatim ludere*. Tambien lo dice Plauto *In Curculione:* «*Tunc isti qui ludunt servi scurrarum datatim in via.*»

Lo mismo refiere Nonio Marcelo de autoridad de Márco Varron, que dice jugaban los muchachos este juego en Roma en la plaza, frontero á las carnicerías: «*Videbis Romæ in foro, ante lanienas pueros pila datatim ludere.*»

Y este modo de jugar á la Pelota es algo diferente del que llamaban *raptim ludere* y *expulsim ludere*, por lo que se ha dicho y se dirá adelante; y así lo distingue Adriano Turnebo en sus *Adversarios*, lib. VII, capítulo IV, y Taumano *In Curculione*, art. II, sent. III. Y con licencia y paz de los críticos, con quien no quiero pleitos ni debates, con lo dicho, declaró un lugar de Nevio, poeta, que cita Nonio Marcelo *in Exordio:* «*In molis*

inquit servi ludunt raptim pila, datatim morsu;» con las cuales palabras quiso decir que en las tahonas, esparterías, ó ergástulos donde habia esclavos aherrojados jugaban con la pelota, ó harpasto, arrebatándola como era la ley del juego, mas en las cosas de comer no jugaban ese juego, sino el que llamaban *Datatim*, que era: puestos en rueda, el que tenía el pan, queso ó fruta en la mano, hacer que lo queria dar á uno y darlo á otro, engañando al crédulo, que esta es la ley del juego; y hoy dia se suele acá amagar á dar la cosa á uno y tirar la mano, diciendo *Miz*, con risa de los demás y vergüenza del que se dejó engañar con la golosina.

D. Diego. Yo me acuerdo que en la escuela jugábamos los muchachos un juego llamado *Al caer*, que frisa algo con ese que V. m. dice que jugaban los esclavos en Roma, que es en esta forma: pónense los muchachos en rueda, y uno en un puntero clava un pedazo de pan y queso, ó fruta, y van todos mordiendo con mucho tiento, dándolo el uno al otro y el otro al otro, hasta que queda tan adelgazado el pan ó queso ó fruta que se cae; y el que lo hace caer pone otro tanto, y vuelven á jugar de la misma manera.

D. Fern. No dudo que á ese juego justamente le podremos llamar *Datatim ludere*, y que de los modos de jugar unos juegos nacen otros que les parecen, y se quedan en aquella especie. Á este juego parece que jugaba aquel Poltron que pinta Petronio Arbitro en el *Satírico*: «*Nec tam pueri nos quam erat operæ pretium ad spectaculum duxerat, quam ipse pater familias qui soleatus pila sparcivà exersebatur, nec eam amplius repe-*

tevat quæ terram contingerat;» de modo, que cayendo la pelota en el suelo, pierde aquel por cuya culpa cayó.

§. III

Otros juegos de Pelota.

D. Ped. Diga V. m. los demás juegos de Pelota que en la antigüedad se usaban.

D. Fern. De propósito me he prevenido de algunos libros, viendo que ya me es forzoso obedecer á V. ms. por el gusto que me muestran en estas cosas, y en ningun autor antiguo hallo junto lo que en Julio Pólux, el cual, en el lib. III de su *Onomástico*, cap. VII, pone un juego de Pelota, que llamaban Episcoro; éste era juego de mancebos, y se jugaba entre muchos en dos bandos, tantos á tantos. Hacian en la plaza, calle ó corredor, ú otra parte donde jugaban, tres rayas distantes; en la de enmedio ponian la pelota, y las otras dos rayas caian á las espaldas de cada banda; los que escogian para sacar la pelota la tiraban á los otros, los cuales ponian gran diligencia en volver la pelota hasta tanto que los de una banda echaban fuera de la raya última á los de la otra. Las palabras de aquel autor son tales: «*Etepiscirus quidem, etiam ephevica et promiscua dicitur; luditur autem juxta multitudinem paribus ad pares dispositi: deinde mediam lineam indiferentem educentes quam scirum vocant, huicque pila imposita est; alias duas,*

lineas post utrorumque ordinem describentes ad ceteros qui primum electi sunt pila mitunt, quibus negotium est pilam ad volantem rejicere donec alterutri alios ad aliam lineam usque pepulisent.»

Á este juego, por lo que tiene representacion de batalla, le llamó justamente Séneca Spheromachía, en la *Epist.* VIII, y Papinio Stacio en las *Silvas;* y claramente lo dice Julio Pólux: «*Licet etiam spheromachiam pilæ ludum ad surcum vocare.*»

Este juego tiene mucha similitud con el que hoy se juega, aunque ahora, como se saca la pelota con palas, se saca desde el puesto de cada una de las bandas, y nó de enmedio como antiguamente, porque entónces sacaban la pelota con sóla la mano en este juego de que vamos hablando.

Pone luégo nuestro autor otro juego, que lo describe de esta manera: dar con la pelota en el suelo derecha, y cogerla en el salto ántes que vuelva á caer; y volviéndola á tirar, irla cogiendo de la misma manera muchas veces. Y este juego dice que se llama *Aporragis*: «*Aporraxis vero apportebat pilam directe in solum jacentem exipientem saltum pilæ manu iterum mitere.*»

Ahora tambien lo juegan los muchachos.

El juego que luégo se sigue tiene muy lindo nombre, pues se llama Urania, nombre de una de las nueve musas, hijas de Júpiter y de Menemosine; quiere decir cosa del cielo. Jugábanlo así: inclinábase el que tenía la pelota cuanto podia, mirando al cielo, que por esto se le dió el nombre; arrojaba la pelota con toda su fuerza á lo alto; cada uno de los jugadores cuidaba saltando co-

gerla, ántes que tocase á la tierra: «*In Urania vero hic quidem reclinat sese: pilam in cœlum projicit: illis vero asilientibus cura erat illam priusquam terram contigeret urripere.*»

Este parece ser el juego que el rey Alcinoo hizo, entre otros, en honra de su huésped Ulises, como lo dice Homero en el lib. VIII de la *Odyssea:*

Hi igitur postquam pulchram pilam in manibus
Acceperunt, purpuream quam ipse Polybus fecerat prudens.
Hanalter jaciebat ad nuves umbrosas fluxus retro,
Alter autem à terra in altum elevatus facile accipiebat,
Ante quam pedes ad pavimentum venirent.

Despues que recibieron en las manos
La hermosa pelota que de púrpura
El prudente Polybo hecho habia,
Uno á las negras nubes la arrojaba,
Vuelto atrás; pero el otro, de tierra
En alto levantado, la cogia
Ántes que al suelo con los piés tocase.

Prosigue muy á lo largo en este lugar de Homero Eustaquio este juego de Urania, y lo advierte Hesichio, y segun parece del poeta, tenía conjunta danza y tripudio. Por coger el uno primero que el otro la pelota, ocasionaba empujarse, y así le llamaban *Expulsim ludere*, como lo oimos en aquel lugar de Márco Barron: «*Purgatum scito, quoniam videbis Romæ in foro ante lanienas pila expulsim ludere.*»

Acordóse de él Luciano tambien, en el diálogo *Anatharsis*, diciendo que lo jugaban los lacedemonios; y de él propiamente habla el Jurisconsulto Alfeno, *leg. si ex plagis*, §. *ult. D. ad Leg. Aquiliam.* Dice así: «*Cum*

pila complures luderent, quidam ex hic servalum, cum pilam recipere conaretur, impulit: Servus cecidit, et cruz fregit quærebatur an dominus servuli lege Aquilia cum eo cujus impulsu cediderat agere ponit: responditior posse: cum magis cusu quam culpa videretur factum.»

La razon de dudar era porque no se daba la accion de la ley Aquilia contra el que hizo caer este esclavillo, que iba á coger la pelota, pues de la caida se le quebró la pierna; y responde el jurisconsulto que no le compete, porque esto le sucedió acaso.

D. Diego. Pues ¿por qué no fué culpa, si le dió empeñon tal que lo hizo caer y quebrarse la pierna?

D. Fern. Porque era naturaleza del juego empujarse, á que se obligaban los que jugaban por el mismo caso que sabiendo el juego lo jugaban; y así, Acursio en breves razones entendió la mente de esta ley en la *Glosa:* «*Erat enim, inquit, de natura ludi unum allium impellere.*»

D. Ped. No me alegro ménos de saber ese juego que del entendimiento de esa ley.

D. Fern. Pone luégo Julio Pólux otro juego, diciendo que cuando dos muchachos arrojan la pelota á la pared contando los saltos, al vencido le llamaban Asno, y estaba obligado á hacer lo que le mandase el vencedor, á quien por esto le llamaban Rey: «*Quando porro pilam admirum mitunt, saltuum multitudo numeratur: victus quidem Asinus vocatur, omneque per agebat injuctum illi officium, victor vero Rex erat, et injungebat.*» De aquí nació aquella neomenía ó proverbio de muchos, que los grandes philósofos usurparon para cosas de vé-

ras: «*Rex eris si recte feceris.*» Rey serás si bien hicieres.

¡Qué bien todo el juego, Platon, en el diálogo *Tarteo!*: «*Qui aberraverit is decidevit quem admodum dicunt hi qui spheram ludunt, pueri Asinus: qui vero nil aberrans vicerit: Rex noster esto.*»

El primero que notó este lugar á este intento fué Erasmo, en el lib. III de las *Ehiliad*, *cent.* V, y engáñase Lebino Torrencio, que dió este honor á Antonio Mureto.

La misma fórmula trajo Horacio en la *Epís.* I, lib. I: «*At pueri ludentes; Rex, eris ajunt, si recte feceris.*» Y Ausonio Galo, en los *Monosílabos:* «*Qui recte faciet, non qui dominatur erit Rex.*»

Sólo falta que el Sr. Melchor dé aquí su parecer.

MELCH. Esos juegos de Pelota últimos juegan los muchachos de esta manera: tira la pelota el que la tiene al muro, y como va recogiéndola y volviéndola á tirar, va diciendo: *uno, dos, tres, Martin Cortés, en la cabeza me dés;* cuando acaba de decir esto, recoge la pelota con la cabeza; si no la recoge ó se le cae ántes en el suelo, se pone por asno, la cabeza baja y llegada á la pared; el que ganó, que se llama Rey, se pone encima de él, caballero, y otro muchacho toma la pelota y hace otro tanto como el primero, hasta que pierde y se pone por asno, y el rey desciende del primero y se sube en el segundo.

Tambien juegan á contar todos los saltos que da la pelota, rechazándola á la pared, y á este juego llaman las *Bonitas:* al que en él pierde le dan palmadas ó azotes.

D. FERN. Ahí reconozco yo algo de la costumbre antigua, pues dice nuestro patron San Isidoro que el que perdia á la pelota lo azotaban; lib. XVIII, *Ethimol.*, cap. LXIX: «*Suram dicitur dare qui pilam crure prolato feriendam prævet collusoribus.*»

Otro género de pelota hubo tambien, como es aquella de madera que trae Mercurial en su *Gymnástica* por autoridad de Avicena; y le llaman *Pilamaleo.* Hoy permanece en España este juego, y le llaman el *Mallo*, en el cual con mazos de madera tambien avientan una bola á quien más puede, con gran fuerza, y tambien le llaman la *Chucca.*

Hubo tambien pelotas de vidrio, de que fué inventor Urso Tagato, como parece del epitafio de su sepultura, que se halló en Roma: «*Ursus Tagatus vitria, qui primus pila luci decenter cum meis lusoribus*,» etc.

Ejercitábanse en este juego de Pelota jugadores desnudos, en carnes, con sólos paños menores que cubrian las partes secretas, como parece por medallas de Márco Aurelio Antonino, y Gordiano, y claramente lo dice Ateneo, lib. I, cap. VIII: «*Ludebat pila non in suaviter Cœcibius Chalsidiensis philosophus, et alii complures Antigoni regis amici, simul vestes exuabent.*»

Y Marcial le llamó á la pelota trigonal desnuda por esta causa:

Sic palmam tibi de trigone nudo
Uncto det favor arbiter coronæ.

Esta costumbre de desnudarse era muy ordinaria en los ejercicios gímnicos, y en éste por razon particular de pasar de él al hipocausto ó baño, que todo ello jun-

to debia ser muy apropósito para la salud. Galeno lo alaba en el libro que de él escribió: «*Maxime igitur laudo hoc exercitium quod et corporis sanitatem suppeditat, et partium concinitatem, et ad hæc animi virtutem; hoc autem est parvea pilæ exercitium, nam et animæ ad omnia prodesse potest et corporis partes omnes maxime æqualiter exercet.*»

§. IV.

Hogueras de la noche de San Juan.

D. Ped. Con lo que V. m. ha dicho hasta aquí me ha aficionado más esta materia lúdicra, y vengo en esta consideracion, que muchos dias há he revuelto en la imaginacion, pensando que por menudas que sean las costumbres admitidas generalmente en las ciudades, con todo eso tienen hondas raíces: á cuyo intento recuerdo á V. m. una costumbre muy general en todos los lugares, y especialmente en las aldeas.

D. Fern. En esas se conservan mejor las cosas, usos y palabras antiguas: y así, lo que en ellas viere V. m. usado, no lo condene fácilmente sin examinarlo primero.

D. Ped. He visto en algunas fiestas ó regocijos, y en especial la noche de San Juan, hacer la gente rústica y mozuelos grandes hogueras, por cima de las cuales saltan con mucha porfía y regocijo.

D. Fern. Es costumbre digna de que se repare

en ella, y tan general, que Simon Mayolo dice de ella así en el coloquio que llamó *In benilias in nocte S. Joannis Baptistæ*: «*In plurimis per Germaniam vicis, et oppidis publici ignes parantur, ad quos utriusque sexus juvenes et senes comvenientes choreas cum cantu agunt; multas enim supertitiones observant.*»

Y aunque hoy no tienen esas hogueras humo de antigüedad, no dudo es costumbre traducida de ella hasta nuestra edad continuadamente.

Esto me da tambien á entender el tiempo en que de ordinario se hacian, que es en la Primavera, cuando las mieses van creciendo y granando, porque en este mismo tiempo celebraban los rústicos pastores las fiestas llamadas Palilia, en honra de la diosa Pálas, haciendo hogueras de heno y saltando por ellas para expiarse y limpiarse: Márco Varron, *apud veterem Interpretem*: «*Palilia tum privata quam publica sunt apud rusticos ut congetis, cum fæno Stipulis ignem transiliant his Palilibus, se expiceri credentes.*»

Por entender los antiguos que pasando por el fuego se limpiaban de los pecados, les llamaban á estas fiestas lustraciones, y dice Columela que se hacian entre otros sacrificios por las sementeras, y que era envejecida costumbre; lib. II, cap. XXVIII: «*Hoc loco cretum habeo cum solemnia festorum præcen suerim, desideraturos lustrationum, cæterorumque sacrificiorum, que pro frugibus fiunt morem priscis usurpatum.*»

Dice justamente que fué costumbre muy antigua, pues por lo ménos nació en el principio de la ciudad de Roma, instituyéndola Rómulo, su fundador. Dionis.

Halicarn., lib. I. *Antiquit. Rom.*: «*Deinde focos ante tabernaculos fieri jubens, educit populum flammas transilientem expiationi pollutionum causa.*»

D. Diego. Díganos V. m. la forma que tenian las tales lustraciones.

D. Fern. Eran así: despues de haber hecho muchas ceremonias á su usanza y dicho ciertas oraciones á la diosa Pálas y á Fauno, deidades de los campos, encendian las hogueras de heno, y saltaban por cima de ellas. Ovidio, IV *Fast.*:

Moxque per ardentes stipulas crepitantis acervi
Trajicias, celeri stranua membra pede.

Persuadíanse que esta ceremonia, nó sólo limpiaba al que la hacía, como es cierto que el fuego purga y cuece el metal, sino que tambien limpiaba su ganado.

Omnia purgat edax ignis, vitiumque metalli
Excoquit: id circo cum duce purgat oves.

Por esta causa lustraban los ejércitos, las curias, las colonias, los ganados, las casas, los lechos, de que trae muchos ejemplos Simon Mayolo en sus *Dias Caniculares, De cult. et orat. Deor.*

El fuego no era sencillamente hecho de sólo heno ó leña, porque le añadian agua y piedra azufre, y el saltar tenía tambien su cuenta, que no habia de ser ménos de tres veces. Ovidio, *Fast.*:

Certe ego transilii positas ter in ordine flammas.

Y Propercio:

Terque meum tetigit. Sulphure et igne caput.

Mejor lo dijo Ovidio en el VI de los *Metamorphoseos:*

Terque senem flamma, ter aqua, ter sulphure lustrat.

D. Ped. ¿Tenian dia cierto esas lustraciones?

D. Fern. Habia lustros y lustraciones. En cuanto á las hogueras y sus ceremonias todo era uno; pero en cuanto al tiempo nó, porque lustro llamaban á un general sacrificio y expiacion que hacian en Roma cada cinco años, para expiar y limpiar la ciudad y sus vecinos, y de aquí vino el llamarse el espacio de cinco años lustro. Las lustraciones particulares cada uno las podia hacer á su voluntad cuando edificaba la casa, estrenaba el lecho, abria la puerta de su casa ó tienda, como ahora lo suelen hacer quemando romero; pero habia tiempo señalado para la general y solemne lustracion de las sementeras y ganados, aunque en esto hay variedad de opiniones, que unos dicen que se hacía por el parto de Ilia, y así les llamaban *Parilia quasi de parta Iliæ*, que fué el nacimiento de Rómulo. Probo Gramático: «*Pales dea pastorum est, cujus dicitur sacrum appellari Parilia, transposita litera quæ si suo loco esset Palilia potius dicerentur qui dies natalis est urbis Romæ, ut in ignem transiliant accensis stramentis more agresti.*»

Muy bien describió esta solemnidad Propercio, lib. IV, *Eleg.* IV:

Urbi festus erat: dixere Palilia patres,
Hic primus cœpit mœnibus esse dies
Annua pastorum convivia lusus in urbe,
Cum pagana madent fercula delitiis,
Cumque super raros fœnii flammantis acervos
Trajicit immundas ebria turba dapes.

Era dia festivo para Roma,
Que llamaron Palilia los mayores,

Y el que ilustró primero sus almenas;
Cuando en festivos juegos y convites
Los pastores se alegran, abundando
Sus mesas de sus rústicos manjares;
Cuando la turba harta va saltando
De llama resonante las hogueras.

Los más de estos autores dicen que estas fiestas ó lustraciones se hacian cada año en el mismo dia que tuvo principio Roma, con los cuales se conforma Ovid.:

Per flammas saliysse pecus, saliisse colonos,
Quod fit natali nunc quoque Roma tuo.

La misma opinion sigue Eusebio en el *Crónico*, y quiere que esta fiesta tuviese dia cierto y señalado, que era á 25 dias del mes de Abril, aunque Plutarco quiere que fuese á 24. No falta quien diga que estas fiestas y regocijos de las hogueras se hacian tambien á 24 de Junio, dia del gran Precursor de Cristo, San Juan Baptista, que hoy celebra la Santa Iglesia, y que á este dia, muchos siglos ántes que el gran Bautista naciese, le llamaban Lámpara, conque parece quiso Dios honrar ántes el dia en que habia de nacer aquel lucero, que habia de dar testimonio de la luz. Algo de esto tocó San Theodoreto. Balsano refiere las palabras de Michael Constantinopolitano, y Josef Scalígero lo deduce de San Juan Crisóstomo, *in Septimo operis magni.*

D. Diego. Dijo V. m. al principio que esta ceremonia habia tenido principio y continuacion desde la gentilidad; y resta que V. m. nos diga algunos ejemplos con que lo averigüe.

D. Fern. Bastante probanza es la que V. ms. han oido, juntándola con lo que hoy ven en las aldeas y en

los campos entre los rústicos y gente de más lozana edad, aunque ya sin aquel humo de gentilidad, tomando de toda la fiesta no más que el regocijo y entretenimiento. Pero como el demonio en todos los siglos ha sido muy vigilante, pretendiendo que el honor que se le debe á Dios se le dé á él, pasó esta supersticion á aquel pueblo antiguamente regalado de Dios, y entre los pecados que la *Escriptura* cuenta que hizo Manasés, fué uno hacer que sus hijos pasasen por el fuego. Paralipomen, lib. II, cap. XXIII: «*Adifrevitque altaria in domo Domini, transireque fit filios suos per ignem.*»

La misma historia se lee en el lib. IV de los *Reyes*, cap. XXI; y por Ezequiel, cap. XX, se queja gravemente el Señor de las idolatrías en que habian incurrido, y en especial de ésta: «*Et in oblatione donorum vestrorum cum traducatis filios vestros per ignem, vos polluimini in omnibus idolis vestris usque hodie.*»

Estas malas hogueras consagraban al ídolo de Moloch en un lugar que llamaban Toph, que quiere decir tímphano, porque los malditos sacerdotes, al tiempo que hacian pasar al muchacho por las llamas, tocaban adufes y otros instrumentos músicos para que los padres no oyesen los gritos que los pobres muchachos daban al quemarlos el fuego y se compadeciesen de ellos.

Llegó la misma idolatría hasta los tiempos de la Iglesia cristiana, pues la reprehende Tertuliano *in Apologetico, adversus gentes*: «*Grande videlicet negotium focos, et choros in publicum educere et vicatim epulare.*»

«Despues, los Padres del concilio Trulense, viendo que esta gentílica ceremonia se continuaba, la reprehen-

dieron gravemente en el Cánon LXV; y ya estaba prohibida expresamente por los Cánones apostólicos.» Clemente, *in* VII, cap. IV: «*Non dabis operam magice arti, non lustrabis lustratores, enim non eris incantans, neque lustrans filium tuum.*»

Aún duró mucho tiempo esta persuasion general de que el fuego purgaba y limpiaba las cosas polutas y manchadas, y quedó el uso en los muchachos, de que hay un raro ejemplo en el lib. VII, cap. XVI, de la *Historia Tripartita:* estaban jugando unos muchachos en una plaza á la Pelota; pasó acaso por allí Lucio, obispo arriano; sucedió que la pelota, mal sacada ó mal rechazada, pasó por entre los piés de la cabalgadura en que iba el Obispo arriano: viendo esto los muchachos católicos, dieron grandísimos gritos, juzgando su pelota por manchada con sólo la sombra del hereje; oyendo el Obispo los gritos de los muchachos, mandó á uno de los que le seguian que se quedase y viese lo que hacian. Los muchachos encendieron una hoguera y pasaron la pelota por medio de la llama, juzgando que de aquella manera quedaba limpia; y ésta dice el autor que era costumbre de muchachos, reliquias de la antigüedad. Oigamos las mismas palabras del historiador: «*Adolescentes in plater alter alteri porrigentes lusu delectabantur; isto autem Lucio transeunte contigit ut sphera cadens per asini pedes transiret, in quo vectavatur, stuno pueri vehementer ejulabant arbitrati spheram pollutione repletam: at ille Lucius hoc intelligens præcepit quidam sequentium ut spectaret et quo generetur agnosceret: pueri vero accedentes ignem et spheram jaculantes per mediam flamman*

hoc modo arbitrati sunt expiatam; et hoc quidem novi juvenile esse, et consuetudines antiquæ reliquias.»

§. V.

De los Corros.

D. Ped. Muy dados de las manos vienen á esta fiesta de las hogueras de la noche de San Juan los corros, músicas y bailes; y pues la costumbre antigua los juntó, no es razon se dejen para otra ocasion: aunque no dudo de su antigüedad y uso, me alegraré oir algo de ellos.

D. Fern. Algo queda dicho cuando tratamos de la saltacion; pero el corro que V. m. pregunta, que es el que vemos usado tales dias, de las mozuelas principalmente, parece que se alzó con el nombre antiguo, pues de la voz *chorus* se dice hoy *corro*, dando espíritu á la letra *r*. Platon lo difine, II *De Legib.*: «*Omnis chorea tripudium est et cantus.*» Séneca, en la *Epíst.* LXXXV: «*Multitudo canentium atque saltantium.*»

San Isidoro, nuestro patron, diferencia el choro de la chorea, haciendo al choro cosa sagrada y á la chorea profana: «*Chorus est multitudo in sacris collectus; dictus chorus quod inito inmodum coronæ circa aras starent, et in psallerent: nam chorea ludicrum est cantilenæ vel saltationis classium.*»

Bien se echa de ver que el corro es en algo diferente

de la saltacion, porque en ella no habia más que tripudio y gesticulaciones del cuerpo, sin canto; mas en el corro hay forzosamente canto, y juntamente tripudio y saltacion. Virgilio lo entendió así cuando dijo:

Omnis quem chorus et socii comitantur orantes.

Donde Servio:

Chorus propiè est cœvorum cantus atque saltatio.

Y en otra parte dijo Virgilio:

Pars pedibus plaudunt choreas et carmina dicunt.

El uso de los corros, aunque hoy no ha quedado si no es en las aldeas y gente de la media plebe, fué antiguamente justo empleo de las señoras é hijas de los príncipes para cantarle alabanzas al Señor, como lo hizo María, hermana del gran sacerdote Aron, siendo ella la que guiaba el corro, despues de aquella gran maravilla de undir Dios á los gitanos en el mar. No se desdeñó esta señora de coger el adufe la primera, para que á su ejemplo le siguieran todas las señoras mujeres cantando y bailando; aquélla dió principio con aquel glorioso canto que comienza:

Cantemos al Señor gloriosamente,
Engrandeciendo aqueste gran Guerrero,
Que al mar echó caballo y caballero.

«*Sumpsit ergo Maria prophetisa, soror Aaron, tympanum in manu sua, egressæque sunt omnes mulieres post eam cum tympanis et coris quibus præcinebat dicens:*

Cantemus Domino gloriose enim magnificatus est:
Equum et àssensorem projicit in mare.»

Fué uso en aquel tiempo, salir los corros de las mujeres á cantar la gala al vencedor en los recibimientos

triunfales, como el de David, vencedor del Filisteo, en el cual salieron todas las mujeres de la ciudad al recibimiento, ordenadas en corros, con adufes y panderetes, cantando unas y respondiendo otras. «Saul mató mil y David diez mil.» *Reg.* I, cap. XVIII: «*Egressæ sunt mulieres de universis urbibus Israel cantantes, chorosque ducentes in occursum Saul regis in tympanis lætitiæ, et sistris, et mutue sibi respondentes præcinebant ludentes ut que dicentis: Precussit Saul mille, et David decem millia.*»

De este entretenimiento hace memoria en sus endechas el santo Job, cap. XXI, segun la version Tygurina y Batablo: «*Ad tympanum et citharam docunt choros.*» ¡Qué de veces David! «*Laudate Dominum in tympano et choro: laudate Eum in choris et organo.*»

Estos corros, adufes y cantos juntó todos el bienaventurado San Agustin, para hacer fiesta á la Anunciacion de la Vírgen Santísima en el sermon XVIII *de Sanctis*, II *de Anuntiatione*: «*Plaudat num organis Maria et inter veloces articulos tympana puerperæ concrepent lætantes chori, et alternantibus modulis dulcia cantica misceantur.*»

Y pues la autoridad de San Agustin nos ha traido á la memoria los corros del dia dichoso de la Encarnacion del Verbo Divino, no será fuera de propósito lo que de este mismo dia, 25 de Marzo, he observado en la leccion de la antigüedad.

Celebraban los phryges este dia en honra de la madre de los dioses con particular alegría y gusto, diciendo que en él se acababa y tenía fin el llanto, tristeza y

obscuridad, porque el sol ya vencia en tiempo á la noche, haciendo alegres y mayores los dias; y así, llamaban á este dia *Hilaria*, que en romance suena las alegrías; y mostrándolas en las obras exteriores, se disfrazaban representando cada uno diferente persona de la que era, de tal manera que nó fácilmente se pudiera discurrir cuál era el verdadero ó fingido personaje: habla de esta materia Herodiano en tales palabras: «*Pasimque omnibus ludendi licentia permittitur, sic ut personas induant quascumque libitum.*»

Véase tambien á Macrobio en los *Saturnales.*

Todo se puede ajustar muy bien á la Encarnacion del Verbo, acabadas las sombras de la ley Vieja con la de Gracia, pues se celebra la fiesta á la verdadera Madre de Dios, cuya Anunciacion dió final al llanto, sombras y tristezas de la ley Antigua, y principio al dichoso tiempo de las alegrías y de la Gracia.

Y Platon, en aquella su concertada República, queria que hubiese corros y que en ellos entrasen chicos, medianos y grandes, cantando himnos á Dios; y así, consagraba el primero corro á las Musas, por ser de muchachos y muchachas: *Primus itaque puerilis Musarum chorus, studiosi toti civitati decantaturus ingrediuntur.*»

El segundo corro era de los mancebos, dedicado á Apolo, cantándole Peanes.

El tercero era de los varones desde treinta hasta sesenta años, en honor de Dionisio Bacho, á quien cantaban ditirambos; y finalmente queria que todos, chicos y grandes, hombres y mujeres, siervos y libres, cantando

himnos, llenasen toda la ciudad de alegría y contento: «*Quod opporteat viros omnes et pueros, liberos, et servos, masculos, et fæminas, et universam civitatem toti civitati quæ diximus variis modis decantare, ut ex innumerabili hymnorum varietate in explebili quodam modo volumptate concinentes afficianttur.*»

D. Diego. Esta doctrina de Platon para su República no parece sino un vaticinio de lo que estos dias hemos visto en Sevilla y en toda la Andalucía, y en la mayor parte de España, en honor de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen Santísima; y tengo por imposible que en ninguna república, gente ni nacion se hayan visto corros tan grandes y devotos que á voz en cuello cantasen este piadoso Misterio con aquel devoto hymno: «*Todo el mundo en general,*» etc.

D. Fern. Muy bien lo advierte V. m., y cierto que tengo por imposible haber oido semejante ejemplo en ningun siglo; pues vimos en muchos de estos corros juntos príncipes, grandes, hombres de todas suertes, mujeres, niños y doncellas, siervos, libres, con un admirable consortimiento de devocion, por todas las ciudades y templos, á veces con tripudios y cantos, alabando á Nuestro Señor y á su Madre Santísima en este piadoso Misterio de su Limpieza: y en Sevilla se juntó en una de estas procesiones ó corros, segun se dijo entónces, tan gran número de toda suerte de personas, que pasaron de veinte mil, cosa que no sé si otra vez se ha oido en el mundo.

Mas vueltos á aquellos nuestros corros ménos graves, fueron muy usados en los floridos tiempos de los

héroes y semideos, pues Homero los trae en el libro XVIII de su *Iliada*:

Virgines autem et juvenes innupti, pueriliter scipientes,
Textis in calathis portabant dulcem fructum;
Hos autem inter puer medios cithara sonora
Suaviter sitarisabat; corda autem belle resonabat
Tenera voce: hi autem pulsantes terram simul,
Cantuque sibiloque tripudiantes sequebantur.

Doncellas y mancebos no casados
Que saben, como niños, niñerías,
Dulce fruta en tejidos canastillos
Llevaban: iba entre ellos con vihuela
Sonora un muchachuelo que tañia
Resonando las cuerdas dulcemente,
Cantando con voz tierna, y le seguian
Bailando á compás otros, juntamente
Con canto y silbo haciendo cabriolas.

Exprime en el mismo libro todas las ceremonias del corro, pintando otro de esta manera:

Ibi quidem adolescentes et virgines formossissimæ,
Hi quandoque cursitabant doctis pedibus.
Agiliter admodum, sicut cumquis rotam aptam manibus
Sedens figulis tentaverit si currat.
Quandoque rursus cursitabant, per ordines dispositi inter se
Plurima delectabilem choreum circunstabat multitudo
Oblectans sese: duo autem saltatores inter ipsos,
Cantum incipientes versabant super eos medios.

Allí con hermosísimas doncellas
Bellos muchachos danzan con piés diestros
Velocísimamente, como rueda
Que ollero prueba, á ver si está corriente.
Otras veces danzaban por su órden,
Dispuestos entre sí y á la redonda.
Gran multitud mirando está este corro,

Y se alegra: mas dos mancebos bellos,
Lindos danzantes, el cantar comienzan,
Dando mil vueltas por el medio de ellos.

Hesiodo, en el principio de su *Theogonía*, alabando la belleza de las Musas, dice que danzan en corro con delicado pié, tripudiando en el ámbito de la ara paternal.

Las Gracias ó charites fingian que andaban siempre en corro dadas las manos, para significar la mucha benevolencia y amor que se tienen. Séneca, en el libro de *Beneficiis*: «*¿Quid ille consertis manibus et incedere untium chorus? ¿Quare sorores, et quare manibus consertis?*»

Gustaban de esto los dioses soberanos, pues Apolo en Delo instauró esta costumbre.

Delon maternam invicit Apollo
Instauratque choros, mixtimque altaria circum,
Cretes Dryopesque fremunt pictique Agathyrsi.

Su Delon natural visita Apollo
Instaurando sus cantos, y mezclados
En torno de las aras, relinchaban
Cretenses y pintados agathyrsos
Con los driopes.

Lucio Apuleyo, en el X de sus *Milesias*, pinta un corro ó danza de niños y niñas elegantísimamente: «*Nam puelli puellæque florenti virentes actatula, forma conspicui, veste nitida, in cessu gestuosi, dispositis ordinationibus, decoros ambitus inerrabant; nunc in orbem rotarum flexuosi; nunc in obliquam seriem connexi, et in quadratum pallorem cum ea tiset in catervæ desidium separati.*»

Como el corro era cosa sagrada, contenia misterios de naturaleza; y así, las primeras vueltas que daban eran de la mano izquierda á la derecha, significando el movimiento rápido del cielo de Oriente á Poniente: luégo, de la derecha á la izquierda, dando á entender que tal es el movimiento natural del cielo de Poniente á Oriente: la tercera vuelta era en redondo, con que significaban la perfeccion de la esfera con su movimiento del Setentrion al Mediodía, y del Mediodía al Septentrion: salir un muchacho á bailar primero significa el Sol, que alumbra los demás astros: luégo una doncella, la Luna: ir sacando de una en una, es dar á entender los cursos de los planetas: y, finalmente, todo el corro significa las estrellas del firmamento, que en el corro con suave y dulce armonía hacian fiesta á su Criador.

Algo de esto tocó Luciano en un *Diálogo* que de esta materia escribió: «*Etenim ipsa siderum chorea et errantium cum non errantibus conjunctio, corumdemque modulata atque consinna participatio, et illa bella, tum pulchrè instituta armonia primogenite saltationes argumenta fuere et inditia certissima.*»

Dá la razon Servio, observantísimo de la antigüedad, por qué áun las danzas y corros que se ordenaban para alegría de los pueblos se dedicaban á los dioses soberanos, y responde que nuestros mayores con grandísima consideracion ordenaron y quisieron que nó sólo con el afecto del alma religiosamente se ha de alabar á la suprema deidad, pero porque tambien no hubiese parte en nuestro cuerpo que no sintiese esta religion: «*Sane quidem ut in religionibus saltaretur, hæc ratio est,*

quod nullam majores nostri partem corporis esse voluerunt quæ non religionem sentiat.»

Dionisio Alicarnaseo acredita la costumbre de ir en los corros uno que guia y enseña á los demás las fórmulas del danzar y cantar, y dice que á éste llamaron Presul: «*Quemque chorum præcedebat unus vir, qui præibat cæteris saltationis formulas, quem Præsulem vocavant.*»

Á veces, este que guia lleva una tohalla, cinta ó liga y va asido todo el corro que le va significado. Por ventura esta es la saltacion que los griegos llamaron cordax, de que hace mencion Aristhóphanes en la comedia de *Nubes;* y de ella entiende Pólux que habló Horacio en aquel verso:

Tortum digna sequi potius quam ducere funem.

§. VI.

Instrumentos del Corro.

D. Diego. Buena parte del corro son los instrumentos, con que la música se compone y se da al compás, á las gesticulaciones y meneos de los que bailan. Los ordinarios son vihuela, tímpano ó adufe, pandereta y sonaja, y otros de este género.

D. Fern. Son tan naturales del corro esos instrumentos, que nunca faltan de él, especialmente el tímpano ó adufe, á que tambien llaman pandero.

D. Ped. ¿Qué voz es esta pandero, que es epíteto de los necios?

D. Fern. En cuanto al orígen de la voz, es griega: πανδέρις, *sive* πανδέρα, instrumento músico, cosa del dios Pan, de quien tomó su nombre España, y de quien nos quedó la palabra espanto y bandurria, que en su orígen es griega. Así lo sienten Martin Antonio del Rio y Bernardo Aldrete. Llamar á los necios panderos, no sé que tenga otra razon sino porque el pandero es hueco y no tiene dentro más que viento. Es cierto que el tímpano fué instrumento propio de mujeres y nacido para el corro. Virg., IX *Æneid.:*

Tympana vos buxusque; vocat Berecynthia matris,
Indeæ, sinite arma viris, etc.

Y Ovidio, IV *In Fastor.:*

Inbunt seminares et in unia timpana tundent.

Atheneo en el lib. XIV, que trae á Diógenes, trágico, *in Semele:*

Auditione cognovimus Asiætisis mithatas,
Cybeles fæminas fortunatis satas phrygibus,
Tympanorum æris per cussorum strepitu
Ac cymbalorum quæ, manibus pulsantur murmure
Trementes celebrare sapientem, ac Medicam deam.

Por oidas sabemos que de la Asia
Mujeres consagradas á Cibeles,
Hijas de phrygios bien afortunados,
Que repicando con la mano adufes,
Vacías de metal y campanillas,
Celebran con temblor su diosa Médica.

Aristóphanes en la comedia *Lisistrata:*

Ergo illi luxus fæminarum promicat,
Sonusque tympani, et frecuens Baccatio
Adonidisque, etc.

Dos especies de tímpanos habia, como tambien ahora: el uno redondo, cubierto por ámbas partes con pellejos; el otro cuadrado en arco menor, y otro cubierto por sola una parte ó hasera. Estos últimos siempre se tocan con las manos y los dedos; son los instrumentos más cercanos al són, y parece haber habido tambien esta especie antiguamente. Lucrecio:

Tympana tenta tonant palmis, etc.

Donde nó sólo nos dejó probanza de lo que decimos, sino por la extructura de las voces, el mismo sonido que resulta del tímpano tocado con los dedos ó palmas de las manos, por admirable onomatopeya, como Enio para significar el ruido de la guerra:

Africa terribili tremuit horridat terra tumulta.

Y Virgilio, el sonido que hace un buen caballo andaluz corriendo:

Quadrupedante putrem sonitu quatit singula campum.

Vueltos á nuestro intento, que adufe y tímpano sean una misma cosa, y propia de la trápala y bullicio de un corro, Ovidio lo dijo:

Quecumque aspicies, clamor juvenilis, et una
Fæmineæ voces percussa que tympana palmis.

Ayúdanos Tíbulo hablando de *Berecinthia:*

Nives cita cœpit manibus leve tympanum.

Tomó con nevadas manos
Veloz el adufe leve.

Y Cátulo muy bien:

Rangebant alii, proceris timpana palmis.

Juntamos al tímpano con la sonaja, como lo vemos

junto en la *Escritura*, Reg. I, cap. XVIII: «*In timpanis letitiæ et in sistris.*» Parece ser la sonaja el sistro, por la etimología del nombre sistro, hoc est á *quatiendo*. No falta quien diga que entre los egipcios era cierto género de trompeta. Entre las demás naciones cosa sabida es que es crepitáculo mujeril. Juvenal:

Isis et irato feriat mea lumina sistro.

Era muy propio de los sacerdotes isiacos, medio mujeres. Ovidio, II *Metamorphos.*:

Per tua sistra precor per Anubidis ora verendi.

Marcial, en el lib. IV:

Siquis plorator collo tibi vernula pendet,
Hæc quatiat tenera garrula sistra manu.

Y en otra parte:

Linigeri fugiunt calvi, sistraque turba.

Job juntó al tímpano la vihuela: «*Ad tympanum et citharam ducunt choros.*»

Es natural uso de los que bailan en el corro la castañeta, y pienso que compite con los demás crepitáculos en lo agudo de su sonido, y áun en su antigüedad. Esto averiguamos de Atheneo, lib. IV, donde dice que hay otros instrumentos diferentes de los que el viento anima ó se alargan con cuerdas, y que sólo hacen ruido con el repique. De los cuales habla Dicarcheo en el libro de los *Ritos* de Grecia, como de instrumentos muy acomodados á los bailes de las mujeres, que tocados con los dedos resultaba un suave estrépito, como lo significaba en un cántico de la diosa Diana, que comenzaba:

Otro tenía en las manos
Sus castañetas doradas.

Dicen las palabras de Atheneo esto mismo: «*Quin et alia diversa sunt tum ab iis quæ protenduntor fide, crepitu solum obstrepentia, veluti crembula, id est crepitacula: de illis Dacharcheus in lib. de Greciæ ritibus, ait: popularia supra quam credat alisquis instrumenta fuisse quædam saltationibus et cantibus fæminarum accommodata, quibus percussi digitis suavis ederetur strepitus: eaque significare in cantico Dianæ cujus hoc est initium:*

Canebat alius haberis in manibus
Crembula aurea decorata.»

No dudo que aquí trata Atheneo de la antigüedad y uso de las castañetas, á quien los griegos llamaban crémbala; mas cuando yo lo dudara no me dejara Isaaco Casaubono, intérprete y comentador de Atheneo, que en este lugar dice que estos instrumentos que llamaban crémbala se hacian: «*Expusilli tintinabulis alligatis: Hispani ex duabus aureis veluti exequis lancibus colisis strepitum ejusmodi illi vocant* castañetas.»

Y aunque es verdad que lo más ordinario es que los que bailan se valen de castañetas, ó de madera ó de metal, sin ellas y con los dedos hacen agudo són á las veces.

En la *Profecía* de Ezechiel, cap. XXV, amenaza Dios á los moabitas porque se habian holgado mucho con los trabajos de su pueblo, y celebrádolo en bailes, y dice: «*Pro eo quod plausisti manu, et percusisti pede, et gavisa est in corde.*» Donde los intérpretes sagrados entienden que *plaudere manu et percutere pede* es danza haciendo castañetas, zapatetas y cabriolas, como en el villano. Vaya por apendix de las castañetas, que con

ellas dadas con los dedos pedian antiguamente el orinal, como parece de Marcial, lib. III, *Epig.* LXXXVII:

Digiti crepantis signa novit eunuchus

Y en el lib. VI, *Epig.* LXXXIX:

Cum peteret seram media jam nocte matellam
Arguto madidus pollice Panaretus.

Y en otra parte:

Dum poscor crepum digitorum, et verna moratur
Oquoties pellex culcitra facta mea est.

D. Ped. Pues ¿en qué pecaron las tejoletas, morteruelos y cascabeles, y otros crepitáculos, que si no en los corros, en várias tropas de mozuelos, suenan?

D. Fern. V. m. quiere ver junta una pandorga, pues me llama con todo ese ruido de instrumentos, cuyo sonido, si no es tan suave, pienso que lo será el saber su antigüedad; que pues los autores más graves de aquellas grandes repúblicas griega y latina no se desdeñaron de dejarnos escrita su memoria, no es justo nos desdeñemos nosotros de saberla. En cuanto al uso de las tejoletas, Pólux afirma que le tuvieron los griegos, y que les llamaron phryginda; y porque no dudemos del uso, dice que phryginda era interponer en los dedos de la mano izquierda tejuelas partidas, y herirlas con la mano derecha á compás: «*Phryginda texuelas contritas sinistræ manus, digitis interponentes, dextra manu, secundum numerum feriunt.*»

Atheneo les llama lepadas, lib. V, cap. IV, y allí Isaaco Casaubono: «*Puellos enim inditis in lapadibus sonare, et procatiores, conchis quas tellinas vocant.*»

Cuenta que el rey Antíocho, en ciertas fiestas ó es-

pectáculos, en lugar de los suaves instrumentos que otros llevaban, llevó él, por mostrar tristeza, tejoletas: «*Antiochus ut magis se dejiceret textas circunferevat tibiarum, loco.*»

Por uso universal lo vuelve á referir en el lib. XIV, tomándolo de Didimo: «*Lepadas pætris obscindunt et crembalisant.*»

Y declarando al mismo autor, dice: «*Didymus scribit, quosdam solitos liræ vice chonchis et textis complosis numero sum, sonun saltantibus exitare, ut testatur in ranis Aristophanes, velut est illa, quæ textulis crepitum dat.*»

Casaubono, en este lugar: «*Capuent ex textis, et osireis nostratibus inter digitos insertis.*»

De esta música se acordó Juvenal en la *Sát.* XI:

.... audiat illa,
Testarum crepitus cum verbis nudum olido stans
Fornice mancipium.

Tocaban las mujeres públicas de Roma tejoletas, como ahora dan con una cañuela en la silleta, haciendo un sonetillo. No le faltó esa música á Neron, pues para ellas y otras semejantes y poco mejores tenía (segun dice Suetonio) cinco mil mancebos de robustísima juventud, hijos de caballeros, que con bombos y tejoletas le hiciesen aplauso, sustentándolos á gran costo y enseñándoles este ministerio: «*Neque eo segnius adolecentulos equestris hordinis et quinque amplius millia robustissimæ juventutis undique elegit, qui dibisi in factiones, plausuum genera condiscerent, bombos et imbrises et testas vocant, operamque navabant insignes pinguissima coma, et*

excelentissimo cultu pueri neccine anulo lævis quorum duces quadragena milia merevant.»

Lo que aquí llama Suetonio bombos, era cierto género de aplauso que imitaba á las abejas ó el sonido de los tímpanos, como vemos lo hacen hoy en las galeras cuando saludan unas á otras, ó algun capitan que pasa. Imbrices, imitaban al ruido que causaba el agua cayendo en la tierra, que es un silbido que hacen ahora los estudiantes cuando el cathedrático entra en el general, y con esto lo aplauden: así lo dice Casaubono, y lo deduce Lycophron y Sóphocles.

Tal género de música como los dichos son los morteruelos; y aunque en lo antiguo fueron de barro, y los tocaban con palillos, no por eso se diferencian mucho de los nuestros. De estos instrumentos hace Suidas inventor á Diocles, atheniense. Señor San Isidoro distingue menudamente el morteruelo de otros instrumentos, y dice que se hacian de metal ó de plata, y junta una pandorga como las que vamos diciendo; lib. III *Etimolog.*: «*Tertia est divitio rithmi, pertinens ad nerbos et pulsus, cuidatur species diversarum cythararum, timpanum et cimbalum et systrum acetabula. Aurea et argentea vel aliaquæ metalia rigore percusa, reddunt cum suavitate tinitum.*»

No se olvidó de los mismos crepitáculos Casiodoro en aquella erudita carta que escribió á Symacho: «*Quid acetabulorum tinitus? Quid dulcissimi soni referant varia percutione, modulamem.*»

Á este instrumento aludió Propercio en la *Eleg.* IX del lib. IV:

Nanus et ipse suos breviter concretus inartus
Aptabat, truncas ad cava buxa manus.

Así lo siente en este lugar Escalígero.

Los cascabeles no tienen ménos celebridad en las danzas y corros y en las carreras de caballos. Si la voz cascabeles es latina ó bárbara no me entrometo: la misma de que usaron los autores, con poca diferencia, se conserva hoy. Acordóse de este crepitáculo Ciceron, *pro Celio: «Mimi etiam exitus, non fabulæ in quo cum clausula non invenitur fugit, aliquis e manibus deinde scabela concrepant aulæum tollitur.»*

Suetonio Tranquilo, hablando de Cayo Calígula, contando aquella pesada burla que quiso hacer á unos caballeros, dice: «*Deinde repente magno tibiarum et scavelorum crepitu, cumpalla tunicaque tallari prociluit, ac desaltato cantico abiit.*»

Casaubono, en las advertencias en este lugar, dice así: «*Assentior autem amacissimo Scaligero, qui scabelos esse putat, apud Suetonium et Arnobium, quod Hispani et Aquitani cascavelos dicunt. Erat, hoc enum et crepitaculis generibus quibus vel cum musicis organis, vel inopia eorum ut notat scholiastes, Aristophanis ad Ranas, utebantur.*»

El lugar de Arnobio parece tambien á la letra: «*Etiam me aureis tinnitibus, et quasationibus cimbalorum? ¿Etiam me timpanis? ¿Etiam me simphoniis? ¿Quid deficiunt crepitus scavelorum?*»

DIÁLOGO V

DIÁLOGO V

§. I.

D. Diego. Es tan necesaria cosa el juego y entretenimiento á la vida humana, que le compara Ciceron al sueño y descanso de los trabajos; y si no es posible sin descansar y dormir, síguese que tampoco sin entretenimiento. Oigamos al Príncipe de la Elocuencia, I *Off.*: «*Ludo autem et joco uti illis quidem licet, sed sicut somno, et quietibus cæteris tum cum gravibus seriisque rebus satisfecerimus.*»

Juan Estoveo, *Serm.* II: «*Vita, sine festibitatibus via est longa sine dibersario.*»

D. Thom. 2. 2, q. 168, art. 3, ad. 3.um: «*Lùdus est nesesarius ad conservationem humanæ naturæ.*»

D. Ped. Añada V. m. que fuera imposible durar mucho un trabajo continuado, sin alternarlo con algun descanso y entretenimiento. Ovid.:

Quod caret alternæ requie duravile non est.

Ya V. m., Sr. D. Fernando, entenderá dónde va á parar el discurso del Sr. D. Diego, que le hallo tan aficionado como yo á estas materias lúdicras; y pues haciéndonos V. m. lo que suele, habia de dar lugar á que nos entretuviésemos cazando ó jugando, ¿qué mejor juego puede ser que aquel donde los vemos todos representados, nó sólo como hoy se juegan, sino de la manera que en los tiempos pasados se jugaban? Con todo eso, si esto es cansancio de V. m., no queremos gusto á vuestra costa.

D. Fern. Tan léjos estoy de cansarme, que si V. ms. no me preguntan esta materia comenzada, les solicitara yo á ellos: quiero confesar mi flaqueza ingénuamente, que con amigos tan de corazon fuera falta de urbanidad no hablar con sencillez. Si V. ms. me preguntaran cosas de mucha consideracion, por ventura no supiera responderles; mas estas cosas menudas, donde aunque yerre no se aventura nada, ¿por qué las tengo de negar á quien doy el alma?

D. Ped. Esa confianza da seguridad á nuestro atrevimiento; y así, suplico á V. m., que aunque nosotros no sepamos preguntarle, V. m. prosiga la materia lúdicra, que es tan extraordinaria, que ningun crítico la ha tratado en estos tiempos: digo, esta parte que se llega más á la edad pueril.

D. Fern. Yo me he habido en esta materia como las hormigas, que de una gran sementera ellas sólo cogen el granillo que por descuido se le cayó de la espiga al labrador, ó lo que barriendo la era, por poco menospreció. De todas las materias de la antigüedad hay tan-

to escrito, que no parece que hay olvidado nada de lo que se puede coger en esta gran mies de los autores griegos y latinos: todo está recogido y barrido por varios autores y varones de recóndita erudicion. Sólo este granillo quedaba, para que alguna hormiguilla como yo se entretuviese: «*Parvum priva decent.*» Ayer, si no estoy olvidado, dijimos de los corros y fiestas del dia de San Juan, y parece que podemos juntarles las burlas y juegos saturnales, porque aunque no convienen en el tiempo, convienen en el entretenimiento.

D. Diego. Díganos V. m. primero qué eran fiestas saturnales.

D. Fern. No será necesario tomar tan de atrás la carrera como la tomó Pretextato en Macrobio, capítulo VII, donde, y en Justo Lipsio, que escribió de esta materia, podrán V. ms. ver mucho y muy curioso. Yo no diré sino lo que nos toca de nuestra materia. Los saturnales eran fiestas que se hacian en honor de Saturno, rey de Italia, en cuyo tiempo fué el Siglo de Oro, cuando aún no estaba introducida en el mundo la servidumbre. Celebrábanse estas fiestas los seis ó siete dias últimos del mes de Diciembre, y en ellas los esclavos, en memoria de la comun libertad de aquel dichosísimo siglo, se igualaban con sus señores y se les permitia y daba á todos licencia de jugar. Macrobio: «*Regni ejus tempora felicissima feruntur, cum propter rerum copiam tum etiam quod nondum quisquam servitio vel libertate discriminabatur. Quæ res inteligi potest, quod saturnalibus tota servis licentia permititur.*»

Las mujeres tenian tambien sus fiestas saturnales

en el mes de Marzo. *Vide Jacobum Guterrium*, *De Jure Pontificio*. En estos licenciosos dias, amos y criados no trataban cosas de véras; todo era comer, beber, emborracharse, dar voces como locos, jugar, hacer reyes, convidar á los esclavos, cantar y bailar desnudos, y hacer con el cuerpo mil desvergüenzas, arrojarse en el agua fria, tiznarse el rostro. Buen testigo es Luciano en sus *Saturnales*: «*Nec tàmen in his ipsis septem diebus serium quippiam aut publicum tractare mihi permisum est: Verum potare, inebriare, vociferari, ludere certare tesseris, creare Reges, famulos in comvibium adhivere, canere nudus; lascivo corporis motu saltitare, non nunquam et in gelidam aquam dare præcipitem facie fulgine oblita.*»

Por haber sido Jano compañero de Saturno, les consagraron á ámbos los dos meses de Diciembre y Enero juntos; y así, tambien en las fiestas de Jano hacian estos disparates en formas y en figuras monstruosas de demonios, vistiéndose los varones en hábitos de mujeres, afeminando el rostro. Alvino Flaco, *De Divinis Oficiis*: «*Unde inperiti homines, Janum veluti Deum colentes, diem ipsum multis spurcitiis sacrarunt: quidam mutabant se in species monstruosas, inferorum que havitus transformabant: alii in femineo gestu mutati virilem vultum efæminabant.*»

D. Diego. Todo eso vemos hoy, especialmente en las aldeas, donde el dia de los Santos Inocentes, que concurre en él mismo tiempo en que antiguamente como V. m. dice, celebraban los saturnales, la gente rústica hacen semejantes disparates, pónense carátulas y echan coplas de repente. Virg., II *Georg.*:

Oraque corticibus sumunt horrenda cavatis
Et te Bache vocant per carmina læta.

De aquí el uso de nuestras mojarrillas, disfrazados, de la mañana de San Juan, la danza de matachines, etc. El tiznarse el rostro es muy usado.

D. Fern. En los autores encontraremos con esa costumbre. Patronio Arbitro: «*Cum Ascultos arabatus tot malis in somnum laberetur, illaquæ injuria depulsa fuerat puella totam facum ejus fugiline longa, perfricuit.*»

Nonio Marcelo nos asegura que fué juego y burla, y que lo mismo es tiznar el rostro á uno que hacer burla de él y tenerlo por hombre ridículo: «*Sublevit significat illucit, et pro ridiculo habuit tractum agerere ludi quo dormientibus ora pinguntur.*»

Lo mismo se averigua de Plauto en la comedia *Aulularia*, act. IV, esc. V:

Fidei sensebum maximam multo fidem
Esse: ea sublevit os mihi pe sume.

Y en el prólogo del *Epidico:*

.... mox compresæ
Cognosit opera sibi senis os sublitum,
Sublevit os ille lenæ et matri mulieris.

Y en *Captivis:*

Ita mi histolido sursum versus os sublevere
Offucciis.

Tambien solian pintarse el rostro con moras, aunque fuese fuera de tiempo de los saturnales. Virgilio:

.... Jamque videnti
Sanguineis frontem moris, et tempora pingit.

Peor era darse con estiércol en las narices, y colgar de los genitales, como amenazan á uno holgándose con él en el *Pluto* de Aristóphanes, act. II, esc. IV:

Prendemus te, et præ gaudio Ulisem imitantes
Tibi suspenso à testiculis, ut irco nares.
Liniemus stercore.

Tales burlas como las dichas le hacian sus truhanes á Claudio, emperador de Roma, tirándole huesos de aceitunas al rostro, dándole humazo á las narices y poniéndole alguna cosa asquerosa en las manos para que cuando despertase se untase el rostro, como es ordinario llevarse las manos á él despues de despierto; y finalmente, otras cosas que V. ms. oirán de Suetonio, cuyas son estas palabras: «*Et quoties post cibunt obdor miseret, quod ei fere accidebat olearum ac palmularum ossibus incessevatur: interdum ferulæ flagro ut per ludum exitabatur à corporeis solevant et manibus ster tentiis socci induci, ut repente experge factus faciem sibi confricaret.*»

Atar los muchachos tambien á el que está dormido, burla fué que los muchachos juguetones hicieron con el viejo Sileno. Virg., *Églog.* VI:

Silenum pueri somnio videre jacentem
Adgressi, nam sepæ senex spe carminis ambo
Lucerat injiciunt ipsis ex vincula sertis.

Dar sopapos gracia es que se halla en el uso, y lo fué antiguamente, pues Aristóphanes la trae en la comedia *Corealia Celebrantes:*

Egregius es: sed infla buccam dextram
Mu ¡Hei mihi! eu. ¿Quid clamasti?

Propio de las fiestas saturnalicias es mantear. Por

travesura de Othon en su perdida mocedad la refiere Tranquilo, diciendo: «Que bella que anda de noche, encontrando algun pobrete, ó que no se podia defender por estar enfermo ó cargado de vino, extendiendo su sayo lo manteaba.» «*In prima adolecentia prodigus ac procax à deo ut aparte flagris sæpius objungaretur, fereevatur et vagari noctibus, atque inbalidum quemque obviorum vel potulentium corripere, ac distinto sago inpositum sublime jactare.*»

Fué tan comun aquella burla antiguamente como ahora, pues Marcial cautela á su libro que no crea alabanzas fingidas temiendo que despues de ellas lo mantearian.

Audieris cum grande sophos dumbacia captas,
Ibis ab excuso misus in astra sago.

Del mismo entretenimiento hace memoria Ulpiano en el lib. *Collat. juris cum lege Mois.*, segun Isaaco Casaubono sobre Suetonio, *in Othone.*

Suelen fingir un ahorcado, y suele ser fiesta de mucha risa y alguna vez pesada. Tambien la hallamos en la antigüedad. Ateneo, lib. XIV, lo refiere de los de Tracia: «*Seleucus eo Thracibus in convibiis scribit, suspendium ludere teretilaqueo altiori quodam loco adaptato subjectaque ad perpendiculum saxo volubili si quis asiendisset: illos ergo sortiri et cui sors obvenisset falsem cum manu tenentem insistere lapidi; ac collo resstim innectere: alliumque tunc accendentem saxum pelleri quo fugiente misimox false laqueum abscindat, qui pendet stragulatur et periit aliis ridentibus, qui mortem ejus pro joco havent.*»

Casi á éste semejante es aquel espectáculo que Cor-

nelio Tácito escribe que en Alemania se usaba: que los soldados desnudos se arrojaban á las espadas desnudas, con tal destreza, que sin hacerles mal se entretenian, admirando su destreza: «*Genus spectaculorum enum, atque in omni Cætu idem, nudi Juvenes quibus in ludicrum est inter gladios se atque in festas frammeas jaciunt. Exitatio artem paravit ars decoren.*»

Xenofonte refiere de los thraces que en unas fiestas hicieron muchas de estas demostraciones, y en especial una manera de danza de espadas, hecha con tal destreza, que pareciendo que se herian unos y otros en todas las partes de su cuerpo, no se maltrataban; y que fingian un muerto de tal manera, que nadie pensaria lo contrario. *In* VI *Expedit. Cyri:* «*Traces prius surrefere, et ad tibiam armati saltarunt, atque alte quidem a terra se summa cum agilitate atolevant, ut gladios tenentes quibus alter alterutrum berverabat, ut plane omnem hominem percusam existimarent: sed erat ea ludendi ars quædam, Iten qui alium jam mortuum efferet, cum ille nulla ex parte non mortuus videretur.*»

Platon, *in Cutydemo*, pone una treta que acá se ve muchas veces, que es trompicar sobre los filos de las espadas: «*Non tamen inquam super enses humi inclinato capite transilire, et super rotam volvi.*»

Más destreza parece tomarla de la punta y tragársela, y es tan antiguo este embuste como los demás, pues Lucio Apuleyo lo testifica: «*Circulatorem adspexi equesirem spatham præacutam mucrone infesa devorasse.*» Lib. I *De Asino Aureo;* y Juan Bautista Pio, en las *Anotaciones* de Sidonio Apolinar.

¿Qué diremos de los volatines, á quien los romanos llamaron funámbulos, sino que son tan antiguos en el mundo como en el ocio, pues hace memoria de ellos Terencio? y nó sólo fueron los hombres, pero áun los elefantes, que parece cosa increíble, si Suetonio Tranquilo no lo dijera, que en unos espectáculos los dió el emperador Galva: «*Elephantos funambulos edidit.*»

En tales fiestas como éstas suelen poner un lebrillo lleno de estiércol de los bueyes, blando, y apuesta uno á sacar algo en la boca, asidas las manos atrás. Á esto llamaban fecacion, y era juego usado, pues Julio Pólux lo pone entre otros que causaban risa: «*Fecatio riscis gratia inventa est. Oportet ex enim aliquid infæsis leviter immersum in manibus retroductis ore eximere.*»

Apuestan tambien á beber en algun lebrillo de vino ó agua sin resollar, y de esto se acordó Atheneo, lib. XI, cap. últ.: «*Sedest opus manus post terga cum contraxeris bibisse flatibus sine.*»

No deslinda aquí si estos flatos han de ser por la parte antica ó postica, dejándolo al buen entendedor.

En estas ocasiones se hacen apuestas tambien á quién alza más peso con los dientes: llámale á esto raipusara. Con este juego engañaron los criados de Amulio á Remo, hermano de Rómulo, fundador de Roma, que para cogerlo fué menester apostar quién llevaba más trecho una piedra de pesar lana que allí los pastores tenian, asiéndola con los dientes, las manos atadas atrás. Remo dijo que la llevaria él desde donde estaba al monte Aventino; y dejándose ligar las manos, lo llevaron contra su voluntad á su abuelo. Así lo cuenta el autor

de la origen romana, en tales palabras: «*At vero lib. II Pontificalium proditur misos ab Amulio qui Remum pecorum, pastorem atraherent, cum non ociderent vim afferet opportunum tempus sibi ad insidiandum noctos quod tunc Romulos aberat genus lusus simulasse qui nam eorum manibus post terga ligatis lapidem, quo lana pensari solebat, modicus sublatum, quam longisime perferret. Tum Remum fiducia virtum in Aventinum usque se perlaturum spopondisse, Dein. post quam vinciri se passus est, Alban abstractum.*»

Acurcio, en la glosa de la *Ley final*, c. de *Relig. et suptibus fun.*: «*Et Raipusa ubipondus dentibus elevatur.*» Tráelo tambien Juan Bautista Pio, *Annot. Post.*, y Aliato, lib. I. *Prætermisorum.*

Rociarse con agua ó tomándola con la boca ó en algun modo de jeringa era juego que frecuentaban mucho los lacedemones. Pesado era el juego que Eliogábalo hacía con sus truhanes, pues los ataba á una rueda de noria y los hacía volver en ella sumergiéndolos en el agua; y burlando de ellos, les decia que eran amigos Ixiones. «*Parasitos ad rotam aquariam ligavat, et cum vertigine sub aquas mitebat rursusque in summum revolvebat, eosque amicos Ixiones vocavat.*»

Así lo dice Lampridio en este Príncipe; á que, segun la sentencia de algunos autores, aludió Juvenal en la *Sátira* XI:

Et Lacedemonio Pytismate lubricat orbem.

Quieren que aquí la voz *pytisma* sea del verbo ποτιζκο, que es *leviter* y *rorare*. Así lo entienden Ascencio y Mancileno y Pedro Crinito, cuyas son las pa-

labras siguientes: «*Jam eo, illud allias ad te scripsi, quod apud Juvenalem sententiam de Pytismate commutaret afirmans: ludum magis quendam in Laconisis frecuentem innui cum quis alter alteri aquilam inspuens colluderat.*»

Aunque Ángelo Policiano, en la Centuria I, capítulo XXVIII, quiere que se lea en aquel lugar *Pytilismate*, que es un juego ó ejercicio de que hace memoria Galeno, lib. II *Exercit.*, en el cual los mancebos, poniéndose de puntillas, movian velocísimamente los brazos atrás y adelante, y que se hacía cerca de las paredes: «*Pytilisare est, cum quis quam summis pedibus ingrediens manus protendit velocissimeque movet alteram retrorsum, scilicet alteram prorsum, quo potisimum gymnasii genere apud parietes exercentur.*»

Dejo las demás interpretaciones de este lugar, porque no hacen á nuestro intento. Á estos que así rociaban llamaban autocabdalos, y los coronaban con yedra. Atheneo, l. XIV, c. VIII. Sermus Delicus, *in* libro *De Peanibus:* «*Qui vocantur Auticabdali coronati hedra sensim irrorabant.*»

§. II.

Darse grita.

Cuando tan licenciosas fiestas hace la gente rústica no perdona los oprobios que la lengua puede decir, dándose grita unos á otros; costumbre que dice Horacio,

in Epist. ad August., que se tenía despues de alzados los Agostos.

Agricolæ prisci fortes, parvoque beati,
Pondita post frumenta levantes tempore festo
Corpus, et ipsum animum sæpe finis dura ferentem
Tellurem porco, Silvanum lacte piabant,
Floribus, et vino genitum memorem verbis ævi
Fescenina per hunc inventa licentia morem,
Versibus alternis oprobria rustica ludit.

Los antiguos labradores
Con poca hacienda ricos,
Despues de alzadas las heras
Y de recoger el trigo,
Para aliviar el trabajo
Del cuerpo, en tiempos festivos
(Que este es el fin deseado
Y á sus cuidados debido),
Á la diosa de la tierra
Le daban en sacrificio
Un puerco, leche á Silvano,
Al Genio flores y vino.
Este rito licencioso
Inventó los fesceninos;
Unos á otros se echan coplas,
Pullas con rústicos dichos.

Por los caminos es cosa muy usada esta grita, y los que van navegando por los rios, que todos unos á otros se dan grita y dicen oprobios. Horat., *Epist.* I:

Tunc pueris nautæ, pueris convitia nautæ
Ingerere.

Mejor que todos Ausonio, en su *Mosela:*

Læta operum plebes festinantes que coloni,
Vertice nunc summo properant nec dejuge dorso

Certantes stolidis clamoribus; inde viator
Riparum subjecta terens, hinc navita labens
Probra canunt seris cultoribus.

La plebe alegre y labrador ligero
Que aprisa á subir va por el collado,
Ó descendiendo ya por la ladera
Contienden con clamor desentonado.
Y luégo el caminante que la orilla
Pasa del rio, ó ya sea el navegante
Que el agua va cortando con la quilla,
Al labrador tardío
Oprobios dice, que resuena el rio.

D. Ped. ¿Por qué dice Ausonio que á los labradores tardíos les daban grita, y qué grita era la que daban?

D. Fern. Por antigua ley de agricultura, segun Caton y Márco Barron, la poda de las viñas se debe hacer cuando se hace la sementera, ó por lo ménos que esté hecha cuando llega el equinocio vernal, que es á 21 de Marzo. Plinio pone la ley: «*Pautationem equinocttio paractam habet.*» Y quien esta ley no entiende es cierto que no entiende la poda, por lo cual á los que no habian podado les daban grita con aquella infausta voz de avecilla ominosa llamado cuquillo, que en el equinocio comienza á cantar como dando la vaya á los tardíos podadores y labradores, diciéndoles *cu*, *cu*; y á su imitacion, los marineros y caminantes suelen repetir la misma infausta voz *cu*, *cu*, dándose grita unos á otros. Todo esto nos dejó escrito Plinio en el lib. XVIII, c. XXVI: «*Dum sciat inde, matam ex probationem fædam putantium vites per imitationem alitis temporarii, quem cuculum vocant. Dedecus enim habetur oprobiumque meri-*

tum falcem ab illa voluere invite depredendi, ut ob id petulantie sales etiam cum primo vere ludantur auspicio tamen, destetabiles videntur.»

Horacio otra vez acredita esta costumbre, nó sólo en la Primavera, sino tambien en la vendimia:

Tum Prænestinus regerit convitia dienus,
Vindemiator et invictus usciu sæpe viator,
Cesisese magna compelans, voce Cuculum.

Entónce el prenestino le echa pullas,
Duro vendimiador nunca vencido,
Á quien el caminante muchas veces
Con grandes voces llama de cuquillo.

Acron Helenio en este lugar de Horacio lo declara á guisa de intérprete: «*Hoc autem ipsa renovimus, quod viatores, sæpe vendimiatores, agant convitiis cum transierint, et illi respondeant ita aut cuculos illos apellent quasi Pigros.*»

Lo que más me admiró es hallar esta grita en Aristhóphanes, que escribió ántes que Platon. Aquel poeta, en la comedia *Ranas:*

Et apreendentes quisque verbum proferas,
Neque è manu mitatis priusquam clamitem
Cuculi more: Cu, cu.

Otra vez el mismo Aristóphanes, en la comedia *Aves:*

Ægipti autem et phænices cuculus rex erat,
Et quando cuculus dixise cu, cu, tunc phænices omnes
Frumenta et hordea in campis matevant;
Hoc erat illud verbum vere cucu herniosi in Campum.

Parece haber tomado de esta grita ó celéuma de ca-

minantes la metáfora el profeta Jeremías, en el capítulo XXV, segun la version de los setenta intérpretes: «*Verbum respondivit superlotum suum set illi quato videmiatores respondebant.*»

Mas esto es meter la hoz en mies ajena; contentémonos con apuntar el intento.

D. Diego. ¿Por qué, siendo el cuquillo ave de tan mala naturaleza que se come los huevos ajenos y supone los suyos para que otras aves los crien, llaman á quien padece adulterio *cu*, *cu*, habiendo de llamarse á quien le pone los huevos, que ese es el verdadero cuquillo?

D. Fern. El mundo juzga siempre al revés. Antiguamente denostaban con nombre de cuquillo á los malos maridos, como la otra buena mujer que halló al suyo en un torpe hecho. *In Asinaria Plauti:*

At etium cubat cuculus: surge amator,
I domum:

———

Aún empolla los huevos el cuquillo;
Levántese, galan, y vaya á casa.

Y en la misma *Fábula*, á este intento:

Cano capite cuculum, uxor ex lustris rapit.

———

Al viejo verde, cuquillo
Lleno ya todo de canas,
Sin vergüenza su mujer
Por la mancebía lo arrastra.

Á los habladores importunos llamaban tambien cuquillos: así le llamó Lycophron á Ayax en su *Alexandra;* y Aristóphanes, en la comedia *Acarnanibus:*

Suo crearunt me sufragio tres
Cuculi: ac pro inde hoc execratus inii
Fædus.

D. Ped. No sé cómo afrenta tanto V. m. al cuquillo, pues en verdad que dice Pausanias, lib. V *Eliacorum*, que en el templo de Juno, en Cuboca, estaba esta diosa con una granada en la mano, y en la otra un cuquillo, y da la razon: que Júpiter, enamorando á Juno, se volvió en este pajarito tan donoso; Juno, viendo que se le venía á la mano, como niña amiga de pajaritos, lo cogió, y él á mi fée, á la noche remaneció Júpiter.

D. Fern. Ahí verá V. m. quién era Juno, pues ántes que se casara con su marido ya lo tenía hecho á cuquillo. Mas por cosa notable, referiré á V. ms. lo que cuenta Amiano Marcelino de unos muchachos españoles. Tenian costumbre en España cuando entraban luz en algun aposento, como ahora solemos decir «Loado sea Jesucristo,» ó «Buenas noches dé Dios á V. ms.,» de decir «Venzamos,» como gente tan guerrera. Esta era su mayor gloria y á esto se enseñaban. Los muchachos españoles, entrando con luz donde estaban unos soldados romanos, dijeron aquellas palabras: uno de ellos, no sabiendo la costumbre, interpretando siniestramente como que les diesen grita, ó por ventura que era señal de alguna traicion, desnudando la espada, mató á su huésped con toda la desdichada familia. Así cuenta esto Amiano, cuyas palabras son: «*Quo tempore in Hispania contigit, ut lumem pueris sub noctem inferentibus, atque pro more funde, manavit ut illatis luminibus inter se salutem in Hispania dicentibus, vincamus: Romanus qui-*

dam verba puerorum crudeliter interpretatas, districto gladio hospitem cum familia jugulavit.»

Lo mismo refiere Juan Mariana, lib. IV, cap. XVII.

Refiero de buena gana este caso, porque nó todas veces es segura cosa dar grita, y se han visto muchas desgracias, porque nó todos los hombres son de un humor, ni todos los tiempos unos.

§. III.

Otras burlas señalando con las manos, y poner nombres.

No se contenta la malicia humana para el cumplimiento de sus antojos con aprovecharse de la lengua, y con ella significar y decir oprobios á su hermano, ya en burlas, y lo que peor es, ya de véras; sino que tambien se vale de las manos y otras gesticulaciones del cuerpo para este fin. Á este género de burla llamaron los latinos *sanna.* Persio, en la *Sátira* I, pone en tres versos tres especies de ella:

O sane à tergo cum milla siconia pinxit,
Nec manus auriculas imitata est novilis albas,
Nec lingua tamtum sitiat canis Apulæ quantum.

Al primer modo de esta burla llamaban *Cigüeña*, que era levantar la mano encorvada, moviendo el dedo índice. La segunda era poniendo las manos en las orejas, imitando las del asno, de que motejaban á aquel con quien se burlaban. La tercera era sacar la lengua como

perro sediento, para dar á entender lo poco que estimaban al burlado. Hesiodo y sus intérpretes se acuerdan de esta costumbre, y Juan Izetez, cuyas palabras refiere en este lugar Isaaco Casaubono. El glorioso San Gerónimo refiere al monje rústico, que no crea á sus aduladores, porque por detrás le han de hacer tales escarnios como burladores, que de él se habian de reir: «*Ne credas adulatoribus tuis, imo irrisioribus aures ne libenter acomodes qui cum te adulationibus foverint, et quodam modo inpotem mentis efecerint, si subito respexeris, aut ciconiam post te deprehendes colla curbari, aut manus auriculas agitari asini, aut æstuantem canis protendi linguam.*»

Algo de esto tocó el mismo santo varon sobre Sophonias: «*Qui si scirent holdam viris tacentibus prophetasse, quam post tergam meum incurvarent in Ciconiam.*»

Suelen tambien torcer las narices, volviéndolas á un lado con el dedo. Acredita su antiguo uso Apuleyo, VIII *Miles.*: «*Sed post quam non cervam pro virgine, sed asinum pro homine succidam, cum videre nare detorta magistrum suum varie cavillabantur.*»

El darse higas y formar la mano imitando el príapo, no le costó ménos que la vida á C. Calígula, burlándose con Cayo Cherea, á quien pidiéndole el nombre le solia dar á Vénus, y cuando le pedia la mano para besársela le ponia en aquella deshonesta figura. Suetonio: «*Jam ut molem et efæminatum, omni probo donotare consveverat, et modo signum petenti Priapum aut Venerem modo ex aliqua causa egenti gratias, osculandam manum offerre com motam efformatamque in obscenum modum.*»

Solian tambien, como ahora, levantar el dedo de en-

medio, bajando los demás. Marcial, lib. II, *Epig.* VIII:

Rideto multum qui te, Sextille, Cynedum
Dixerit, et digitum porrigito medium.

Ríete, Sextillo, mucho
Del que Cynedo te llama;
Y para burlarte de él,
El dedo medio levanta.

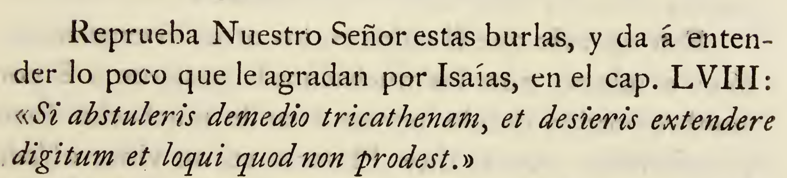
Juvenal:

..............*Cum fortunæ ipse minaci*
Mandaret, laqueum medicumque ostenderet unguem.

Por esta causa, y por su torpe uso, le llaman á este dedo desvergonzado. Marcial:

Oscendi digitum: sed impudicum
Alchonti, Dasioque, Simachoque.

Persio le llama infame:



...........*frontem que atque vada labella,*
Infami digito, et lustralibus ante salibis
Expiat.

Reprueba Nuestro Señor estas burlas, y da á entender lo poco que le agradan por Isaías, en el cap. LVIII: «*Si abstuleris demedio tricathenam, et desieris extendere digitum et loqui quod non prodest.*»

El señor San Gerónimo entiende que aquella frase *extendere digitum* es el oprobio de que vamos hablando, y con esta opinion pasan Lira, Estrabon y el padre Martin Antonio del Rio en los *Adagiales Sagrados*, fol. 406. Lo mismo quiso significar San Isidoro cuando, hablando de los dedos de las manos, llegando al tercero, dice: «*Tertius impudicus, qui per cum probra insectatio exprimitur.*»

No paran aquí las triscas de la mano; que la misma, encorvada sobre el rostro, como los que miran algo á lo léjos, moteja de bubo. Atheneo, lib. XIV, cap. XII: «*Bubo figura quædam prospicientium, summanque manum supra faciem curbancium.*»

Efectos de las burlas es ponerse nombres postizos, que muchos duran toda la vida, y son más conocidos por ellos sus dueños que por los que les pusieron en la pila de baptismo; que tanto como esto puede la malicia de los hombres, inclinada siempre á lo peor; y como el mundo siempre ha sido uno, siempre ha tenido esta mala costumbre, y dura muchos siglos. Demóstenes, en la oracion que hizo contra Cenon, depone de ella por estas palabras: «*In primis igitur, dicam vobis ea per quæ tum audiore à contumelia et iis quæ facta sunt abducta, et dictum multos esse in urbe, honestorum virorum filios, qui ludibriis causa homines adolecentes varia sibi mutuo cognomina fecerint, atque alios meretriculas.*»

Este agravio que él culpa en los otros lo experimentó en sí mismo, pues los muchachos le pusieron á él por nombre postizo Batulo, por ser cuando muchacho flaco y enfermizo. Así lo dice Plutarco en su vida: «*Unde cognomem probrosum Batulum, deridentibus corporis ejus debilitatem pueris dicitur imbenisse.*»

Pirro, rey de los epirotas, se llamó así porque los muchachos se lo pusieron: «*Hic etiam puerili, cognomine dictus est Pyrrus.*»

El nombre que en el dia lústrico le pusieron á Achíles fué, segun Apolodoro, Lingiron; despues le llamaron Achíles, que quiere decir el que se cria sin pan.

Celio Rodiginio, *Lect. Antiquar.*, lib. XXIV, c. VI. Aquel espanto de Annibal y único remedio del pueblo romano, Quinto Fabio Máximo, por su mansedumbre y silencio cuando muchacho, y por la gravedad de sus costumbres, le pusieron los muchachos Ovejita. Plutarco, *in Fabio: «Ovicula puer dictus est, ex mansuetis et gravibus moribus, quippe sedattus ejus ingenium, et taciturnitas magnaque in fruendis puerilibus delectationibus tarditas, ac labor in percipiendis literis,»* etc.

Homero, en el lib. XVIII de la *Odisea*, dice que Tro, aquel pobre que quiso competir con Ulises, se llamaba de su nombre propio Arneo, y porque hacía mandadillos le pusieron Tro.

Arneus autem nomine erat; hoc enim imposuit veneranda mater.
Quoniam nunciat deferevat profectus quando aliquis jubebat.

Ergacilo Paracito, en *Plauto*, acredita buena parte de esta costumbre: *«Inventus indidit nomen, scorto mihi eo quia invocatus soleo esse in convivio.»*

Cayo Calígula, con ser hijo de un varon principalísimo y muy querido del ejército romano, por haberse criado con hábito manipular entre los soldados, le llamaron Calígula, que es como si dijésemos Calzilla: *«Caligulæ cognomen Castrensii joco traxit, quia manipulario habitu inter milites educabatur.»*

Lucio Apuleyo acreditó la misma costumbre; IX *Milessias: «Nostri quændam barbarum nostræ civitatis Decurionem, quem scorpionem præ morum acritudine vulgus apellat.»*

§. IV

Otros juegos que trae Julio Pólux.

D. PED. Comenzó V. m. á decir el otro dia algunos juegos que Julio Pólux trae en el *Onomástico*, libro VII, cap. IX, y con otros que se han ofrecido interrumpió V. m. los de aquel autor; y aunque no nos pesa de haber oido lo que V. m. ha dicho, deseo ver ya lo que dice, porque oigo con summo gusto las curiosidades que suelen traer estos autores.

D. FERN. Nó sin mucha razon dijo Horacio:

.... vos exemplaria græca
Nocturna versate manu, versate diurna.

No he hallado en ningun autor tantos juegos ó luciones pueriles juntas como en Pólux, y yo no diré todos los que él escribió, porque algunos están ya tan fuera del uso, que apénas los puedo entender; y áun para los que de presente se usan habré menester la interpretacion de nuestro Pedro Triba, Melchor.

MELCH. Juegue limpio V. m., ó ¡por Dios! que me ponga en lo del Rey.

D. FERN. No se enoje V. m., señor Melchor, que el llamarle á V. m. Pedro Triba es decirle que es maestro de estos juegos, en lenguaje gregüesco.

MELCH. Ahora, señor, gregüesco y Pedro Triba todo ello me güele muy mal; pero pase.

D. Fern. Nuestro autor dice que habia un juego que hacian con las codornices, en esta forma: señalaban un círculo en el suelo, y allí metian dos codornices á que riñesen, y la que echaba á la otra del círculo quedaba vencida, y tambien su dueño, que perdia ó la codorniz ó el dinero que ponian. Otras veces metian una codorniz, y el que jugaba con el dueño de ella dábale un papirote y arrancábale una pluma de la cabeza; si la codorniz huia perdia el dueño, y si estaba queda vencia y ganaba la codorniz ó el dinero: «*Verum et cothurnicem ferire ludus est, circulos enim describentes, cothurnices ad pugnas mutuas constituebant, eversa vero circuloque exendes vincebatur, et ipsa et cothurnices domines, et non nunquam quidem pro ipsis ludebatur, non nunquam pro pecunia. Est non nunquam cum hic quidem constituit cothurnisem: ille medio fieri digito deinde capite pennam evellit, et si coturnix induraverit, victoria penes ejus nutriotorem est: concedente vero ea et fugiente, feriens aut evelens vincit.*»

Tambien trae este juego Suidas, con la voz ὀρτυγοκοπία.

Alguna vez he visto reñir dos gallos y maltratarse el uno al otro hasta que el uno huye.

D. Diego. Yo he oido decir que en algunas provincias es eso como acá las fiestas de toros, y en Grecia é Italia se usó mucho antiguamente; y áun en España debió ser más frecuente que ahora. Áun todavía decimos cuando dos contienden sobre alguna cosa: «Fulano es mi gallo,» porque aquel que tenemos por más valiente entendemos que saldrá con la victoria.

D. Fern. Es esto tanta verdad, que los dos hijos

de Severo Augusto, Baciano y Geta, comenzaron sus disgustos y competencias de la de este juego de gallos y codornices. Así lo cuenta Herodiano en el lib. III: «*Interque se fratres disidevant puerili primum certamine cædendis coturni, cuturnicum pugnis quelina, eorumque conflictibus ac puerorum colluctationes exorta discordia.*»

Luégo pone nuestro texto una nómina de muchos juegos, que explica refiriendo cada uno de por sí. El que pone en primer lugar, si no le llamamos el rey de los juegos, por lo ménos le llamaremos el juego del rey. Llámase en griego Basilinda. El lugar de Pólux de interpretacion de Ruderijo Gualtero dice de esta manera: «*Regius staque est cum sorte dispositis, Rex quod faciendam est præcipit: qui vero famulus sorte jactus est omnia peragit.*»

Dice que se disponen los muchachos por suerte, cada uno en el lugar que le cabe; el rey manda lo que se ha de hacer, y á el que le cabe la suerte de ser criado hace todo lo que le manda.

MELCH. Ese juego tambien llaman hoy dia del Rey, y lo es aquel á quien le cabe la suerte, la cual se hacía á Castilla y Leon, ó Pares y Nones; el que es rey manda á cada uno de los otros lo que quiere por su antojo. Si le manda que se desnude, al punto se desnuda en pelota; que lleve á cuestas una piedra, la lleva; si quiere que cante ó baile, ha de cantar ó bailar, aunque no sepa.

D. FERN. Lo mismo dice, y con harta elegancia y propiedad, Luciano en los *Saturnales*: «*Vides nimirum quam ingens sit bonum, quem admodum et illud cum tello*

victor solus omnibus Rex præficeris, ut non solum ipse non feras ulla ridicula rerum, etiam ipse possi aliis imperare huic, ut turpe quiddam de ipso vociferetur illi ut saltet nudus, ut que sublata in humeros tobicina ter Domum ob ambulet.»

Á tal género de reino parece que miró Paulo Orosio hablando del infelice Atalo, lib. VII, cap. XLII: «*Quid de infelicissimo Attalo loquar? cui occidi inter tiranos honor mori lucrum fecit. In hoc Abaricum imperatore facto, refecto, acdefecto, sitius his omnibus factis pene quam dictis mimum risit, et ludum spectavit imperii.*»

El bárbaro emperador Máximo, en la habla de Gordiano á los soldados, les dice: «*Nerum nequid magis ridiculum edèxerim cartaginenses insanium, atque sane infelisissimo, et extremo jam ætatis delirante dubium suasuan coactu quasi aliqua in pompa ludunt principatum.*»

Era este mismo juego parecido al juego que llaman de los Jueces, porque en él imitaba un tribunal, haciendo maxistrados con sus protextas y litores. Séneca, en el lib. *De Constantia Sapientis*, hablando de la ambicion de los pretendientes, y catariberas: «*Non ideo quidquam inter illos puerosque interesse, quis dixerit quod illi inter ipsos magistratus gerunt, et pretextam fascesque ut tribunal imitantur. Hi eadem in campo foroque et in curia ludunt.*»

Plutarco dice que en esto se entretenia Caton siendo muchacho, y fingiendo acusaciones y reos condenados: «*Ludus erat juditia acusationes damnatorum obductiones.*»

Á Rufino Crispino, hijo de la señora Popea y ente-

nado de Neron, le costó la vida jugarlo, pues por ello, sin otra causa, lo echaron en la mar. Suetonio, *in Nerone*: «*Privignum Ruffinum, Popea natum, impuberem aduc, quia ferevatur Ducatus et imperia ludere, mergendum mari dum piscaretur servis suis demandabit.*»

Esparciano dice que el ordinario entretenimiento de Alexandro Severo, siendo niño, fué jugar el juego de los Jueces, llevando delante de sí lictores con sus segures, y mucho acompañamiento de muchachos, y él muy grave como juez: «*In prima pueritia nullum alium ludum, nisi ad judices exercuit, cum ipse prelatis facibus ac securibus ordine puerorum circunstante, judicaret.*»

Á este juego parece aludió Horacio cuando dijo de la Fortuna:

.... sævo lèta negotio
Ludum insolentem, ludere pertinax
Transmutat incertos honores,
Nunc mihi, nunc alii benigna.

Este juego, que los griegos y romanos tenian por entretenimiento, tenian los persas por doctrina é instruccion; y así, cuenta Xenofon en la *Pedia de Ciro*, que siendo niño, se querelló ante él un muchacho de que yendo por una calle, y llevando vestida una camisa larga hasta los piés, se la quitó otro muchacho que era más alto de cuerpo y tenía una camisa muy corta. Llamado el reo y el actor, Ciro dió por sentencia que lo hecho estaba justificado, y absolvió al reo, dando por razon que habia hecho lo que estaba bien á entrámbos, pues al actor, que era chico de cuerpo, le estaba bien la

camisa chica, y al largo la más larga; y al contrario, no le estaba bien la camisa larga al que era chico de cuerpo. El actor, agraviado, apeló para ante su ayo, el cual revocó su sentencia y reprehendió á Ciro, porque el juez no ha de mirar lo que está bien á cada una de las partes, sino lo que dispone la justicia, que es dar á cada uno lo que es suyo.

Prosigue nuestro autor: «*Ostracinda vero, cum pueri linæ in medio ducta et divisi inter se duas in partes: hæc quidem extra textulam, altera intra esse existimatur mitente autem aliquo, ad lineam testulam quæcumque pars superior fuerit, hi ad illum festinantes et conversi fugiunt. Quicumque autem fugientium captus fuerit Asinus vocatur: hic vero testulam projiciens dicit Nox, Dies; interior enim ejus pars pile oblita est, quæ nocti respondet, vocatur autem testule, trasmutatio hoc ludi genus.*»

En castellano, para que Melchor lo entienda, dice: que divididos los muchachos en dos bandas, hacian una raya enmedio: á una de las bandas llamaban dentro deja la texa, y á otra fuera de la texa; esta texa tomaba uno y arrojábala á la raya. El que vencia partia corriendo, y todos los de su banda con él, y daba tras de los de la banda vencida, que iban huyendo: el que de estos era cogido del que iba tras él le llamaban Asno, el cual tomaba la texa y decia noche ó dia, porque por la parte de adentro estaba empegada y correspondia á la noche. Este juego se llamaba *Vuelta la teja*, y Platon, en *Phedro*, hace memoria de él.

Melch. Tan en griego lo ha dejado V. m. como ántes estaba.

D. Fern. Hermano Melchor: yo os pongo el caso á la letra; vos, como intérprete ó faraute, teneis obligacion de ver qué juego de los que juegan ahora los muchachos parece á el que se ha dicho.

Melch. Ese juego tiene algunas cosas parecidas al juego que llaman *Daca la china*, que es de esta manera: hacen los muchachos una raya, y dividiéndose en dos bandas, uno toma una tejuela y mójala en saliva, arrojándola en alto, diciendo: «¿Vino ó pan?» Responde el otro: «Vino, que Dios dará pan, ó pan, que Dios dará vino.» El que acierta queda hecho rey ó capitan de aquella banda; y dispuestos los muchachos, sentados en el suelo, cada uno pide que le den la tejuela. El capitan de todos la da á quien le parece, tan disimuladamente que no lo puede echar de ver el otro capitan su contrario, el cual anda tentando las orejas á los muchachos, para ver si por alguna señal puede echar de ver quién tiene la tejuela ó la china. Si acierta con ella, se la lleva á su banda; si no, van saltando los de esta banda que tiene la china, hasta que lleguen á aquella raya. En tocando en ella huyen los vencidos. Los vencedores van tras de ellos persiguiéndolos; si cogen alguno, el que lo coge le llama Asno, y se le pone á cuestas y lo ha de traer hasta aquella raya.

D. Diego. Muchas cosas tiene parecidas ese juego al que dice el Sr. D. Fernando.

D. Fern. No es necesario que convenga en todas las ceremonias, porque la variedad de los tiempos y la que naturalmente tienen los muchachos jugando los juegos puede haberle dado alguna diferencia, quedán-

dose el mismo juego en sustancia: y esto sea doctrina general para todos los juegos, y baste advertirlo una vez.

Pasa adelante: «*Dielcistinda vero, plerumque in palestris luditur, verum tamen etiam alibi: duæ autem sunt puerorum partes alii trahentes alio: si que ad aliam partem transmigrant, penes illam victoria est.*»

Dielcistinda es un juego que se suele jugar en la palestra y en otras partes: hay en él dos bandas de muchachos que los unos procuran traer á los otros cada uno á su banda; esto se entiende asiéndose fuertemente de las manos: la parte que lleva á la otra queda vencedora.

MELCH. Ese juego se llama *Hurta la ropa*. Pónense los muchachos en dos bandas, con una raya en medio; ásense de las manos, diciendo *gurrimaco;* el que más puede cautiva al otro y lo lleva á su banda.

Lo mismo hacen en un juego que llaman *Sonsoluna*, teniendo la sombra unos y otros la luna por jurisdiccion, y andan diciendo *Sonsoluna*.

D. FERN. Y áun las palabras de ese juego tienen rastro de la lengua latina, que es señal de que lo jugaban en tiempo de romanos, pues todavía permanece la forma: *Sum sub luna*. Más á nuestro intento habla Platon en el *Phaeton*, expresando el juego Dielcistinda peregrinamente: «*Paulatim enim procedentes in medium amborum ignoranter cecidimus: ex nisi aliquo modo nos met ipsos defendentes coadamus, pænas luemus per inde, atque illi qui in contraria distrauntur.*»

Á esta contienda y juego pareció aludió Valerio Flaco, VI *Argonaut.*:

Talis utrimque labos, raptataque limite in arcto

Membra viri miseranda meant, hi tendere contra,
Hi contra, alternæque virum non cedere dextræ.

Al dicho se sigue Misinda: «*Misinda vero connivens voces observat, et quecunque suffugentium arripuerit, statim hunc connivere cogit, et conniventem oculatos casu invenire sique quis connivens atingut, aut aliquid præmostret divinatur num adeptus sit.*»

Hasta aquí nuestro texto, el cual es dificultoso, porque á mi parecer casi en todos los juegos no dice ninguno más que en suma, dejando muchas circunstancias como cosa entónces sabida. Lo que yo entiendo del presente es que Miscinda se llamaba el juego en el cual se ponia uno con los ojos vendados, haciendo que no veia; escuchaba, empero, las voces de los que jugaban con él; si cogia á alguno lo ponia en su lugar para que hiciese otro tanto.

Melch. Hasta hoy es el juego *Adivina quién te dió*, que así le llaman.

D. Ped. Si no decis cómo es, no podemos decir si acertais.

Melch. Es de esta manera: pónese un muchacho los ojos cerrados; los otros andan alrededor, dándole pellizcos, diciendo: «*Adivina quién te dió, la madre que te parió;*» el que está puesto escucha las voces dónde suenan, y atinando por ellas, si coge á alguno le pone en su lugar.

D. Fern. Muy bien habeis dicho hasta ahí; mas en nuestro autor el mismo juego se continúa de modo que el que de nuevo se ponia, cerrados los ojos, buscaba á los que se habian ido á esconder, y si llegaba á donde

estaba alguno escondido, ó se lo mostraba alguno, habia de acreditar quién era.

MELCH. Ese es otro juego de por sí, al cual llaman el *Esconder*.

D. FERN. No nos lo esconda V. m.

MELCH. Pónese un muchacho cerrados los ojos; los otros muchachos van llegando á él, diciendo: «¿Qué tiene en el pié?» Responde: «Un ascua.» Y el otro dice: «Pues no se te quita hasta la Pascua.» Dicho esto se va á esconder; despues de todos escondidos, va el tal muchacho buscándolos, diciendo: «¿Hay galgos?» Y responde cada uno desde donde está escondido: «Galgos hay en el pajar.» Si por la voz conoce y coge á alguno, lo ha de llevar á cuestas, y pónese en su lugar.

D. FERN. Ahora estará el Sr. Melchor contento, que viene la *Olla*.

MELCH. Nunca viene á mal tiempo, si ya no viene en relacion, como yo sospecho.

D. FERN. Como nos la dejó guisada Julio Pólux, que dice así: «*Chitindra ollaricus ludus, senus quidem in medio residit, et olla vocatur: allii vero vellunt aut circumtrahunt aut etiam ververant circumcurrentes sea ab ipso comberso deprehensus, ejus loco residet.*»

El juego llamado *Chitrinda* ó de la *Olla*. Pónese uno en medio sentado, que se llama la Olla; los otros le andan alrededor pellizcando, trayéndolo á la redonda y dándole golpes; si él coge á alguno, lo pone en su lugar.

MELCH. En todo ese juego no tengo que poner ni quitar, porque es el mismo que se suele jugar ahora, y se llama la *Olla*.

D. Fern. Pues el mismo se jugaba en otra forma: «*Estque non nunquam ut quis capiti ollam, sinistrat teneat manu in circulo abambulans. Hi vero ipsum feriunt interrogantes quis ollam? et ille respondet: Ego Midas: quemcumque vero contingerit pede, hic pro ea cum olla circum iit.*»

Pónese algunas veces uno en la cabeza una olla, y teniéndola con la mano siniestra, anda alrededor; los otros le dan golpes, preguntando «¿Quién tiene la olla?,» y responde él: «Yo, Midas.» Si toca alguno con el pié, lo pone con la misma olla, para que ande á la redonda.

Melch. El mismo se usa hoy, y le llaman la Olla, mas tambien le llaman *Siembro y aviso.*

D. Ped. Decid ese juego, que no me acuerdo el haberlo oido.

Melch. Es muy conocido, y juégase así: hacen una raya redonda, y el que le toca ser la olla pone en medio de aquel círculo un sombrero, diciendo: «Siembro y aviso, pan y paniso. Si no hay quien lo coma, cómalo Mahoma.» Los otros andan alrededor por ver si le pueden coger el sombrero, y llevarlo á coces. Si él le toca con el pié á alguno, lo pone en su lugar.

D. Fern. El que llama nuestro texto Cinetinda, dice lo refiere Crates en sus juegos. La sustancia de él era besarse y abrazarse. «*Sed Cynetinda à* Κυνὲιν, *quod osculari est nomen sumpsit, quod sestari videtur Crates in ludis, sed fere de plerisque in ea fabula idem poeta diservit.*»

Esto dice Pólux que era haber de ser los que jugaban muy grandes amigos. Por cosa nueva lo vende Le-

lio Biscibla, lib. VII, cap. XIII, *Horat subses*, y dice lo jugaban las mujeres, sus inventores. Jugaban al principio de la Primavera y coronaban de flores al que más suavemente besaba. Sus palabras son: «*Observandum novum genus ludi, sive certaminis a Magarensibus instituti: hoc est puerorum osculis de certantium sub initium veris: premium erat ejus qui suavius osculum inperssiset corolla ex floribus.*»

Con algunas más ceremonias se debia hacer el juego amatorio que llamaban Cotabo, de que habla Atheneo, lib. XV, cap. I, y dice así, trayéndolo de Eubolo:

.... Si fæminæ adflorent liceret.
Tempore saltare noctis; vobis ego,
Tum mala niciterium, tres tenias
Novemque addentur illis oscula.

Lícito es bailar, si hay damas,
Todo el tiempo de la noche:
Yo por premio de victoria
Prometo á los vencedores
Manzanas á cada uno,
Y á cada uno tres cordones,
Y que le dé nueve besos
Á la que le hace amores.

D. Ped. Ese juego viene á ser alguna especie de sarao algo más licencioso que los nuestros: pero yo me acuerdo haber visto jugar un juego amatorio, y ridículo juntamente, sorteando el abrazarse con unos cabos de cintas de que cada uno de los circunstantes, que ordinariamente son hombres y mujeres, ó mujeres solas, se ase; y aquellos que salen asidos de una cinta se abra-

zan, y si son ámbos varones hay mucha risa, y si varon y hembra se abrazan y quedan compadres, de donde tomó el nombre el juego.

D. Fern. El mismo se solia sortear con dados, y por las suertes se conocian los que se querian bien. Propercio, lib. III:

Sit sors, et novis talorum interprete jactu,
Quem gravibus pennis verberet ille puer.

D. Diego.

............fecimus et nos
Hæc juvenes.

D. Fern.

Esto desisti nempe nec ultra,
Tovisti errorem brevi sit quod turpiter audes.

Más varonil es el que se sigue en nuestro texto: «*Acinetinda autem contentio erat, quis sese immoviliter, stando substineret.*»

Asinetinda dice que era una porfía de estar en pié sin moverse de un lugar. Éste no es tanto juego, como apuesta que suelen hacer soldados y mozos robustos. Habla de ella Galeno, libro II *De Sanitate tuenda.* Mercurial, en la *Gymnástica*, lib. III, cap. III, aunque no alega al señor San Isidoro, que habla expresamente de este ejercicio como uno de los tres agonísticos en el libro XVIII, cap. XX *Etimolog.: Agonum genera fuisse: Immensitas virium: Cursus coleritas: Standi pacientia.*»

Fué tambien pena de los soldados que no hacian con puntualidad lo que sus capitanes les mandaban. Más usado es el que ahora viene, Schemphilianda: «*In circulo sedetur unus autem funæ habens, clam apud ali-*

quem deponit. Si vero ille apud quem jaceat ignoraverit, circulum circum currens vapulat. Si vero deprehenderit currentem fugat ververibus.»

La forma del juego llamado Schenophilinda es: siéntanse los muchachos en rueda; uno que tiene un cinto ó cordel, se lo pone á escondidas á el que quiere; si éste no lo siente, el que se lo puso da tras él alrededor de la rueda dando de azotazos, mas si el tal siente ó coge el cinto que le han puesto, da tras del que se lo puso.

MELCH. Ese juego se suele hacer con un zapato, y se suele hacer tambien con un cinto, y le llaman *Esconde la cinta;* aunque tambien se suele jugar de otra manera.

§. V

Llevar el gato al agua, y otros juegos.

D. FERN. Pasa nuestro autor á un juego muy conocido, y que para su inteligencia no sería necesario nuestro intérprete. Llamáronle los griegos Σπαπέρσα; los latinos *funis contentiosus;* los españoles le llamamos *Llevar el gato al agua*, que viene á ser proverbio del que vence al otro en contienda. Su difinicion es ésta: «*Scaperda trabem in medio stabilium perforantes, per foramen autem funis tractus est, cui utrinque unos alligatur; non trabem adspiciens, sed adversus: quicumque vero alterum vietraxerit, ut intrabis summitatem perveniat, hic*

vincere putatur et hoc scarpedam trahere vocitant, non nunquam duoterga invicem præbentes trahunt, uno alligati vinculo.»

Fijaban enmedio un madero horadado por arriba; por allí metian una soga; á cada cabo de ella se ataba uno y, vueltas las espaldas, tiraba el uno en contra del otro hasta que el que más podia subia al otro á lo alto del madero. Tal vez se hacía esto sin poner palo, sino tan solamente atándose con una soga y tirando cada uno para arrastrar al otro. Hasta aquí nuestro texto.

MELCH. Ese es juego muy usado, aunque yo no lo he visto jugar, poniendo un palo enmedio, sino en su lugar una tiranta ó viga de las casas donde se suele hacer; y el que tira más da con el otro en la viga con mucha risa de los que lo miran. Otras veces lo hacen sin echar la soga por la tiranta ó viga, sino en el suelo, cerca de algun charco ó lodo; y porque el que más puede lleva al otro yendo á gatas para echarlo en el agua, le llaman *Llevar el gato al agua.*

D. FERN. Teneis razon y sois hombre advertido, mas nuestro juego tambien lo advirtió Aristóteles, y le llama Α'νασαςινοπαρτικον. Tráelo Ciceron proverbialmente en muchos lugares, y el buen viejo Septimio. Clemente Tertuliano es muy frecuente en usurpar esta metáphora en el libro de la *Resurreccion de la carne:* «*Nolo nunc contentiose fune dusere hac an illa hominem perditu depostulet.*

Y en el lib. IV, contra Marcion: «*De titulo quoque funis ducendus est contentionis pari nisu hino fluctuantes.*»

Y en el libro que escribió contra los judíos: «*Alternis vicibus contentioso fune uterque diem in vesperam trærunt.*»

Horacio se valió de la misma traslacion en el libro III, *Sát.* II:

Invitiis tanto levius miser ac prior ille
Qui jam contento jam laxo fune laborat.

Tanto en los vicios ménos miserable
Y mejor es aquel que ya da larga,
Y ya acorta la rienda á su trabajo.

Imitóle Persio donde dijo:

Jam nunc adtringas, jam nunc granaria luxes.

Y en otra parte:

Quæ dederat supra repeto funemque reduco.

Casaubono en este lugar siente que habla de este juego, aunque otros comentadores entienden que es otro en el cual los muchachos atan alguna raposa ó otro animalejo, y lo sueltan ó fingen que lo sueltan, y cuando se piensa libre se halla atado y volcado de su prisa en huir y de la cuerda á que estaba asido. Nonno Panopolita, en el lib. XXXVII. *Dionisiacon* parece alude á él en tales versos:

Invicem trahentes alternatim fune manum
Ventre medio elevabit per altigradas vias
Summo stringentes: erat vero circum cursans vir
Utrum circum volutum ducens alteri jugo.
Tremore trahens tractusque ....

Andaban arrastrándose uno á otro
Á veces, y con sogas el vientre atado,
Hasta que el uno al otro levantaba
Por caminos muy altos apretado.

Allí ví andar un hombre á la redonda
Trayendo á otro que como él temblaba,
Siendo arrastrado el mismo que arrastraba.

Jano Grutero, *In Suspitionibus*, hablando de este juego, entiende que habla de él Platon en el *Penulo*, y lo describe así: «*Erat etiam similis ludum puerorum qui ducevat sparteam ressim et tandiu trahebant, donec aut rumperent, aut alteruter omissa funis prehencione innates caderet.*»

Aludit Plautus in Penulo:

¿Jam tenetis? Si tenetis ducite
Cave dirumpatis.

Dice que al mismo juego llamaban *Certam ducere.* «*Adit sub manum in Plauti Penulo*, pág. 855: *ubi multa novis tamem præter rem.*»

Suelen tambien contender los mozos de otra manera. Clavan una soga en la pared, bien alta del suelo, y asiéndola, suben poniendo los piés en la pared todo lo que puede alcanzar su fuerza, y suelen caer con mucha risa de los circunstantes. Á este juego aludió Plinio el más mozo en el lib. IX, *Epist. ad Lupercum:* «*Vides qui funem in summa mituntur quantos solent exitare clamores cum jam, jam casuri videntur.*»

De este género de ejercicio y juego habló Galeno, II *De Sanitat. Luem.:* «*Præterea si quis per funem manibus aprehensum scandat, sicuti in palestra pueros exercent qui eos ad rafur preparant.*»

De la porfía de este juego salió nuestro usado refran poner piés en pared, por porfiar y defender bien una cosa tenazmente. Suelen tambien subir por la pared

arriba sin soga, y aquel vence que más alto dió en la pared con la punta del pié. Esta contienda le costó la vida á nuestro García de Paredes, y á quien no pudieron tantos ejércitos armados mató un juego de muchachos.

Melch. Yo pienso que éstos me han de matar tambien á mí si duran mucho.

D. Diego. Tú tienes tan poco entendimiento, que no gustas de lo que cualquiera hombre discreto y sabio gustara mucho.

D. Fern. Tened paciencia por un par de dias, pues estos señores la tienen para oir estas niñerías.

D. Diego. No tenemos que responder á esto sino lo que dice Plinio en la *Epístola á Fausto:* «*Lusus vocantur, sed hilusus non minorem interdum gloriam consecuuntur quam seria.*»

D. Fern. Ahora, señores, mucho me da que pensar Melchor; pero ahora pensemos lo que dice Pólux tras lo dicho: «*In Aphetinda autem ut conivere licet oportte but testulam in circulum demitemtem sic moderari, ut in circulo consisteret.*»

Dice hacian un circulo en el suelo, y luégo tiraba uno una teja al tal círculo, con tal moderacion que quedase dentro de él.

Melch. Ya hemos dicho de ese juego que se llama la Rayuela; juéganlo con cuartos ó monedas gruesas antiguas: y si es con almendras, en lugar del círculo hacen un hoyuelo redondo, y si las almendras quedasen dentro ganan, ó cuando entran pares, y si son nones ó no entra almendra ninguna en el hoyuelo pierden.

D. Fern. Dice luégo: «*Streptinda porro testulam aut numisma in tabula jacens desuper injecta alia testula aut numismate, convertevant.*»

Dice que ponian encima de la mesa tendida una tejuela ó moneda, y luégo dejaban caer sobre ella otra moneda ó teja para hacerla volver del otro lado.

Melch. Ese es el juego de la *Apatusca.* Ponen una moneda, ó muchas una sobre otras, y luégo tiran á volverlas; si las vuelven ganan, y si no las vuelven pierden las que quedan por volver, ó á lo ménos, tira otro muchacho.

D. Fern. Dice luégo Pólux: «*Sed Pleystovolinda non, tesararum modo sed Astragalorum est de majoris numeri jactu.*»

Dice que Pleistobolinda era un juego, que ganaba á él quien jugando con los dados ó con las tabas echaba mayor número.

D. Diego. Ese juego se juega hoy con unas piezas de hueso como dados, con sus puntos desde uno hasta seis, y el que echa mayor número gana. Llámase este juego de las *Harinillas.*

D. Fern. Luégo viene Apodridascinda, con tal descripcion: «*Cæterum Apodridascinda est, hic quidem in medio connivens considet, aut alius ejusdem cohivet oculos, hi vero ocultantur ipso autem ad inquisitionem consurgente quemlibet oportet ipsum in locum suum prævenire.*»

Apodridascinda es ponerse uno enmedio, cerrados los ojos ó tapados del otro, en tanto los muchachos se van á esconder; en levantándose á buscarlos el que estaba sentado, los que estaban escondidos porque no los

coja vienen corriendo al puesto. No dice más nuestro texto, y está claro que se deja algo por decir, pues no dice qué pena tenía el que era cogido ántes de llegar al puesto.

MELCH. Para eso está aquí Melchor. Á ese juego le llaman *Sal, salero*. Es así: pónese una rueda de muchachos, y uno enmedio; éste dice en alta voz, teniendo cerrados los ojos y andando á la redonda: *Sarabuca de rabo de cuca de acucandar, que ni sabe arar, ni pan comer, vete á esconder detrás de la puerta de San Miguel.* Donde pára al decir esto, aquel muchacho sale y se va á esconder, y así va repitiendo las mismas palabras y echando á fuera muchachos hasta que se han ido todos. Despues los sale á buscar, diciendo: *Sal, salero, vendrás caballero en la mula de Pedro.* Ellos procurarán salir de donde están, y llegar primero al puesto, porque al que puede coger lo hace que lo lleve á cuestas. Este es el juego cumplidamente.

D. FERN. V. m., señor Melchor, lo ha dicho muy bien. Si supiese decirnos aquellas palabras qué significan, de *Sarabuca de rabo de cuca*, etc.

MELCH. Señor, yo no sé decir más sino que ésta es la algarabía de allende, que quien la habla no la sabe, y quien la escucha no la entiende.

D. PED. Esas palabras deben de ser como unas que encontrará V. m. en el M. Caton, *De re rustica*, cap. CLX: *Motas, reta daries, durdaries, stataries disunapiter*, ó por ventura eran tales los versos Saliares y las precaciones de Numa Pompilio, que los mismos que las decian no las entendian.

D. Fern. Dejémosle, pues, á los muchachos sus versos, y prosigamos con nuestro buen viejo Pólux, que dice: «*Et Chalsismus est, talis rectum numisma rotantes oportet rotatam illud continuo digito sustinere. Quo ludi genere in primis Phrynem meretricem delectam esse tradunt.*»

El juego llamado Calysmo es tal: rodar la moneda derecha de canto, haciéndole dar muchas vueltas con el dedo sin dejarla caer; y á este juego dice que jugaba Phryne, meretriz, y que era su deleite. No es sólo nuestro autor el que dice esto, que tambien se acordó del juego y de Phryne Plutarco en persona de Pherectates, en el libro *De Musica*, por estas palabras:

Phrynis peculiarem immitens turbinem
Flectendo me et versando totum perdidit.

El juego que ahora se sigue tras éste es así: «*Himan telingmos sive inplicatorius duplicis lori labyrinthi, inmorem quædam est complicatio per quam opertet baculo incerto duplicaturam tangere, nisi enim lorum salvatar implicatur loro vaculis, et hunc inserens victus est.*»

Yo entiendo que este es el juego que llaman de la *Corregüela*, que los gitanos, amigos siempre de embustes, juegan de ordinario. La sustancia de él es desatar dos correas, á modo de un labyrinto, en un palo por donde entran y salen aquellas correas, que si no se saben, ó aciertan, ó desenlazan, se van implicando ó enlazando más á aquel palo, y el que no sabe desatarlas pierde. De este juego habló Eustaquio en la *Iliada* de Homero: «*Duplicis lori obliqua circum actio,*» que es lo mismo que dice Julio Pólux. Este juego es muy semejante al

juego de *Pasa, pasa*, ó Maese Corral, que los jugadores, con tres cubiletes y unas pelotillas, juegan con tanta ligereza de manos que parece que se juntan todas tres pelotillas en uno, estando cada una repartida en el suyo; y hacen otras pruebas, que áun á los muy atentos admiran, y les da gusto el ver los engaños de sus ojos. Séneca, en la *Epístola* XLV, lo dijo así: «*Siscita sine moxia decipiunt, quomodo prætigiatorum acetabula et calculi in quibus falasia ipsa delecta.*»

Juan Escobeo, en el Sermon LXXX, compara, dice Arzelisao, á los dialécticos á estos embusteros jugadores de manos, que engañan alegremente: «*Arzelisaus philosofus ajebat dialecticos similes prætigiatoribus calcularíis qui jucundi decipiunt.*»

Éstos se llaman circulatores, porque andan haciendo gente de rueda en rueda y de ciudad en ciudad; y algunos de ellos traen culebras grandes en el seno, que se les enlazan en la garganta y por los brazos, y les llegan á la boca, con lo cual admiran á las gentes del vulgo y asombran tal vez los muchachos y las mujeres fáciles, y les ocasionan olviden lo que llevan, para tomárselo. Cauteló tales bellaquerías el jurisconsulto Paulo en la ley última *De variis et extraor. crimin.*: «*In circulatores qui serpentes circumferunt proponunt, si cui ob metum eorum damnum datum est promodo admissi actio dabitur.*»

Suelen traer éstos unas varillas, con que hacen sus ilusiones, que llaman la varilla de las siete virtudes, y me parece que veo algun rastro de ellas en el diálogo de Luciano, de Apolo y Mercurio, donde hablando Apolo con Vulcano le dice: «*Alatus quoque estat vir-*

gam quandam apparuit mirificam potestatem et vim habentem.» Y responde Vulcano: «*Copillam dedi ipsi ut esse quassi ludicrum.*»

Un poeta, cuyo nombre no me acuerdo, dice claramente esta costumbre antigua de la tal varilla.

Hancque tibi virgam quali felix atque beatas
Eficere dabo ....

Por eso la aplican los poetas á Mercurio, con que hace lo que quiere engañando y adormeciendo los ojos con ella, y haciendo que una cosa no parezca lo que es, propio de embusteros. Homero, en el XXIV de la *Odisea:*

Mercurius, autem animas Eyllimus evocavit.
Virorum procorum tenevat autem virgam in manibus
Pulchram, auream hac hominum oculos mulcet quorum vult.

Tales eran las varas de los magos de Egipto, imitadores falsos de la vara milagrosa del Santo Moisés, que por virtud divina obraba maravillas verdaderas, nó aparentes y falsas como las de los que le querian imitar. De esta casta de juegos es uno que hallo sólo en Ausonio, en el *Idilio* XVII. Llámale Ostomachia. En suma, dice que son huesezuelos que hacen catorce figuras geométricas, porque son de lados iguales ó de tres rectángulos, y oblícuos isóceles, ortogónicos, isopleutos y escalenos. Juntando váriamente estos huesezuelos salen mil especies y figuras diferentes: ya un elefante, jabalí, ó ánsar que va volando, un soldado, un cazador, y un perro de caza, una torre, un cántaro, y otras cosas tales y tantas como cada uno tiene la traza para fingirlas y variarlas: «*Simile ut dicas ludicro, quod græci* Ὀς ομάχιαν *vocant. Ossicula*

ea sunt ad summam quatuordecim figuras geometricas habent; sunt enim æquilatera, vel triquestra extensis lineis aut rectis angulis, vel obliquis, isosele ipsi, vel isopleura vocant orthogonia quoque et scalena. Harum ossicularum variis coagmentis simulantur species mille formaturum: elephantus, bellua, aut aper bestia, anser volans, et mir milio in armis subsiasens, venator et latrans canis, quin et turris et cantarus et alia hujus modi innumerabilium figurarum que alius alio scientius variegant, sed peritorum conunnatio miraculum est imperitorum junctura ridiculum.»

Porque no nos quede nada que decir de este género de juego, no es razon que de aquí falten los títeres, figurillas que imitan los hombres y mujeres, y parece que hablan y hacen todas las acciones que suelen los hombres, y tirando de un hililllo menean y tuercen la cerviz, mueven los ojos, acuden con las manos á cualquier ministerio, y finalmente cualquier figurilla de estas parece que vive hermosamente. Casi lo mismo dice L. Apuleyo, que nos resucita esa antigüedad en el libro *De Mundo*: «*Annon ejus modi compendio, astutia unius comvertionis multa et varia pariter, administrant etiam illi qui in ligniolis hominum figuris gestiunt movent? Quando filium membri quod agitari sdet traxerint torquæbitur servit mutavit caput oculi bibrabunt manus ad ministerium presto erunt nec in venciste totus videbitur vivere.*»

Mureto, en sus *Várias*, lib. I, cap. XV, dice que Platon en el I de su *República* miró á este juego de títeres: «*Hic respectum putat ad illud quo Plato hominem quati oblectamentum quoddam Deorum sensuit, tali quo-*

dam artifitio efictum quali erant in cunculæ puerorum, in quis si funiculus tractares eorum aliqua par corporis moveretur Θαύματα, *græcus dicta, et qui tales, incunculas lucelli causa circunferebant .... audiebant.*»

Pólux dice así: «*Epheddrismus: lapidem exijentes ad illum e minus pilis jaculantur, aut lapidibus qui vero lapidem non prosternit prostenentem vajulat comprehensis ab ipso oculis donec recta ad lapidem perveniat.*»

Digo, y confieso ingénuamente mi flaqueza, que no me alegré poco cuando hallé este juego, que fué mi aficion y cuidado pueril. Declárolo en gracia de nuestro faraute Melchor. El Ephedrismo es levantar una piedra, y desde léjos tirarle con pelotas ó con piedras; el que no la derriba, en pena lleva á cuestas al que la derriba, el cual le lleva, los ojos tapados con las manos, hasta que acierta con la piedra; al cual le llama Diodoro *despartidora: quem diremptorem vocitant.*

Melch. Ese, mi señor, es el juego que llaman la *Maruca* ó Marichiva, y se juega ahora de esta misma manera, aunque tiene tambien otras ceremonias, y una de ellas es que si juegan muchos, el que gana á todos los persigue corriendo hasta coger á alguno, el cual los trae á cuestas, tapados los ojos, hasta el lugar donde estaba la moruca; y los que se escapan van huyendo al puesto, y han de escupir en él, porque si no escupen, le queda accion al que ha ganado para que lo traiga á cuestas si coge al que no ha escupido.

D. Ped. En verdad que me da qué pensar esa ceremonia, pues hemos visto que las que hacen los muchachos todas tienen sólido fundamento en la antigüedad,

áun en los juegos tan mínimos y pueriles como vamos diciendo, y me parece se puede decir por ellos lo que Ovidio de los Mirmidones:

Parvum genus est, patiens que laboris
Quæsiti tenax, et quod quæsita reservent.

D. Fern. En esta materia crece la dificultad al mismo paso que disminuye la importancia de ella. Mas por la reverencia que se debe á la antigüedad, será bien discurrir sobre esta ceremonia de escupir en el puesto para quedar libre y seguro el que allí perdió, y vino huyendo y temeroso de que lo cogiese el otro. No en balde le llamó Propercio arcana á la saliva, por los misterios que en sí encierra:

Aut nomas arcanas tollat versuta salibas.

Y si la saliva es misteriosa en ceremonia tan repetida de los muchachos, y tan retenida en todos los siglos, misterio tiene. Ante todas cosas, es cierto que para los encantos y hechicerías usaban de saliva, y escupian tres veces echando tres chinas en el seno. Así Petronio Arbitro, en el *Satírico:* «*Hoc per acto carmine ter me jusit expuere terque lapillos conjicere in sinum, quos ipsa præcantatos purpura involverat.*»

Plinio, hablando en esta materia, lib. XXVIII, capítulo II, et IV: «*Cum hæc dixetis tribus digitis terram tanges:* y despues *idque ter.*»

Mas muy léjos está la sencillez de la puericia de la malicia de la hechicería y encanto, y así su ceremonia no toca en este escollo. Plinio, que con curiosidad advirtió muchas cosas, dice que la saliva puesta con el dedo tras de la oreja quita la solicitud y cuidado del áni-

mo: «*Saliva post aurem digito relata solicitudinem animi propiciat.*»

¡Oh remedio fácil y barato de la mayor peste del género humano! Segun esto diremos que escupiendo el muchacho, es dar á entender que con aquello sana de su cuidado y temor que tenía no le cogiese el otro. Hace al mismo intento lo que dice Plinio en el libro XXVIII citado, cap. IV, cosa admirable y fácil de experimentar: que si á alguno le pesa de haber herido á otro léjos ó cerca, si luégo se escupe en la mano con que hirió, al momento se alivia de la pena el herido: «*Mirum dicemus, sed experimento facile: si quem peniceat ictus æminus cominusque illati, et statim expuat mediam in manum qua percussit, levatur illico percussus à pæna.*»

De donde parece haber tenido principio aquella repetida costumbre de hacer escupir en la mano á los niños cuando les han dado algun golpe y hecho llorar, y ellos escupiendo se sosiegan.

D. Diego. Parece que no se satisface la dificultad, porque es ceremonia que el escupir ha de ser en el puesto, y nó en otra parte.

D. Fern. Pues digamos que es expiacion el escupir, como lo fué del fucino y del morbo comicial; porque lo mismo es escupir en ellos que echar de sí el contagio: «*Despuimus comitiales morbos, hoc est contagia egerimus.*»

Y esto tambien habia de ser tres veces, como parece de Juvenal y de Theócrito, en el *Idilio* VI. Finalmente, escupian al nombrar cualquier cosa cruel, triste ó abominable. Y así, Séneca, en el *De Consolatione ad Mar-*

tiam: «Quis non si admoneatur ut de suis cogitet tanquam dirum omnem disputat.»

Pero en especial y más á nuestro propósito hace lo que dice Plinio en aquel cap. IV, que escupian cuando pasaban por algun lugar donde habian tenido peligro: *«Inter amuleta est editæ quemque viinæ expuere item cum quis transsierit locum in quo aliquod periculum adjerit.»*

Y así, diremos que escupir los muchachos en el puesto es abominar y expiarse del peligro que en aquel lugar antiguamente tuvieron; aunque ya los muchachos no lo hacen por aquel fin, sino por costumbre y ceremonia del juego.

D. Diego. Mucho me contenta esa razon, y me parece no se podrá hallar mejor ni más ajustada.

D. Fern. Podré exclamar como Archímedes: Εὐρίσπω, Εὐρίσπω! Mas yo sé bien que podré decir: *«Invenio, sed quod Plautus in Aulularia, quod pueri in fava.»*

D. Diego. Otra dificultad le queda á V. m., nó mayor que esa ni de menor importancia: Dígame V. m. ¿por qué cuando los muchachos han reñido y se meten en paz, para firmeza de ella echan pelillos cortándoselos de la ropa y echándolos por el viento?

D. Fern. Delgada dificultad, por cierto; y si yo la disuelvo, ha de decir V. m. que cortó un pelo en el aire. Si V. m. me pregunta la significacion de esta ceremonia osaré afirmar que es lo mismo echar pelillos que decir: que como aquellos se los lleva el viento, y de ellos no se hallará arte ni parte, aunque con cuidado los bus-

quen, así no se acordarán más de los agravios pasados, como si el viento se los hubiese llevado y no importasen un pelo. Y así, la ceremonia se ha hecho refran, y decimos echar pelillos, por olvidar para siempre las diferencias que entre algunos ha habido. Resta ahora saber su antigüedad, y de ella yo no hallo pelo ni hueso, si no es en Homero, en el III de la *Iliada*, donde, juntándose griegos y troyanos para hacer paces, y pues que Páris y Menalao eran solos los interesados en Helena, ellos solos riñesen y con el duelo singular se llevase la dama el vencedor, quedando los demás amigos; y dice Homero que la primera ceremonia fué cortar los pelillos de los corderos que trajeron para sacrificio.

Atridis autem extrahens manibus, cultum
Qui et apud ensis magnam vaginam semper pendebat,
Agnorum ex capitibus abscindit pilos. Sed eos postea
Præcones trojanorum et archivorum, distribuerum Principibus.

§. VI.

Juegos de los Panes, Bolillo, de los Pretendientes de Penélope y otros muchos.

Viene luégo Epostracismo, y lo difine así: «*Cæterum Epostracismus testulam marinam in aquæ superficiem mittunt, numerantes ipcius saltus in aque superficie factos ante submersionem ex saltam enim multitudine jacenti victoria adscrivitur.*»

El juego Apostracismo, es coger una tejuela de la orilla de la mar y arrojarla por la superficie de ella, contando los saltos que da, porque aquel lleva la victoria que más saltos le hace dar ántes que se unda.

MELCH. Á ese juego llaman *los Panes*, porque cada golpe que da la tejuela forma un círculo redondo que imita las hogazas de pan.

D. PED. Muy ordinario es ese juego, y me maravillo que sea antiguo.

D. FERN. No sólo hace memoria dél Julio Pólux, sino tambien otros muchos y graves autores. Hesichio dijo su difinicion muy breve: «*Epostracismos, ludus quidam est in quo pueri testulas jacent in mari.*»

Mucha ventaja lleva á todos Minucio Feliz con aquel Diálogo que escribió contra los gentiles, en el cual muy de propósito describe este juego con todas sus particularidades y ceremonias: «*Ut cum ad hunc locum ventum est, pueros videmus certatim gestientes testarum in mare jaculationibus ludere: is lussus est: testam terentem jactatione fluctum lævigatam, legere delitore eam testam plano citu digitis comprehensam, inclinem ipsum atque humilem quantum potest, super undas irrotare, ut illud vel anataret dum leni impetu labitur. Vel summis fluctibus tonsis emicaret, dum asiduo saltu sublebatur. Ise in pueris victorem ferebat, cujus testa et procurreret longius et frecuentius exileret.*»

D. PED. Por cierto, con notable elegancia lo pintó.

D. FERN. Pues oiga V. m. á Silio Itálico en el libro XIII *De Guerra Punica*, que describe elegantísimamente algo de lo que sucede en este juego:

Sic ubi prærrumpit stegnantem calculus undam
Exiguos format per prima volumina giros,
Mox tremulum vibrans, motu giscente liquorem,
Multiplicat crebros sinuati gurgitis obes
Donec postremo laxatis circulus Oris,
Contigat geminas patulo curbamine ripas.

Así como en el agua sosegada
Pequeños cercos rompe y va formando
Con las primeras vueltas piedra echada,
Luégo un círculo y otro acrecentado
Da el tembloso licor á la ensenada,
Hasta que corvo toca, dilatando
Una y otra ribera; así la fama
De rueda en rueda crece y se derrama.

«*Verum Cindalismus ludus est paxilorum:* Κίδαλις *enim Paxillos vocaverunt. Opus autem erat non modo pasillum terræ arguilosæ infigere, sed etiam in fixum elidere ververantem caput altero paxillo: unde etiam procerbium manavit clavo et paxillo paxillum.*»

Dice que Cindalismo es *juego de bolos.* La obra era, nó sólo hincar uno en la tierra arguilosa, pero tambien, despues de estar fijado, derribarlo dándole en la cabeza con otro bolo, de donde se dijo el refran: «Un clavo saca á otro clavo y un bolo á otro.»

Melch. No hay en ese juego qué decir, porque se juega ahora de la misma forma, y le llaman *el Bolillo.*

D. Fern. Hesichio hace memoria de él por juego, y sólo hallo de diferencia de nuestros *juegos de Bolos* que acá tiran á derribarlos con bolas que son globos redondos, y en aquel juego antiguo tiraban á unos bolos con otros; lo cual me reduce á la memoria un juego digno de saberse, que jugaban los procos pretendientes de

Penélope, que lo describe Atheneo en el lib. I de sus *Gymnosophistas*, el cual lo tomó de Apion Alexandrino, que oyó á Cteson Itacense.

D. Ped. No nos niegue V. m. esa curiosidad.

D. Fern. El texto de Atheneo, de interpretacion de Natal, *De Comitibus*, es como se sigue: «*Procidispo fuerunt calculos inter se contrarios, paris paribus tot numero, quod ipsi erat opponentes, atque sic quinquaginta et quatuor ex utraque parte statueban, spatium quod in medio erat vacuum relinquebatur, in quo unum ponebat calculum quem vocavant Penelopem: hanc scopum faciebant, si quis calculo percuteret postea cui sors accidisset is ictum in hanc intendebat: si quis vero illam antigisset ulteriusque propuliset suum calculum in loco projectæ expulsæque Penelopes et in quo illa prius leterat, deponere oportebat, atque rursus cum Penelopem in quo loco secundo commorat est firmarit, secundum projicere calculum, quod si quis aliis in tactis solam illam æpuis consequeretur erat victor multamque havere spem indebatar se Penelopem esse dueturum. Curi machus sæpe viserat hoc ludo quare maxime omnium Penelopem conjuguint speravat.*»

Dificultad tiene el texto griego, pues Isaaco Casaubono lo vuelve algo diferente; mas Juan Espondano, sobre el lib. I de la *Iliada* de Homero, fól. 7, trae ámbos textos, y da á entender que es mejor el de Natal *De Comitibus*, y promete el suyo, que aún no hemos visto. Yo entiendo que el juego es así: los príncipes que fueron pretendientes, ó procos, de la reina Penélope, eran ciento y ocho; éstos se dividieron en dos bandos, tantos

á tantos, y pusieron otros tantos cálculos fronteros unos de otros, de manera que á cada parte estaban cincuenta y cuatro; dejaban vacío el espacio que estaba enmedio, y aquí ponian un cálculo, á quien llamaban Penélope. Á ésta hacian escopo y blanco para tirarle; despues, á quien tocaba la suerte éste era el que primero tiraba á darle; si alguno le acertaba y aventaba su cálculo, lo ponian en lugar de la Penélope que habia derribado, y luégo, en habiendo vuelto á poner á Penélope en el lugar que tenía, volvia á tirar el segundo cálculo; y si alguno sin tocar á los otros cálculos más veces conseguia el intento de derribar á Penélope, éste era vencedor, y todos le daban buenas esperanzas que se casaria con la verdadera Penélope deseada y pretendida de todos. Este es en sustancia el juego de los Procos.

D. Diego. ¿Cómo dijo V. m. la voz cálculos latina en su misma lengua?

D. Fern. Porque si vuelvo damas ó piezas de axedrés, no pienso igualo con lo que el texto siente, porque éstas son muy pequeñas para el juego que aquí se representa, y me parece que en el tamaño y grandor más se allegaban á bolos que á piezas de axedrés, pues con éstas no era posible tirar con fuerza, si no es siendo grandes, si bien pudieran tener la misma hechura; y más semejanza tiene este juego con el de los bolos que con el de las tablas, porque si bien el número es desigual, el modo de armarlos se parece en algo, y nuestro hecho imita á aquel que representaba á Penélope, en estar de por sí y tirar todos á él.

D. Ped. Reparo en aquella condicion de que el

que acertaba á Penélope, con tal condicion ganaba, que no habia de tocar en los cálculos de los demás.

D. Fern. Yo saco de ahí una moralidad importante, y juzgo que nó sin misterio se ponia aquella condicion; que era advertir al pretendiente de Penélope, que de tal manera la conquistase y pretendiese que no tocase en el honor y estimacion de los demás, sino que encaminase su pretension sin daño ajeno: de donde nunca jamás me pareció bien aquella costumbre que en Salamanca tienen los pretendientes de cáthedras, desacreditándose los unos á los otros públicamente; pues de tal manera deben hacer en su causa, que consigan la deseada Penélope sin tocar en el cálculo, esto es, en la estimacion ajena. Nuestro texto: «*Incotyla: hic quidem circum agit manus retro et connectit: illius manibus insistens, et prehendit ferentis oculos; hinc ludum et equitationem Cybesindam vocant.*»

El juego llamado Encotila es así: vuelve uno las manos atrás, ase la una de la otra; otro muchacho pónese en ellas de rodillas, y tápale los ojos con ámbas manos. Á este juego llaman la Caballería y Cibecinda.

Melch. Ese juego es ordinario, y le llaman los Caballos, y tambien las Galeras, porque el que sobre el otro va pone las manos en forma de espolon de navío, y con él se embisten unos á otros y le hacen una batalla graciosa.

D. Fern. Semejante á este juego es el que Hesichio llama *Ippas*, de que hace memoria Bulengero, capítulo XXV: «*Hippas lusus fuit, cum alter alterius pueri dorso incidens ut equo vehitur.*»

Entre nuestros muchachos no hay cosa más usada: llámanle Filderecho.

No es de ménos frecuencia el que ahora viene: «*Musca Ænea, fascia alicigus pueri oculos obligantes hic quidem comvertitur; clamans: ¿Æneam venaveris muscam? sti vero respondentes venaveris sed non capies, finiculis ipsum cedunt usque dum aliquem arripiat.*»

«La Mosca de metal.» Ellos responden: «Cazarás, pero no la gozarás.» Diciendo esto le dan con los cinco azotes hasta tanto que coge á alguno, que se pone en su lugar.

MELCH. Lo mismo, sin quitar ni poner, se usa, salvo que en lugar de aquellas palabras, «Mosca de metal,» dicen acá: «*Par par, gallinetas al corral.*»

D. FERN. Admírase Pedro Victorino en el libro XV de sus *Várias*, de que este juego se difundiese en muchas provincias y llegase á nuestra edad. Sus palabras son éstas: «*Musca Ænea ludus, hic puerilis qui in cusu veterum græcorum erat et in allias etiam terras, maneret usque ad nostra tempora, apud nos permansit, et quod non minus murum est quamvis diversa lingua ab eadem renomen traxit ipsum enim illi suo sermone* Χαλκέων μυιῶν *vocabant: nostri vero pueri et ipsum muscam apellant non tamen Æneam sed sæcam.*»

D. DIEGO. Si Pedro Victorino se admira, y con razon, de la perseverancia de este juego, ¿qué hiciera si se hallara donde tantos y tan admirables se han referido, como en esta plática?

D. FERN. No se olvidó del que vamos hablando en el lib. III, cap. I *De Sæctis*.: «*Muscæ Aneneæ nostri*

etiam pueri hoc ludi genere pasim utantur, sed diverso nomine apellant, nimirum (Giocare, ascapucia, leorbo). Quod in eo pueros velut obcæcatos cadere contingut, sed in aliis Italiæ locis, item aliis nominibus ut (Giocare ala Gata ciega). In Etruria apud burgentes (Gallina bu, bu). Apud Holandros ut audio, Hoender Koi).»

Eustachio, en el lib. XXI de la *Iliada* de Homero, dice que los griegos le llamaron Mosca de metal por un género de tábanos que tenian alas de color de metal. Algo parece á éste, otro juego que los muchachos suelen jugar imitando ciegos, y tirando á tirar con un palo á tiento, y diciendo: «Yo soy ciego y no veo nada; á quien diere no se me da nada.» Llamábanles andavatas antiguamente á los que de esta manera se burlaban ó paleaban. Erasmo congetura de Séneca que éste era juego en la *Iliada* II, *Ent.* III: «*Cæterum fuerint ne populi, andavat ad eum modum soliti pugnare an gladiatorum genus qui clausis oculis tenderent in adversarium, an potius lusus genus, ut prope modum ex Seneca licet conjiceret, nondum satis compertur habeo.*»

Como quiera, fué cosa muy usada, pues se halla de él mencion en los autores: «*D. Hieronimus, adversus Helvidium, ad hoc provandum congerit, descripturis exempla quam plurima more andabaturum in tenebris gladium ventilans.*»

Idem contra Juvinianum: «*Melius est tamem clausis quod ajunt oculis Andabatarum more pugnare, quam directa spicula clypeo non repellere veritatis.*»

De Homero se entiende aludió á esta manera de jugar pesadamente, cuando introduce á Ayax Telamon

peleando, cerrados los ojos. Á mí me causó admiracion hallar el juego que viene; Exere ó dilecte el Sol: «*Lusus vero, exere dilecte Sol, plausus habet puerorum, cum aclamatione hujus modi, quando nubes prævertit Solem, unde Stratis in phenisiis inquit:*

Deinde Sol obtemperat pueris
Si dicant: «Exere o dilecte Sol.»

El juego que llaman, *Sal, sol amado,* contiene aplauso de los muchachos en aclamacion cuando el sol va pasando por entre nublados; por lo cual el poeta Stratis, en sus *Phenisas,* dijo así:

Obedece áun el sol á los muchachos
Cuando dicen: «Sal, Sol, oh Sol amado.»

MELCH. Lo mismo dicen ahora: «*Sal, sol, y dame en los ojos, que los tengo cenagosos,*» cuando va el Sol entre nublados.

D. PED. Así es, y yo lo he visto decir muchas veces, y lo dije siendo muchacho: mas en esa aclamacion de los griegos áun reverencio su elegancia en el decir, pues la contienen aquellas palabras, «Sal, oh amado sol.»

D. FERN. Con mucha razon dijo Horacio:

Græcis ingenium Gratiis dedit ore rotundo
Musa loqui ....

D. PED. Ya que V. m. nos ha dicho el aplauso que los muchachos hacen al Sol, será razon que nos diga por qué los mismos enseñan á su hermana la Luna, cuando es nueva, la bolsa, que parece es género de aplauso, y el mostrársela es como ponerla debajo de su proteccion.

D. FERN. Puede ser que porque la haga crecer

como ella va creciendo; y por ventura esta es la razon porque en muchas monedas antiguas, como en las de Juliano Apóstata, en las de Faustina, y las de muchos municipios y colonias, como Ilipa, Ilipla, Orippo, Cascanto y otras, veo está esculpida la luna nueva cornicularmente, si no es porque la luna nueva es contraria á los ladrones y hurtos. Y así, Virgilio, en el I de las *Geórgicas*, dice:

Non fugæ melior contraria furtis.

Y Juan Espondano, sobre el III de la *Iliada*, vers. X: «*Ideo novam Lunam contrariam furtis dixit.* Virg., I *Georgicorum.*» Y diremos que mostrarla es invocar su proteccion contra los ladrones, para que la guarde de sus uñas.

Del juego que se dice Fecacion, que es el que se sigue en el aplauso de los muchachos, ya dijimos; y así, pasaremos á el siguiente, que es así: «*Galleruca animal volatile est, quod et melotantham vocant, cui limum alligantes dimitunt quod in circulum instar inter volans dum implicatur.*»

Galeruca es un animal volátil, que tambien llaman *melothanta*, el cual le atan una pelotilla de lodo, para que volando se enrede.

MELCH. Eso hacemos acá con los escarabajos, caballetes y avispas, con las que le solemos enviar cartas al rey.

D. FERN. Del juego se acordó Aristóphanes:

Sed cogitatione uti vinctum compede,
Quodam scarabæum sursum laxa
In àerem.

Largarle has las alas pensamiento,
Como al escarabajo que das al viento.

Síguese Chelichelona: «*Chelichelona autem virginum lusus est, simile qui piam cum olla havens: hæc enim residet, et testudo dicitur: hæc vero circum curcitantes interroganti Chelichelona, quid agis in media? Illa vero respondet: lanas conjecto et filum milesium. Deinde hæ rursum: Tuus vero filius, quid faciens periit? Illa vero dixit: Album ab equis in mare deciliit.*»

Esto es: Chelichelona es un juego de muchachas, que tiene similitud con la Olla. Pónense en rueda, y una enmedio, que se llama tortuga; las demás andan alrededor corriendo y preguntándole.

Y ella responde:

Texendo estoy lana y lino milesio.

Vuelven ellas á decir:

¿Qué hizo tu hijo, que murió tan presto?

Y ella responde:

Cayó del caballo en el mar soberbio.

De este juego hace memoria Eustachio sobre la *Odisea*, fól. 767; Bulengero, *De ludis veterum*, capítulo XLI.

Melch. Un juego hay acá que parece á ese, porque se pone una muchacha enmedio de muchas, y dice: «Aquí está D.ª Sancha cubierta de oro y plata.» Y ella responde: «¿Quién es este hombre que me anda persiguiendo de noche y de dia?» Tambien parece á otro juego que se dice ¿A dó las yeguas?, en el cual andan las muchachas corriendo á la redonda; pero la que anda fuera no está sentada, ántes procura coger á alguna que

se ponga en su lugar, y anda diciendo un cantarcillo de esta manera: «¿A dó las yeguas?», y ellas responden: «En el prado están.—¿Quién las guarda?—El malvillan.—¿Y lo que te dí?—Con putas y rufianes me lo comí.—¿Á dó la puta?—Ando y ando, y héla aquí.» Y á la que coge se pone, y vuelven á correr.

D. Fern. Luégo dice Julio Pólux así: *Talitro ludere est, medio manus digito pollici summiso nasum ferire.*»

Dice que el juego Talitro es herir la nariz con el dedo de enmedio, que se pone debajo del dedo pólice.

Melch. Ese juego llaman, *Pasa, Gonzalo*, y tiene más de burla que de gracia.

D. Fern. Con todos los dedos tiraba á sacar ojos Drucila, hija de aquel mónstruo C. Calígula, áun siendo muy niña, en nada parecida á su padre tanto como en la crueldad y fiereza. Suetonio: «*Nec ullo firmiore indicio sui seminis ese credevat quam feritatis, quæ illi quoque tanta jam tunc erat, ut in festis digitos ora et oculos simul ludentium infantium incesseret.*»

Prosigue el texto: «*Ratha pygicein est pede obliquo coxam percutere.*»

En breves razones, viene esto á ser tirar coces, aunque en él no se declara si es á sí mismo ó á otra, y ámbos sentidos dan lugar. Dice luégo: «*Pentalita autem sibi lapili sint, sive calculi seu astragili, quinque sursum ejiciuntur ut manus comversa, eaque prejecta sunt in posteriorem manus partem recipiantur, vel sinon omnia potest ea saltim quæ novit Et in manu jacent digitis denuo recipere.*»

El juego Penthalita es echar hácia arriba cinco chinas, ó tabas, ó contadores, y recibirlas en el envés de la mano, y si nó todas, por lo ménos aquellas que sabe, y estando en la mano volverlas á coger con los dedos.

MELCH. Ese es juego muy usado de todos los muchachos y muchachas.

D. FERN. Tambien he visto jugar otro juego con seis chinas, que llaman el *Castro*, ó *Tres en carro*, ó *Tres en raya*, y hace memoria de él Ovidio, III *De Art. amandi:*

Parva tu vella capit ternos utrinque lapillos,
In qua visisce et continuase suos.

De hoc ludo Bulengerus, lib. único De Ludis, capítulo IV, et, apud Gallos Madrillas appellari ait.

Luégo prosigue Pólux con tres juegos de doncellas, que llaman Pitameliades: «*Pictari, et Pitameliæ virginum ludis ponsas enim celebrantes currunt se invicem ad fortinationem exitantes.*»

Éste, segun la opinion de algunos, toca algo en el juego de las Mayas, de que hablaremos luégo.

Ahora se sigue: «*Platogonium vero, amatores aut amicæ ludevant. Sic autem et crepitaculum vocatur, et sistrum quo sopiunt cum voluptate mitrices ægre dormientes pueros, sed et papaveris et lelephilli dicti, folia primis duobus sinistræ manus digiti: in circulum flexis imponemtes, et vola alterius manus percutientes, si ruptum hoc istuc solium sonum clarum ederet, eos quos amabant sui meminisse existimabant. Insuper et lilium duplex existens, et vacuum interius inflantes ut spiritu impleretur in fronte, rumpentes sono huic similia judicabant.*»

Platogonio es un juego que hacian los enamorados y enamoradas, y llámase tambien Platogonio una sonajuela ó adufillo con que las amas arrullan á los niños que duermen mal. Lo que los enamorados hacian para ver si los querian bien, era coger la flor de la adormidera ó amapola entre los dedos primeros de la mano izquierda, formados en círculo, y hiriéndolos con la palma de la mano derecha hacerlos crugir; si crugia recio y claro, creian que aquellas á quien amaban tenian memoria de ellos.

MELCH. Eso tambien se hace ahora, y algunas veces echan dos hojas de olivo al fuego, ó de laurel, y del estallido toman el agüero.

D. FERN. Siempre los enamorados han tenido muchas impertinencias, y entre ellas una semejante á la dicha, de que hace memoria Theócrito:

Alba supercuso crepuere papavera pugno.

Como tambien la que dice Pólux en el resto de nuestro texto, dándose en la frente con dos lirios, lleno uno de viento, y haciéndolo romper y crugir. Y cuando á uno le zumban los oidos, decir que álguien lo está nombrando, de que hay refran en un epigrama antiguo:

Garrula quid totis resonas mihi noctibus auris
Nescio quem dicis nunc meminisse mei.

Aristeneo, lib. II, cap. XIII: «*Non ne auris tibi resonabant quando lacrimans tui memoriam faciebant.*»

Papinio Stacio, *in Silv.*:

Inde sonus geminas mihi circuit aures.

Tocan lo mismo Plinio y Luciano, y lo he visto

en Plutarco. Todo esto tiene algo de divinacion y superstición; y si alguno advertidamente y de propósito hiciere caso de ella, pecará gravemente, pues todas estas cosas están prohibidas por Derecho canónico y por leyes del reino, lib. VIII, tít. IV, L. VI *Novæ recopilationes ibi.*

Ni palmada de niño ni de vírgen. Á este género se puede atribuir otra burla ó engaño que se suele hacer á los muchachos, persuadiéndoles que un cardillo descubre las cosas que hacen; y así, suelen las madres ó tias decirles que tal y tal cosa que hicieron se la dijo el cardillo, voz que á mi juicio tiene su orígen en la lengua griega Καρδία αy, que quiere decir el corazon, porque aquello que nos da el corazon decimos que lo dice el cardillo, quasi cardia, esto es, el corazon me lo dió ó me lo dijo.

Finalmente pone el juego que llaman Collavisare, y lo define así: *Collavisare est cum hic quidem planis manibus proprios comprimit oculos, ille vero feriens interrogat: Utrum nam peracusserit?*»

Este es el juego que los impíos judíos burlando de Cristo Nuestro Señor jugaron con él, segun San Lúcas, cap. XXII: «*Et velaverunt eum, et percutiebant faciem ejus, et interrogaverunt eum, dicentes: Profetisa quis est qui te percussit.*»

La misma fórmula trae San Mateo, cap. XXVI: «*Profetisa nobis, Criste, qui est qui te percussit.*»

San Marcos, cap. XIV; San Juan, cap. XVIII.

Demás de hallarlo tan expreso en los Santísimos Evangelios, lo hallo en las *Ranas* de Aristófanes, donde

azotando Caco al dios Baco le pregunta: «¿*Nunquid percussit te*? ¿*Nunquid te tetigit*?»

Y sea el fin de la plática de hoy la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, con que nos podemos ir á comer.

D. Ped. Bien es que la mesa se consagre á tan fausto nombre, cediendo los de Volupia y Angerona.

Et nunc à moto quæramus serìa ludo.

DIÁLOGO VI

DIÁLOGO VI

§. I.

Estimacion de los muchachos, Mayas y sus ritos.

D. PED. Mucho debe la posteridad á los escritores, que nó sólo las cosas mayores y tocantes á los príncipes y monarcas del mundo escribieron, sino tambien, humillado el estilo, tocaron á las cosas menores y de la plebe, previniéndole al gusto algun divertimiento. Tales juzgo á las *Milesias* de L. Apuleyo, el *Satírico* de Petronio Arbitrio, algunos *Diálogos* de Luciano, y en Julio Pólux lo que V. m. ha referido de juegos.

D. FERN. Nó todos los ingenios se inclinan de una manera; y como la naturaleza en sus obras exteriores es vária, para su mayor grandeza y hermosura, así ni más ni ménos en el mundo menor, que es el hombre, se halla esta hermosa diversidad; de donde han producido tantas y tan diversas obras como de los antiguos hoy gozamos; esforzados en nuestros siglos algunos in-

genios han resucitado aquellos antiguos alientos y dado á luz muchas obras de ingenio dignas de admiracion.

D. Ped. ¿Y por qué nó, señor, ha de haber quien dé á aquella parte ménos, que decimos, á la plebe literaria, no le dé un poco de divertimiento, dejando caer la pluma entre los muchachos de la escuela, que juntos en sus cabildos los imagino dar justas quejas, que siendo ellos la felicidad de los tiempos, la esperanza de las repúblicas, para cuyo aumento antiguamente se hicieron las leyes Papinia y Julia, y otras muchas *De prole augenda*, no haya en este tiempo quien escriba y celebre sus cosas? Aumentan su razon con decir que ha habido quien cante de las ranas, de los mosquitos, de las pulgas, y que en ésto gastaron sus ingenios los mayores y más insignes del mundo, Homero, Virgilio, Ovidio, y de ellos y de sus juegos se haya escrito cosa alguna: ántes por burla y menosprecio llaman á sus cosas niñerías, habiendo sido en tiempos más dichosos á quien los sacerdotes de Júpiter se repartian. Pausanias, *in Archaisis*: «*Priscis quidem temporibus decernebatur Jovis sacerdotium pueris qui primas in pulchritudine tulisent.*»

Y admitidos en los cabildos y senados de Lacedemonia y Roma, donde se hizo mucho caso de los Papirios y Pretextatos, sienten mucho acordarse la amistad que con ellos mostraban los héroes, semideos y filósofos, pues Hércules, domador de mónstruos, tenía esto por mayor entretenimiento; y Dionisio Bacco se embebecia tanto en jugar con los muchachos, que no sentia que los Titanes lo despedazasen. Archinas Terentino enseñó á la antigüedad el aprecio que de ellos se habia de hacer, ju-

gando él de muy ordinario con los muchachos, y esto mismo vió aquel á quien ninguna parte de la Filosofía se le escondió, Sócrates, y así no tuvo empacho ni decayó de su sabiduría cuando, poniendo una caña entre las piernas, corrió con sus hijos y fué burlado de Alcibiades. No sintió otra cosa Homero, poeta de celestial ingenio, cuando acomodó á las vehementísimas manos de Achiles sonorosos instrumentos de cuerda. ¿Qué diré de aquellos claros ejemplos de la prudencia militar, Scipion y Lelio, que en las riberas de el mar de Cayeta jugaron con las chinas; por lo cual juntamente merecieron que de ellos dijese Horacio:

Virtus Scipiadæ et mitis sapientia Læli
Nugari cumillo et disunti ludere?

Corroboran su pretension con el ejemplo de Anaxágoras, que estando ya en las vísperas de su entierro, donde todos los afectos mal regidos cesan y comienzan á aparecer los crepúsculos de la verdad eterna, preguntándole los príncipes de la ciudad Lamsacena que qué gustaba que se hiciese por él despues de su entierro, respondió: «*Ut pueri quot annis, quo mense defesisset ludere permiterentur.*»

Válense de lo que dijo y hizo el filósofo Pithaco, que preguntándole uno que se queria casar á quién escogeria acertadamente por mujer, no se atrevió á responder á tan gran consulta, sólo tomando por asesores á los muchachos que jugaban en la plaza, á cuya audiencia remitió el pleito, y allí se dió aquella tan justa y verdadera sentencia: «Cada oveja con su pareja.» No se quieren valer de Agesilao, que corria parejas en caba-

llitos de cañas con sus hijos; ni del gran Cosme de Médicis, que áun estando en la plaza enseñaba á sus nietos á tañer pitos de alcacer, porque esto lo pudo causar el demasiado afecto de padres: pero válense de la misma verdad, Cristo, Señor Nuestro, que increpando la dureza de los judíos, les dice el juego que los muchachos de aquella república solian jugar: «*Cui autem stimabo similem generationem istam? similis est pueribus in foro qui clamantes coæ qualibus dicunt? Cæcinimus vobis et non saltastis, et nos lamentabimus, et non planxistis.*»

Y que en el *Deuteronomio*, cap. XIII, hizo Dios tanto caso de ellos, que los igualó con los grandes, mandando que á los unos y á los otros se les leyese la Ley.

Lo mismo fué en tiempo de Josué, cap. VIII; Josias, Reg. IV, cap. XI; Esdras, cap. VIII, y Nehemias. Finalmente, la reverencia, estimacion y trato de los niños y el hacerse como ellos no importa ménos que la salvacion. La misma palabra del Padre lo dijo; Math., cap. XVIII: «*Advocans Jesus parvulum statuit eum in medio eorum, et dixit: Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et eficiamini sicut parvuli, non intrabis in regno Cœlorum. Qui susceperit unum parvulum in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalisaverit unum de pusiliis istis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris.*»

Concluyo con que por su boca sale perfecta la alabanza de Dios. Psalm. VIII: «*Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem.*»

Que es decir, que la boca de los niños es la que le agrada más; y así, á ellos les dió inaugurar los reinos

más dichosos que ha habido en el mundo, guardando Dios el acierto de la mayor y mejor eleccion para la boca de los niños, como se vió en el reino de Numa Pompilio, imperio de Augusto, obispado de San Ambrosio. Á ellos se les debe la felicidad, esperanza y bendicion de Dios en los pueblos cuando en sus plazas alegremente juegan: «*Complebuntur infantibus et puellis ludentibus plateæ ejus.*»

D. Fern. Por cierto V. m. ha declamado famosamente, esforzando mi pusilanimidad; que yo por no marchitarme en el ocio de esa soledad con tristes desvelos y pensamientos confusos, suelo por divertirme y ocupar el tiempo entretenerme en estas niñerías; pienso que no son del todo vanas.

D. Diego. Muy buen paso dan ámbos V. ms. á mis deseos; y así, no veo que tenga V. m. excusa alguna en proseguir esta materia comenzada, si es que áun queda algo que decir.

D. Fern. No sé qué restos me mueven todavía en la memoria; y de esta vez pienso dar con todo lo que de vâria leccion he advertido y opinado: y porque la envejecida y continuada costumbre de celebrar las muchachas el mes de Mayo en todas las ciudades de España las fiestas de las Mayas, me ha dado siempre motivo de pensar que con ser cosa muy antigua, asímismo encierra en sí algun oculto misterio, discurriendo por sus ceremoniosas acciones, podrá ser saquemos (como dicen) el ovillo por el hilo.

D. Diego. Certifico á V. m. que ha tocado el punto de mi deseo, porque estando en Salamanca oí dis-

putar á hombres doctos de esta materia, ocasionando la ley única, C. de Maiuna, lib. XXXI, pensando algunos que en aquella ley se trata de este juego.

D. Fern. Yo me alegro que V. m. tenga alguna noticia ya dél, conque le hallaré más afirmado y atento: y en cuanto á esa dificultad que V. m. dice oyó en Salamanca, aunque venero aquella Universidad, osaré afirmar que en aquella ley en ninguna manera se habla de este juego. Suidas dice que fué una fiesta que en Roma se hacía en el mes de Mayo, en el cual los príncipes de la ciudad de Ostia, holgándose, se echaban en la mar unos á otros: «*Majumas festum fuit Rome Mayo mense, quo principes civitatis Ostie, quæ maritima urbs est, delitiis vocantes alii alios in marinas aquas conjicebant.*»

Síguelo Andrés Alciato en el *Peregon*, lib. III, capítulo V; á ámbos refuta el cardenal César Baronio en las notas al Martirologio XXVI, Decemb., y aunque da sus razones, no trae la autoridad de Niceforo Calixto, conque del todo queda convencida aquella duda. Afirma este autor que las fiestas que llamaban Mayunas eran una contienda naval que los gacios en Grecia hacian, donde se mostraban todos muy dados al culto de los demonios; pero despues que se convirtieron cesó aquella idolatría. Sus palabras, vueltas en latin, son tales en el lib. VIII, cap. XXXIII: *Proinde populi multi et urbes, totæ ad Christum se convertebant, quem ad modum Gaccorum navale, quod majuma dictum fuerat Demonum totum se ad nos contulit.*»

De manera que aquella ley no habla de nuestras Mayas, sino de aquellas fiestas de los gacenses, primero per-

mitidas por Arcadio en aquella ley única, *C. de Majuma*, y despues prohibida por Teodosio el Menor, libro XV, tít. VI, *Cod. Teodotiani*. Dice que estas fiestas de las Mayas no son otra cosa que una representacion del casamiento á que siempre aspiran y se van disponiendo las mozas: á la verdad, tiene algunas ceremonias de casamiento, como es engalanarla, subirla en tálamo, el agua que la rocian. De lo primero habló Optato Afro, lib. VI: «*Hoc, nec mulieres patiuntur, quæ carnaliter nubunt, ex quibus si aliqui Maritum mutare contingerit, non reperitur illa temporibus festinitas, non in altum tolitur, non populi frecuentia procuratur.*»

Del rociarla con agua, M. Varron: «*Aqua aspergebatur nova nupta, sive vipura, castaque ad virum verine,*» etc.

Nonio Marcelo dice que el agua se traia en un vasillo que parece tambien á la almarraja que le ponen á la Maya: «*Contra à novo marito cum ignis e foco titione ex felisi arbore et aqua in æqueali allata esset.*»

Véase Bernabé Brisonio en el lib. *De Ritu nuptiarum*, donde asaz trata esa materia de las ceremonias y ritos del matrimonio; y si éste fuese como dice Covarrubias el que las Mayas representan, entenderíamos que aquellos juegos que Pólux en el lib. VII, cap. IX, trae, aquella Pictamelides, Pitari Pitameliæ, son de las Mayas que vamos tratando: «*Virginum ludi sponsas enim celebrantes.*» *currunt se invicem ad festinationem exitantes.*»

Á esta opinion resisten dos razones, que á mi parecer son suficientes para entender que las Mayas no re-

presentan matrimonio. La primera el tiempo en que las celebran, que es siempre el mes de Mayo, de donde ellas tomaron el nombre, ó por mejor decir, la que se lo dió al mes se lo dió á ellas: si bien Ovidio, gran investigador de fiestas y ceremonias antiguas, en los *Fastos*, hablando del mes de Mayo, dice:

Queritis unde putem Majo data nominæ mensi,
Non satis est liquido cognita causa mihi.

Como quiera que sea, en este mes de Mayo no se casaban antiguamente, porque en él se celebraba á los Lemures, que son dioses de los difuntos, ó los mismos difuntos, sus fiestas; y por eso estaba admitido en el vulgo que las que casaban en el mes de Mayo eran malas mujeres.

Mense malas Majo nubere vulgus ait.

Pues celebrar representacion de matrimonio en tiempo ominoso y contrario á las esperanzas que se prometian, bien se ve que este pensamiento no se encamina bien.

La segunda razon, porque si las Mayas representan matrimonio, como eligen desposada, habian de elegir tambien desposado, cosa que jamás hacen; y no habiendo matrimonio sin ámbas condiciones, tampoco su representacion lo puede ser, por faltar lo sustancial y esencial de la accion. Por lo cual es forzoso adelantar nuestro discurso, investigando otro principio. Ningun autor hallo que trate esta materia debidamente, aunque algunos han alucinado deseando acertar. Estos son: Pineda, en la *Monarquía*, tomo I; Puente, lib. III, cap. XXI; Simon Mayolo en sus *Dias caniculares;* Alexandro, *Ab*

Alexandro Geni; Mosquera Barnuevo, en el *Comento de la Numantina,* cant. II. Quien mejor discurrió y pensó fué Alonso García Matamoros, en el tratado de las *Academias,* el cual dice que las muchachas españolas representan á Maya, hija de Athlante, que en ingenio y hermosura excedió á todas las de su tiempo, y así le consagran divinos honores, no persuadiéndose que puede ser fábula lo que tan tenazmente y por tantos siglos el uso conserva. Sus palabras son las siguientes: «*Maya Athlantis filia, quod ingenio et arte putaretur exellere à cuntis Hispaniæ fæmineis, divinitus honorata fuit: Nec enim fabulam potui inquan putare, quod me non semel apud graves Autores legisse memini. Narrant enim dicatos fuisse illi mensi Majo in singulos annos propter ingens doctrinæ miraculum statos solemnesque honores qui in moribus etiam nostris (quod mirari subit) nunc perseverant dum antiquo. Scilicet Hispaniæ ritu, egregia forma puellam, quam nostri homines Majam vocant, miris exornari modis videmus. Hunc in loco paulo celtiore sedentem æquæ formosæ circunstant virgines, cui totos mensis Maïi triginta dies velut reginæ libenter obediunt, veteris illius Viraginis gentilia traditione memores.*»

Ya aquí tenemos más cierta luz de esta ceremonia, aunque para que yo discurra deseo que V. ms. me digan las que hoy usan las muchachas, que pienso de su tenacidad son las mismas que en aquellos antiquísimos siglos celebraban.

D. Diego. Yo las diré muy puntualmente. Júntanse las muchachas en un barrio ó calle, y de entre sí eligen á la más hermosa y agraciada para que sea la

Maya; aderézanla con ricos vestidos y tocados; corónanla con flores ó con piezas de oro y plata, como reina; pónenle un vaso de agua de olor en la mano; súbenla en un tálamo ó trono, donde se sienta con mucha gracia y majestad, fingiendo la chicuela mucha mesura; las demás la acompañan, sirven y obedecen, como á reina, entreteniéndola con cantares y bailes, y suélenla llevar al corro. Á los que pasan por donde la Maya está piden para hacer rica á la Maya: y á los que no le dan les dicen «Barba de perro, que no tiene dinero,» y otros oprobios á este tono.

D. FERN. Paréceme que lo ha descrito V. m. muy puntualmente; y es tan comun la ceremonia, que pocos la ignorarán. Guiaré mi discurso por el tiempo y ceremonia de él, para que de aquí investiguemos lo más cercano á la verdad, opinando por la incierta luz de las conjeturas; y conformando aquesas ceremonias con lo que hallaremos en la antigüedad, parece que la opinion de Matamoros de que esta fiesta se celebre en honor de Maya, hija de Athlante y madre de Mercurio, y que ella dió nombre al mes, sea la más cierta y probable, por lo que, dejadas várias opiniones, dice Macrobio en el lib. I de los *Saturnales*, cap. XII: «*Contendunt alii Majam Mercurii matrem mensi nomen dedise, hunc maxime probantes, quod hoc mense mercatores omnes Majæ pariter Mercurioque sacrificant.*»

Y parece cosa en razon que siendo esta señora hija de Athlante, rey de España, aquí le hiciesen mayor honor y reverencia por su admirable ingenio y hermosura; y así lo dice Ovidio, V. *Fastorum:*

Quarum Maja suas forma superasse sorores
Traditur ....

Y esto conforma con la eleccion que las nuestras hacen de la más hermosa.

Celebraban la fiesta en las Kalendas de Mayo, teniendo á la misma Maya por la tierra, á quien celebraban con nombre de Buena diosa, de que es autor Cornelio Labeon en Macrobio: «*Autor est Cornelius Labeo huic Majæ, id est, terræ eodem Kalendis Maii dicatam sub nominæ Bonæ Deæ.*»

Trátanla como á reina y señora, poniéndola ornamentos de tal, y cetro en la mano, porque tiene el poder de la diosa Juno. El mismo autor: «*Hanc Deam potentiam habere Junonis, ideoque regale sceptrum in sinistra manu est additum.*»

La corona de flores se le pone por la Primavera. Así lo dijo Cátulo:

Mihi corolla picta vere ponitur.

Y como la tierra es madre de las flores, cuyo reino tiene su mayor aumento en Abril y Mayo, celébranla su fiesta en el último dia de aquél y primero de éste. Ovid., *Fast.*:

Mater ades florum ludis celebranda jocosis;
Distuleram partes mense priore tuas,
Incipis Aprili, transis in tempora Maii.
Alter te fugiens cum venit alter habet.

Pero ¿para qué atribuimos á la diosa de las flores lo que era muy natural de la Ninfa mayor, á cuya imitacion, como en la otra fiesta antigua, las Gracias y las Horas, deidades de la creacion de Hesiodo en su *Teo-*

gonía, en éstas las muchachas traen canastillos de flores y clavellinas con que hacen coronas y ciñen las sienes de la ninfa Maya? Gran socorro nos da Ovid.:

Conveniunt pictis in cinte vestibus Horæ,
Inque læves calathos munera nostra lengut.
Protinus accedunt Charites nectumque coronas
Certaque celestes implicatura comas.

La gravedad y señorío de reina y levantarle como tal en trono, obedecerle las demás teniéndole suma severidad, toca algo en la diosa Maya, ó majestad, de quien dice Ovid.:

Nec mora concedit medio sublimis olympo,
Aurea purpureo conspicienda sinu;
Concedere simul pudor et metus omne videres
Numen ad hanc vultus composuisse suos.

Nótese la majestad, el vestido rico, la obediencia, reverencia y miedo que todas las muchachas muestran á la Maya como á señora y diosa: y más abajo describe Ovidio cómo la acompañan niños y niñas:

Illa comes pueris virginibusque venit.

El vasillo con agua para rociar no disiente de lo dicho, ántes consuena; pues la tierra, que es la diosa Maya ó diosa buena, no puede criar nada sin el rocío: ó digamos que es aquel vaso que en los sacrificios de esta diosa se usaba, en el cual llamaban al vino *leche*, y al mismo vaso melaria: «*Vas in quo vinum inditum sit melarium nominetur, et vinum et Lac nuncupetur.*»

La descripcion de tal vasillo, como el que hoy se usa, la hallo en aquella solemnísima pompa que Lucio Apuleyo ambiciosamente pinta, lib. XI, y dice que era

de cuello largo como la almorraja, y que iba junto á la diosa: «*Oracula faverrime. Cavata fundo quam rotundo minis extrincecus simulachris Ægiptorum efigiata ejus orificium altiuscule levatum, in calcalem prorrectum lengo ribulo pròminebat.*»

Y áun estas almarrajuelas que hoy se usan tienen de vasos sacrificiales el no poderse tener en pié, como aquella que antiguamente llamaban vasa fictilia, que era preciso derramarse, y así no podian asentarlas en la tierra. Pedir á los que pasan tambien es ceremonia en la antigüedad con los dioses; costumbre que reprehendió Minucio Félix en el *Octavio:* «*Mendicantes vicatim Deos ducunt.*»

Hace mencion de esta costumbre Plutarco *in Iside*, y L. Apuleyo en el lib. VIII de las *Milesias;* y fué tanto el exceso, qué fué menester corregirlo por ley de las Doce tablas: «*Præter ideæ matris famulos nequis stipen cogito.*»

Vióse bien practicado en los actos de nuestras santas Justa y Rufina, que perecieron por no querer dar la stipe á la diosa Vénus, llamada de los antiguos sevillanos Salambona.

D. Ped. Los ritos de aquellas antiguas fiestas de la ninfa Maya y las presentes de nuestras Mayas están muy ponderados y todas ellas se combinan bien, y parece que se están señalando con el dedo; sólo resta que V. m. declare aquella fórmula de pedir para la rica Maya, en la cual muchas veces he reparado y preguntado á las muchachuelas que para quién piden, y ellas tenazmente responden aquello mismo.

D. Fern. No es digna de menosprecio fórmula tan antigua y repetida, y juzgo que lo es tanto como las demás ceremonias, y uso de las Mayas; y tal vez he pensado si quieren decir que piden para hacer rica á la Maya; pero ellas no piden sino diciendo: «Para la rica Maya,» y fuera disparate pedir para la rica si por esto querian decir que la Maya era rica, pues el decirlo era ocasionar que nadie les diese. De donde aquel nombre de rica no puede ser epíteto y adjetivo de la Maya, sino nombre sustantivo de alguna cosa; y siendo así que este uso excede áun la memoria de los romanos, ó por lo ménos durando en España su monarquía se exercitó y frecuentó, diremos que pedir para la rica Maya es pedir para aquel tocado que los romanos llamaban *Rica*, el cual era cosa sagrada y lo usaban las flamínicas, mujeres de los flamines ó sacerdotes. Era colorado, deshilado y cuadrado: hacíanlo de lana blanca, y las que lo hilaban habian de ser doncellas ingénuas, ciudadanas de Roma, y que tuviesen padre y madre. Así lo dice Paulo en los *Fragmentos rica: «Vestimentum quadratum, fimbriatum purpureum, quo flaminicæ propallio utebantur. Alii dicunt quo ex lana fiat succida alba quod conficiunc virgines inges ingenue. Datrimæ Matrimæ cibes et inficiatur cæruleo colere.»*

Festo Pompeyo dice que las ricas eran un tocado pequeñuelo, cuadrado, deshilado, para tocar la cabeza: «*Ricæ et Riculæ vocantur parva ricinia, ut paliola ad usum capitis facta.*»

Aristóphanes, en la *Lusistrata*, parece que se conforma con esta opinion, segun el intérprete latino: «*Ca-*

peris ricam tibi quam dedero circum caput hac in lolve tuum.»

Granio, otro autor, dice que ricas eran los apretadores, bandas ó listones que las flamínicas se ponian en la frente por señal de su dignidad sacerdotal: «*Granius quidem aut ricam esse muliebre singulum capitis, cuo provita flaminica redimitur.*»

No debió tener la rica sólo este uso, aunque siempre fué cosa sagrada, pues tambien se cubrian la cabeza con ella cuando las mujeres sacrificaban: así lo dice M. Varron, en el IV de la *Lengua latina:* «*Rica a ritu quod romanu ritu fæminæ eum faciunt capita velant.*»

Plauto lo equipara al vestido real: «*Ricam, bacilicum aut exoticum hæc vocabula actiones subigunt ut faciant viri.*»

Últimamente, Nonio Marcelo dice que es el pañuelo: «*Rica est quod nos sudarium dicimus.*»

Pues ahora, sea la toca ó sobretoca de la Maya, volante, apretador ó pañuelo rico, á todo el vestido de que ricamente le adornan á todo ello llamaban rica, y para ello pedian, conservándose esta voz en esta envejecida ceremonia, bastantísima prueba de su antigüedad, que las muchachas religiosamente han continuado en esta fórmula de pedir para la rica á la Maya, porque las mujeres conservan incorruptas las palabras y la antigüedad. Así lo dice Ciceron, III *De Oratore:* «*Facilius enim mulieres incorruptam antiquitatem servant, quod multorum sermonis experte catenent semper quæ prima dedicerunt.*»

La última ceremonia es que dicen oprobios á los

que piden y no les dan, diciéndoles: «Cara de perro, que no tiene dinero.» «Barbas de gato, que no tiene cornado.» De las actas de Santa Justa y Rufina consta que las maltrataron y afrentaron de palabras y obras, quebrantándoles sus vasos, de que se sustentaban. Mas áun el modo de comunicar de nuestras muchachas es harto sencillo y semejante á los oprobios que Achíles dijo á Agamenon, llamándole «Cara de perro,» porque le llevaba á la doncella Briceida. Homero, *Iliada* VI:

Sic te o valde impudens, consequimur ut guadear
Honorem conservantes Menelao canino vir vultus.

Y hablando con el mismo le llamó «Borracho, ojos de perro.»

Vino grava in oculos habens.

Y Aristhófanes, en las *Avispas:*

Cujus terribiles oculi fulgebant fronte canina.

§. II.

Columpios y otras fiestas de mujeres.

D. Diego. Fiestas de mujeres, particulares del mes de Mayo, son las que V. m. ha dicho: mas el columpiarse y mecerse es uso de todo el año, y pues tambien es entretenimiento de mozuelas, á propósito será que V. m. nos diga algo de él y de su antigüedad.

D. Fern. Que el uso de los columpios sea muy antiguo dice la voz griega y latina que los significa, pues

es cosa clara que todo lo que tiene su nombre propio en aquellas dos lenguas se usó en ámbas repúblicas, como tambien es consecuencia, que lo que no tiene nombre griego ni latino, tendremos sospecha de que es cosa muy moderna y de poco tiempo inventada; mas lo que nosotros llamamos en España columpios, tiene en la lengua griega su nombre, que es Αἴωρα, y en latin *oscilum*. La voz castellana columpio no sé qué orígen tenga: sólo me acuerdo haber leido en el libro *De recta pronuntiatione* de Justo Lipsio, que esta misma voz columpio halló en una inscripcion antigua; mas él no entendió lo que significaba, ántes la tuvo por monstruosa; ni yo sabré decir si allí significa nuestro columpio, por ser fragmentos que no dan más luz. *Oscila* dice Servio que se llamaron los columpios: «*Abeo quod cillerentur his, id est moverentur.*»

De su orígen y principios hay várias opiniones entre los místicos y teólogos de la gentilidad. Dicen que habiendo el dios Baco enseñado á Icaro, ateniense, padre de la doncella Erigone, el uso é invencion del vino, Icaro incautamente, no estimando tan divino dón como era justo, lo profanó enseñándolo á ciertos hombres rústicos. Éstos, permitiéndolo Baco airado, despues de haber bebido mucho y perdido el uso de la razon, pensaron de sí, segun los disparates que hacian, que Icaro les habia dado veneno, por lo cual lo mataron. Cuando esta última desgracia le sucedió, acaso habia ido su perro con él, que viendo á su amo muerto, como si el instinto natural de su amor y fidelidad fuera racionalidad, volvió á casa de su amo. Erigone, que de no venir con el perro

su padre tomó mala sospecha de algun infelice suceso, salió de su casa, guiándole el amigo perro por los caminos que ella no sabía, hasta que le puso con el cuerpo de Icaro, su padre, muerto. Viendo tamaña desdicha, aconsejóle su atrevido dolor que tomase un lazo y se colgase de un árbol; pero los dioses soberanos, que desde su estrellado alcázar vieron que el aire meneaba aquel desdichado columpio, compadecidos de ella, volvieron á la doncella Erigone estrella, que hoy es el signo Virgo. No quedó sin su debido galardon el bendito perro, que tambien lo volvieron en otra estrella, que es el Can menor. Valía entónces muy barata la inmortalidad, pues la echaban á los perros. No paró la ira de Baco en el virginal suspendio de Erigone y muerte de su padre: ántes sucedió que viendo las doncellas atenienses el buen despacho suyo, dieron todas en ahorcarse. Ni era de tan poca consideracion este daño que no solicitase mucho á los sabios y celosos atenienses á consultar el oráculo. Respondió que aquella pestilencia virginal cesaba si buscasen los cuerpos de Icaro y su hija; mas como buscados no pareciesen por la tierra, por mostrarse obedientes observadores de los mandatos divinos, colgaron de altos árboles sogas, y mecíanse arrojándose de arriba á bajo, para que con esta diligencia echasen de ver los dioses que buscaban aquellos cuerpos nó sólo por la tierra sino tambien por el aire, conque los dioses, aplacados, suspendieron la pestilencia de aquellas doncellas, y cesó, pero nó el uso de los columpios, que ya por cosa agradable á los dioses proseguian; mas como sucedia que meciéndose en ellos, algunas veces caian en vergüenza de

los que los miraban, ponian unas figuras en su lugar y las meneaban y mecian, á las cuales, como dicho es, llamaban Αἴωρας, y los romanos *Oscilla, ab eo quod cillerentur his, id est moverentur*. Todo esto cuenta Servio en el lib. II de las *Geórgicas* de Virgilio, porque el poeta lo tocó en aquellos versos:

Et te Bachi vocant per carmina læta tibique
Oscilla ex alta suspendunt molli a pinu.

Adriano Turnevo, lib. XX *Adversar*, cap. XXIV, declarando el lugar de Virgilio, dice que nó todos los críticos convienen en su interpretacion; mas él de su parecer piensa son los columpios: «*Constat ex gramaticis græcis, solitos athenienses de arboribus melles sive bacanalibus suspendere sesiones, et gestationes quas Æoras vocant, aut cunctabor affirmare oscilla esse quædam ut sic dixerim suspendicula quibus se in aere pendentes agitabant.*»

Trae por testigo á Hesichio. Otros autores más recatados en dar crédito á semejantes narraciones dijeron que se inventaron los columpios para columpiarse y limpiarse de los pecados, porque habiendo purgacion de ellos por agua y fuego, era justo que hubiese tambien por el elemento del aire: estos tres géneros de purgatorio tocó Virgilio, lib. VI *Eneid.*:

.... aliæ panduntur inanes
Suspense ad ventos; aliis sub gurgite vasto
Infestum elvitur siclus aut existur igni.

Muy á la larga cuenta esta fábula Higinio en los signos celestes, *in Arctophilace*, y en la fáb. CXXX. El intérprete de Arato, en la voz *Canis*. Hesichio, Plutarco

y Macrobio Cornificio dicen que esta invencion comenzó en la Italia, cuando habiendo peleado el rey Latino contra Mesencio, rey de los cerites, nunca más pareció; por lo cual mandaron á sus esclavos que le buscasen dentro de seis dias por la tierra y por el cielo; no pudieron cumplir este rigoroso mandato sino fué inventando los columpios, á imitacion de los atenienses. Los que reducen las fábulas á Filosofía moral, dijeron que los columpios se inventaron para contemplar en su instabilidad la de las cosas humanas, que ya suben y se encumbran, ya con ímpetu y presteza bajan, y lo que vimos levantado, en breve momento lo vemos caido y humillado, ó para que en los columpios se nos acordase de de las primeras cunas en que nos mecieron, todos remedios encaminados al conocimiento propio, y cautelar á los mortales la poca seguridad que pueden tener cuando se vieren levantados de la fortuna, y que no pierdan la esperanza del todo cuando se hallaren caidos y bajos, que podrá ser que la mudanza los vuelva al puesto donde se vieron. Mas dejadas moralidades, del columpio tomó la metáfora Petronio en el *Satírico*, diciendo de un viejo verde: «*Sic inter mercenaria anamicum que positus senex veluti oscillatione ludebat.*»

Y Tertuliano: «*Illa dicitur Carthago studiis asperrima belli prima omnium armasse in oscillum pendulis impetus.*»

De este entretenimiento escribieron Adriano Turnevo, *Advers.*, lib. VII, cap. XX, et lib. XX, capítulo XXIV; Scaliger., *in Aujon.*, lib. II, cap. XXVI; Martin del Rio, *Frag. Hipolact.*, III, y las notas satir. de

Petronio, fól. 116; Pedro Pantoja, de *Meat.*, fól. 230.

De este género de columpios eran unas máquinas que llamaban pentauro, ó por lo ménos eran semejantes. No me atreviera yo á juzgar esto si Gerónimo Marcial no me ayudara en la *Gimnástica*, lib. III, cap. VIII: «*Credo valde similem esse jactationem illam Petauro quæ hodie apud multas puellas et pueros efficitur, assere ad laqueari à funibus quatuor suspenso, et ibi sedentibus, pueris, aut puelis veluti per àerem jactatis cuncti quod genus sub oscillarum appelatione a veteribus significatum puto.*»

Dice que Abicena habla de ellos en la primera parte del lib. IV, cap. XIII: «*Æger penatur super instrumentum, quod pueri vel juvenes solertin ærem concuti.*»

Lo mismo vemos imitado en las monedas de César Augusto, y fué invencion tan general que la conocieron los de Tracia y los egipcios: de aquella máquina llamada petauro habló Juvenal en la *Sátir.* XIV:

An magis oblectant animum jactata petauro,
Corpora quique solent rectum descendere funem.

Y Marcial en el lib. XI:

Quam rota transmiso toties fortam inpacta petauro.



Arrojaba esta máquina de sí al que en ella se ponia, y habia hombres y muchachos de tan desesperado atrevimiento que se ponian en el petauro para que, imitando á las aves, volasen, ó los volasen por los aires. Claudiano:

Vel qui more avium cese jaculantur in auras,
Corporaque ædificant celeri, cressentia nexu,
Quorum compositam puer augmentatus in arcem

Emicet, et vinctus planta vel cruribus hærens,
Pendula librato fingut vestigia saltu,
Alternosque scient motus: ellatus et ille.

Una máquina muy semejante á estos columpios ó petauros he visto imitada estos dias en algunas fiestas públicas en nuestro lugar, y á la verdad muy semejante; porque un madero fijo en el suelo y otro que por lo alto de él se mueve velozmente, y atravesado otro madero de donde penden los columpios, de manera arrebatan á los que en ellos se ponen, que no teniéndose muy bien, los hace volar muy léjos, y miéntras andan allí asidos subiendo y bajando se entretienen ellos y entretienen á quien los mira, que son ordinariamente gran multitud de muchachos y gente de la primera tijera.

Tuvieron las mozuelas otros entretenimientos que por los tiempos del año solemnizaban; tales fueron las fiestas que llamaron Caprotinas. En ellas las mujeres, vestidas de hojas de higueras, saliendo al campo, juntaban sus criadas, corrian unas tras otras y alrededor, haciendo un modo de batalla, dándose con aquellos ramos y tirando pedradas. Plutarco en *Rómulo: «Invitant fæmina extra urbem fisa Ramis in umbratas. Coactu anullo circum currunt, luduntque mox verberibus lapidibusque inter se preliantur.»*

Corrian tambien tras de una cabra á pedradas, en las fiestas de la diosa Juno Phalisca, y la que la mataba se la llevaba por premio. Ovid., III *Amor*, eleg. XII:

Invisa est Dominæ sola capilla suæ.
Illius inditio silvis inventa sub altis
Dicitur inventam detinuisse fugam

Nunc quoque per pueros jaculis incessitur index,
Et præmium autori vulneris ipsa datur.

D. Ped. Á la primera fiesta imitan ahora las mujeres, saliendo al campo y dándose con los jamones, y tirándose naranjas. La segunda está admitida en los muchachos de la escuela, que corren los gallos y el que lo mata lo gana.

§. III.

Consejas: la Mala cosa: el Diablo Cojuelo.

D. Ped. Soseguemos un poco esta gente menuda, y hagamos que al fuego las noches de invierno cuenten sus cuentos y consejas, que es uso tan admitido en nuestra edad, que no pueden dejar de tener antiguo orígen, segun las demás cosas que V. m. ha dicho.

D. Fern. Nó sólo es uso y costumbre antigua, pero precepto de la educacion acertada. Por lo ménos, la apadrina Platon en sus leyes: «*Nos carminibus fabulisque, et saluta ratione, et cartibus esse optimam pueris occinemus.*»

Y Ausonio:

Suescat peritis fabulis,
Simul jocari et ludere.

Mas háse de advertir, que las consejas que se les enseñaren sean buenas, y de que aprendan á serlo. Plutarco, *De Educatione pueror.*: «*Plato nutritibus prudenter*

præcepit, ne quasivis fabulas pueris recitent, ne eorum animi pravitate ac stoliditate ocupentur.»

Conviene que las consejas les entretengan y engañen, porque sería cosa peligrosa ocupar el ánimo tierno con algun mal ejemplo. Así, los maestros de los muchachos persas, gente que con rigor advertido y templado crió sus hijos, les enseñaban á contar y cantar consejas, pero acomodadas y útiles. Acredítalo Strabon con el lib. XV: «*Diciplinarum continentisimis atuntur (Persæ) qui et fabulas acomodatas ad utilitatem in texunt, cum cantu et sine cantu.*»

La razon porque á los muchachos le son útiles las buenas consejas da Strabon en el lib. I: porque como el hombre naturalmente desea saber, las consejas despiertan el entendimiento y dan camino al estudio de la sabiduría, y á entender el lenguaje: «*Cupidus enim cogitationis est homo, ad quam rem fabularum studium aditum eiparat, hinc nanque incipiunt pueri audire, et magis magisque sermonibus auscultandis vacare.*»

De manera, que nó sólo son las consejas antiguas, pero es antiguo consejo que los muchachos las aprendan, y áun el modo de contarlas parece tambien heredado; y lo mismo suelen los muchachos decir, que cuando hablaban los bueyes como ahora las piedras: y á este modo he encontrado en Philostrato una conseja en la vida de Apolonio: «*Itaque de ilia cogitans recordatus est fabulæ quam sibi dum adhuc infans, fasciis ligaretur, et nutriretur in Olympo horæ narrabant devacca quæ quondam homini locuta, de terra ac de se ipsa quædam enarrans homines ad solis amandos bobes compulit.*»

Muy bien el viejo de Tertuliano, en el libro contra Valentiniano, toca las consejas de las torres encantadas y los peines del Sol: «*Jan si in totam fabulam in nititur te infantia, aliquid tale inter somni dificultates ad nutricula audivisse lamiæ turres et pectines Solis.*»

Estas torres y lamias son de la misma casta de las que su abuela contaba á Policiano que habia en los desiertos, las cuales se tragaban vivos los muchachos que lloraban: «*Mihi quidem etiam perulo avia naravat, esse aliquas in solitudine lamias, quæ plorantes deglutirent pueros.*»

Luciano, *in Philopseade*, pone muchas de estas malas cosas; los pegasos, chimeras, gorgones, cíclopes: «*Pegasos, preterea chimeramque, et gorgones, et ciclopes, quæ mentes, afficere puerorum queant, quilorbam ad huc lamiamque metunt.*»

Suelen los muchachos ántes de comenzar un cuento ó conseja decir: «Érase lo que era, el mal se vaya y el bien se venga; el mal para los moros, y el bien para nosotros.» Así parece que imitan la fórmula de Plutarco *in Symphosiac* VI: «*Bulinum foras: intro divitias et sanitatem.*»

Y Tertuliano contra los Valentinianos: «*Malum foras.*»

Q. Sereno Samonico, en el libro de *Medicina:* «*Sed fortuna potens omnem convertat in hostes.*» El mal para los moros.

Á estos modos de hablar llama Tertuliano dicibula, dichillos, contra Valentiniano: «*Satis meminerat Ptolomeus puerilium dicibulorum: in maripoma nasti et in arbore pisces.*»

Nuestros muchachos á este tono: «Por la mar corren las liebres, por la tierra las anguilas.»

Suelen asombrar los muchachos nombrándoles San Anton, Carne piés, la Tragamasa, la Páparrasoya. Á este género llamaban *manías*. Así lo dice Sexto Pompeyo en los *Fragmentos*: «*Manias autem, quas nutrices minantur pueris, perbulis larbas, id est Manes, quos deos, deasque putabant*.»

Y áun por ventura de la palabra *manía* viene llamar hoy mandria á un hombre tonto, que no sirve más que de espantajo y figura, aunque tambien llamaban mandras á los caballos ó bagajes y á las piezas del ajedréz que llamamos caballos. Llamábanles tambien manducos, porque hacian unas malas figuras con grandes bocas y dientes, é iban dando dentelladas como acá las tarascas y mojarrillas. Plauto, *in Rudente*: «*¿Qui si aliquo ad ludos me pro manduco locum? ¿Qua propter? Quia Pol, clare crepito dentibus*.»

De estos terriculamientos habló Juvenal, *Sátira* III:

.... Cum personæ pallentis hiatum
In gremio matris formidat rusticus infans.

Temen aquellos nombres formidables los niños, y el depravar el rostro ó hacer movimiento con los dedos. Séneca lo testifica: «*More puerorum, quibus metus jucutit umbra, et personarun deformitas, et depravata facies lacrimas, vero evocant nomina parum grata auribus et digitorum motus*,» etc.

D. Ped. Eso viene á ser una general persuasion que todos los muchachos tienen de un espectro, sombra ó espantajo que llaman la Mala cosa, la Mula descabeza-

da, el Diablo Cojuelo, la Pantasma, y otros nombres semejantes.

D. Fern. Certifico á V. m. que cuando encontré en algunos autores esta tropa de trasgos, que me hice cruces, nó tanto de miedo como de admiracion, de ver en ellos casi lo mismo que hoy experimentamos en nuestros muchachos, y tuvimos creido cuando lo fuimos. Á ésta, pues, Mala cosa, le llamaban Empusa ó Gilo. Nicéforo Calixto, lib. XVIII, cap. IX, dice que la vió el emperador Mauricio sacar un niño de su aposento como que se lo queria tragar, aunque no le pudo hacer daño: «*Illud vero quod anicularum, est mihi prope incredibile adhens percæpe eamque Empusa dicitur, allius vero Gilo dixerit, infantem ex cubiculo velunti eum inferre potuisse.*»

Este Empusa ó Mala cosa decian que se les aparecia á los que sacrificaban á Hecate ó á los dioses Manes, variando muchas formas, y asombrando á los desdichados al medio dia, y que andaban en un pié. Celio Rodiginio, lib. XI, cap. XVI: «*Esse vero Phantasma, dæmonides sive spectrum, quod sese infelisibus imperat multificianque demutet formam, ut se meridiem plurimum ostentet cum inferis parentatur nominis ratio ut Eustathio placet, quia uno incedat pede.*»

Las formas y figuras que mudaba y variaba esta fantasma súbitamente eran haciéndose, ya buey ó vaca, ya una mula, ya una mujer hermosísima, y luégo dejado de ser mujer parecia perra, ardiále la cara toda y tenía un pié de hierro. Elegantísimamente Aristóphanes, en su comedia *Ranas:*

At maximam profecto video bolluam
Qualem? novamquæ incuncta subito vertitur
Modo bos, modo autem mula, rursum fæmina pulcherrima,
Age ubi est? recta ad illam feror
Aut rursus, aut est mulier, imo jam canis,
Igni tota facies refulget, et crus alterum est illi
Æneum, Empusa, pro inde est.

Consideren V. ms. las palabras de este antiquísimo poeta, y compárenlas con lo que los muchachos dicen asombrados en sus consejas, que asombran de la conformidad que hán nó con otro rudimento á la memoria, que á veces le llaman á la Mala cosa la Ternera descabezada: «*Modo Bos, modo autem Mula.*»

En toda Sevilla y su comarca ven los muchachos á D.ª María de Padilla en un coche, ardiendo en llamas de fuego: «*Rursus fæmina pulcherrima, igni tota facies refulget.*»

Siempre tambien lleva allí consigo el Diablo Cojuelo: «*Crus est alterum illi Æneum Empusa probinde est.*»

Casi lo mismo dice Aristóphanes refiere Luciano en el diálogo *Philoseude:* «*Multi formæ quodam spectrum et quod allias apparebat, primum quidem muliebrem formam referebat, deinde in Baccam formosam vertevatur, postremo catula videbatur.*»

No carece de misterio decir que esta bestia ó fantasma se aparece al medio dia á los desdichados, porque esto tiene más de verdad ya que de conseja, entendiendo que este espectro Empusa ó Mala cosa es el demonio meridiano, de quien pide David á Dios que le libre, poniendo su verdad por escudo para no temer los temores

de la noche y el acometimiento y demonio meridiano, en el *Psalm.* XC: «*Non timebis à timore nocturno ab incurso et demonio meridiano.*»

Véase á Martin Antonio del Rio en las *Mágicas Disquisiciones*, lib. II, q. XXVII, sect. IV.

El glorioso San Gerónimo, obispo Nacianceno, hablando con los depravados afectos del alma, y aquella parte bruta que turba la razon, le dice sentidísimamente: «*Empusa Menas, animater misserrima: Empusa Menas, quo voluptas te trahit*?

D. Diego. ¿Por qué llaman el Diablo Cojuelo, siendo él tan ligero que cérca en un momento y anda toda la tierra?

D. Fern. Por ventura nació esta persuasion de que como cayó del Cielo se le quebró alguna pierna. Esto creerán los que cuentan las consejas, y sea entre ellos Homero, que en el himno de Apolo, y en el libro XVIII de la *Iliada*, dice que cuando Júpiter echó á Vulcano del Cielo, cayó precipitado en la isla de Lemnos y que se le quebró una pierna y quedó cojo.

.... quando me dolor cæpit procul delapsum,
Matris meæ voluptate, quæ me volebat ocultaret
Claudum existentem ....

Ya tenemos aquí un celestial caido del Cielo, cuyo nombre era Vulcano, dios del fuego, como lo es Lucifer príncipe de los demonios. Yo probaré que al mismo llamaron los gentiles Lucifer, y tuvo templo donde es ahora Sanlúcar de Barrameda, ciudad de los ilustrísimos duques de Medina-Sidonia. No lo dice ménos que el Príncipe de la Geografía, Strabon, lib. III: «*Inde*

supra Bætim navigatur, et urbs succedit ebora, et Luciferi fanum, quod vocant Lucemdeibiam.»

Del mismo lugar he visto y tengo muchas monedas de bronce, por la una parte la efigie de Vulcano, con su birrete y tenazas, y por el reverso un lucero; y en otras monedas está esculpido el templo mismo, con que queda sin duda, por la misma confesion de los gentiles, que su dios Vulcano es Lucifer, que cayó del Cielo, y que es el dios del fuego, á que eternamente está condenado, y que está cojo, porque tiene depravada la voluntad para no poder arrepentirse y subir otra vez á aquella silla de que cayó. ¿Quién duda que los gentiles, grandes imitadores en sus fábulas de las verdades de la *Escriptura*, tomaron esta fábula de la caida de Luzbel del Cielo, cubriéndola con nombre de Vulcano, pero no disimularon que era del Infierno, ni que era cojo, para que de aquí entendamos que es el Diablo Cojuelo? Este pensamiento lo hallé que tambien lo habia ocupado en parte Juan Espondano en los *Comentarios* de Homero: «*Cæterum hic Vulcani lapsus non valde abest ab historia sacra, quæ angelos detrusos Cœlo pariter, commemorat, et nescio hanc hoc ignara illa et cæca antiquitas adum brarti.*»

No sé qué se tienen estas cosas malas y del Infierno, que las más ciertas señas de que se camina allá es cuando en este mundo tenemos algunas cojeras, que así se llaman las malas costumbres. Las más ciertas señas que le dieron á Psiche de que iría derecha al Infierno, fueron que, habiendo andado buena parte del mortífero y espantoso camino del Infierno, encontraria un arriero cojo que llevaba un asno cojo cargado de leña, pero que no

le hablase aunque le pidiese algunos garrotillos para su carga, que se le iba cayendo. Oigamos el discreto hablador L. Apuleyo, VI *Melis.*: «*Jam que confecta bonaparte mortiferæ vittæ continuaveris, claudum assinum lignorum gerulum cum agasone simili, qui te rogavit deudenti sarcinæ susticulos porrigas, sed tu milla de prompta voce tacita preterito.*»

Polifemo, Oficial de Vulcano, mostró ser grande y horrendo, pero tambien cojo; estaba siempre cerca de su fragua. Homero, *Iliada*, XVIII:

Dixit: et ab incudis loco mostrum ingens surrexit,
Claudicans sub tus, autem suræ valide incedebant distortæ.

Por esta razon tenian por cosa abominable y de mal agüero encontrar algun cojo. Plin., lib. XXVIII, capítulo IV: «*Simili modo fastinationes repercutimus dextræque clauditatis ocursum.*»

Y aún duraba esta persuasion en tiempo de San Juan Crisóstomo, pues él la reprende en la *Hom.* XXI, *ad popul. Anthioch:* «*Et qui tandem sunt omnia sæpe quis domum suam egresus, hominem vides manoculum aut claudicanten et abominaturus est.*»

Á este mismo intento, Marcial:

Crine ruber, niger ore,
Brebis pede, lumiae læsus,
Rem magnam prestas, Zoile,
Si bonus est.

Rubio y de color moreno,
Un pié breve, un ojo tuerto,
Una gran cosa harás cierto,
Zóylo, si tú eres bueno.

Mejor pintó Homero un bellaco maldiciente, y le pone este vicio de cojera. Éste era Tersites, de quien dice en el II de la *Iliada:*

Thersites autem immoderate verbo usus crositabat;
Strabo erat, claudus autem altero pede.

D. Ped. Mucho tiempo há que tiene V. m. á los muchachos sin menear las manos y los piés, helados de miedo de la *Mala cosa*, y será justo que los veamos jugar algunos de los juegos que suelen á la candela.

D. Fern. Al propósito será eso el juego que llaman *Papa sal*, y áun importara que nos lo dijese Melchor, que ya casi está olvidado.

Melch. Hacen en las cenizas unas rayas largas, y al cabo de ellas un círculo redondo como un ojo, y tapados el un muchacho los ojos va con un puntero adivinando cuál es el Papa sal, que así llaman á las rayas largas, y cuál es el Ojo de buey, que es el círculo. Si yerra, lastímanle la cara con un tizon de la candela, á que ordinariamente se juega este juego, y de verle así tiznado se rien los circunstantes.

D. Fern. Esa es ceremonia comun á muchos juegos, como ya vimos tratando de ella, y consta de un lugar de Petronio, que aunque tiene várias lecciones, la que hace más á nuestro propósito es que: «*Illa quæ injuria depulsa fuerat ansilla, totam faciem ejus fulgine longa perfricui, et non sensientis, labea humerosque sopìtis titionibus pinxit.*»

Que parece mucho á la ceremonia de este juego de tiznar el rostro con tizon. Pero al mismo juego hallo

muy semejante el que Bautista Mantuano toca en la *Égloga* V, *Candidus:*

Tunc jubet hibernos noctu vigilare Decembris
Antefocum, et cineri ludos inarrare bacilla.

El juego del soldado es muy ordinario en todas ocasiones. Dirálo Melchor.

MELCH. Fingen un *soldado que viene de la guerra destrozado* y desnudo, y cada uno le manda una pieza de vestir, como camisa, sayo, calzon, etc. El que trae un palo, que es el soldado, anda variando, y pidiendo lo que cada uno le mandó, le da el castigo que quiere el que trae el soldado.

D. FERN. Paréceme que aludió á este juego M. Varron en la comedia *Cornicula,* referida en el libro IV *De lingua latina:* «*Itaque dictum est in Cornicula: Militis adbenta quem circum eunt ludentes, qui cessamus ludos facere? Circus noster ecce adest.*»

La burla graciosa de descuidar á uno contándole algo y haciéndole atender á otra parte, y en el ínterin cogerle alguna cosa ó la bolsa, le hallo en Aristóphanes, en la comedia *Equite:*

At per Jovem, etiam in me puero versutiæ fuerunt
Quos quos enim sic dolore àd eos locutus,
Spectati pueri: Non videtis vir nova? id est Irundo.
Illi videvant, interin ego carnes auferebam.

¡Por Júpiter! que yo cuando muchacho
Mil tretas supe: á todos engañaba,
Diciéndoles: «Mirad; mirad, muchachos,
¿No veis la golondrina? Ya es verano.»
Y al que más embobado la miraba,
Yo entretanto la carne le hurtaba.

El señor San Agustin, sol de la Iglesia Cathólica, con ser la doctrina que en sus muchos é innumerables libros escribió tan levantada, no se desdeña de traer algunas cosas menudas de juegos de muchachos, y á fée que lo sabía muy bien, pues cuando oyó la voz de uno que fué motivo próximo á su conversion, entendió que en alguna casa por allí cerca jugaban ó cantaban muchachos, y oyendo aquella voz: *Toma y lee, toma y lee*, pensó si era algun juego ó cantar que tenía alguna fórmula: «*Vocem de vecìna domo, vel potius de Cœlo, tonantem audibit, seu puerire petentis:* Tolle lege, tolle lege: *mox que, vultu mutato quam acurate secum expedire cepit, curum ne pueri ludentes aliquid tola cantare solerent. Posidius in ejus vita.*»

Él mismo cuenta de sí una travesura de ir á hurtar peras mal maduras con otros muchachos, y en otra parte cuenta el juego de los *Apedreaderos* ó catervas; pero en el Serm. XXIV, *De Verbis Apostoli*, trae un juego parecido al que acá los muchachos llaman *Moros vienen*. Las palabras del Santo son tales: «*Pestilentia ad hostium venit, nummum quærit da illi duos, et ducat se.*»

En romance lo vuelvo así: «La pestilencia viene, un cuarto quiere: dále dos, y váyase con Dios.»

No pasemos en silencio una burla graciosa de la codicia inconsiderada, que hacen los muchachos, hincando cuartos ó reales en el suelo, para que los que pasan se bajen á cogerlos; y cuando con más gusto los agarran, se hallan burlados, por estar el real ó cuarto clavado en el suelo, ó asido del hilo engañoso. De esta graciosa burla hace memoria Horacio, *Epist.* XVI:

Cur melior servo quo liberior sit avarus
Intribis fixum, qui se demitit ab assem
Non video.

Imítalo Persio en la *Sátira* V:

In queluto fixum possis transcendere nummum.

Tenga tambien la gula su pago en el juego que suelen hacer los muchachos arrojando por alto la fruta y recogiéndola con la boca abierta; pues no le costó ménos que la vida á Druso, hijo del emperador Claudio, que recogiendo de esta manera una pera ó cermeña, se le atravesó de tal manera en la garganta, que lo ahogó. Suetonio: «*Drusum pompe iis impuberem admissit, proper lusum in sublime in jactato, et hiata oris excepto strangulatum.*»

Sirva esto de aviso á todos los muchachos golosos, como á nosotros de ejemplo del mismo juego, lo que dice Aristóphanes *in Equitibus:*

Hei mihi misero perii! non isti senex
Domi sapit optime: sed quando in hac petra concidet
Haut aliter, atque pueri solent
Cum ficos laqueo appensos patulo ore capiunt.

¡Ay de mí, perecido é desdichado!
Sabe mucho este viejo marrullero.
Todo el dia en su casa está sentado
En una piedra, de que hace otero:
La boca abierta, el cuello levantado,
Para tragarse al triste pasajero;
Como cuando el muchacho está aguardando
El higo que del hilo está colgando.

¡Qué bien piensa el poeta lo que hoy vemos de los

viejos, que se ponen en su puerta á otear cuanto pasa y no pasa por la calle.

§. IV

Dioses de los muchachos. Muñecas.

Aunque la república pigmea de los muchachos ordena y trata sus juegos con ímpetu natural, de que son llevados, y así muchos de los juegos le son naturales, como lo dijo Platon en el VII *De Legibus:* «*Puerorum ludi quidam sunt ipsis quodam modo naturales, ad quos quando comveniunt sponte feruntur;*» con todo eso, es grande imitadora de los mayores: y así, en sus juegos hemos visto imitados reinos, reyes, jueces, tribunales, batallas, certámenes, circos, anfiteatros y todo género de entretenimiento. Mas hasta ahora poco hemos visto de una parte de república muy principal y muy necesaria para su conservacion, que es la Religion, cosa que me persuadí siempre que tuvieron imitada como lo demás, mayormente en gente á quien por la ignorancia es tan comun el miedo, pariente cercano de la Religion. Y aunque podamos entender que los padres en tiempo de la gentilidad, les enseñaban la doctrina que ellos seguian de sus dioses, con todo eso la propension natural de imitar le adjudicó los suyos propios á la puericia. Estos eran unas figurillas, á que llamaban Oscillas ó Sigilla. Esto me da á entender Macrobio en el

lib. I de los *Saturnales*, cap. XI: *Vel nunc sigillaria, quæ lussum reptandi adhuc infantiæ oscillis factilibus prævent, tentat oficio religionis adscribere.*»

Cantacuceno, *Sobre la Sabiduría*, da buen paso á este pensamiento, así de la imitacion de los muchachos, como de su religion á tales figurillas: «*Pueri ædificant, navigant, agros colunt, nuptias effingunt, simulachra quædam proferunt, et circa illa colletantur.*»

Que fuesen cosa sagrada estas imagencillas lo dice Macrobio, lib. I *Saturnal.*, cap. XI: «*Inde, usum talia simulacra fingendi, inter sacra mansisse.*»

Así, tenian fiesta particular, que era en el mes de Diciembre, al mismo tiempo que se celebraban las fiestas saturnales; y así, se enviaban por fiesta y regalo de estas Oscillas ó Sigillos, como ahora suelen acá enviar en el mismo tiempo ojuelas y buñuelos, y otros dulces y cosas de comer. Una de este género, hecha de barro, se halló en un sepulcro, y la conservo en mi casa: es figura de un pastorcito, sentado en una peña, con su gaita en una mano y la otra teniendo la alforjuela que trae á las espaldas. Otra halló el maestro Juan Ximenez Bernal, del tamaño de un dedo: es imágen de la diosa Vénus Gnida; es de bronce, el rostro venéreo y risueño, el cabello tendido de parte y parte cogido en rizos; en la mano tenía alguna concha ó flor, y por estar truncada por la muñeca no se puede saber; la otra mano tiene sobre la parte natural, cubriéndola. Dije que era la diosa Vénus Gnida, porque todas sus señas descubrió Luciano en el diálogo de los *Amores*: «*Allii ipsa igitur, in medio posita est ex Pario marmore, opus sane pulcherrimum, atque præ-*

clarum et risu quodam simulato sub ridens; nulla veste illam ipsam tegente nuda conspicitur, nisi quatenus altera manu pudenda quati oblita sui abscondit.»

Ovidio:

Ipsa Venus pubem quoties velamina ponit,
Protegitur læva semi reducta manu.

En las Kalendas de Mayo hacian fiestas á los dioses Lares, y en ellas levantaban altares con estas imágenes pequeñas. Ovidio:

Præstitibus Majæ Laribus videre Kalendæ,
Aram constitui parvaque signa deum.

Festo habla más largo, y dice que por las cabezas libres colgaban estas imágenes, y por los esclavos pelotas: «*Pilæ et efigies muliebres, et, viriles ex lana et compitalibus suspendabatur in compitis quod hunc diem festum esse deorum in fororum, quos vocant Lares, putarent; quibus tot pilæ quot capita servorum, tot efigies quot esent, et simulacris contenti.*»

De ser esta costumbre religiosa dimanaba tambien la que habia de que llegando las doncellas á la pubertad colgaban estas figuras ó muñecas en el templo, dedicándolas á la diosa Vénus. Toca la costumbre Persio en la *Sátira* II:

Dicete Pontifices, in sancto quid facit aurum?
Nempe hoc quod veneri donate a virgine puppæ.

Decid, los sacerdotes, ¿qué hace oro
En el templo? Lo mismo que muñecas
Á la estátua de Vénus ofrecida.

De aquí vino á decir Prudencio contra Simaco:

.... puerorum infantia prima
Errorem cum lacte bibit. Gusta vera inter
Vagitus defarræ molæ, saxa in lita cæteris
Viderat, unguentoque Lares pallescere nigros.

Bebe error con la leche la primera
Edad de los muchachos, que ha gustado
El forro de la mola entre pucheros:
Ó mirando las penas enceradas
Con ungüento humedecen á las Lares
Amarillos del humo.

Venía á ser tan comun el uso de estas Oscillas como ahora el de las muñecas, que sucedieron en su lugar, aunque sin aquella falsa religion que los antiguos les atribuian: mas en los tiempos de Arnobio Afro aún no habia cesado el adorarlas, pues en el lib. V las refiere como cosa todavía supersticiosa: «*Sæpe numero videmus, hæc signa modo parbula fieri, et palmarem in minutiem contrahi.*»

Los griegos, que nada dejaron de inventar y áun enseñar á los otros, tambien las tuvieron: llamáronles Κεύρας, y de ellas hace mencion Dion Crisóstomo, en la *Oracion Rodiaca;* Lactancio Firmiano, lib. I, capítulo IV *Divin. instit ;* señór San Agustin, lib. VII, cap. III de la *Ciudad de Dios.* Tenía tambien la edad infantil, en la comun religion de los romanos, sus particulares dioses que mirasen por ella: y así, habia diosa Cunica, que cuidaba de los niños en la cuna; Adeorta y Abeona, que entraban y salian con ellos; Bona mente, que les daba buen entendimiento; Statano y Fabulano, para que les enseñasen á tenerse en pié y hacer peninos y hablar. Tomaban los nombres estos pueriles dioses de

los oficios, y así: «*Obstando et fabulando, stanus fabulinus ò fabulanus.*»

Y así, estos dos dioses me parece á mí que dieron principio á aquellas dos palabras repetidas, *Sutano y Fulano*, que es decir que no sabemos más señas de la persona que decimos, sino aquellas tan comunes á todos los hombres, que son estar en pié y hablar; *Stanus et Fabulanus.* Covarrubias dice que de dicciones hebreas. Lo cierto es que de esta lengua muy poco se ha pegado en Castilla, y ménos en Andalucía, si ya no se derivase de la arábiga, su parienta; y aunque parezca litigar en ajeno fuero, doy un paso más adelantado, asiéndome de *Sagrada Escriptura*, que en el cap. XXI del *Génesis* dice así: «*Cunque vidiset Sara filius Agar Ægiptiæ ludentem cum Isaac filio suo, dixit Abraham ejice ancillam hanc et filium ejus.*»

Vió la buena vieja Sara jugar al niño Isaac con el muchachuelo Ismael, hijo de Agar, y le pareció tan pesado el juego, que al punto dijo á su marido que echasen á madre y hijo de casa.

Dudan los doctores qué juego fuese éste que estos dos niños jugaban, que tanto escandalizó á Sara y Abraham para echar de casa á Agar y Ismael; y dejadas várias interpretaciones que no hacen á mi intento, siempre pensé que fuese este juego de las muñecas, á las cuales el muchachuelo Ismael, enseñado de los demás muchachos gentiles, enseñaba á reverenciar al santo Isaac; y como cosa cercana á ser idolatría de véras, tan dañosa para el alma del que habia de ser patriarcha y santo, al punto le pareció atajarla.

Parece que este mi pensamiento le habia ocupado primero el señor San Gerónimo sobre el *Génesis*, donde dice: «*Sive quod idola ludo, fecerit juxta illud quod alibi scriptum est; sedit populus manducare et bibere et surrexerunt ludere.*»

La misma opinion fué de Nicolao de Lira, afirmando que la tuvieron los hebreos, y San Buenaventura sobre el cap. XII de la *Sabiduría;* y en el mismo capítulo Lorino, cuyas son estas palabras: «*Ocupetur circa idola et icunculas quibus pueri delectare solent, et ludere imaginibus; eodem facere videtur lusus Ismael cum Isaac, qui ut pridem notavimus, vel impertabat lasciviam vel confictionem et adorationem idolorum.*»

Jacobo Bidermano considera esta misma costumbre de tener muñecas en los santos Inocentes, entre otras niñerías que elegantemente describe *in Herodiade:*

Forte suas pultes et amati gaudia lecti
Liquerat rei politus, puppasque ex more traebat,
Jam satur ad soliti dilecta crepundia ludi,
Magnus et bullas inter pupposque togatos
Signorum numerus.

Últimamente, eran dioses de los muchachos Interduca y Manuduca, para traerlos en casa, y de la mano. De Manuduca parece que se derivó á nuestra lengua el nombre de muñeca, por estas figurillas que vamos diciendo, y por la parte que junta al brazo con la mano, que tambien le llamamos muñeca: «*Quasi quod manum ducat, aut Manuduca sit.*»

No pára aquí la imitacion política de nuestra alegre república, que no sabe estar parada; y así, dice Horacio

que tiene otras acciones, como son edificar casas, correr en caballos de caña, uncir ratones á las carretillas y jugar á Pares y nones.

Ædificare casas, equitare in arrundine longa,
Ludere par inpar, plostello adjungere mures.

Yo me acuerdo que siendo de esta edad, edifiqué en un grande arenal de un camino, despues de haber llovido, una ciudad con sus murallas y plazas, compartimiento de barrios, calles y casas, y quedé más ufano que Rómulo con su edificio; mas sucedióme lo que dice Homero sucedió á los achibos con sus reparos y torres, que se las derribó Apolo, y toma la metáfora de las casas que vamos diciendo, en el lib. XV de la *Iliada:*

Hac illi profundebantur turmatim, anteibat Apollo,
Aegidem gestans valde pretiosam: diruit murum Archiborum
Facile admodum: ut cumquis arenam puer prope mare,
Qui postquam fecerit opera lusoria per infantiam,
Post iterum destruit pedibus et manibus ludens.

Por allí los soldados se extendian
En tropa, mas guiábalos Apolo,
Que llevaba un escudo muy precioso,
Y el muro derribó de los achibos
Facilísimamente; como cuando
Edifica un muchacho en el arena
Junto á la mar, que luégo que ha acabado
Las obras á que su niñez le inclina,
Con pié y mano jugando las derriba.

Séneca, en el libro *De Constantia Sapientis*, reprehendiendo á los mayores en las obras de los muchachos. «*Illi in litoribus arena congesta, simulacra domun exitant.*»

Y Luciano, en el Diálogo *Hermotimo, sive de sectis:* «*Quoniam illud per simile erit puerorum ædiculis, quas allii et infirmas pararæ solent, ita protinus sub vertunt ac diruunt.*»

Aristóphanes, en la comedia *Nubes*, dice de un muchacho artificioso y grande imitador:

Nesis solicitus sed doce: ingeniosus es,
Suapte natura: nam Funtillus cum aduc puer esset,
Aedificabat hic intus casas; naves sculpebat, et posellas cortea
Fingebat: Ranas etiam faciebat sibi
Ex punicorum malorum putamine.

De las carretillas, que es entretenimiento muy de los mismos personajes, demás de los lugares citados, el mismo Aristófanes, en sus *Nubes:*

Nam et ego olim, dum tibi
Aduc sexenni et balbucienti, sum obsequens
Plostellum emi tibi in festo dialium,
Obollo quem primum pro mercede acceperam.

Tíbulo, de las cosas que vamos diciendo:

Turbaque vernarum faturi bona signa coloni
Laudet, et ex virgis extruet arte, casas.

La santa Madre Teresa de Jesus se solia ejercitar en esto en su niñez, que fué vaticinio de las que habia de edificar despues de su órden del Cármen. Así dijo el poeta que escribió su vida:

Tomó en ella unas tejitas,
Y unas con otras compuestas
Levantaba unas casitas,
Entre los árboles puestas,
Como en los montes ermitas.
Dióle este ejercicio el cielo,

Y casitas dió en labrar;
Pronóstico que en el suelo
Habia de edificar
Las ermitas del Carmelo.

La misma niñería llora tiernamente Lope de Vega Carpio, en un epicedio á su hijo Félix, en sus *Rimas Sacras.*

§. V.

Juegos de los muchachos.

Muy en diminucion hemos venido con nuestros juegos pueriles, pues de juegos los hemos hecho juguetes, y con todo eso no se nos han de quedar en el tintero. Llamábanles los latinos *Crepundia* ó *Crepitacula* ó *Crepando.* De este género son los adufillos ó sonajuelas, de que hizo memoria Lucrecio:

Nec crepitaculis opus est, nec quidquam adhibenda est.
Almæ nutrisis blanda atque infracta coquella.

No es menester sonajuela,
Ni que le procure el ama
Enseñar blandos halagos
Demediando las palabras.

Marcial:

Si quis plorator collo tibi vernulla pendet,
Hæc quatia tenera garrula sistra manu.

Arnobio, contra los gentiles: «*Et ut ad silentium*

pabides nutrisis motibus et crepitaculis adducerentur auditis.»

No se olvidó nuestro amigo Julio Pólux: «*Sic autem et crepitaculum vocatur, et siferum quo sopiunt cum voluptate nutrices ægre dormientes pueros.*»

Y Tertuliano, contra los judíos: «*Scilicet vagitu adarma esset comvocaturus gentes, et sigum belli non tuba, sed crepitaculo daturus.*»

Siendo ya mayorcitos los niños, tienen otros juguetes, como espadillas, hachuelas, manecillas, etc. De esto dejó hecho un copioso inventario Plauto, en la comedia *Rudente*, acto IV, scen. IV:

DÆMONES *Loquere nunc jam, puella, Gripe, animum advorte, ac tace.*
PALÆSTRA *Sunt crepundia.*—DÆM. *Ecca video.*—GRIPUS. *Perii in primo prælio!*
Mane, ne ostenderis.—DÆM. *Qua facie sunt? Responde ex ordine.*
PAL. *Ensiculo est aureolus primum litteratus.*—DÆM. *Diee dum:*
In eo ensiculo litterarum quid est?—PAL. *Mei nomen patris.*
Post altrinsecus est seuricula ancipes, item aurea
Literata: ibi matris nomen in securicula est.—DÆM. *Mane!*
Dic, in ensiculo quid nomen est paternum?—PAL. *Dæmones.*
DÆM. *Di inmortales ubi loci sunt spes meæ?*—GRIP. *Inmo ædepol, meæ?*
DÆM. *Perge, te obsecro, continuo.*—GRIP. *Placide! Aut item malam crucem.*
DÆM. *Loquere matris nomen hic in securicula quid fiet.*
PAL. *Dedalis.*—DÆM. *Di me servatum cupiunt.*—GRIP. *At me perditum*
DÆM. *Filiam meam esse hanc oportet.*—GRIP. *Sit per me quidem.*
Qui te di omnes perdant, qui me hodie oculis vidiste tuis
Meque adeo scelestum, qui non circumpexi centies
Prius, me ne quis inspectaret, quam rete extrai ex aqua.
PAL. *Post est sicilicula argenteola, et duæ connexæ maniculæ et*
Suculo.—GRIP. *Quin tui dierecta cum sucula, et cum proculis!*
PAL. *Et bulla aurea est, pater quam dedit mihi natali die.*

———

D. Acaba de hablar, muchacho.
P. Pues estame atento, Grippo.
J. No hables palabra, Trachalio.
P. Traigo aquí mil juguetillos.
D. Ya los veo. En los encuentros
primeros he perecido.
D. Está queda. No los muestres.
¿Cómo son? Por órden dílo.
P. Es lo que traigo, primero,
Con letras un estoquillo.
D. Dí más.
P. Traigo una hachuela
Muy aguda, de dos filos;
Y es tambien de oro, y con letras
De mi madre el nombre escrito.
Dos manecillas asidas,
Y de plata un cuchillillo,
Y una puerquecilla.
D. Véte
Con ella y con los cochinos.
P. Una Nómina de oro
Traigo, demás de lo dicho,
Que en el dia que nací
Me la dió mi padre mismo.

El mismo Plauto llama á estos crepitáculos *Monumenta incunuco;* act. VI, scen. VI: «*Cistellum domo affer cum monumentis.*» En el cual lugar un intérprete antiguo: «*Monumenta sunt quæ Grecæ dicuntur* Γνωρισματα.» Véase á Taubmano en este lugar.

De el uso de los juguetes se entiende un lugar de Theophrasto Erecio, en que, hablando de las ceremonias de un adulador, que queriendo agradar á un señor le tomaba las barbillas á sus hijos, y dándoles juguetes les decia: «*En utrem, en securim.*» Así lo entiende Casaubono.

Bien podrán entrar en esta cuenta las Nóminas.

D. Diego. Mucho es que sea el uso de ellas tan antiguo.

D. Fern. Dicen que tuvo principio de que un hijo de Tarquino Prisco, siendo muy muchacho, mató un enemigo en batalla. Por esta hazaña, el Senado Romano le donó en remuneracion un corazon de oro, para que, viéndoselo puesto los otros, entendiesen que aquel niño tenía un corazon de varon grande.

Hay quien diga que son mucho más antiguas estas Nóminas, y que Pitágoras las enseñó á su discípulo Lucumon Hetruceo; y siendo tan sabio el inventor, no fué acaso la invencion, porque era señal y símbolo para que todos estuviesen advertidos, que en tanto se podian llamar hombres, en cuanto sus corazones se aventajasen á los otros en valor. Así lo dice Macrobio: «*Ut bullam inspicientes, ita demum se homines esse cogitarent si corde prestarent.*»

Era tambien símbolo del consejo y de la verdad. Como insignia de tanta consideracion, no la traian sino los muchachos nobles. M. Tullio, *in Verrinis*: «*Bulla in toga pretexta ornamentum erat pueritiæ inditium, atque insigne fortunæ.*

Servian tambien estas Nóminas ó bullas para conocer por ellas los niños que se perdian. Parece esto de un lugar de Plauto, en la comedia *Stellaria:*

Nam hic crepundia insunt, quibus cum te illa olim ad me detulit.
Quam mihi dedit parentes te ut cognoscant facilius.

Y Ciceron, en *Bruto:* «*Nunc quoniam totum non*

nævo aliquo aut crepundis, sed corpore omne videris velle cognoscere.»

Ayconio Pediano dice, que nó sólo los nobles traian estas bullas ó dijes, sino tambien los libertinos; pero de materia baja y pendientes de correas, siendo las de los nobles de oro y plata. El primer hijo que tuvo Hercilia, una de las sabinas arrebatadas, fué encomendado con este hábito, y otro tal se le dió al muchacho Papirio por su astucia y silencio varonil: colgábanlas, en llegando á catorce años los niños, á los dioses Lares, como las muchachas las muñecas á Vénus. Persio: «*Bulla que succintis Laribus donata pependit.*»

Los triunfadores llevaban en su carro triunfal bulas, porque en tan alta gloria no les hiciese mal la envidia; y con este intento se les ponen ahora á los niños con reliquias de santos y Agnus de cera: y no se les ha de permitir que traigan unas cedulillas supersticiosas, como las que algunas embusteras inventan, con caractéres no conocidos y oraciones del ánima sola, que quien las rezare no morirá en agua ni fuego, ni de muerte súpita. Tal era aquella de que hace memoria y burla Luciano en los *Saturnales:*

«*Atque id quiden est sciendam, quod ea columna manevit.*»

Neque fames, neque pestilentia, neque incendium, neque quid quam aliqui molestum, in illorum domum introibit.»

Tambien es el uso de las Higas antiquísimo, como lo dice el nombre, que en su orígen es griego. Al principio traian los niños la parte natural del hombre figura-

da: para templar en aquella deshonestidad, la mudaron en Giga. Así lo dice Martin Antonio del Rio en las *Mágicas Disquisiciones*, lib. III, q. IV, sect. I: «*Vel si quid, turpiculum pueri gestent appensum collo, unde facini nomem indutum virili membro, eo quod contra facinationem talia, gestarent oscilla: et mutato in paulo honestiorem modum more digitos duos cum pollice, sin incerto ut tale quid exprimant degagate, vel evore, vel argento, ut fit hodie in Hispania (Higa vocant) et elegans doctoris Castellanis epigramma cujus lemma est Higa.*»

Ut pueri caveant lædentia lumina matrum,
Collo appensa ferunt signa, Priape, tua;
Nomine nostra te dixerunt linga pudico,
Namque malis tantis ista medetur avis.

Vide plura apud Ramirencium in Pentecontharco, cap. XXXI.

Tiene de imitacion, y de entretenimiento y juguete, la aficion y uso de los pajarillos, á que todos los niños se inclinan; y así, no será razon negárselo á esta plática. Plauto pone en honra este juguete, y dice que es de los muchachos nobles y patricios:

Quasi patriciis pueris, aut monedulæ, aut anates,
Aut coturnices dantur, quis cum lusitent;
Et mi adveniente upupa, quæ medelectet data est.

Pajaritos suelen darse
Á los muchachos patricios
Para jugar, como urracas,
Codornices ó anadinos.
Y áun tambien una abubilla
Me dieron recien venido,
Para alegrarme con ella
Y tenerme entretenido.

Ovidio, hablando de la estátua de Pigmalion, X *Meth.*:

Munera fert illi choncas teretesque lapillos,
Et parvas volucres, et flores mille colorum.

Conchas le trae por regalo,
Con aguijuelas redondas;
Aves pequeñas y flores
De mil colores y formas.

¡Qué famoso dejó aquel pajarillo de su querida Lesvia, Cátulo, llorando su muerte!

Lugete, Veneres Cupidinesque,
Passer mortuus est meæ puellæ.
Quem plus illa oculis amabat.

Llorad, Vénus y Cupidos,
El pájaro de mi niña.
Se murió. Más que á sus ojos
Ella lo amaba y queria.

Y en otra parte, el mismo poeta:

Passer delitiæ mee puellæ
Qui cum ludere, quem in sinu tenere
Cui primum digitum dare ad petenti
Et acreis solet exitare morsus.

De mi niña el pajarillo,
Que era toda su alegría,
Que lo guardaba en su seno,
Que con él jugar solia;
Al que metia en el pico
El dedo que le pedia;
Que se lo comia á bocados
Cuando los labios le pica.

Arnobio lo halló muy apropósito para hacer callar

á los niños: «*Ut parvuli pasiones quo lacrimis parcant abstineant que plorantibus. Pascerculos, Pullulos, equeleos, Panes accipiunt.*»

Plinio redujo el entretenimiento á razon de estado; lib. IV, *Epist.* II: «*Habeat puer manulos multos junctos et solutos habeat Canes, Lucinas, Psitacos, Merulas.*»

San Agustin comparó esta niñería á lo que vemos pasar en el mundo con los de mayor edad: «*Anuntiabus et pilulis, et passeribus ad Præfectos et Reges transire.*

§. VI.

Cantares de los muchachos. Nina, nina, y Lala, lala.

De esta vez despacho con todas las menudencias que restan comenzadas, concluyendo los lúdicros pueriles con algunos cantarcillos, cuya imitacion ó cuya sustancia hoy dura, con no poca admiracion de quien considera la instabilidad de las cosas humanas, que todas tienen mudanza, y que se hallan en la república pueril conservados sin ella y lleguen á nuestra noticia y uso como estuvieron en antiquísimos siglos. Tal es el testamento de Grunio Coroco Procelo, que lo cantaban los muchachos en la escuela con mucha fiesta y risada, como ahora el testamento de la zorra ó del gallo: por esto será agradable, y por lo que tiene de graciosa antigüedad. Tráelo Bernabé Brisonio en el lib. VII *De Formulis*, fól. 756: contiene las palabras y cláusulas que se siguen:

«*M. Grunius Corocotta testamentum feci. Patri Verrino Lardino do, lego, darique volo glandis modios* XXX. *Matri meæ Veturinæ Scropæ do, lego, dari laconicæ siliginis modios* XL. *Et sorori meæ Guirinæ, in cujus votum interese non potui, do, lego, dari hordei modios* XXX *et de meis visceribus. Dabo donabo sutoribus setas, rixatoribus capitinas, surdis auriculas, causidicis et vervosis linguam, pueris vecicam, puellis caudam. Lucanicus signavit. Nuptialicus signavit. Lardio signavit. Tercillus signavit. Celsanus signavit. Cimatus signavit.*»

La gracia de este testamento está en la alusion que estos nombres hacen con las cosas de un tocino, nó como los nombres suenan, sino á lo que significan; y si errare en esto, allí se quedan ellos enteros, para que V. ms. jueguen mejor y rian más:

«Márcos Grumio Corocota, hago mi testamento. Á mi padre Verroquino Lardino doy, mando y quiero que se le den treinta fanegas de bellotas. Á mi madre Sancha Añeja doy y mando que se le den cuarenta fanegas de trigo candial. Á mi hermana Cochina, en cuyas bodas no me pude hallar, mando que se le den treinta fanegas de cebada, y algo de mis asaduras. Daré á los zapateros cerdas, á los pleiteantes la cholla, á los sordos orejas, á los abogados y habladores la lengua, á los muchachos la vegiga, á las muchachas la cola. Longaniso lo firmó. Bodero lo firmó. Lardion lo firmó. Rascon lo firmó. Altozano lo firmó. Cominero lo firmó.»

El señor San Gerónimo, en la *Epist. ad Eustachium*, afirma que los muchachos en su tiempo lo cantaban con grandes risadas en la escuela: «*Testamentum autem M.*

Grunii Corocote Procelli decantant in scholis puerorum agmina cachinantium.»

La palabra Corocota, como las demás, hace alusion á cosas y propiedades del cochino. Ella imita aquel ruido ó estridor que el puerco anda haciendo siempre, y fué nombre de un famoso ladron español, de quien habla Dion en el lib. LVI, diciendo que Augusto César mandó tres mil ducados â talla á quien lo prendiese ó matase; y sabiéndolo él, se fué á presentar ante el Emperador, y pidió el premio, que fué perdonarlo y darle los tres mil ducados. De la misma manera que Corocota es nombre propio de varon, lo son todos los demás, y con la misma alusion á otras cosas tocantes á la materia.

Digamos ahora de las reverendas madres de todos los cantares, y de los cantares de todas las madres, que son *Nina*, *nina* y *Lala*, *lala*, cuyo uso es tan natural, que no habiendo qué cantar, ó no sabiendo, ellos mismos sin cuidado ni artificio; y son tan bien contentadizas, que se contentan con cualesquiera tono y no extrañan ninguna voz por mala que sea, condicion muy propia de madres.

Juzgo que el cantar Nina, nina es la voz *Nænia*, que con poca corrupcion persevera. Así lo tuve siempre creido, y despues he visto á D. Francisco Fernandez de Córdoba, que en su *Disdacalia multiplex*, capítulo XL, lo dice así expresamente; de que me holgué, por tener apadrinado mi pensamiento con el de un hombre docto y de buen gusto en todas letras.

Ésta, pues, antigua voz *Nænia*, segun M. Varron, Festo Pompeyo y Nonnio Marcelo, era canto desagui-

sado, insuave y triste, que las preficas ó plañideras ó endechadoras decian á los difuntos. Llamóse así por la similitud que tiene con las cadencias de los que lloran: «*Quosdam dicunt velle ide dici Nænnia, quod et voci similior querimonia flentium sit.*»

Por este canto triste le usurpó Ovidio, VI *Fast.*:

Ducit sapremos Nænia nulla choros.

Y áun Ciceron afirma en el II *De Legibus* que tambien los griegos lo usaban, en esta oracion: «*Eosque cantus ad tibicinem prosecuatur, cui nomem Næniæ, quo vocabulo etiam Græcos cantus lugubres nominantur.*»

De este canto habla Papinio Estacio en el VI de la *Thebaida:*

Lege Phrigum mæta: Pelopem mostrasse ferebant
Exequiale sacrum carmenque minoribus umbris
Utile.

Plauto le usó por el fin y remate de una cosa. Así lo dijo *in Pseudolo:* «*Ubi circumvortor cado, id fuit Nænia ludo.*»

San Gerónimo contra Rufino, por lo que solemos decir niñería ó cosa de poca importancia: «*Nisi forte non fuit in presentiarum, quì tuas emmendaret Nænias.*»

Por esto me persuadí en algun tiempo que la voz castellana *niño* y *niña* se originaba de aquí; pero no es así, porque son puramente dicciones griegas: Νύννιος, Νύννια.

Así lo siente Josef Scaligero, y de la voz *niña* hay una inscripcion sepulcral que lo prueba: «*Ninnia Cronis. A III. H. S. E.*» «Aquí está enterrada la niña Cronis, de tres años.»

Hubo tambien apellidos de Niños en gente nobilísima, como hoy en España; y así, hubo un cónsul en Roma que se llamó Q. Ninnio Hasto, que fué cónsul el año de la fundacion de Roma 866 y de Cristo 114. Véase Onufrio Panvino, en los *Fastos*.

Este cantar inventó Simónides, natural de la isla Cea.

Sed ne relictis Musa procax jocis,
Ceæ retractes munera Næniæ.

Mas no, dejados los juegos,
Quieras, Musa sin vergüenza,
Repetir los tristes dones
Del cantar de la isla Cea.

Llamaban á los cantarcillos de los muchachos Nenias. Este es nuestro intento, y lo acredita Horacio, libro I, *Epig.* I:

Roscia, dic sodes melior lexum puerorum
Nænia quæ regnum recte facientibus offer.

Ley Roscia, dí por tu vida
Si de los niños la Nenia
Es mejor ley que á los buenos
Ofrece que reino tengan.

Las Nenias, cantarcillos que aquí toca Horacio, son las que dijimos que decian los muchachos en el juego de pelota llamado Urania:

Rex eris, si recte feceris.

Y en otra parte: «*Qui recte faciet, non qui dominatur, erit Rex.*»

En el mismo sentido lo dijo Tíbulo, de enmendacion de Josef Escaligero, *Elegía* LXVIII:

Nec pecatum a me quisquam pote dicere,
Verum isti populi Nainia qui ite facit.

Nadie puede decir que yo he pecado,
Si no es la Nina Nina de este pueblo (*).

Quiso decir que no habia cosa más pública en él, pues lo cantaban los muchachos como el cantar de Nina, nina; y adviértase en aquella diccion *Nainia* el diptongo desatado, como tambien lo suelo oir á los muchachos, que dicen Naina, naina. De manera, que así entre los romanos como entre nosotros, Nænia, ó Nina, nina, es cantarcillo y nombre de cantar, como decimos *el Conde Claros*, que es tonadilla y cantar juntamente, que comienza:

Conde Claros sin amores no podia reposar.

No le faltan padrinos y testigos de su antigüedad á la madre Berecinthia, la Lala, lala, grande arrulladora de niños, y á quien todos debemos los primeros bostezos, por ser hija de *lallo*, *lallas*, que significa *dormir*. En esta acepcion la toma Persio, *Sátira* III:

Et similis regnum pueris Pappare minutum
Possis et irattus mammæ lallare recusas.

Algunos comentadores de este lugar, dormidos al sordo arrullo de este verso, entendieron que *lallare* era *lac sucsere*, *mamar;* mas dispiértales el sueño Cornuto, antiguo intérprete de Persio, y abrió los ojos á todos para entender y restituir la verdadera leccion de Ausonio en una epístola *ad Probum:*

(*) Despues de escrito este tratado llegó á mi noticia que Jobiano Pontano habia escrito un tratado de este intento de la Nina, Nina, y le llama *Næniæ*, y no lo he visto hasta ahora.

Sic iste, qui natus est tuus,
Flos flosculorum Romuli,
Nutrisis inter lemmata
Lilisque somniferos modos
Sucset peritis fabulis,
Simul jocari et ludere.

Así aqueste, que es tu hijo,
De Rómulo flor de flores,
Entre las temas del ama
Cante tonos dormidores;
Soñoliento Lala, Lala,
Que entre consejas entone
Discretas, para que aprenda
Entretenimientos nobles.

Donde se leia *lilii* se ha de restituir *lalli*, que es este antiguo cantar. Así lo advirtió primero Mariángelo, y lo trae Elías Vineto sobre este lugar de Ausonio. Apadrina todo este pensamiento y la costumbre de Francia, Josef Escaligero, en las *Lecciones Ausónicas*, que por haberle visto despues de todo esto escrito, y conformarse con lo que yo tengo escrito, me alegré notablemente. Sus palabras son tales, en el lib. II, cap. XI, *In dimetria ad Probum, Pref Pret.:* «*Lallas et* Καταβαυραλίσμος *nutricum: hoc est Næniæ nutricum, qua pueris incucunt somnos, sub inde hoc reperendo Lalla, Lalla, quod et multis locis mutrices hodie faciunt, unde lallare pueri dicabantur; cum hac catiuncula somno declinat oculos, Grecæ mammæ seu mutrices pro eodem nina, nina quod et Græccus facti tasse, inditio est Nænia illa quæ Grecæ vocabantur* Νύννιον,» etc.; cuya tonadilla llamó con mucha propiedad somnífera. De ella habló Nomnio Panopolita, lib. III de sus *Dionisiacos:*

Et puerorum resonans cantinelam incitatricem somni,
Ambos dormientes sopivit nutricali arte.

Con el cantar de niños, que trae sueño,
Ámbos los adurmió como ama diestra.

Y de ella entiendo que habla Quintiliano, que dice que Cricipo inventó canto particular para amamantar los muchachos: «*Cricippus etiam nutricum quæ adhibentur infantibus allactationi, suum quoddam curmen asignat.*»

Los griegos le tuvieron tambien, segun esto, y le llamaban Λαλίας.

Nota muchas cosas en esta materia Casaubono sobre Theophrasto y sobre Ateneo, lib. XIV, cap. III.

Por último, digo que ellos significaban la puericia con esta letra Λ, que es la que llamamos lambda; nosotros, L. Así lo dice Juan Bautista Porta, *De Oculis notis*, lib. I, cap. III.

Acabamos esta plática con aquellas palabras mal formadas con que saludamos á nuestros padres en los umbrales de la vida, *Tata*, *Mamma*, y significamos nuestras necesidades pidiendo, *Pappa*, *Bua*, que son las mismas que griegos y romanos usaron, y de que tambien nosotros somos herederos. Aristóphanes, en la comedia *Lucistrata:*

Heu turpùsille non vocavis Mammiam?
Puell ò Mamma, Mamma Mamma ò Mammiam?

El viejo Caton, en el libro de *Educacion de los muchachos:* «*Qui cibum et potionem Buas et Pappas vocant, et Patrem Tattam, Matrem Mammam.*»

Plauto, en la *Mostellaria:* «*Equid videor tibi Mammam adire?*»

De una viejona que por parecer niña llamaba á todos Mammas y Tatas, dijo graciosamente Marcial:

Mammas atque Tattas vocant Afra, sed ipsa tatarum
Diu et Mammarum maximima Mamma postet.

Tatas y Mammas á todos
Llama la señora Afra:
Dice bien: que es bisabuela
De los Tatas y los Mammas.

De ámbas voces se halla memoria en inscripciones sepulcrales:

ÆMILIÆ. SIRIADI. V. A. LII.
M.IIII. D.IIX. VETURIA PRI-
MIGENIA. MAMMÆ PIENTISS....
P.
KALE. MATER. MIRTILUS.
TATA. ET. EROS. COMFECER.

No se nos olvide un bríndis, y aquello porque azotan á los muchachos si lo callan. Lo uno y lo otro lo hallo en la comedia *Nubes*, de Aristóphanes:

Cumtu adhuc balbucires, quid nam velles videbam,
Nam si Brin diceres ego adbertens potu exibebant
Si Mammam posceres, ego panem curriculo afferebam,
Priusquam diceres Cacam.

De aquella voz *Brin*, que así está en el texto griego, por ventura vino á llamar el convidar con la bebida bríndis y brindar. Mas ya há rato que Horacio me está diciendo al oido: «*Da nuces pueris iners.*»

Lo que yo á V. ms. digo, como dueños y señores

mios, es lo que Sidonio Apolinar: «*Illud veri, nec verecunde peto, ut presentibus ludricis, ignoscatis libenter.*»

§. VII.

Disputan los interlocutores si conviene que se sepa y publique esta plática.

D. Diego Ha dicho V. m., señor D. Fernando, tan bien y cumplidamente todo lo que toca á esta materia lúdicra, de que yo no pude presumir de que hubiese que tratar la parte del primer dia, y yo he puesto de la mia tanta atencion y gusto, que puedo decir que nó sólo oia, sino que veia jugar á los muchachos en Roma y Aténas.

D. Ped. Mucho reprime la presencia del señor D. Fernando, y la opinion que tenemos de su modestia, á la demostracion de admiracion y gusto que dos tan leales amigos como el señor D. Diego y yo pudiéramos hacer de la plática de estos dias, de materia tan exquisita, que nadie la ha tratado tan realzada de vária erudicion y no vulgar antigüedad; pero este medroso encogimiento no podrá detener las riendas á la voluntad agradecida; cuya significacion, reservándola para su debido lugar, sólo falta una cosa, que dándome V. m. licencia, la tengo de decir.

D. Fern. Reconociendo tan grandes favores de V. ms. y de mi amistad, nó de mis obras, me alegro

mucho me adviertan faltas; que como estoy cierto que en lo dicho he incurrido en muchas, deseo enmendarlas, y más viniendo tan puras del mal olor que le suelen pegar los alientos plebeyos y envidiosos.

D. Ped. No está la falta en lo que se ha dicho, que para advertirlas sería necesario ojos más de linces, y advertencia más crítica que la mia; lo que á mi parecer falta es la licencia de V. m. para que todo lo dicho se reduzca á escrito, porque la memoria de tan alegres horas no se pierda, y porque los amigos que no se han hallado presentes participen de nuestro gusto.

D. Diego. Lo que el señor D. Pedro pide, suplico yo encarecidamente, porque aunque V. m. me previno en pedirlo, no se me alcanza en desearlo.

D. Fern. Aunque sus deseos de V. ms. son efectos de su amigable y generosa voluntad, y que yo deseo satisfacer, áun con riesgo de mi opinion, juzgo que conviene dilatarlo, para que, reprimiendo el afecto de la amistad, deliberen sin pasion lo que á todos puede estar bien. Si todos los que la hubieran de leer fueran tan sinceros jueces como V. ms., poco se podia aventurar en las faltas de ingenio y erudicion que todo lo dicho ha tenido: «*Sum memor ipse mei satis, et mea frivola novi.*»

D. Diego. Eso no ha de ser bastante para que V. m. niegue tan justa demanda.

D. Fern. Dénme licencia V. ms. para que defienda mi causa. ¿Qué dirán V. ms. de un mercader á quien se le confió algun caudal, si fuese á una feria á emplearlo, y esperando todos que viniese muy acrecentado, hallasen que el empleo todo fué en muñecas, pitos, caba-

llitos de cañas, y alfileres, y otras bujerias, con que nos suelen llevar la plata de España; ó que este tal mercader, aventurando su caudal y su persona, como dijo Horacio,

Impiger extremos currit mercator ad Indos,
Per mare pauperiem fugiens, per saxa, per ignes,

despues de haber llegado á salvamento y tratado la mercadería con felicidad para volver rico á España, se desperdició en comprar cocos, jícaras, guacamayos y caltanillas? Claro está que de V. ms. y de todos sería justamente burlado.

Ceu Navis Hispaniæ magister
Dedecorum pretiosus Emptor.

Pues si yo, despues de haber estudiado y ocupado el tiempo y caudal en comprar y revolver libros, ferias donde se hallan joyas de tanto precio, cuando se habia de esperar de mí algun tratado con que ayudase á la República literaria, saliese ahora con esas niñerías, ¿no merecería ser desterrado?

Al fredo Tanæ, à la cocente arena
Di Lybia.

D. Ped. De manera cierra V. m. el paso á nuestra pretension, que le temo enojado á la réplica; mas con la licencia que me da la merced que siempre de V. m. recibo, y nuestra antigua y verdadera amistad, diré mi parecer.

Aunque el espacio que V. m. ofrece para deliberar en todos los casos es acertada y cauta prevencion, en este caso, largando los ojos de la consideracion á los inconvenientes que suelen suceder, no hallo ningunos de

momento. Los que V. m. ha representado, se reducen á cautelar el riesgo de su opinion y estimacion, fruto que dan las obras de erudicion en el tribunal de Soylos y Aristarcos, que culparán á V. m. que se ocupó en tales niñerías. No hallo que V. m. sienta ni se recate de otro inconveniente; y si bien es verdad que es imposible agradar á todos, y mucho más reprimir las lenguas de los maldicientes, «*quod omnes rogant, sed felices inpatram*,» no me parece que en reducir á escrito esta plática hallen materia de murmuracion y censuras; porque de estos maldicientes unos saben poco ó nada, «*et illos premet nox fabulequæ manes;*» otros saben algo: y éstos, como deben ser cándidos jueces, no pueden tener por pequeño y ocioso su cuidado de V. m. ó su deseo. No hay parte en la sagrada antigüedad, por pequeña que sea, que no merezca cultura y estimacion; como no tendria culpa, sino alabanza, el agricultor que igualmente labró la viña, sin mirar que lo muy pequeño no habia de dar fruto. Si hubiese alguno tan inconsiderado que esto juzgare, acumularía á tal desprecio, nó sólo su opinion de V. m., sino tambien otras muy grandes reputaciones. ¿Qué diría de los que han escrito de medallas, de los vasos y estatuas? ¿Qué precio tendrian las vigilias empleadas en averiguar antiguos trajes y vestidos? ¿Quién hubiera visto sacados de entre sus mismas ruinas y restituidos á la luz los teatros y anfiteatros? ¿Para qué se han empleado desvelos doctos en los triunfos, pompas y gladiatores? Pero allanemos este tropiezo, y pensemos que á los autores de aquellas obras los defiende su erudicion, y que en ella halla qué admirar y

qué aprender la mayor envidia; lleguemos á esta nuestra plática. No es de otro género, pues tambien en su antigüedad y retazos de ella se conformó con los demás.

Todo lo que V. m. ha dicho es relacion de gravísimos autores, investigados con atencion, juntando lo que estaba esparcido y reduciendo á órden lo que no lo tenía. Pues ¿quién habrá tan atrevido y profano, que siendo lo que V. m. ha dicho de Platon, Homero, Aristóteles, Márco Tulio, Varron, Virgilio, Macrobrio, Pólux, y otros clarísimos varones, luces de la antigüedad y ornamento de la república, se atreva á poner en ello lengua? Mas estos mismos rigorosos censores se podian mover á título de amistad, culpando á V. m. que ya que ocupó las buenas horas en la leccion de los libros donde se hallan cosas tan preciosas, no tomó asunto más levantado, y á esto se encamina la similitud que V. m. trajo del mercader que empleó en bujerías su caudal, de lo cual me tengo yo de valer prosiguiéndola, para responder en contra de su mismo intento. Yo digo que sería muy inconsiderado aquel á cuyas manos llegó consignada una rica y surtida cargazon de muchos fardos, si porque en el primero y segundo que abrió se halló empleada cantidad de azabaches, agujas, cintas y alfileres, sin proseguir adelante con su cala y cata, luégo desestimó todo el empleo y lo abromó y echó en un rincon, sin hacer caso dél. Como sería de liviano y anticipado juicio el otro que, entrando en una casa grande y principal, porque vió en los corredores algunos países y pinturas de poco precio, sin ver más juzgó que las que el señor de aquella casa guardaba en sus salas y camarin

eran de la misma manera; ó porque vió en alguna pieza en el aparador platos de barro, desacreditó todo el aparato de la mesa, sin prevenir que el aparato de plata ó china estaba con justa causa guardado.

Multa divitis in domo
Sita est per omnes angulos pelex:
Fulget aureus Seyphus.
Nec ære desit expolita pelvis,
Est, et olla fictilis
Gravisque et ampla argentea est paropsis,
Sunt æburnea quæ piam,
Non nulla quercusunt cavata et ulmo,
Omne vas fit utile.
Quod est ad usum congruens herilem
Instruum enim domum
Ut empta magno, ist parata ligno.

Y con licencia de V. m., y por no salir de su estilo, la tengo de volver así: con que pido perdon á las faltas de repente:

Están las casas del rico
Llenas de muchas alhajas;
Resplandece el vaso de oro,
De metal vacía no falta;
Hay olla hecha de barro,
Y grande fuente de plata;
Son de marfil unos vasos
Y otros de encina labrada:
Que todos son menester
Para el señor de la casa,
Tanto lo que cuesta poco
Como en lo que más se gasta.

Mucha reprehension merecia su trabajo de V. m. si toda su leccion se encaminara sólo á este fin: mas si entre los estudios más serios y para mayores fines se di-

virtió un poco el ánimo, ¿qué culpa ó qué crímen cometió? ¿No es fructuosa la tierra que lleva entre bellos y acopados árboles las pequeñas y humildes pero vistosas flores? Mezcló la sábia naturaleza de agradable variedad todas sus obras, para hacerse admirable: «*Ut enim variis multatis que seminibus, ita ingenia nostra, nunc hac, nunc illic mediatione recoluntur.*»

Sic hominum ingenium flecti ducique per artes,
Non rigida docta movilitate dotet.

Considera muy bien Plinio el más mozo que nuestro ánimo se fatiga atraido de su inconstancia ó su flaqueza en la consideracion atenta de las artes. Justo es que respire y se alegre para cobrar nuevos alientos; y siendo esto, nó sólo voluntario, sino forzoso, muy acertada diversion y entretenimiento buscó V. m. en los juegos de los muchachos. Porque ¿qué mejor entretenimiento que en aquello que en primer lugar merece este nombre? ¿Qué más inculpable diversion que en los sencillos juegos de la niñez? No juzgo sólo que V. m. se ha entretenido docta y discretamente, sino que merece alabanza y agradecimiento de la posteridad. Huya de aquí Némesis. Á esto no obsta la pequeñez de la materia, ni ésta disminuye un punto el premio, porque no es gran pintor el que pinta gigantes, ni malo el que pinta pigmeos. Aquel se dirá buen pintor que, guardando los preceptos del arte, obra con perfeccion y valentía. Aquel se llamará mal pintor:

Infelix operis summo qui ponere totum
Nescit ....

Nó porque el otro poeta fanfarron comenzó su obra con loca hinchazon:

Divitias Priami cantavo et nobile bellum,

se dejó de reir con justa causa Horacio:

Parturient montes nascetur ridiculus mus.

Más alabanza mereció Virgilio por su *Mosquito* que Claudiano por su *Gigantomachia.* ¿Quién habrá en el mundo, de sano juicio y mediana noticia de erudicion, que no estime en más las *Ranas* de Aristófanes y Homero que los *Caballeros del Phebo?* Que aquellas durarán, con emulacion de los siglos, y éstos, como fábulas desproporcionadas y vanos encantamientos, perecieron con la vida del autor, sin admiracion ni agradecimiento de nadie. El ser materia pequeña y olvidada ántes realza el ingenio. Más acredita la agudeza de su vista el que en la noche oscura con incierta luz de estrellas descubrió el menudo aljófar, ya perdido y envuelto en el arena, que el que vió acaso las murallas y torres de su patria, si bien éstas son de mayor precio y valor. Acabo con lo que Plinio *ad Tuscum* siente: «*Lusus vocatur sed ilusus intendum, non minorem gloriam quam seria consequuntur.*»

D. Fern. Aunque de las bien ordenadas razones que V. m. tan eruditamente ha pensado y dicho, experimento los quilates de su ingenio, que há muchos dias conozco y estimo mucho, más se adelantan los que rereverencio de su verdadera amistad, pues sube á tanto precio lo que en sí no lo tiene, con sólo el crédito que le da, previniendo desde ahora razones de mi defensa contra la sospecha de mi injusta calumnia; causa por sí bas-

tante á que pospuesto el amor propio me sujete á la ley de su gusto. Pero hay otra tercera especie de hombres en el mundo, como aquellos que finge Aristóphanes en el convite de Platon, bien que aquéllos se llamaban androginos, y éstos críticos.

D. Diego. Ese es un género de gente pestilencial, que se ha pegado de unas ciudades en otras, y ya casi llega á las aldeas el contagio.

D. Fern. Pues si este discurso, así cual es, llegase á las manos de uno de estos enfermos de presuncion, no dudo que lo arrojaría por ahí:

Ingeminans tremulus naso crispante cachinos.

Ó si por hacerle gran favor le leyese, en acabando, si tuviese tanta paciencia, se mostraría como fiero leon airado.

Atque animi intenpres manavit lingua cruorem.

Éstos son semejantes á aquella diosa Até de Homero, de la cual dice se derivan todos los males, que todo lo anda, y es tan perniciosa que dando con su cabeza en las nubes pone los piés sobre todas las cabezas de los mortales, á los cuales apesta é inficiona su aliento; y es tanta su malicia, que se atreve á poner lengua en el mismo Júpiter y los demás celestiales. Finalmente, ésta es la calumnia, cuyos sacerdotes (si tan venerable nombre merece tan infame gente) son los maldicientes.

D. Ped. No digo yo que no son dignos de temer los críticos, mucho más que aquellos dias que los médicos llaman críticos en las enfermedades; porque en éstos alguna vez dan muestra de mejoría los enfermos: más aquéllos siempre desahucian sin piedad, y muchas

sin juicio, como lo promete su nombre, haciendo contra lo que profesan. Mas para pasar por peligros tan conocidos he hallado un medio, y no es el que tomó Ulises, tapándose los oidos, pues no remediaremos nada si dejamos abiertos los de todos.

D. DIEGO. Yo lo deseo oir, porque sería para mí de mucho disgusto cualquiera de los dos inconvenientes: ó que la opinion del señor D. Fernando recibiese algun detrimento, ó que esta plática se malograse, olvidando tantas curiosidades ocultas como el señor D. Fernando ha investigado.

D. PED. No tiene riesgo ninguno de los que V. m. ha propuesto escribir este volúmen, y que éste no se muestre sino á alguno muy amigo, con gusto y mandado del señor D. Fernando.

D. FERN. Sea muy enhorabuena, con que tambien le tengo de poner una nómina:

.... Bullatis ut mihi nugis.
Pagina turgescat.

Y ha de ser la que Marcial puso en su lib. X, con una oracion contra el Tacino, que comienza:

Nasutus sis usque licet, sis denique nasus.

D. PED. V. m. lo pertrechará de manera que nos atrevamos á enviarle tal vez á Sevilla.

D. FERN.

Sunt isti duo, tres-ve qui revolvant.
Nostrarum tineas ineptiarum.

Estoy cierto que con ellos se cumplirá la sentencia Plautina:

Provisores arburabunt, si probis narraberis.

Bien los buenos judgadores,
Si á buenos se lo contares.

Nunc itaque et verbus, et cætera ludrica pono.

Laudate pueri Dominum.
Laudate nomen Domini.
Ipsi Gloria.

ΕΙΣΑΙΩΝΑΣ

VARIOS TRATADOS

ANTIGÜEDAD
DEL APELLIDO CARO

Á D. FERNANDO CARO,

Regidor Perpétuo de la Villa de Carmona,

EL DR. RODRIGO CARO, S.

Pregúntame Vm. por la suia si este apellido de *Caro* es antiguo, i si en los tiempos passados por las historias consta auerse llamado *Caros* algunos varones famosos? y en tal caso me manda le sirva con hazer una breve recapitulacion i catálogo de ellos. En ámbas cosas interesso tanto gusto, que despues de auer hecho lo que Vm. me manda, no me queda deudor de cosa alguna, por ser comun la causa i el gusto. Bien quisiera io satisfazer este intento con más copia de libros que los que en esta villa tengo, hallándome en parte que me pudiera valer de los de mis amigos; pero como lo que aquí escribo no es más que obra de la memoria, en hallando algo de nuevo, lo podremos añadir.

Ante todas cosas, agradesco á Vm. el gusto que nó sólo en ésta, pero en todas las cosas de antigüedad muestra, i le exorto á que lo prosiga, pues el conocimiento de ella es utilíssimo i necessario á toda suerte de personas i gentes, en especial á los que professan letras ó gobiernan repúblicas, porque entre otros bienes i ecelencias suias introduze en la mente hábitos de sabiduría i prudencia, i despierta el conocimiento de las cosas, para de todas hazer cabal y justo aprecio; da hermosura i sér á las sciencias; establece el verdadero sentir en la variedad de opiniones, porque reconociendo sus autores, sabe discernir sus razones i méritos; haze espléndida i autorizada la oracion, mysteriosa i sonante la poesía; i, finalmente, no ai cosa en las artes i ciencias que más las ilustre i realce. ¿Qué más? De ninguna cosa se jactan i precian tanto las familias i linages nobles como de la antigüedad, y tantos más grados i quilates de valor se les da, quanto más luengo tiempo an tenido en la comun opinion fama i possession de respeto. Esto es, porque como el olvido i la instabilidad de las cosas umanas hazen tan conocida guerra á su duracion, lo que de sus rigores se escapa es tenido á maravilla. Aquello maiormente está sugeto á mudança i ruina, que tiene por lei nuestra mudable i vária voluntad, como son las vozes i nombres de las cosas, que bien así como las hojas de los árboles en las selvas cada año se mudan i renuevan, naciendo unas i envegeçiéndose otras. Horacio, á este intento:

Ut silvæ foliis pronos mutantur in annos
Prima cadunt, ita verborum vetus interit ætas.

Nosotros i nuestras cosas somos debidos á la muerte.

El nombre ¿qué otra cosa es sino voz, y qué otra cosa es la voz sino un poco de aire herido? No tiene más sér ni sustancia. Por esto llamó vanos los nombres Ovidio:

Quid Styga? quid tenebras et nomina vana timetis?

Y Lucano, en su *Pharsalia:*

Et nomina vana Catonum.

Por su vanidad perecen y mueren. Ausonio:

Monimenta fatiscunt.
Mors etiam saxis, nominibusque venit.

Por esto con justa razon merecen respeto los nombres que del olvido i la mudança, que es su muerte comun, se escaparon; i luégo que en la lecion los encontramos, pulsan el ánimo i llaman la atencion.

Por ventura fué esta la causa que movió al doctíssimo Antonio Agustin, arzobispo de Tarragona, á hazer un libro bien grande, en que recapituló los nombres propios que en los libros del Derecho se conservan.

Si io ubiera tenido este intento, por ventura ubiera colegido un gran catálogo de nombres de familias que hoy en España se conservan. Los que aora me ocurren son éstos: Ponçe, Pacheco, Estúniga, Calvo, Laines, Elío, Mesa, Palma, Varo, Merino, Melio, Pino, Mena, Pastor, Copones, Florido, Mela, Parra, Mato, Serrano, Abbad, Cano, Marin, Falcon, Adrian, Laso, Leon, Millan, Arellano.

No es ménos frequente ni çélebre que todos los dichos este apellido i nombre *Caro* en historias é inscripciones, de que haré á Vm. una breve recapitulacion y

compendio, traiendo por testigos de lo que digo nó sólo los autores, sino los mismos lugares originalmente, para que se entienda que no hablo de cabeça como dicen. I porque siempre en tales casos es justo temer la calumnia, es forçoso enbraçar el escudo contra ella, i desde aora protestar que mi intento no es por esto texer descendencias, ni derivar genealogías; porque aunque en la de este apellido a auido en esa villa i en otras de Andaluzía, Castilla i Valencia, i de presente ai, insignes familias i varones, no es mi intento dezir que estos ó aquellos vienen de alguno de los que aquí nombrare, sino sólo manifestar la antigüedad i célebre mencion de este nombre i apellido: pero aunque los que ubieren tenido nuestro nombre no sean deudos ó progenitores nuestros, es bueno hazer parentesco de solos los nombres para imitarles en la virtud ó ecelencia que tuvieron, conque merecieron la inmortalidad. No va tan descalço de razon i fundamento este parentesco, que no lo tenga con firmeza en el Derecho. El jurisconsulto Papiniano lo dixo en la lei 76 *cum filius. Vide l. uxorem* 29, *ff. de manumissis in testamento. Cuiacius doctissime ind.* § *pater: Dig. de legat. II*, allí. *Sempronio plus tribuas in honorem nominis mei:* porque la similitud ó unidad del nombre causa amistad.

Marcial, lib. X, epigr. 73, *ad Marcum:*

Possem nisi munus amare
Marce tuum, poteram Nomen amate meum.

Fué cosa mui usada en el pueblo romano que los que passauan á agena familia por adopcion ó arrogacion dexassen su propio nombre i el de su familia natural, y

tomassen el nombre de aquella á que passavan por adopcion; como lo hizo Paulo Emilio, hijo de Paulo Emilio Macedónico, que por adoptarlo Scipion dexó el nombre propio y se llamó Scipion como su padre adoptivo. Y no auia otra razon más fuerte para tal mudança, si no tuvieran por parentesco la similitud del nombre, imitando la naturaleza, i supliéndola con arte; por lo qual nadie que esto supiere se maravillará que passe en nosotros lo que tan comun a sido en el género umano, especialmente en las repúblicas políticas i bien gobernadas.

Viniendo á nuestro intento, el primer *Caro* que á esta memoria viene fué soldado valentíssimo de Alexandro Magno, cuia historia escribe elegantemente Quinto Curcio en el lib. IX de las *Cosas de Alexandro*, cuias palabras trasladaré fielmente en la manera siguiente:

«Avia Alexandro tomado la ciudad de Nora y otros muchos pueblos de menor contía, cuios vezinos se acogieron y hizieron fuertes en un peñasco tan alto, y tan fuerte por naturaleza, que llegándolo á conquistar Hércules, segun fama, se desistió del propósito. Falto de consejo Alexandro, porque el tal peñasco, que se llamaua Dorinis, era tajado por todas partes, se le ofreció un ombre maior, diestro en aquellos lugares, con dos hijos suios, el qual le dixo que si se lo pagaua le mostraria camino para ganarlo. Ofrecióle Alexandro ochenta talentos, y tomando por rehenes uno de los dos hijos, le dió soldados para la conquista. Fué por capitan de los soldados armados á la ligera Mulino, secretario del Rei, para que cercando la peña por la parte que tenía un cer-

ro frontero entretuviessen i engañassen al enemigo. Este gran peñasco, nó como los ordinarios se levanta poco á poco á su maior altura; ántes, á manera de una *torre* (1), estaua derecho: bien que por la parte baxa era más ancho i en la superior más angosto. Passa á la raíz de él el rio Indo, hondo por ámbas vandas; por otra parte estaua cercado de lagunas i pantanos, en tal manera que era impossible combatirlo sin terreplenarlas. Estaua á mano una selva, de la qual mandó Alexandro que cortassen fagina, pero que no truxessen más que los troncos, porque no se estorvassen, i él echó mano el primero á un árbol, i lo arrojó al pantano: acudió luégo con alarido i gusto todo el exército, no dexando ninguno de hazer cosa que el mismo Rei auia comenzado: detuviéronse en esto siete dias; i estando ia llenas aquellas cavernas, mandó el Rei que los flecheros i los soldados llamados argianos forcejassen por subir arriba. Escogió él mismo de su compañía treinta valientes mançebos, á los quales dió por capitanes á *Caro* y Alexandro. Á éste advirtió el Rei que mirasse que tenía su nombre mismo; i porque el peligro era mui euidente, no pareció que convenia que el Rei en persona fuesse á esta impresa: mas así como se dió señal de acometer, como varon de audacia prompta, vuelto á los de su guarda, mandó que le siguiessen, i él el primero acometió al gran peñasco, no quedando maçedon que no le siguiesse, porque dexados sus puestos, todos siguieron á su Rei. Era cosa de lástima verlos caer de lo más alto i que se

---

(1) *Meta* está en el testo de Q. Curtio; pero como este género no está en el uso, trasladamos *torre*.

los tragaua el rio, i movia tristeza i dolor áun á los que no peligrauan, adivinando en la miseria agena lo que para ellos estaua tambien guardado; i volviéndoseles en miedo la misericordia, no llorauan ia los muertos, sino a sí mismos; auíanse ia empeñado tanto que no era posible volver atrás, sino siendo vençedores, aunque á mucha costa, porque los bárbaros arrojauan grandes peñas sobre los que subian, las quales, no pudiéndose tener los soldados por la altura, daban con ellos abaxo. Auíanse escapado del peligro Alexandro y *Caro*, capitanes de aquellos treinta que el Rei auia enviado delante, i ia començaban á pelear de cerca con los enemigos; pero como los bárbaros arrojauan dardos de lo alto, recibian muchas heridas. Acordóse el capitan Alexandro de lo que el Rei le auia dicho, i peleava con más ánimo que recato, hasta que caió muerto, herido por todas las partes de su cuerpo; y viéndolo *Caro* ia caido, no acordándose más que de su vengança, començó á arrojarse contra el enemigo, dando á muchos la muerte, ia con la lanza ia con la espada: pero cercando á uno solo tantos enemigos, cayó sin fuèrza y sin vida sobre el cuerpo de su amigo. Viendo tan miserable caso Alexandro Magno, mandó dar señal de recogerse.» Hasta aquí Q. Curtio, á nuestro intento.

Sucedió esta batalla cerca de la Olimpiada 114, de la fundacion de Roma 400 años, i ántes que Nuestro Redentor Jesucristo naciesse 350 años. Tanto es antiguo en varones célebres el apellido y nombre de *Caro*, pues le tuvo este ínclyto mançebo, que murió por su Rei i por su amigo.

I de su historia consta tambien lo que poco á deżíamos de la similitud del nombre, pues Alexandro Magno le hizo cargo al compañero de *Caro* que advirtiesse tenía su nombre, para que le imitasse en el valor. Las palabras de Curtio son éstas: «*Duces, inquit, his dati sunt* Carus *et Alexander, quem rex nominis, quod sibi commune esset cum eo admonuit.*» I esta similitud de nombre fué vastante para que no cediesse al rigor de la muerte. *Ergo Alexander et promissi memor, et nominis sui dum acrius quam cautius dimicat, undique confossus obrruitur.*

Este *Caro*, como parece de Q. Curtio, era griego, natural de Macedonia, porque los soldados pretorianos de Alexandro que él llevava en su guarda i compañía, de la qual era *Caro*, eran macedones, como el Rei tanbien lo era.

De Macedonia passaremos á nuestra patria España, igual i semejante á ella en el valor de sus naturales. De aquí fué *Caro*, capitan general de los pueblos segedanos, arevacos i thitios, que todos ellos lo eligieron de comun parecer contra los romanos, que entónçes hazian la guerra en España la Citerior, por aquella parte que oi llamamos Castilla la Vieja, cerca de Osma. Salió *Caro* á la batalla con veinte i cinco mill ombres, y contra él el cónsul Marco Fulvio Nobilior, que traia en su exército treinta mill de pelea i muchos ciudadanos romanos. Úbose *Caro* y su gente tan valerosamente, que desbarató el Cónsul y lo puso en huida, auiéndole muerto mucha gente, i entre ella seis mill ciudadanos romanos, cuia muerte fué sentida i llorada en Roma. No le costó

á *Caro* de valde tan illustre vitoria, porque de manera le empeñaron su valor i corage en la prosecucion de ella, que peleando fortíssimamente caió muerto i vencedor. Este sucesso cuenta Apiano que passó 601 años de la fundacion de Roma, 150 ántes que Nuestro Señor naciesse. Parece que las provincias que en el mundo con más orgullo an imperado, con invidia unas de otras, an produzido varones de este nombre insignes; pues de Macedonia, patria del maior capitan del mundo, passamos á España, patria de los Trajanos, Adrianos i Theodosios, i de aquí á Italia, señora del mundo, asombro de todos los siglos que son i serán, en la qual nacieron muchos de este apellido *Caro*, insignes varones tanto en la guerra como en la paz. En ésta más que en aquélla resplandeció Tito Lucrecio *Caro*, natural de Roma, de la nobilíssima y antiquíssima familia de los Lucretios; fué admirable poeta i philósopho de la secta epicúrea: escribió doze libros *De Rerum Natura*, i fué el primero de los romanos en aquel género, como lo dize él mismo:

Auia Pieridum peragro loca nullius ante
Trita solo.

Ciceron alabó i estimó mucho sus obras, i las corrigió. Ovidio adivinó por su ingenio i grandeza su inmortalidad, pues dixo que sólo el último fuego del dia del Juizio las consumiria.

Carmina sublimis tunc sunt peritura Lucreti.
Exitio terras cum dabit una dies.

Onrran los poetas latinos su memoria con magníficos epítetos i encomios: unos le llaman admirable, otros

sublime, otros de árduo furor. Véanse Ovidio, Marcial, Quintiliano, Papinio Estacio, y otros.

Amólo tanto Lucilia, su muger, que dándole un poculo amatorio, le quitó la vida. Floreció más de cien años ántes que Jesucristo naciesse: de él no quedan oi más que seis libros, *De Rerum Natura.*

Poco despues de Tito Lucrecio *Caro* florecieron en Roma Marso, Rabirio, i Macro, poetas, i entre ellos fué célebre *Caro.* De él haze memoria Ovidio en el IV de *Ponto*, el. 16, en aquellos versos:

Et qui Iunonem læsisset in Hercule Carus,
Junonis si nom iam gener ille foret.

El mismo Ovidio tuvo un amigo llamado *Caro*, persona de mucha cuenta i valor en Roma, que le defendia en su destierro i permanecia su amigo en su caida, cumpliendo con la ethimología del nombre de *Caro* que tenía. En el III de los *Tristes* lo dize Ovidio:

Sum quoque Care *tuis defensus viribus absens;*
Scis Carum *veri nominis esse loco.*

En el IV de *Ponto*, en la *Elegía* XIII, escribe al mismo *Caro*, rogándole mucho que, como persona llegada al emperador Germánico César, interceda que se le alçe el destierro, y le da cuenta de su vida en él. Comiença esta *Elegía:*

O mihi non dubios inter memorande sodales
Qui quod es, id vere Care *vocaris, aue.*

En Novempopulonia, ciudad de Francia, dura hasta oi una inscripcion de Marco Tarino *Caro*, sacerdote. Tráela Jano Grutero en las *Inscripciones del Orbe.* Comiença así:

M. TARINO. CARO. SACERD.

Cornelio Tácito, en el lib. I de sus *Historias*, haze memoria de Julio *Caro*, soldado legionario, que mató á Tito Vinnio, amigo del emperador Galba: «*Ante ædem Divi Julii iacuit primo ictu (T. Vinius) in poplitem mox ab Julio* Caro *legionario milite in utrumque latus transverberatus.*»

En tiempo de el cruel Domiciano ubo en Roma un varon noble, que fué delator ó fiscal, llamado Metio *Caro*, el qual, sirviendo á la auaricia de su dueño, fué tenido por mal ombre. De él ai hecha memoria en autores de aquel tiempo. Plinio el más moço, en la *Ep.* á Voconio, lib. I: «*Lacerat Herennium senecionem tam intemperanter quidem ut dixerit ei Metius* Carus: *Quid tibi cum meis mortuis*?» I en el lib VI, *Epístola ad Hispanum:* «*Petit ut* Carus *veniat, nosque si potest, in alliqua inquisitionis vestigia inducat.*»

De éste habló Juvenal en la *Sátira* I, v. 35:

> *Quem Massa timet quem munere palpat*
> Carus, *et a trepido Thimele summissu Latino.*

No lo olvidó Marcial, lib. XII, *Epigram. in thelesinum* 22, *et ibi Radericus:*

> *Ecce reum* Carus, *detulit adsit agellus*
> *Exsilii comitem queris? agelluseat.*

Plinio, lib. VI, *Ep. a Voconio*, nombra á Atilio *Caro*, que, pues él confiessa ser su amigo, sin duda era persona de mucha cuenta. «*Scribis, inquit, Robustum splendidum equitem romanum cum Attilio* Caro *meo ocriculum usque iter fecisse deinde nusquam comparuisse.*»

Si los comentadores de Juvenal entienden que este

Attilio *Caro* es el delator Metio *Caro*, se engañan, pues en los nombres ó pronombres son diferentes.

Luciano el que se llamó Blasphemo, en el lib. II de las *Verdaderas Historias*, haze memoria de *Caro*, que fué vencedor en lucha, exercicio en los buenos tiempos mui valido i estimado.

En el tiempo de Tito Aurelio Antonino, sucessor de Hadriano, nuestro italicense ó sevillano, fué cónsul en Roma Caio Popilio *Caro:* tubo tanbien dignidad de sodal hadrianal. Consta de los *Fastos Consulares* i de una piedra antigua *in Tibure in æde Divi Pauli non procul ab Urbe.*

CAIO. POPILIO. C. P. QVIRINA
CARO. COS. VII. VIR. SODAL.
HADRIANAL. LEGATO. IMP.
CAES. ANTONINI.

Marco Valerio Marcial, en el lib. IX, escribe dos á *Caro*. La una comiença así. *Epigr.* XVIII *ad Carum:*

O cui virgineo flavescere contigit auro
Dic ubi Palladium sit tibi Care *decus?*

La segunda, *ad eundem Carum*, acaba con un dístico tal:

Non solum Pallas tribuit tibi Care *coronam*
Effigiem domini quam colis illa dedit.

Lambino, Turnebo y otros gramáticos dizen que este *Caro* fué abogado; otros que capitan de cien soldados; Radero que fué vencedor en los juegos quinquatrios en onor de la diosa Minerva, i que por esto le dió el Emperador una corona de oro en premio. De

qualquier modo él fué persona principal y çélebre.

El mismo poeta Marcial, en el dicho lib. IX, escribe otro *Epigramma* á *Caro*, deudo suio (lib. IX, *Epíg.* 55, *ad Carum cognatum*), á quien enviava ciertos regalos. Comiença así:

Si mihi Picena turdus palleret oliva.

Y en la mitad del *Epigramma:*

Cara daret solemne tibi cognatio nomen.

Algunos exemplares leen *Clara*. Estoi por los originales que dizen *Cara*, con la qual voz satisfaçe dos intentos: el uno del apellido de su familia, que se llamauan *Caros*, y el otro de la propinquidad i amor de deudo. I pienso que estos *Caros* eran españoles, porque lo era tanbien M. Valerio Marcial.

En el lib. X satiriza á un *Caro* que fué médico y murió de quartanas. Dize así:

Nequius a Caro *nihil unquam Maxime factum est*
Quam quod febre perit, fecit et ille nefas.

No a auido qué desechar en todos los Caros de que hallamos hecha memoria; pero el que se sigue vastava para dar mucho onor i sér á este apellido de C*aro*, pues lo tuvo no ménos que un emperador romano. Éste fué Marco Aurelio C*aro*, electo por el exérçito año de la Natividad de Nuestro Señor de 283. Fué su elecion aprobada por el Senado, porque en muchas dignidades i cargos que C*aro* auia tenido en tiempo de Probo, su antecessor, se auia mostrado merecedor de tan gran monarchía, así en paz como en guerra. Fueron sus hazañas muchas: en suma, venció los Parthos; tomó por fuerça de armas las famosas ciudades de Seleu-

cia i Thesiphonte i la provincia de Mesopotamia. Atajó un raio el curso de su vida i sus vitorias, estando en su tienda. Dexó dos hijos emperadores augustos, Carino i Numeriano. En Ibiça permanece oi una basa de estatua con tal inscripcion:

IMP. CAES. M. AVRELIO. CARO.
PIO. FELICI INVICTO. AVG. PONT.
MAX. TRIB. POT. P. P. COS. II.
PROC. ORDO. EBVSI. D. N. MER.

«El Concejo de Ibiça puso y dedicó esta estatua á su señor el emperador Marco Aurelio *Caro*, piadoso, felice, augusto, pontífice máximo, tribuno de la plebe, padre de la patria, cónsul segunda vez, porque mui bien lo merecia.»

En Tarragona, en la iglesia de Santa Tecla, está la inscripcion siguiente:

FORTISSIMO. ET. CLEMENTISSIMO.
IMP. CAES. M. AVRELIO. CARO
INVICTO. AVG. P. M. T. P. COS. II.
PROCONSVLI. M. AVRELIVS. VA
LENTINIANVS. V. C. P. P. HISP.
CIT. LEG. PR. PR. D. N. M. Q.
EIVS.

«Al fortíssimo i clementíssimo emperador César Marco Aurelio *Caro*, invincible, augusto, pontífice máximo, tribuno de la plebe, cónsul segunda vez, procónsul, dedicó esta estatua Marco Aurelio Valentiniano, vicario cesáreo, prefecto pretorio, legado pretor i propretor de la provincia de España Citerior, devoto á su divinidad i magestad.»

La celebridad de este nombre llega hasta la caida del Imperio romano, i con él se sepultó como todas las demás cosas; i así hallo entre los *Epigrammas* que Ausonio Galo hizo á diversos héroes, uno que escribió á un *Caro*. Son sus palabras las que se siguen:

Me sibi, et uxori, et natis commune sepulcrum
Constituit seras Carus *ad exequias.*

Olvidávaseme poner en la lista de los *Caros* á Tito Ebucio *Caro*, triumviro, que con Marco Emilio Lépido y Tito Quincio Crispino deduxo las colonias de Mutina y Parma en el año 600 *ab Urbe condita*, que fué 152 años ántes que Jesucristo naciesse: consta de Tito Livio, cuias palabras son éstas: «*Eodem anno Mutina et Parma, coloniæ romanorum, ciuium sunt deductæ, bina millia in agrum qui proxime bocorum, ante Tuscorum fuerat. Octona iugera Parmæ, quina Mutinæ acceperunt. deduxerunt triumviri, M. Æmilius Lepidus, T. Ebutius* Carus *L. Quinctius Crispinus.*»

De Salvio *Caro*, procónsul de Creta, haze mencion Ulpiano en el lib. XLVIII de los *Digestos*, t.º *ad Sen. Cons. Turpilianum*, lib. XIV. Aunque en otros originales se llama el mismo Flauio *Caro*.

De Q. Latinio *Caro* ay una inscripcion en Iano Grutero, pág. 658 *Lugduni:*

Q. LATINIVS. CARVS
ET. DECIMIA. NIPOCOLIS
PATRONI. ALVMNO. KA
RISSIMO. ET. SIBI. POSVE
RVNT. ET SVB. ASCIA. DE
DICAVERUNT.

In Colonia Agrippina:

L. AEMILIVS. CARVS
LEG. AVGVSTALIS.

Jano Grut., pág. 1025.

L. AEMILIO. L. F. CAM. CARO
LEG. AVG. PR. PR. PROVINCIAE
CAPADOCIAE, etc.

Jano Grut., pág. 300. Fué cooptado Decio Iunio *Caro* en la Decuria 17. Vipsanio y Messala Consulibus.

Hasta aquí los autores antiguos romanos i griegos, i no pienso que dexará de auer otros muchos, que io no e visto, donde se hallen varones de este nombre. En nuestra edad, i de 400 años á esta parte, en España, Italia, Inglaterra i otras provincias a auido i ai personas de este apellido con quien pudiéramos onrrar este catálogo; pero no es tal mi intento, ni Vm. me pregunta esto. Por fin de todo pondré la inscripcion que Vm. quiere poner en su capilla al señor Juan *Caro*, padre de Vm.:

D. O. M. S.
IOANNI. CARO. V. C. QVI. FIDEM. PIETATEM.
AMOREM. ERGA. PATRIAM. A. MAIORIBVS.
REFERENS. VIVVS. EXCOLVIT. MORIENS.
POSTERIS. COLENDA. RELIQVIT. QVI. HOC
D. IOANNIS. BAPT. SACELLVM. VETVSTATE.
COLLAPSVM. P. S. FVLCIENDVM. CVRAVIT.
QVI. PIE. VIXIT. PIVS. OBIIT. ANN. LXXIII.
FERNANDVS. CARVS.
CARO. PARENTI. B. M. P. ET. FILIIS
ANNO. XPI. M.DC.XVIII.

En Segouia, en fragmento de mármol terminal, se leen estas letras, TVSTVM ET CARVM, que por ventura fueron los duumviros que señalaron el término. Allí, en la parroquial de San Blas, está un lucido de mármol que fué sepultura de un caballero llamado Pedro Caro, i con él tuvieron allí sepultura su muger i hijo: segun las letras parece de 400 años ó más de antigüedad. Está en latin, en el género de versos que entónces se usaua, i el autor parece no auerse olvidado de las obligaciones de la sílaba del verso heróico. Dize así:

OSZA. PET. CARI. LECTOR. SCIAT. HI. TOMVLARI.
CONIVX. ET. NATI. SVNT. EV IBIQ. LOCATI.
EST. VRRACA. PARENS. PROLES. D. CARQ. EORVR.
PATER. NAZRVM. LAVRENTIVS. ESTE. SVORVM.
AC. PARARENS. EST. NATI. NOMEN. ÆLIV.
VV. JE FVCTV. SIT. XREMISERTv. EORV.



Sacó las letras fielmente quien me dió copia de esta inscripcion.

De este caballero Pedro Caro era hijo otro que vino á la conquista de Seuilla con el santo rei D. Fernando, i fué repartido en Utrera, como consta del repartimiento de Seuilla.

Del comendador Aníbal *Caro* haçe mençion Xrisptóual Salasar Mardones en el comento de la fábula de Píramo y Tisbe, pág. mihi 75 y 74, en la copla 44, en el último verso.

De Roberto *Caro* haçe mençion Juan Ouen, lib. I, *Epig.* 45, pág. 170, y que fué consegero Rl. privado del Rey y mui querido de todo el reino.—*Ad Henrricum principem*, lib. I.

Á LA VILLA DE CARMONA

SILVA

¡Salve, alcáçar sagrado!
¡Salve, una i otra vez, antiguo muro
De mí por patria cara venerado!
Aunque del tiempo vives mal seguro,
I de el mismo te veo
Ia casi en tus ruinas sepultado,
No sé qué de valor i de grandeza
Á mis ojos offreces,
Con que respeto i affición mereces!
¡Quán bien te puso nombre de alegría,
O ínclyta Carmona,
Quien tu primero pueblo disponia!
Pues con mural corona
Sales festiva á recibir el dia,
I con la fértil copia de tus bienes
Alegre lo festejas i entretienes.
Prevínote la mano artificiosa
Sobre altos pedernales arriscada,

Para que de altos fines
Émula á las estrellas te avezines:
I tú, á grandes hazañas ardidosa,
Les hurtaste no ménos que un lucero,
Que resplandeçe, impressa gloriosa,
En el escudo de tu limpio acero.
De tu illustre tropheo
Las dos Hesperias invidiosas veo,
Pues usurpas su onor á Leucothea,
I el Héspero luciente á Cytherea.
Para ser como reina respetada
Te dió naturaleza
La magestad i alteza:
I así, en ombros de montes levantada,
Presides al gran llano
Que enriqueçe de espigas el verano.
¡Quánto es mejor tu vega
Que la que en várias flores deleitosa
Dauro varre con oro i Genil riega!
¡Quánto te debe Pallas belicosa
De olivas siempre verdes!
¡Quánto licor sagrado
Pródiga en aras de Dionysio pierdes!
Mas ¿para qué tu generoso aliento
Desacredito en lo caduco i vano,
I arrastro por el suelo el pensamiento?
Vozes me da en su templo soberano
La fama de tus hijos inmortales,
Cuio nombre la Aurora en sus umbrales
Oió admirada; i su valor pregona
El indio mar en la tostáda zona.
Aquí i allí corrieron orgullosos,
El renombre español acreditando,
I dando á Márte ejemplos gloriosos.
¿Qué está la fiera invidia murmurando?

Pues vió quánto esta gloria tuia abona
Que para el César invencible fuesse
Flaco el poder romano,
I á el mismo pareciesse
(Quiçá temió) fortíssima Carmona.
De la bárbara güeste descreida
De el feroz africano
Tanto fuiste temida,
Que acometer no osó tu muro fuerte;
I assí, pudo engañarte, nó vencerte.
¡Ai, quánto precio diste
De noble sangre al fiero alfange moro,
Á la vida la Cruz anteponiendo,
La lealtad al thesoro!
Dígalo el cuello santo
De uno solo (¡i quán grande!) Theodemiro,
Admiracion de Córdoba, i espanto
Del bruto Abderrahmen enfurecido.
I ¿qué retorno diste á su venganza?
Mill te pagó por uno.
Tú fuiste de Fernando la esperança,
Que con sólo aquistar tu alcáçar fuerte
Adelantó su intento glorioso
Sobre el obscuro reino de la muerte:
Lloró su fatal suerte
El bárbaro en Seuilla delicioso;
Arrastró negro luto entristecido
El gran Calipha, en África temido.
¿Qué reñidas batallas, qué esquadrones
No onrraron tus pendones?
Illustres hijos tuios
Dan sér al promontorio Melitêo,
Desde el mar gaditano al turbio Egeo.
¿Quién el genio no admira
De los que con benigno aspecto mira

Erudita Minerva?
Mas su decoro á sí solo reserva
Su debida alabança;
Que aunque se esfuerçe osado el pensamiento
El dezir no lo alcança.
Vive siempre segura, vive ufana:
No temas de tu luz sombra enemiga:
Tu gloria soberana
Vivirá eternamente;
Que es maior que el olvido tu alta frente.

Á Don Fernando Caro. S.

Mucho puede Vm. conmigo, pues los ímpetus de la juventud, de quien es propio exercicio el poema, con mandarme los a resuscitado para hazer esta cancion á esa villa, la qual debe á mi desseo el querer dezir mucho de ella, como por su discurso se echa de ver. Mas porque no se puede dezir en pocos versos mucha historia, i la poesía es mejor mysteriossa que larga, toqué algunas cosas, que si no es quien está mui adelante en ámbas cosas, por ventura no las entenderá. I así, me pareció satisfazer á qualquier letor con declarar lo más importante de esta cancion en estos escholios ó observaciones.

¡Salve, alcáçar, etc.—Phrasis familiar á los que saludan la patria ó los padres:

Salve sancte Parens, iterum salvete recepti
Ne quicquam cineres.

I nuestro doctíssimo Nebrisense, saludando á su casa despues de una larga ausencia:

Salve parva domus, iterum salvete Penates,
Atque Lares ortus conscia turba mei.

Jacobo Menetio Vasconcelos á su Ébora:

Salve magna parens frugum, fæcunda virorum
Salve altrix nobis, urbs o gratissima salve.

De mí por patria cara, etc.—Esta voz *cara* es alusiua i ancípite, i se puede atribuir, nó sólo á que es patria cara, esto es amada, sino á que Carmona es patria de los *Caros,* porque de esa villa se an derivado á muchos lugares de su contorno familias de *Caros,* gente de estimacion i cuenta.

¡Quán bien te puso nombre de alegría, etc.—Io e tenido á la villa de Carmona por lugar á quien fundaron i pusieron nombre los phenices ó cartagineses, en cuia lengua se halla esta voz *Carmon,* por un monte que hubo en Phenicia fertilíssimo. Sinifica tanbien en lengua sira *Malum granatum, sive vinea doloris et fortitudinis;* la granada, ó viña de dolor i ſortaleza: significados que quadran mui bien al sitio, forma, disposicion i fertilidad de esa villa i sus campos. Muévome á creer esto, porque toda esta tierra la poblaron i abitaron phenices, tirios ó cartagineses, que toda es una casta i nacion, i los lugares que poblauan ó fundauan los llamauan del nombre de otros lugares de su tierra, como aora lo hazen los

españoles en las Indias, que á las ciudades que fundan ó abitan las llaman, como las de acá, Mérida, Trugillo, Cartagena, la Puebla, etc. Por esta misma razon entiende Arias Montano que Seuilla es fundacion de phenices, de la voz phenicia *Spala*, que quiere dezir llanura.

De la opinion mia va diverso Bernardo Aldrete, varon doctíssimo i de consideradíssimo juizio. Fúndase en que la voz *Carmon* en la lengua griega sinifica alegría: por ventura le pusieron así por lo mucho que descubre de cielo, i la vista que por todas partes descubre de su apacible i hermosa vega. Además, que el mismo nombre tuvo una ciudad de Arcadia, segun Pausanias; otros quieren que *Carmon* fuesse lugar en Mesenia. El mismo nombre tuvo el templo de Apolo en Lacedemonia, un rio en Arcadia, i un monte en el Peloponeso; i segun esto, la fundaron griegos.

¡O ínclyta, etc.—Epíteto que á la maior ciudad da el maior de los poetas antiguos:

Augusto augurio posquam inclyta condita Roma est.

Á Troia, Virgilio:

O patria, o patres, Divum domus inclyta Troia.

Las dos Hesperias, etc.—Son Italia i España, ó de Atlante Hespero, rei de estas partes ocidentales, ó de la estrella de Vénus, que parece al Poniente i se llamó Hespero. *Carmo* tiene por insignia de sus armas un luzero con esta letra: *Sicut Lucifer lucet in Aurora, sic in Bæthica Carmo*. En las monedas antiguas tuvo por una parte espigas i por otra un rostro con una çelada, que fué señal de municipio. Dize que le hurtó el Espero

luziente á Cytherea, porque de la diosa Vénus fué mui amado. Así lo dize Claudiano *in Epithalamio:*

Attollens thalamis Idalium iubat
Dilectus Veneri nascitur Hesperus.

¡Quánto licor sagrado pródiga en aras de Dionysio pierdes! etc.—Dionysio es el dios Baco, á quien los antiguos atribuieron la invencion de las vides i del vino, de que, como todas las demás cosas pertenecientes á la vida umana, Carmona no careçe, aunque en esto es ménos fértil que en lo demás: quiçá por eso tanbien le quadra el nombre de Carmon, que es viña de dolor.

Mas ¿para qué tu generoso aliento, etc.—Aquí se levanta el poeta en las locuciones i en la materia, pareciéndole que es poca alabança tratar de la fertilidad de Carmona, y finge que la Fama lo llama á que vea en su templo los naturales suios que an sido famosos.

¿Qué está la invidia fiera murmurando? etc.—Pareciéndole que auia andado demasiado en las alabanças, i que la invidia tendria justa razon de murmurar, hace un apóstrophe, respondiendo con exemplos práticos para acreditar lo que dize.

Que para el César, etc.—Esta es hipérbole, porque dize que á César Julio, á quien toda la monarchía romana pareció flaca, pues él la venció, Carmona le pareció fortíssima. El mismo César lo escribió en el I *De Bello civili: «Iisdem diebus Carmonenses, quæ est longe firmissima totius provinciæ civitas deductis tribus in arcem oppidi cohortibus a Varrone præsidio, perse cohortes eiecit portas que præclusit.*

Tanbien haze mencion de esta villa en el lib. IV *De Bello Alexandrino*.

Y así, pudo engañarte, etc.—Esto cuenta D. Rodrigo Ximenez en el lib. III, cap. XXIII, de la *Historia de los Godos*: «*Deinde venit Carmonam, et quia dictum fuerat, quia vix impugnatione aliqua posset capi, missit comitem Iulianum cum aliquibus xpianis. ut fugam quasi victi a prælio simularent, et sic a civibus recepti pro hospitalitatis officio hospitam civitatem in manus Arabum prodiderunt, noctu enim vigiles occiderunt, et per portam, quæ Corduba dicitur Arabes induxerunt.*»

Desconfiados los moros de tomar por fuerça de armas á Carmona, persuadieron al conde D. Julian que con esta traicion la entregasse, i así lo hizo.

Dígalo el cuello santo de uno solo (*¡y quán grande!*) *Theodemiro*, etc.—Fué San Theodemiro natural de esta villa, monge Benito: murió martirizado en Córdoba á 25 de Julio, año de 851; hace memoria de él S. Eulogio en el lib. II, cap. VI: «*Cuius cadaver* (*Pauli Diaconi cordubensis*) *ante fores palatii derelictum cum beati Theodemiri monachi carmonensis corpore apud sanctuarium prædicti martyris Zoili conditum est, qui et ipse invenis post* 6 *dies, qua sanctus decidit; Paulus ocubuit.*»

¿Qué reñidas batallas, etc.—En la conquista de Granada siempre se señaló Carmona, acompañando su pendon al de Seuilla: en la toma de Alhama se señaló Juan de Ortega. Antonio, en la *Década* II, lib. I, cap. II: «*Igitur per amicæ noctis silentium scalas muro exteriori admovent, scandit primus omnium Joannes Ortega, qui se profitebatur scalarium, vir paratus in utrumque fa-*

cinus, seu rem conficere, aut certæ occumbere morti.»

Estévan de Garibai i otros dizen que era de Carmona este Juan de Ortega.

Alonso de Hojeda de Mendoça, carmonense, fué onbre mui docto en Derechos; escribió un tratado *De incompatibilitate Beneficiorum, atque compatibilitate*, que anda en los tratados de los Doctores, en el tomo XV.

Otros mui grandes varones hai i a auido en esa villa. No es mi intento sino sólo en general tocar alguna cosa y dispertar los ingenios de Carmona á que con sus travajos é ingenio la illustren.

NOTA.—*Estos tratados*, Antigüedad del apellido CARO *y la* Silva á la villa de Carmona, *con sus notas, van copiados del original autógrafo de* Rodrigo Caro, *que guarda entre sus papeles la Sra. D.ª Cármen Caro de Calvo, y nos ha facilitado generosamente. Por eso conservamos en ellos con cuidado la ortografía del original, para que los bibliófilos tengan una muestra exacta de la que usaba el célebre anticuario.*

RESPUESTA

Á ALGUNAS COSAS QUE EL P. MARTIN DE ROA

ESCRIBIÓ EN SU LIBRO DEL PRINCIPADO DE CÓRDOBA

Como el principal intento de sacar á luz mi libro de las *Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla*, fué conservar á esta ciudad en su antiguo esplendor, en aquella parte que mis cortas fuerzas alcanzaron, y que los que no tienen tanta noticia de la antigua historia hallen algo allí junto, corre tambien por mi cuenta satisfacer á los que han puesto alguna duda á lo que allí tengo escrito. No juzgo que en esto se hayan algunos movido con envidia ni mala voluntad, sino que el sentir de los hombres es vario, y fácil la contradiccion de los que demasiadamente se aman á sí ó á sus cosas, ó por ventura piensan que por aquel camino encuentran con la verdad. Siendo, pues, ésta la primera y más necesaria condicion de la historia y de los que escriben antiguas memorias, es justo se sepan los fundamentos que tuve para lo que allí dije. Yo habia comenzado á hacer

algunas adiciones á mi libro; caminando en espacio como se ofrecian las nuevas advertencias, dió ocasion á apresurarlas un libro que tiene por título *Antiguo principado de Córdoba en la España Ulterior*, autor el P. Martin de Roa, de la Compañía de Jesus.

Reconozco en este libro, como en todos los demás, la piedad y elocuencia de su autor, que yo siempre venero mucho: desconozco algunas indiligencias que por ventura causaron mayores ocupaciones, ó estar ya muy vecino á su muerte, que fué el premio de su conocida virtud y obras, con que enriqueció la piedad cristiana. Indiligencias digo, que sin duda ninguno reconociera y enmendara: *enmendaturus si licuisset erat*. Los mayores ingenios incurren en faltas, y la flaqueza humana no pasa sin ellas. Defenderé solamente las que tocan á mi libro de las *Antigüedades de Sevilla*, y como en él procuré con cuidadosa atencion no disminuir ni un átomo la estimacion de la ínclita y antiquísima ciudad de Córdoba, lo mismo haré en estas adiciones, reconociendo sin duda que en la gloria y alteza de sus inmortales hijos está haciendo honrosa contraposicion á Grecia, á Italia, así en el valor militar, como en el claro esplendor de las letras; y dejando lo que tan conocido es, sólo pretenderé aquí que el lector desapasionado nos mantenga en lo que fuere justamente nuestro, quedando la verdad más conocida y clara, sin que aquellos estrechos límites de la modestia, que siempre quisiera guardar, se traspasen un punto, porque admiro y reverencio esta verdad en los ajenos escritos, y quisiera que fuese el mayor ornamento de los mios.

Dice, pues, el P. Martin de Roa, cap. IV, fól. 12: «Con este aviso hablaron tambien algunos modernos, que, tratando de Sevilla, cuál la llama cabeza de su reino, cuál de las ciudades de las costas, cuál que en mucha parte del Andalucía; y la general del rey D. Alonso que en la provincia de Guadalquivir.» Dos cosas pretende en este capítulo nuestro autor. La primera, que Sevilla no es cabeza del Andalucía, sino parte de ella, y que la provincia del Guadalquivir no es más que el reino de Sevilla: en prueba de esto trae la *Historia general del rey D. Alonso*. En cuanto á lo primero, yo en mis *Antigüedades de Sevilla* pruebo por autoridad y testimonio de más de quince autores que uniformemente la llaman cabeza del Andalucía, si no es Brito Lusitano, y por ventura algun otro autor solitario, que en tanto número como el contrario no hace al caso; mas en este punto hablaremos luégo.

Ahora vamos á aquella proposicion que el Martin de Roa saca de la *Historia general* «de que la provincia de Guadalquivir no es más que el reino de Sevilla». Pregunto: ¿no es provincia de Guadalquivir en nuestro vulgar castellano lo mismo que provincia Bética? No puede nadie responder que nó, porque Bética se llama del rio Bétis que la atraviesa: luego si Sevilla es cabeza de la provincia de Guadalquivir, es cabeza de la provincia Bética. Mas si alguno no lo quisiere confesar, dígalo el Príncipe de la Geografía, Strabon, lib. III de version de Xilandro: «*Regionem ipsam à flumine Bæticam vocant, ab incolis Turdetaniam.*» Plinio, lib. III, cap. I: «*Bætica à flumine eam mediam secante cognominata.*» Sí-

guese la consecuencia: si la provincia Bética se llama así del rio Bétis, que en la lengua vulgar moderna se llama Guadalquivir, la provincia de Guadalquivir es la que se llamó Bética: porque nadie escribió jamás ni se ha dicho que haya tal diferencia como la que el P. Martin de Roa constituye: luego la provincia de Guadalquivir es toda la que baña y atraviesa por medio el rio Bétis; y si la provincia del rio Guadalquivir no es más que el reino de Sevilla, Córdoba, Jaen, Andújar y las demás ciudades por donde este rio pasa ántes que llegue á Sevilla, no eran de la provincia Bética, porque no son provincia del rio Guadalquivir. ¿Esto habrá en el mundo quien lo diga?

Mas si por ventura este autor, por huir el peligro manifiesto en que zozobra su interpretacion, adivina que esta es locucion de la *Historia general*, y que en ella se llama provincia de Guadalquivir no más que el reino de Sevilla, le convenceremos con las palabras de la misma *Historia* en todos los lugares que trata de la provincia de Guadalquivir, y luégo con las mismas palabras de este autor en su *Principado de Córdoba*. Declárase á sí misma la *Historia general*, si es posible que en esto se halle alguna anfibología. En la primera parte, capítulo CXLIX: «É los vándalos que eran llamados sylingos, tomaron la provincia de Bética, que es toda la ribera de Guadalquivir, ca Bétis llamaban estónces aquel rio de Guadalquivir que llaman aora...., é fasta aquella sazon fué llamada aquella provincia Bética por el nombre de aquel rio: é aquellos vándalos que la hubieron por suerte, pusiéronle nombre de Vandalia, que en latin

quiere decir como Andalozía.» Nótense aquellas palabras: «La provincia Bética, que es toda la ribera de Guadalquivir; nó parte de la provincia, sino toda.»

Bien se podia librar el desengaño de aquel autor en sólo aqueste lugar, que tan de propósito declara la *Historia general* qué entendia por provincia Bética ó provincia de Guadalquivir: mas porque con toda claridad se sepa cuán poca justicia tuvo en su interpretacion Martin de Roa, pondré aquí todos los lugares de aquella *Historia*, que para sólo este punto leí dos veces *de verbo ad verbum:* en el capítulo ya citado CXLIX, dice así: «En la era de 467 años . . . . . aquel rey Gunderico, desque ovo destroido á Cartagena, fuese para la provincia de Guadalquivir por destruir los sylingos, non haviendo piedad dellos, maguer que eran del linage de los vándalos, é robó toda la tierra, é destroyóla, é llegó á Sevilla, é entró por fuerza, é mató y mucha gente.» En esta conformidad habla Juan Vaseo en el año de 440: «*Richila septem regnavit annos, et Hispali expugnata Bæticam et Tarraconensem provinciam ditioni suæ subjecit.*» Lo mismo Joan de Mariana, lib. V, cap. III: «*Secundum eam victoriam Bætica imperio subjecta, Silingis domitis atque Hispali in potestatem reducta.*» Mas volvamos á la *Historia general*, de que se vale el contrario, pues ella ha de ser el mayor fundamento de su desempeño. Dice en el dicho capítulo: «En el segundo año del reino de Riquila, rey de los suevos, en pues que ovo ganado de los alanos la provincia de Lucena (es Lusitania) fué para Andalucía por ganar de los silingos toda la provincia de Guadalquivir, onde era Sevilla cabeza.»

Esto es lo que sobresalta á la parte contraria: «É llegó á Sevilla é prisol: é de sí dióse toda la tierra, así que ganó aquella provincia.» No habrá ninguno tan apasionado que este lugar no le abra los ojos para entender la verdad; mas prosigamos con los que están en el mismo capítulo: «En el tercero año, que fué la era de 480 años, quando andaba el reyno de Genserico en trese, avino así que el rey Riquila, despues que obo ganado la tierra de Sevilla, fuése para Cartagena con sus huestes.» Aquí le hace mayor honra á Sevilla, pues habiendo dicho que ganó toda la provincia Bética, ó Andalucía, ó tierra de Guadalquivir, dice ahora que ésta era tierra de Sevilla, sin acordarse de ninguna otra ciudad, siendo así que entónces habia en ella tantas y tan grandiosas ciudades.

En la segunda parte, cap. XXIV, vuelve á llamar al Andalucía provincia de Guadalquivir: «É venció é quebrantó en la provincia de Guadalquivir á los vándalos y á los silingos.» En el cap. LXXVIII vuelve á decir que Theodorico, rey godo, envió á la provincia de Guadalquivir un capitan llamado Cerula. En el capítulo LV, hablando del conde D. Julian: «É el conde don Illan guió los moros por la provincia Bética, que es de Guadalquivir, he quebrantó hi muchas ciudades.» Nótese aquí que en esta primera invasion no tomaron los moros á Sevilla, y cuando la tomaron fué nó sólo perdida toda la Andalucía, sino casi toda España. Siendo, pues, así que la provincia Bética y la de Guadalquivir es y ha sido una misma cosa, y sólo se diferenciaron en la mudanza de las lenguas, y que no estuvo en ningun tiempo dividida, ¿con qué razon el P. Martin de Roa,

para lograr un intento descaminado, la quiere dividir, haciendo sólo tierra de Sevilla lo que llama la *Historia general* tierra del Guadalquivir, y nó el resto de la demás Bética ó Andalucía? Pero senténciase á sí mismo este autor, que, olvidado de lo que habia dicho ántes, dice en el cap. V, fól. 21, estas palabras: «La Andalucía siempre fué una, sin haver tenido mudanza ni division: desta manera vino á poder de los godos, y éstos conservaron la division de Constantino.»

El mismo autor, en el cap. V. del dicho libro, al fin de él, hallando que Joan Mariana en la *Historia de España* latina y de romance constantemente llama á Sevilla cabeza de la Bética, en cierta manera lo censura, como si para decirlo no hubiera tenido bastante fundamento. Repara en que siendo el P. Mariana doctísimo y versado en todas letras divinas y humanas, y especialmente en las cosas de España, cuya historia nó sólo profesó, sino que gloriosamente escribió como severo amador de la verdad, le culpa en que llamó á Sevilla cabeza de la Bética; porque si en un varon consumado é insigne religioso, y nacido en ciudad de España, y nó muy léjos de Sevilla, de que tan particular noticia tuvo, y tan conocido nó sólo de los propios sino de los extranjeros, cupo el yerro de que le hace cargo, ¿cómo hace tan absoluta la verdad de Hircio, que era un soldado forastero y nó tan obligado á decir la verdad, y en cuyos escritos se hallan muchas cosas erradas, inconsecuentes, dudosas, y que no se pueden entender, como ya lo han observado varones de consumada erudicion y consta de los mismos escritos? Oigamos la censura de

Lipsio: «*Multa otiosa reperies disjuncta, intrincata, interpollata, repetita, ut omnino non absit quin ad hanc veluti prisci operis statuam novella aliqua accesserit et imperita manus.*» Pero no toquemos en la verdad que ya tiene calificada el tiempo, que yo soy tan amador suyo, que ántes confesaré ingenuamente en tales dificultades mi rudeza é ignorancia, y venerando la sagrada antigüedad le procuro dar la salida tan honrosa como ya la escribí en mi libro de Sevilla; y aunque la autoridad de Joan de Mariana está contestada allí en el fól. 80 y 81 con gran número de graves autores, corroborémosla de nuevo con los que aquí se trujeren.

Sea el primero Fr. Juan Gil de Zamora en la *Crónica de España*, que se ve escrita en pergamino, de letra muy antigua, en el convento de San Francisco de aquella ciudad. Dice así en el cap. LXXIX, hablando del santo rey D. Fernando: «É mientra que esto diese el Rey con grande folganza é todo su reyno se gobernase pasíficamente, vino aquel Pelai Correa sobredicho por que le contara nuevas de Andalucía, el qual recibió el Rey, é le plogo con su venida: mas entre las otras cosas que le dixo al Rey aconsejol que con su hueste cercase la cibdad de Sevilla, que era cabeza de España y en otro tiempo fuera morada de christianos; lo qual como oyese el Rey plogol mucho.» El traslado de buena parte de esta historia hubo el P. Juan de Pineda, de la Compañía de Jesus, tan conocido en todas partes por sus letras y erudicion, y lo tuvo tambien el licenciado Antonio Moreno, cosmógrafo del Rey N. S. El cardenal Margarite ó Gerundense, en su *Paralipomenon*, lib. I: «*Qua-*

rum Bætica continet flumen Bætis dictum Guadalquivir, à nova Carthagine à cujus montibus defluit Occeanum atlanticum, cujus regionis et provinciæ caput est Hispalis et metropolis Beticæ.» Francisco de Castilla, en el tratado de los Reyes de España y sus buenas virtudes, en verso de arte mayor, dedicado al emperador Cárlos V, é impreso en su tiempo, hablando del Rey Santo:

Pues cayo las villas que en propia persona
Ganó de los moros del Andalucía,
Diré las ciudades de más nombradía,
Segun que el prelado Rodrigo pregona,
Á Córdoba y Écija, Palma y Carmona,
Úbeda, Andújar, Jaen y Baeza,
Jerez y Sevilla, que fué la cabeza
De aquellos tres reynos primera corona.

Mario Arecio Siracusano, en los *Diálogos de España*, tratando del rio Bétis: «*Hic ergo et mediam Bæticam influit Cordubam tot claris viris insignem et Hispalim ejus provinciæ caput expulsis barbaris à Ferdinando Rege.*» El bachiller Luis de Peraza, en una historia que escribió más há de cien años, cuyo original MS. tiene el licenciado Sancho Hurtado de la Puente, oidor de la Real audiencia de Sevilla, y en él se contienen muchas antigüedades de esta ciudad, en muchas partes de ella le llama cabeza del Andalucía; y en el cap. VIII, fólio 15, tiene escrito por lema este título: «De la nobilísima provincia Bética ó Andalucía, cuya cabeza es la imperial ciudad de Sevilla.» Ferreolo Locrio, en la obra que intituló *Mariæ Auguste*, lib. IV, cap. XX: «*Hispalis celebre Emporium Hispaniæ et Bæticæ caput.*» Georgio Braunio en su insigne *Theatro*, en la prefacion: «*In His-*

pania Bætica sive Andalucia tantum illud commemorabimus quod cum Hispalis ejus provinciæ caput, expulsis barbaris à Ferdinando Rege.» Gerónimo Brioso *in Compendio rerum memorabilium*, cuyo ejemplar MS. estuvo en la librería del santo arzobispo D. Pedro de Castro, mi señor, y ahora lo tiene el licenciado Alfonso Gordillo Sanchez, abad mayor de la universidad, cap. XVI, hablando de la epístola del papa Anteros, dice así: «*Rescribens autem Romanus ipse Pontifex Prælatis Bæticæ et Toletanæ provinciæ quæ inter cæteras Hispaniæ provincias nitore fidei catholicæ elucebat Bæticam aperte visus est prætulisse, et nostram civitatem, quæ cum omnibus aliis multum præstaret, plurimis de causis, sicut Bæticæ totius, et caput extitit et princeps ita sedis primatum debuit, procul dubio tenuisse.*» Habla aquí en particular de Sevilla y sus grandezas; y despues, tratando de los silingos: «*Quorum nimirum regia sedes, præcipuumque regni caput Hispalis.*» Joan Olivario, sobre Pomponio Mela, lib. II: «*In Bætica vero primas tenet Hispalis quæ nunc Sibilia vocatur.*» Joan Mariana, áun despues de interpelado por el P. Martin de Roa, no se retractó de su opinion; ántes, en el lib. VI, cap. XV, no habiéndolo dicho en este lugar en la historia latina, lo añadió en la de romance, y en el prólogo de esta última edicion, que fué la cuarta de su obra, dice: Que como autor añade y quita á la historia latina, y que esto último quiere que sea y se tenga por su opinion. «Las ciudades sufragáneas al arzobispado de Sevilla, eran la primera Itálica, que hoy es Sevilla la Vieja, legua y media de aquella ciudad nobilísima, cabeza del Andalucía.»

Alonso Sanchez, en el *Anacephaleosi de rebus Hispaniæ*, lib. V, cap. VII: «*Interea Ferdinandus rex hispalense bellum urgere cum in una principe civitate caput regni, Maurici restare videretur, quo sublato reliquum corpus concidere necesse erat*». La *Historia del Santo Rey D. Fernando*, en la prefacion: «Estando el rey don Fernando en Córdoba aparejando los instrumentos bélicos para su guerra, vino á besarle las manos Remon Bonifaz, é era hombre muy sabio para regir una flota de armada por la mar, y él tenía acordado de hacer naos y galeras de armada para aprovecharse por la mar para quebrantar ese fuerte y alto capitolio del coronamiento real». Habla aquí de la expedicion que prevenia para conquistar á Sevilla, á quien llama alto capitolio y coronamiento real. La *Corónica del Rey D. Alonso el Sabio*, cap. XLIV, tratando de la diferencia que los grandes tenian con él, que el noble D. Fernan Perez, dean de Sevilla, fué á hablar á los señores de parte del Rey, y dijo así: «Dícenos el rey D. Alonso, nuestro y vuestro señor, que tuviésedes por él á Sevilla, que es la mejor ciudad de todos los reinos y más honrada, con muy grandes retenencias.»

Parecerá ya superfluidad traer más autores para prueba de este intento, pero no puedo envolver en el silencio dos testimonios que á mi parecer son prueba de la grande estimacion de Sevilla sobre todas las ciudades de España. El primero es de Andreas Bernaldes, en la historia que escribió de los Reyes Católicos, que MS. corre con título del Cura de los Palacios. Este autor escribe várias cosas con mucha curiosidad, como testigo

de vista de aquellos tiempos. Dice en el cap. LXXVI, hablando de un recibimiento de los ejércitos á la valerosa y sábia reina D.ª Isabel: «É ficiéronle un recibimiento muy singular, en que salieron al camino los primeros el duque del Infantado, que habia venido desta vez á la guerra muy pomposo y muy poderoso, é el pendon de Sevilla, é su gente, é el Prior de San Joan, fasta una legua y media del Real: é púsose una batalla á mano izquierda del camino por donde ella venía, todos bien aderezados como para pelear: é como la Reyna llegó fizo reverencia al pendon de Sevilla, é mandóle pasar á la mano derecha». En este capítulo dice: «Que luégo los otros pendones de las demás ciudades se abatieron á la Reyna, faciéndole gran reverencia». Pasó esta accion entre Loja y Antequera, nó léjos de la Peña de los Enamorados.

El segundo testimonio sea de D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, que por órden y mandado del emperador D. Cárlos vino de Cataluña, donde se habia retirado por ser ya muy viejo, con plena comision de quietar las comunidades, que amenazaban á España fatales daños. Vino, pues, á Tordesillas, donde se hallaban los comuneros con mucha gente de guerra, y con tanta insolencia y atrevimiento, que destruian las ciudades; y dando cuenta á Sevilla de todo lo que pasaba por una carta cuyo sobrescrito era: «Á la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla»: y dentro de ella, en la parte superior: «Muy magníficos señores: Hasta ahora no he escrito á Vmds., porque me parecia debia pasar con mis obras adelante. Vmds. sabrán que estando yo y la

Condesa apartados de bullicio y deseando servir á Dios en lo restante de la vida, oyendo ayá las revueltas de Castilla, el amor de la patria y un secretario de su Magestad para que me encargase de la gobernacion del reyno, me truxeron acá», etc. Y despues de algunas cosas de que les da larga cuenta, dice así: «Yo, como natural y vecino de esa muy noble ciudad, é tenido y tengo contienda con esta gente de la Junta, que por otro nombre unos á otros llaman Santa Comunidad ó Reyno de España, diciéndoles y defendiéndoles que, pues Sevilla los contradice, que no son ellos reyno, y que Sevilla es de tanta calidad y merecimiento, que ella sola puede llamarse reyno, y ellos sin ella no pueden tener tal nombre.» Al fin de esta carta dice: «Cuyas magníficas personas N. S. guarde y acreciente. De Medina, 28 de Noviembre de 1520 años.» Esta carta trae Luis de Peraza en su *Historia de Sevilla* MS., fól. 15; y todo á la letra, con otras que el Almirante escribió, y el perdon general y nombre de los encartados, impreso todo año de 1522, tiene el beneficiado Juan Gomez Bravo, beneficiado de la veintena de la Santa Iglesia mayor de esta ciudad, mi amigo.

El libro de las Etimologías es de S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, y nó del Cordubense.

Es tan propio el gran Isidoro de nuestra ciudad, que la gloria de sus escritos y obras de admirable erudicion toca tambien á la ciudad donde aprendió y leyó con tanta fama en toda la Iglesia Católica: y así su defensa en la parte que recibiere agravio corre por cuenta de la misma ciudad, pues es su patrono y tutelar. Dice el P. Martin de Roa, fól. 28: «Deste tiempo fueron los dos Isidoros mayor y menor, señalados ámbos en letras y santidad. Escribió el último sobre el libro de los Reyes y Evangelio de San Lúcas, y el otro compuso los libros de las *Etimologías*, que por yerro se atribuyen á San Isidoro, arzobispo de Sevilla, que floreció muchos años despues.»

Quien leyere esta proposicion tan absoluta, tan nueva, tan sin razon ni probanza, no dudo (si ha leido algo de antigua historia) que admirará la mayor novedad que se ha dicho en nuestro siglo; y pues Martin de Roa dice que el atribuirse el libro de las *Etimologías* á San Isidoro Hispalense ha sido yerro, será necesario para sacarle del suyo repetir los tiempos antiguos y los autores de la edad en que el Santo escribió, supuesto que Isido-

ro Cordubense fué doscientos años más antiguo que el Hispalense. Sea el mismo San Isidoro el primer testigo, que á buen seguro no se abrogará obra ajena, teniendo tantas propias de que poderse preciar. En la epístola dedicatoria de este libro la inscripcion es: «*Domino meo et Dei servo Braulioni, episcopo Isidorus.*» Habia comenzado á escribir las *Etimologías* á ruegos de San Braulio, arzobispo de Zaragoza, su discípulo, y aunque no lo habia puesto en perfeccion ni acabado, le dedica el libro como cosa que el Santo habia trabajado y meditado; luego no es ni puede ser de Isidoro Cordubense, ni tal libro era en el mundo. Sea el segundo testigo San Braulio Cesaraugustano, el cual, en el libro de *Viris illustribus*, refiriendo las insignes obras que su maestro escribió, dice: «*Isidorus vir egregius, Hispalensis ecclesiæ episcopus, Leandri episcopi succesor et germanus.*» Buenas señas son todas éstas para que nadie dudase; y despues de haber contado los muchos libros que escribió, prosigue: «*Ethimologiarum codicem nimia magnitudine distinctum habeo titulis non libris, quem rogatu meo fecit quamvis imperfectum ipse reliquerit.*» No es de ménos crédito, santidad y dignidad el testigo que se sigue. Éste es San Ildefonso, arzobispo de Toledo, discípulo tambien de San Isidoro; en el *Apendix de Viris Illustribus*, dice así: «*Isidorus post Leandrum fratrem Hispalensis sedis provinciæ Bæticæ cathedram tenuit, vir decore simul et ingenio pollens.*» Y habiendo referido algunas de sus obras que escribió, dice: «*Scripsit quoque ultimo, ad petitionem Braulioni episcopi, librum* Ethimologiarum, *quem cum multis annis conaretur perficere inexpleto opere diem*

extremum visus est conclussisse.» Todos estos testigos son instrumentales y de vista.

Tambien es antiguo Sigeberto Gemblacense: dice en el libro de *Viris Illustrib.*: «*Isidorus junior hispalensis episcopus multa scripsit: ad Braulionem episcopum viginti libros* Etymologiarum.» El abad Tritemio, de *Scriptorib. Ecclesiast.*: «*Isidorus junior episcopus hispalensis, vir in divinis scripturis eruditissimus: hic dicitur junior ad differentiam senioris episcopi cordubensis: Scripsit autem iste Isidorus multa præclara opuscula de quibus dumtaxat reperi subjecta.*» El coronista Morales, natural de Córdoba, lib. XII, cap. XXI.: César Baronio en los *Ann.*, anno 636, núm. 9, y ántes y despues de ellos cuantos autores han escrito de cosas de España: Belarmino, en el tratado de los escritores eclesiásticos. Cuantas impresiones se han hecho desde que se inventó el arte de la imprenta, intitulan las *Etimologías* constantemente de San Isidoro hispalense. Últimamente, vea el lector la prefacion de Joan de Griales, á quien el señor rey D. Felipe el Prudente cometió juntar, reconocer y enmendar las obras del gran Doctor de las Españas, el cual dice que con la potencia de tan gran Monarca se juntaron de todas partes más de treinta códices MS. antiquísimos, de letra gótica y longobárdica, y que el libro de las *Etimologías* se encomendó con particular atencion al Dr. Alvar Gomez, canónigo de Toledo, para que comunicándolo con el doctísimo Antonio Agustin, arzobispo de Tarragona, y Pedro Chacon, que se hallaba en Roma, dijese cada uno lo que sentia, y se remitiese á Alvar Gomez. Las palabras de aquel autor,

entre otras de dicha prefacion, dicen así: «*Etymologiarum emendatio Alvaro Gomezio Toletano, viro in primis erudito credita est, traditaque ipsi veterum codicum magna copia, quorum bona pars gotthicis caracteribus sive mavis longobardicis erat scripta. Quo ipse, varietate notata, ad Antonium Augustinum, tarraconensem archiepiscopum, et Petrum Chiachonium Romæ jam tum commorantem, singulis de rebus referret. Quorum utrique id etiam fuerat à Rege injunctum: ut et ipsi, collatis suis exemplaribus, quod sensus sui esset ad eumdem Alvarum remiteret. Constat autem omnes triginta, aut eo pluribus manuscriptis libris in hoc opere emendando fuisse usos.*» Juzgue ahora el lector cúyo es el error, y si ha delinquido el consentimiento comun nacido de tan conocida verdad, ó el afecto desordenado de usurpar para su ciudad lo que no le puede tocar por ningun título.

El mismo autor, en el fól. 35: «Fuerza me obliga á no pasar de aquí sin alabar el esfuerzo que el licenciado Rodrigo Caro hace en sus *Antigüedades de Sevilla* para probar que hubo escuelas en ella; mas no puedo admitir dos testimonios de que se vale, porque no los tengo, ni los tienen varones doctos, por legítimos: el primero de una piedra, ó un antiguo mármol, que está en la iglesia de San Salvador, etc., quiere que sea título sepulcral, y que el entierro hubiese sido en las escuelas, cosa tan ajena de los romanos.» En otra parte dice Martin de Roa «que no cabe en humano discurso haber sido Triana Itálica.» Ántes que se satisfaga á los escrúpulos que opone y de que se muestra mal contento, no puedo dejar de culpar á este autor que se ponga á inquirir si

hubo ó nó escuelas públicas en Sevilla, y si Triana haya sido Itálica, diciendo que no cabe en humano discurso que lo haya sido, porque no tiene que ver esto con el Principado de Córdoba que intentó averiguar. Esto sin duda es saltar fuera del corro, como está en el proverbio. Parécele á Martin de Roa que en decir yo en mi *Principado* que hubo escuelas públicas en Sevilla hago un grande esfuerzo por mi ciudad averiguándolo allí, y la verdad es, que aunque parece hacerme honra, no puedo pasar por ello: falta mia será no haber logrado el intento, nó descrédito de la causa. Por confesion de Martin de Roa (y en esto no nos da lo que es notoriamente nuestro) Sevilla fué cabeza de la Turdetania. Los turdetanos les llama Estrabon los doctísimos de toda la provincia; luego muy verosímil es què áun en aquel primero siglo tuviesen escuelas en la cabeza de sus ciudades, cuanto más en tiempo de los romanos, que continuando aquella su antiquísima mayoría fué metrópolis de la provincia Bética, y habia tantos profesores de todas las ciencias y facultades, que fué necesario acortar las inmunidades á sus profesores reduciéndolos á menor número, como lo refiere Modestino en la ley *Si duas Dig. de excusat. lut.*, y esta disposicion habló con todas las metrópolis del orbe romano. Mas si nuestro autor se descontenta de todas estas probanzas, y no quiere entender la inscripcion donde se halla escrito IN. LVDIS. HISPALENSIBVS. sean escuelas, sino algunas fiestas, oiga lo que el más severo escritor de las cosas de España dice en particular de las escuelas que habia en Sevilla, llamándolas alcázar de la Sabiduría: sus pala-

bras, despues de otras muchas: «*Collegium Hispali construendum curavit juventuti litteris et sapientiæ studiis imbuendæ, unde tamquam ex arce sapientiæ plurimi prodierunt.*» ¿Qué más se pudo decir de Aténas? Nó sólo habia escuelas en Sevilla, mas en ella florecian las lenguas latina y griega, y todas las buenas artes y el lenguaje puro y gracioso, de tal manera que ni áun en el vulgo habia ignorancia de nada: así, aunque con más elegantes palabras, lo dice Matamoros, canónigo que fué de esta Santa Iglesia, y uno de los primeros doctos que fundaron la universidad de Alcalá de Henares, en aquel docto tratado que hizo de las Academias de España, hablando de aquellos antiguos tiempos: «*Florebant quoque Hispali latinæ et grecæ litteræ, artes etiam omnes humanitatis: unde et sermo facetus et nulla ni re rudis erat nostris hominibus. Hic noster Isidorus præstans ingenio ac diligentia doctrinæ mirifice colebat.*» San Leandro fué doctísimo, San Fulgencio fué eminente, nó sólo en la Teología, sino en las lenguas latinas, griega y hebrea. De San Isidoro ya es notoria en toda la Iglesia de Dios su generalísima sabiduría. Estos santos y otros muchos que fueron sus discípulos, aprendieron en Sevilla para ser eminentes en otras partes; pues ¿en qué se funda aquel autor al llamar esfuerzo mio lo que quizá es cortedad en materia tan notoria? pero es ya su costumbre quitarlo á Sevilla para darlo á quien no lo ha menester.

Descontentase del testimonio de Platina en la vida de Silvestre II: mas él es tan legítimo para el intento de las escuelas que hubo en Sevilla, que sería cosa ridícula

quererlo contrarestar, supuesto que en las antiguas inscripciones de este autor se halla así: borrósele despues por juzgarse fué agravio de aquel Pontífice máximo, que siendo monje floriacense vino á Sevilla á aprender el arte mágica. Bien sé que el cardenal Benon, enemigo suyo, por infamarlo áun despues de muerto, lo escribió y publicó así. Yo, y todos los que piadosamente sienten, negamos que Gilberto, monje ántes que fuese romano pontífice, viniese á Sevilla á aprender tan execrables estudios; pero nadie niega, si no es Martin de Roa, que vino á esta ciudad á estudiar y aprender las artes liberales, como en la universidad más florida que entónces habia en el mundo se leian. Nó todos los que iban á la universidad de Salamanca, cuando dicen que la Peña Clemensin era escuela de aquella prohibida facultad, entraban en la Peña Clemensin, ni se puede decir que por sólo oir en ella la arte mágica iban á Salamanca. En cuanto al testimonio de Platina, no fué sólo él el que dijo aquello. Tan antiguo ó más es San Antonio de Florencia, que lo afirmó en la parte historial; título XVI, cap. I, § 18, dice: «*Demum claustrum exiens* (*Gilbertus*) *Hispaniam petiit: veniens que Hispalim, quæ nunc Sibilia dicitur, ibidem diu mansit: hæc enim civitas tunc à Sarracenis tenebatur: quadrienium etiam ita imbibit ut illas artes quas liberales vocant jam dudum oblectas* (1) *in Galliam revocaret.*» Ya se ve aquí cómo nó sólo habia escuelas en Sevilla, sino que fueron el plantel ó seminario de las que despues florecian en París y

(1) *Oblitas, sive obletas.*

otras partes. Bien merece honroso lugar en esta averiguacion Gonzalo de Illescas, que para escribir su *Historia Pontifical* es cierto averiguó y supo la verdad de lo que escribia. Dice así en el lib. V, cap. I, hablando de Gilberto, despues Silvestre II: «Fué monje cuando mozo en el monasterio floriacense, y de allí dicen que vino al estudio de las artes liberales y matemáticas á Sevilla, á donde los moros entónces tenian una muy principal escuela de todas ellas, y en ella aprendió consumadísimamente todas las letras de humanidad y muchos secretos de naturaleza, con lo cual alcanzó tanta fama y nombre de letrado, que muchos principales lo codiciaron tener en su casa para que enseñase á sus hijos.» Lo mismo dice Luis de Peraza en la *Historia* MS. alegada en otra parte, y Morgado en la suya, lib. I, cap. XIII, y ya parece superfluidad hablar más en estas materias de las escuelas de Sevilla.

Dice en el lugar citado Martin de Roa «que tiene por ilegítimo el testimonio del mármol, y que hombres doctos lo juzgan así, queriendo yo que sea título sepulcral y que el entierro hubiera sido en las escuelas, cosa tan ajena de los romanos,» etc. Lo primero, quisiera saber quién son estos hombres doctos que se descontentan de este mármol, porque en esta facultad conozco muy pocos en España, y no sé que puedan decir sino lo que yo dejé dicho en mi libro, qué el estrago del mármol no da lugar á discernir con claridad la mente del que lo puso, mas de que fué en las escuelas hispalenses donde le pusieron cenotafio y estatua, si no sepultura; pero cuando yo hubiese dicho que fué allí enterrado aquel

Lucio Vivio, hijo de Lucio, no me apartara de lo que pudo ser; porque aunque es así verdad que los romanos tenian ley en las Doce Tablas que prohibia enterrarse dentro de ciudades, *intra urbes ne sepelito*, *neve urito*, y el hacerlo era contra religion, esta ley no fué general en las provincias, como parece de lo que doctamente pintó Joan Kirmano en el tratado *De Funeribus romanorum*, lib. II, caps. XXV y XXVI: y en la misma Roma hallamos á cada paso quebrantada esta ley, pues dentro de ella se enterraban muchos, como lo dijo Aurelio Prudencio, lib. I contra *Simmachum*, que habia tantos templos en Roma como habia sepulcros, que fué grande encarecimiento.

«*Et tot templa Deum Romæ quot in urbe sepulcra.*»

Festo Pompeyo, en la voz *argei*, dice que eran unos lugares dentro en Roma, llamados así porque en ellos estaban enterrados ciertos varones ilustres de Grecia: «*Argei loca Romæ appellantur quod in eis sepulti essent quidam Argivorum illustres viri.*» La misma costumbre habia de enterrar en la ciudad las vírgenes vestales y otras personas que por sus méritos y servicios hechos á la república lo merecieron. Servio es buen testigo. «*Imperatores, et virgines vestales quia legibus non tenerentur in civitate habent sepulcra.*» Nó sólo emperadores, sino tambien varones ilustres. Mejor Ciceron, lib. II *De legibus*: «*¿Quid, qui post XII in orbe sepulti sunt, clari viri?*» Familias enteras se enterraban dentro en Roma: de la familia Cincia, Festo Pompeyo: «*Cincia locus Romæ ubi Cinciorum monumentum fuit.*» De la Claudia, Suetonio *in Tiberio*: «*Agrum insuper trans Anienem*

clientibus, locumque sibi ad sepulturam sub capitolio publice accepit.» Si todo esto pasaba en Roma, ejemplar y cabeza de todo el mundo, maestra de las ceremonias de todos y de donde manaban las leyes, ¿por qué sería maravilla que en las provincias, donde no se observaban las leyes con tanto rigor, se le diese sepultura á una persona ilustre en los gimnasios ó escuelas públicas? Es muy peligroso juzgar por reglas generales; muchas veces se engañará quien sin más discurso condenare por solas ellas. En nuestra inscripcion sevillana hallamos opuesta la general costumbre, pero quebrantada muchas veces en la misma Roma: las letras singulares T. R. P. IN. LVDIS. HISPAL. no daña entender que es sepulcro y nó estátua, porque las mismas se hallan en otros muchos cipos, que yo he visto, que no se puede negar sean de sepulturas. Declarélas: «*Titulus Requietorii Positus In Ludis Hispalensibus.*» Vea á Kirmano *De Fun. Roman.* Mas si alguno siguiere la interpretacion del P. Martin de Roa, que quiere que diga *Titulum Romula Posuit*, no reñiremos por eso, pues de cualquier manera queda averiguado que allí hay memoria de las escuelas que hubo en Sevilla en tiempo de los romanos, que es mi principal intento.

Dice el mismo «que no cabe en humano discurso haber sido Triana Itálica.» Notables son las resoluciones de este autor; mas ¿qué tiene que ver con su *Principado* que lo haya sido ó nó? Pues basta decirlo refiriéndolo de otros, hombre tan docto y de todas maneras grande como Antonio Agustin, para abstenerse de tal encarecimiento. Las palabras de Antonio Agustin

son, en el *Diálogo* VIII *de las medallas*: «*Venio ad Hispalenses nummos et Italicenses, illam urbem Sevillam vocant. Italicam vero Sevillam veterem, vel ut aliis placet Trianam.*» Sigo la opinion contraria en mi *Corografía*, conformándome con la comun que Itálica es Sevilla la Vieja, que está á la vista de la misma Triana y en la misma banda del rio; pero confieso juntamente que pudo ser Triana: y finalmente, estas poblaciones estuvieron tan cerca unas de otras, que yerra poco ó nada el que las hace todas una ó las confunde.

Al mismo intento de las cosas de Itálica le parece á Martin de Roa que me contradigo, pues haciendo en una parte á Lucio Racilio y Tito Basio y los demás caballeros italicenses, sevillanos, despues, para eximir á los sevillanos de las culpas que César les cargaba, digo que fueron allí culpados los de Córdoba y los de Itálica en particular; de manera que para honrar á Sevilla los hago sevillanos, y despues, porque Sevilla no sea culpada, los hago italicenses. Terrible cargo: *grande nefas et morte piandum*, como si fuese cosa nueva y extraordinaria que en una misma persona por diversos respetos concurran calidades contrarias. Respondo á este cargo que la hazaña que los caballeros de Itálica acometieron queriendo matar á Quinto Cassio Longino, gran ladron y tirano de la tierra, nó sólo no fué delito culpable, sino fué valor digno de tan ilustres caballeros, defensores de la justicia y de su patria, por quien en esta hazaña espusieron sus vidas al riesgo de la muerte; y aunque Julio César tambien era tirano, no era por tan ruin camino como Q. Cassio: pero con este hecho le dieron ocasion

bastante de tener sentimiento y queja de ellos, por estar en esta provincia aquel pretor puesto por él, y ser de los que seguian su parcialidad, y así se quejó gravemente de los que en él pusieron las manos queriéndole matar á puñaladas; y en este hecho, que pasó en Córdoba, y en la plaza pública, Hircio no dice que se hallaron sino los italicenses, y Scapula de Córdoba; y así, aunque aquella enojada ocasion que César tuvo en Sevilla habla generalmente contra todos los andaluces, aquella particular culpa que refiere no tocó más que á los dichos caballeros: y esto en cuanto á su juicio y estimacion le llama culpa; mas juzgada la causa ahora y siempre sin la ira de César, fué hazaña digna de inmortal corona. Llamando yo, pues, á los hijos de Itálica verdaderamente sevillanos, los alabo con justa causa, y á la ciudad donde nacieron; y llamándoles italicenses cuando acometieron la venganza de la patria contra el malvado Quinto Casio, tambien los alabo, y con causa superior; y en esto no hay encuentro ninguno, sino aumento de alabanza: mas el intento de Martin de Roa no es hacerme á mí cargo de cosa tan pueril como me opone, sino es no querer que Trajano, Hadriano, Theodosio y la demás copia de varones ilustres sevillanos ó italicenses no toquen á Sevilla, ni se juzguen por naturales de ella; como si la distancia de media legua que apénas hay de las últimas casas de la puerta Macarena al despoblado Sevilla la Vieja la hiciesen distinta en la naturaleza, siendo como es uno el terreno y la posicion de los astros celestiales una misma: y esta razon movió al autor del *Itinerario* de Antonino en no poner distan-

cia entre Sevilla y Itálica, segun buenos originales de este autor y muchos impresos, que todos hacen por la pretension de los que dijeron que Triana es Itálica. Nó porque el gran filósofo Séneca, su padre y sus hermanos y sobrinos nacieron en Córdoba la Vieja, que dista de la que hoy es una legua, se puede decir que no son naturales de esta ciudad de Córdoba, pues haber nacido una legua de distancia no los hace ciudadanos de diferente ciudad. ¿Quién le negó jamás á Virgilio haber sido natural de Mántua? Pues es cierto no nació en ella, sino en una aldea ó pago de esta ciudad que se llamaba Andes; por lo cual le llamaron muchos el poeta Andino. Así le llama Silio Itálico.

. . . . *deliciosa camoenis*
Andini vatis . . . .

Este mismo nacimiento le da Eusebio Cesariense en el *Chrónico*: «*Virgilius Maro in pago qui Andes dicitur, haud procul à Mantua nascitur.*» Justamente se llamó Mantuano y Andino: por la misma causa no se le puede negar á Trajano y á los demás augustos y caballeros que nacieron en Sevilla la Vieja que son sevillanos naturales propiamente, porque si vale lo que dice este autor caerá en grandísimo inconveniente, que es no juzgar por una misma ciudad á Córdoba la vieja y á Córdoba la nueva; y que primero fué edificada Córdoba en el despoblado de Córdoba la Vieja, donde nació Séneca y toda su familia, es constante opinion del cronista Morales, su muy aficionado historiador; y esta es la verdadera recibida y comun opinion de todos los hombres doctos, y el mismo sitio lo manifiesta hoy dia. Sería lo-

cura decir: Séneca no fué de Córdoba. No se le han de escasear á tan ilustres ciudadanos las honras que tanto cabimento tienen en sus méritos, pues de los hijos que cada una de ellas tiene, nó sólo se honra la provincia Bética y toda España, sino que sobra honor para todo el imperio romano, y para invidiar aquellos dichosos siglos enriquecidos con la virtud y valor de tan ilustres hijos.

Tan poca justicia tiene Martin de Roa, como en lo que se ha dicho, en lo que dice en el cap. II, fól 4: «Que áun los mismos bárbaros árabes, guardando este respeto, pusieron en Córdoba la cabeza de su reino, que pocos dias estuvo en Sevilla, ántes que ganasen y conociesen á Çórdoba.» Aquí se olvida de la historia Martin de Roa, que siendo en este punto tan notoria y vulgar, no es creible no la haya leido. Córdoba se ganó de los moros mucho ántes que Sevilla, porque despues de la desdichada batalla de Jerez, en que acabó el rey D. Rodrigo, y con él el reino de los godos, huyendo las reliquias del ejército vencido, y viniendo en su alcance el vencedor, pararon en Écija; y allí, volviendo á pelear segunda vez, fueron vencidos los godos, y los moros sin detenerse pasaron luégo á Córdoba, y con el mismo ímpetu y presteza la tomaron, siendo su caudillo Magueit, como lo dice el arzobispo D. Rodrigo, lib. III, cap. XXI, y Morales, lib. XII, capítulos LXXIII y LXXIV, siguiendo ámbos autores al moro Rasis: y con ser así que Sevilla fué la postrera ciudad de importancia que se ganó, pusieron en ella los moros su primera corte, de donde, como del más fuerte alcázar, todo su imperio recibió leyes: de esta manera lo dice Joan Maria-

na, lib. VI, cap. XXVII: «*Hispalis electa Maurici imperii sedes atque firmissima arx, unde universæ provinciæ jura dabantur*»† (1). Despues los moros mudaron su corte á Córdoba, donde estuvo por espacio de trescientos años poco más ó ménos, y se acabó del todo levantándose en cada ciudad un rey. En Sevilla, uno que era en ella juez, llamado Albucazin, que murió año 435 de la egira de Mahoma: despues de él reinó Habet Almocamus, su hijo, y el hijo de éste, que se llamó Mahomad Abenabeth, que fué padre de Zaida, mujer del rey D. Alonso el VI, y se llamó María en el bautismo: éste ganó á Córdoba y fué rey de toda la Andalucía, y tuvo muchos lugares en Castilla, de los cuales dió parte á Zaida en dote. Muerto este Rey en una batalla, comenzaron á reinar los almoravides, que eran arabios de Lutinia. En Sevilla reinó Ali Aben Axa, y en toda España en aquella parte que los moros poseian, levantáronse con el nombre de Miramolin ó Amixmunimin, que sólo se lo llamaban los que en toda la morisma imperaban: el reino de Sevilla en la Bética perseveró hasta Axataf, á quien lo ganó el santo rey D. Fernando. Todo esto consta de la *Historia de los Árabes* que escribió el arzobispo D. Rodrigo, caps. XLVII y XLVIII, y de Mariana, lib. X, cap. I, y debiera haberlo visto el P. Martin de Roa para hablar con ménos aficion y más atencion en cosas tan notorias.†Tropezar en la verdad manifiesta por buscar misterios donde no los hay, no es seguro, como ni lo que en otra parte dice: «que Córdo-

(1) Lo escrito entre las dos †† está al márgen en el original.

ba estuvo siempre tan llena de ciudadanos romanos, que no tuvo necesidad que se supliese por privilegio de los emperadores, como sucedió á Sevilla y Mérida.» En esto se engaña, pues Cornelio Tácito, que refiere este hecho, no dice que faltaban familias de ciudadanos romanos en Sevilla ni Mérida, sino que fué merced que les hicieron por tener estas ciudades tan poderosas gratas, y valerse de ellas en las ocasiones de guerra que siempre tenian, y esto era añadiendo á las familias antiguas otras de nuevo para hacer mayor el número, como sucedió en Génova cuando trujeron aquellas porfiadas guerras civiles, que á las veinte y ocho casas antiguas nobles se añadieron trescientas, ó como pasa hoy en España, que se dan muchos hábitos de las cuatro órdenes militares, nó porque hay falta de ellos, sino por premio de los caballeros y por tenerlos S. M. (Dios le guarde) gratos para tantas ocasiones como dan los enemigos de esta corona, ó por servicios ya hechos, que es lo más ordinario, y así sucedió á estas dos ciudades de Sevilla y Mérida en tiempo de aquellos emperadores. Ni Justo Lipsio dijo que esto se hizo por falta de ciudadanos, sino porque tal vez lo solian hacer los romanos cuando la habia. Esta merced á Sevilla y Mérida no fué suplemento ni falta, sino dón y aumento. Las palabras de Tácito no dan lugar á dudas: «*Hispalensibus et Emeritensibus, familiarum adjectiones Lingonibus universis civitatem romanam provinciæ Bæticæ civitates dono dedit.*» Perspícua está aquí la verdad. *Dono dedit*, dice, y nó *suplevit vel suplementum fecit*. Merced fué de los Lingones darles la ciudad, nó por falta de aquella gente; las ciudades

de Mauritania dadas á la Bética, no fué porque le faltaban á la Bética ciudades ni podian trasportarse las de Mauritania á la Bética, sino por pagarle grandes servicios que esta provincia hizo siempre al pueblo romano. Esto queda sin pensamiento de duda con lo que dice Wolfango Lazio en el lib. XII, cap. I, de la *República Romana*, hablando de este mismo privilegio, que podrá ver el curioso si tuviere gusto y no quedare muy satisfecho (1).

En el fól. 42 dice: «Tanto Beto, tanto Hispalo, tanto Tago que nó sólo oirlos hiere las orejas y cansa. Pues ya los ensayes que hacen de Hércules, ya griego, ya egipcio, ya gálico, que no hay rios, ni montes, ni mares, ni ciudades donde no suene su nombre y asombre su piel, y su maza á quien no ofenda?» En los ejemplos pasados bien se echa de ver que Martin de Roa faltó en la diligencia y atencion con que debia escribir: mas en la primera parte de la proposicion echo ménos la sinceridad de este autor, pues porque á Hispalo ó Hispan se atribuyó la fundacion de Sevilla ó su nombradía, lo envuelve con Beto y Tago, porque Beto y Tago son reyes de la creacion de Joan Annio Viterbense, que por acreditar su *Beroso* ó su ficcion, sin haberlos hallado en autores clásicos, dicen que los fingió: á lo ménos todos los hombres doctos lo reprueban: mas Hispalo ó Hispalis (que de ámbas maneras se halla escrito en MSS. antiguos), cuyo nombre se halla en Jus-

(1) No es posible que Martin de Roa enmendó este tratado ni le revido, porque él propio me dijo que no enmendaba ni revia, sino que de una vez *currente calamo* escribia lo que imprimia.

tino ó el *Abreviador* de Trogo Pompeyo, ¿qué tiene que ver con Beto y Tago? Implicar lo que se tiene por falso ó fabuloso con lo que está acreditado con autores graves y tiene por sí la aprobacion de los siglos, no es oficio del legal escritor. Desaforar lo verdadero ó lo que en la antigüedad se tiene por tal, y desterrarlo á la provincia de los sueños, no es accion del justo y recto juez. Si esto vale, ¿cuál de los demás escritores que reverencia la antigüedad estará seguro, ó dónde se podrá admitir tan rigorosa censura?

No es ménos digno de advertencia el enfado que este autor toma en Hércules líbico, egipcio, griego, etc. Si las memorias de Hércules le desazonan es necesario que haga Martin de Roa nuevo y nunca visto expurgatorio para que el nombre ó las nombradías de Hércules se borren de Herodoto, Diodoro Sículo, Pausanias, Dionisio Halicarnaseo, Estrabon, Plinio, Solino, Tito Livio, Salustio y toda la mayor parte de los que reverencian á Clio (que ya de los poetas no hacemos caso), sopena de que todo lo demás se tendrá por fabuloso. Si con tres ó cuatro Hércules se enfada Martin de Roa, mande borrar en Ciceron, de *Natura Deorum*, los cuarenta y tres que juntó; y si las nombradías de los rios, montes y ciudades le cansan, necesario es un diluvio universal segundo. ¡Pobre de la Lusitania, desdichados de los Pompeyos en Italia! Nunca hubiera habido Ara máxima en Roma, ni templo famoso en Cádiz, ni camino que atraviesa á toda España, ni ciudad Herácleа en el Estrecho. ¡Ojalá los sacerdotes gaditanos perecieran con los Poticios y Pinarios de una vez, pues

sólo un enfado de Martin de Roa basta para deshacerlos y aniquilarlos, y dichosa nuestra edad que goza de un tan oportuno aunque muy tardío desengaño!

Lo mucho que comprendió la metrópolis de Sevilla antigua.

Pretende Martin de Roa en el cap. X, fóls. 49 y 50, que Córdoba fué metrópolis. Válese de Julian Perez, que así lo dice, y otras consideraciones que hace: y porque este es honor de aquella ciudad no me pasa por la imaginacion contradecirlo, aunque estaba á cargo de este autor declararnos cuáles y cuántos fueron los obispos sufragáneos de Córdoba, y salvar la dificultad que hace el concilio Calcedonense, en que se ordenó que en una provincia no hubiese más de un metropolitano. Mas como mi intento no es disminuir las grandezas de aquella ciudad, no examino sus proposiciones. Lo que no se puede poner en duda es que la iglesia de Córdoba y sus obispos fueron siempre sufragáneos de Sevilla, hasta su recuperacion de los bárbaros: sería gloria de esta gran ciudad que su arzobispo y primado de las Españas en aquel tiempo tuviese por sufragáneo otro metropolitano. Mas pues la ocasion se nos ha venido á las manos, servirá esta adicion al cap. XII, y los consecuentes del libro II de mi *Principado*, y constará cuán extendidos

fueron los términos del prelado metropolitano de Sevilla, y cuánta fué su jurisdiccion y autoridad. En tiempo del papa Hormida extendió Sevilla su jurisdiccion, nó sólo por toda la provincia Bética, sino tambien por toda la Lusitania. Esto consta por una epístola decretal de este Pontífice á Salustio, arzobispo hispalense, que entre otras palabras dice así: «*Suffragantibus igitur tibi tot meritis piæ solicitudinis et laboribus certe jam delectat injungere, quæ ad nostri curam constant officii pertinere, ut provinciis tanta longinquitate disjunctis, et nostram possis exhibere personam et patrum regulis adhivere custodiam. Vices itaque nostras per Bæticam Lusitaniamque provincias, salvis privilegiis quæ metropolitanis episcopis decrevit antiquitas, præsenti tibi auctoritate committimus, augentes tuam hujus participatione ministerii dignitatem, relevantes nostras ejusdem remedio dispensationis excubias.*» Un poco más adelante le da facultad para que, si á la causa comun de la Religion conviniere, convoque los obispos y haga concilio, y determine las controversias, ajustándolas y en todo haciendo como está dispuesto por los santos cánones: «*Quoties universalis poscit religionis causa, ad concilium se cuncti fratres evocante conveniant: et si quos eorum specialis negotii pulsat contentio, jurgia inter eos obvorta compesce, discussa sacris legibus determinando certamina.*» Y aunque esta jurisdiccion es tan grande, es mayor la que da el papa Simplicio á Zenon, arzobispo de Sevilla, en todas las provincias de España. Esta epístola decretal tiene así el sobrescrito: «*Simplicius Papa ad Zenonem spalensem episcopum. Decomissa illi vice apostolicæ sedis in aliis His-*

paniarum ecclesiis.» Dentro en la carta: *Dilectissimo patri Zenoni Simplicius. Plurimorum relatu comperimus, dilectionem tuam fervore Spiritus Sancti ita te ecclesiæ gobernatorem existere ut naufragia detrimenta, Deo auctore, non sentiat: talibus idcirco gloriantes indiciis, congruum duximus, vicaria sedis nostræ, te auctoritate fulciri, cujus vigore munitus, apostolicæ institutionis decreta vel sanctorum terminos patrum nullo modo trascendi permittas: quoniam digna honoris remuneratione cumulatus est, perquem in his regionibus divinus crescere innotuit cultus. Deus te incolumen servet carissime.*» Bien se echa de ver el gran celo con que este santo arzobispo de Sevilla trataba las cosas de la Religion, nó sólo en su iglesia, sino que su ejemplo daba leyes á los demás, pues con tan honoríficas palabras se lo gratifica el Santo Pontífice, dándole en toda España potestad de legado *à latere.* †San Isidoro tuvo potestad del romano Pontífice para hacer sus veces en cualquiera parte del orbe romano. Esto consta de un libro antiguo manuscrito que se conserva en la catedral de Coimbra, cuyo título es: *Avisos ó monitorios.* Allí: «II *Nonas Aprilis obitus Isidori hispal. epi. qui retinuit privilegia per annos X romana auctoritate firmata in omni terra romani imperii. Obiit Era DCLXXiij*»† (1). Mas para que de una vez se sepa la amplísima jurisdiccion que tuvieron aquellos prelados antiguos, añadiremos á lo dicho en mis *Antigüedades* lo que despues acá me ha ocurrido á la memoria y de nuevo he leido. Ya es cosa notoria en toda la Iglesia de Dios

(1) Lo entre estas dos señales †† estaba al márgen del manuscrito original, de letra del Dr. Rodrigo Caro.

que la santa iglesia de Sevilla desde el tiempo de los sagrados Apóstoles ha sido metropolitana de toda la provincia Bética, en cuyo distrito se contenian los obispados siguientes: Itálica, Astigi, Corduba, Malaca, Iliberis, Egabro, Ilipla ó Elepla, Asidonia, Tucci, Utica, Solia, Abdera, Asta, Iliturgi, Gades, Marchena en tiempo de los mozárabes. Esto consta por los concilios de España, antiguas historias y la division de Wamba y Constantino. Estéban de Garibay, á quien los castellanos deben mucho y poco la Andalucía y ménos Sevilla, añade otros tres obispados: Sitalense ó Sitiense, Tucca ó Tucci, que es hoy Mártos, y Castulo, que es Cazlona. Véase en el lib. VIII, cap. XLI de su *Compendio historial*. Ha sido negligencia de los escritores de Sevilla, que siempre ha tenido pocos valedores de su grandeza antigua, pues los obispos de la Mauritania en África fueron tambien sufragáneos de Sevilla y su metrópoli. Esto consta por no ménos auténtico instrumento que el libro llamado *Provincial*, cuyo original se guarda en la Cancelaría apostólica de Roma, y lo refiere y traslada Pedro Rebuffo al fin de la *Práctica beneficial*, por estas palabras, en cuanto á Sevilla: «*Archiepiscopus hispalensis hos habet suffraganeos; Gienensis, Godicensis vel Goden-Silvensis, Marrochitani in Africa, Rubicensis.*» El tener Sevilla por sufragáneos los obispos de la Mauritania parece haber nacido de más hondas raíces, porque el emperador Oton dió en donacion, como ya dijimos, las ciudades de la Mauritania á la provincia Bética; y así, siendo Sevilla su antigua y general metrópolis, parece que tambien le rindieron el vasallaje eclesiás-

tico: y fué tanto el trato de la Andalucía con la Mauritania, que le llamaban España Transfretana, España de esa parte del Estrecho ó allende el mar. Esto consta de Sexto Rufo y Honorio; y así, el conde de las Españas ó su vicario visitaba aquella provincia, como parece de los actos del martirio de San Servando y Germano. Despues de esto, y habiendo los árabes conquistado la África, los cristianos Mixtárabes que en Marruecos quedaron tuvieron aquel respeto y obedecimiento al arzobispo de Sevilla, como lo tuvieron sus pasados: y nuestros arzobispos favorecian y cuidaban de aquella pobre y arrinconada cristiandad. De aquí sucedió, que haciendo Texufin, rey moro del bando de los malvados almohades (1), crueles enemigos del nombre cristiano, general expulsion de los obispos de esta provincia, año de 1126, y habiendo permanecido hasta entónces arzobispo en Sevilla y obispos en otras partes de la Bética, este año fueron todos desterrados, y el arzobispo de Sevilla, por la antigua amistad y conocimiento que tenía con los de Marruecos, y ser sus sufragáneos, se fué allá con ellos. Así lo escribe Julian Perez, testigo de vista de aquellos tiempos, en su *Chronico*, en el año arriba dicho, por estas palabras: «*Manserunt in Bætica episcopi Hispalis, Corduba, Tucci cum christianis muzarabibus donec Texufinus hoc anno* 1126 *eos per suos duces marrochium jussit ut transfretarentur.*» Recuperada Sevilla por el santo rey D. Fernando año de 1248, se continuó el trato, amistad y correspondencia de los cristianos de Marrue-

---

(1) Almoravides.

cos con la de Sevilla, y los obispos de aquella ciudad venian á ésta á los sínodos convocados por sus arzobispos, y los cristianos seglares iban y venian tan de ordinario de una ciudad á otra, que edificaron un barrio fuera de los muros de Sevilla y le pusieron por nombre Marruecos. Despues los moros, desterrando los obispos de toda el África, el de Marruecos se vino á Sevilla, y se le dió de distrito y diócesis todo aquel barrio que se llamaba Marruecos, con unas hazas de tierra adyacentes, y tuvo su iglesia catedral, que todo ello le rentaba seiscientos ducados en cada un año; pero como los arzobispos de Sevilla nunca ó muy raras veces ejercitan el pontifical, y siempre tienen y han tenido un obispo titular que haga órdenes y confirme, venía á ser todo junto tres mil ducados de renta, con que pasaban con alguna comodidad. De haber sido este obispo sufragáneo lo más cercano á nuestra edad consta por la convocatoria que D. Diego Deza dió año de 1512, que comienza: «Nos D. Diego Deza, por la miseracion divina arzobispo de Sevilla, con acuerdo y parecer de los venerables nuestros muy amados hermanos dean y cabildo de la dicha nuestra Santa Iglesia, determinamos hacer y celebrar concilio provincial en esta insigne ciudad de Sevilla. Para el cual mandamos llamar por nuestras cartas patentes de convocacion á los reverendos en Christo padres é señores los obispos de Cádiz, Málaga, Silves, Canaria y Marruecos, nuestros sufragáneos, é á los cabildos,» etc. Esto duró hasta el año de 1570, que habiendo muerto D. Miguel de Espinosa, último obispo de Marruecos, se consumió su diócesis y obispado; y

aquel barrio que hoy se llama San Telmo, y las hazas de tierra vecinas, se adjudicaron al fisco del Santo Oficio de la Inquisicion de esta ciudad para ayudar á seguir las causas de la fé. Hoy hay personas que viven y conocieron la iglesia catedral, palacio obispal y un hospital de convalecientes que allí habia, y vieron hacer órdenes y ejercitar el pontifical á sus obispos, y con todo eso para muchos viene á ser esto una cosa muy nueva, con haber tan poco tiempo que pasó, por la poca atencion que el vulgo pone en estas cosas tan dignas de no olvidarlas.

Del obispado Rubicense en África, de que el libro *Provincial* de la Cancelaría apostólica hace mencion, que tambien era sufragáneo de Sevilla como arriba vimos, no hallo más memoria que la que hace Víctor, obispo Uticense, en el libro de la *Persecucion Wandálica*, de que él fué testigo de vista, y allí le llama Rubicariense, que á lo que puedo juzgar estaba en la provincia de Mauritania Cesariense, y lo pone Abraham Ortelio en su *Tesoro Geográfico.*

El mismo olvido comprehendió tambien el obispado de Jaen, en cuanto á que haya sido, despues que se recuperó de los moros aquella tierra, sufragáneo de Sevilla; y no sabemos por qué causa ni cuándo se le adjudicó á la iglesia de Toledo, ni las historias de aquel reino lo escriben; y es cierto y que no puede faltar la verdad de aquel libro *Provincial:* «*Tantum ævi longinqua vale mutare vetustas.*»

El obispado de Silves en Portugal há ménos que deja de reconocer esta Sede Hispalense, y no há cien

años que la reconocia; mas por el ordinario descuido de los prelados, se ha perdido esta jurisdiccion, y cada dia se va perdiendo más, con notable menoscabo de la dignidad arzobispal, y más cuando llega á ser tanta la desdicha, que á quien pertenece el mayor cuidado es el que ménos atiende, cargando el gobierno á sólo un hombre indocto, ambicioso, y que no supo gobernar su casa, y éste con gobierno despótico ha destruido la autoridad de su dueño y la del arzobispado, quitando ministros dignos y poniendo inméritos y mudándolos á su albedrío; pues lo que no se ha visto jamás, ni oido decir, ha mudado en tres años ocho provisores y todos los demás jueces y ministros inferiores, de todo lo cual hablará con más libertad la posteridad; pero cuando ya no tenga remedio, como ya no lo tiene lo que hasta ahora se ha perdido (1). La razon, ó por mejor decir la lástima, ha hecho correr la pluma lo que no pensaba.

Háse de añadir á la foja 84, lib. II de mi libro del *Principado*, lo que advierto aquí contra lo que dice Martin de Roa en la foja 13 del suyo, en que declara el epigrama de Ausonio y lo escribe á su modo. Dice en una nota marginal: «*Ausonio explicado en favor de Sevilla.*» No sé que haya dificultad alguna en este epigrama tal, que tenga necesidad de explicacion, porque todo él es llano y muy claro despues de las declaraciones que Elías Vineto hizo en sus comentarios á este

(1) Fué esto en el tiempo que fué arzobispo el Sr. Borja, y alude al Gobernador durante la ausencia del Prelado, en cuyo tiempo escribia Caro.—*N. del orig.*

poeta. Despues, en una nota marginal, dice Martin de Roa: «y tambien de Córdoba». Si todos los hombres doctos hubiesen de leer el libro del *Principado de Córdoba* no habia para qué hablar en lo mucho que alteró, así en la inteligencia del epigrama de Ausonio, como en la puntuacion. Mas porque muchos no son tan doctos ni versados en estas letras, será bien se vea cuánta violencia hace al texto, mudando, nó sólo la puntuacion, sino la escritura. Lo primero, hallándose en los ejemplares así manuscritos como impresos escrito:

Jure mihi post has, memorabere nomen Hiberum
Hispalis, æquoreus, quam præter labitur annis,
Sumittit cui tota suos Hispania fasces.
Corduba non, non arce potens tibi Tarraco certant
Quæque sinu pelagi jactat se Bracara dives.

El Padre Martin de Roa quita el punto redondo de la última diccion del tercer verso y continúa con el cuarto, hasta donde dice: *Corduba non*, y aquí pone dos puntos: luégo, donde en todos se lee *certant*, lee en singular *certat;* y siendo todo esto violencia pública contra la ley *Iulia peculatus*, la hace mayor en la interpretacion del romance: porque diciendo Ausonio que toda España se humilla y abate á Sevilla, que esto es *sumittere fasces*, segun Budeo, y pasando luégo á decir que ni Córdoba, Tarragona, ni Braga pueden competir con ella, atribuye esto que es de Sevilla á Córdoba, diciendo:

Con tu grandeza no compite aquella

Córdoba, en cuya dignidad suprema
Ventajas reconoce toda España.

Aquí deja dudosa esta dignidad, y más parece que el P. Martin de Roa se la quiere dar á Córdoba; mas forzado de la claridad del epigrama, se declara en la prosa, diciendo: «porque dando á cada una de las demás ciudades Tarragona y Braga las ventajas que tenian para engrandecer la comparacion, debia tambien dar á Córdoba la que tenía de ser cabeza de su España, con que de todas partes encarecia la estima de Sevilla, prefiriéndola á las cabezas de las provincias, que en su tiempo habia Citerior, Ulterior y Lusitania,» etc. Tampoco vuelve sinceramente los versos, trasponiendo la interpretacion del verso tercero á que esté despues de el nombre de Córdoba, para atribuirle á ella lo que Ausonio dice de Sevilla. Vea el lector que gustare saber lo que dijo Ausonio en Elías Vineto, su comentador, lo que Martin de Roa innovó, nó sólo en cuanto á la interpretacion, sino cuántos puntos quitó y traspuso á su albedrío, y esto no es lícito. Los puntos, comas, incisos ó los interrogantes, etc., son en las escrituras y libros como en las ciudades y heredades y jurisdicciones los límites y términos, las piedras sagradas que encaminan el sentido para que se entienda la mente del autor. Mudar esto es crímen ahora, y antiguamente lo fué capital. Su cabeza devolvia á los dioses terminales quien los mudaba ó movia de su antiguo lugar. Estimaban los antiguos tanto estas piedras, que les hacian sacrificio, porque conservaban la paz pública. Si fuese lícito mudar los puntos, comas, incisos, etc., en los libros, no estaba

la filosofía segura en Platon ni Aristóteles, ni la historia en Tito Livio, ni las leyes en los jurisconsultos; todo sería tinieblas y confusion. *Contra Solem ne loquitor*, decia Pitágoras: sol es la verdad. Mucho se desacredita quien la quiere oscurecer y anublar y no adelanta el intento que pretende.

POESÍAS

SILVA
Á SEVILLA ANTIGUA, Y MODERNA

(Entre los preliminares del libro titulado—*Antigüedades y principado de la ilustríssima ciudad de Sevilla, y Chorographía de su convento jurídico ó antigua Chancillería.*—Sevilla, por Andrés Grande.—1634.)

¡Salve, ciudad ilustre, honor de España,
Que entre todas al cielo te leuantas
Como el ciprés entre menudas plantas;
Del libio Ossiris la mayor hazaña,
Exemplar de valor y de grandeza,
Teatro de la ciencia y hermosura,
De una y otra nacion perfeccion pura,
Y de todas primer naturaleza!
¡Oh suprema Metrópolis, que dando
Á España el nombre y sér que ambiciosa
Guarda, siempre lo estás acreditando!
¡Oh tú, siempre leal, siempre animosa,
Áun en los casos donde el premio engaña;
De humana ley respeto soberano,
Á quien nó multitud de vulgo vano,

Solitado de rumor reciente,
Que siempre nueuos príncipes aclama,
Solicitó. Lo raro de tu fama
Suspendido en tus armas noblemente
Admiran el Ocaso y el Oriente:
Dígalo el Orbe Américo vencido
De tu inuencible gente;
Y el mar, con naues tuyas discurrido;
Ó el oro y plata que en un siglo solo
Te dió obediente el contrapuesto Polo,
Que al passo que tu mano lo derrama
Esparce tu valor parlera Fama.
Mas primero tu César te apellide
Último premio de su humana gloria,
Pues fuiste tú su última vitoria:
O tú, igual poblacion, desde el incierto
Fundador, ya sea Pan, Hispalo sea,
Ó Alcides, digno empleo de su idea,
Hasta el último huésped, cuyo acierto
Verá patria mejor quando te vea!
Siempre grande te vieron las edades
Independiente al cetro de los dias,
De los tiempos burlar las monarquías,
De los hados vencer las variedades.
Hoy se erigen ciudades
Que ayer desiertos fueron;
Hoy fábricas divinas,
Que á Olympo se atreuieron,
Venerables ruynas
Ó reliquias pequeñas

Apénas de su espíritu dan señas.
Tú sí te das (la antigüedad no engaña)
Lisonja siempre próspera de España:
Ó fértil (merced es del soberano
Clima) nó solamente de aquel grano
Que coronó los méritos de Céres,
De Pálas, de Pomona, de Lieo,
Que otros frutos más ínclitos adquieres;
Los hijos digo, que á la luz añades
Para vida inmortal de las edades:
Héroes repito tantos,
Que á Dios forman exércitos de santos.
Alce Pio primero tu bandera,
Pues debes á su luz tu luz primera:
Florencios dos, que triunfan en la Zona;
Y Eulalia, que dió á Mérida corona,
Á tí confiessa su primero aliento.
Félix, Pedro Carpóforo y Abundio,
Iuan, Adulfo, Geroncio, Wistremundo,
Hermenegildos, Laureanos, Isidoros,
Leandros, Diegos, Iustas y Rufinas,
Marías, Aureas, Verenes, Florentinas:
Que Dios, Seuilla en tus preciosas venas
Para el Cielo crió tantos tesoros
Quantas esconde el ancho mar arenas,
Quantas estrellas los celestes coros.
Tú, urna esclarecida de Fernando
Y teatro primero de sus glorias,
Miraste felizmente sus vitorias;
Y agora, libre del morisco bando,

De tu conquistador santo y valiente
Pyra eres poca, sí, pero decente.
¿Qué diré de tus hijos gloriosos
En quien no cupo el mundo lisongero,
Dos Teodosios, Augustos, verdadero
Çrédito de las armas españolas?
¿Qué del justo Trajano, en cuyas partes
Naturaleza usó todas sus artes?
¿Qué de Adriano valiente,
Sabio, Augusto, dichoso juntamente?
¿Qué de Silio, esplendor de la eloquencia,
Honor de Clio y gloria de Elicona?
Áun los Alarbes, que engendraste opressa,
Tu gymnasio heredaron,
Acreditando sábia medicina
Contra el Reyno fatal de Libitina:
Dígalo un Auicena, hijo tuyo,
Á quien Grecia deudora se confiessa,
No sólo Arabia feliz. ¡Oh qué tarde
Te restauró tu ley! Alguna empresa
Te pudo agena hallar, mas nó cobarde.
¿Vió, pues, edad alguna
(Desafíalas todas una á una)
Más varon, más fiel, ménos ageno
Que el mejor Guzman bueno,
Que el valiente Andaluz, leon de España,
Néstor en paz, y Achíles en campaña?
¿Quién no me entiende? don Rodrigo Ponce.
Diga Ilíberis, diga si en su Alhama
Más sangre otra nacion mejor derrama:

Occidentales Bárbaros valientes
Digan si no oluidaron
Su triste vencimiento,
Quando en el vencedor acreditaron
Glorioso, aunque ofendido, atreuimiento;
Ya en los males se hallaron accidentes,
Por quien son, aunque trágicos, decentes.
Mas ¿qué ocioso me acuerdo
De tus valientes hijos, si los sabios
(Á cuyo elogio la esperanza pierdo)
Prueuan en mi silencio sus agravios?
Discreta suspension, descuydo cuerdo
Será el que selle presumidos labios,
Por no alabar entre cadencias mias
Los Montanos, los Foxes y Mejías.
En tí nacieron doctos, y letrados,
(Bien es que de sus méritos te acuerdes)
Alcáçares, Pinedas, Maldonados,
Valderramas, Ruyzes, Castrouerdes,
Áuilas, y gran copia que reserua
Á mejor ocasion sábia Minerva.
Nuestro idioma en su beldad primera
Te aclama madre del diuino Herrera,
Príncipe fácilmente
De las Musas Iveras elocuente,
Á quien siguen Pachecos y Medinas,
Y cubren los galeros rutilantes
Insula sacra á Deças, y Ceruantes:
Preside al gran Senado de Castilla
Vazquez de Arce, á quien Thémis le dió silla.

¡Salue, pues, religiosa,
Como fecunda madre en santo zelo;
Eliotropio del Cielo,
Á todas superior, quanto piadosa,
Celosa induzes en union Christiana
Quanto la Fé para la Iglesia gana
Vínculo de ámbos Orbes imperiosa,
Reyna del Mar, eternamente salue!
¡Salue, primera fábrica Española,
Madre de todas, hija de tí sola!

Sobrára para mil pechos
El fuego, que en vuestra esfera
Cabe Ignacio, y sale fuera
A el rostro, á el nombre, á los hechos.

GLOSA XVIII

(En el certámen sexto de la—*Relacion de la fiesta que se hizo en Sevilla á la Beatificacion del glorioso San Ignacio, fundador de la Compañía de Iesus.*—Sevilla, Luis Estupiñan, 1610.—Al fol. 66.)

Con las aguas del pecado
Perdió el mundo la salud:
Y estava tan ahogado,
Y tan falto de virtud,
Que casi uviera acabado.
Vos al coraçon derechos
Rayos en amor desechos
Tantos, Ignacio, tirays,
Que el fuego, en que lo abrasays,
Sobrára para mil pechos.

Tal calor, tal claridad
Vuestro pecho y rostro inflama,
Que pierden su calidad
El fuego resuelto en llama,
Y el Sol en oscuridad.

Y para que su primera
Actividad verdadera
Buelva á tener dize el dia,
Que en vuestro rostro estaria
El fuego, que en vuestra esfera.

Tanto al Niño Dios amays,
Que su Padre pareceys;
Y claras señales days
Que el que en la mano traeys
En el alma le criays.
Y a crecido de manera,
Que el que niño tierno era,
Es hombre ya, pero Dios,
Y esta es la causa, que en vos
Cabe Ignacio, y sale fuera.

Soys, Ignacio, fuego ardiente,
Y es ardiente fuego Dios:
Y piensa viéndoos la gente,
Que soys IESVS, porque vos
Lo traeys escrito en la frente.
Y es, que con lazos estrechos
Christo imprime nombre, y pechos
En vos, y su Magestad
Os sale con claridad
Al rostro, al nombre, á los hechos.

Á LOS DÓCTOS CENSORES

Y GIMNASIARCHAS DE LOS SAGRADOS JUEGOS HISPALENSES, DECRETADOS EN HONOR DE EL BEATO PADRE IGNACIO, LOS IUSTADORES SIARENSES. S.

(En el certámen octavo de la misma *Relacion* que la *Glosa* anterior. Fol. 81.)

Aviendo el correo Silenio de alados piés, intérprete de los celestiales, discurrido por várias ciudades de la docta Turdetania, publicando el cartel de el solene certámen, llegó, cerca de las Calendas de Febrero, á hazer este oficio al esplendidíssimo municipio Siarense, de fundacion Tyria, lugar nó del todo menospreciado de las sagradas Musas. Fué en él oydo con gustosa admiracion, por la que tienen de las marauillas del Beatíssimo Patriarca Ignacio, y de sus parecidos hijos. Y para dar muestras de el mucho y antiguo amor que al Sancto y á su Religion tienen por antiguas obligacioues, le decretaron estatua con acomodado epígraphe, y solene pompa. No pareció se satisfazia con esto á la reputacion de la patria; y assí, algunos mancebos assaz entre los otros osados, que se precian de hijos del Bétis, se ofrecieron á la Justa, apadrinados más de la deuocion que confiados en las res-

plandecientes armas. Piden ser admitidos como hijos proprios, los que en la destreza gímnica se reputan por agenos: y esperan conseguir su intento fauorecidos de su zelosa humildad, virtud á quien no corresponde el menor premio. Salud. De Siaro, vn dia ántes de las Nonas de Febrero. M.DC.X.

CANCION. IIII.

Si el ingenio tocasse, donde alcança
El ardiente desseo lenguas hecho
Más que fuegos eternos la alta esfera,
El assumpto menor de tu alabança
No uviera ¡o gran Ignacio! satisfecho
La voz más alta, y lengua más ligera:
Pues ¿cómo con grossera
Pluma tan alto volaré atrevido
Á dezir de tus hechos milagrosos,
Y los de tus soldados valerosos,
Triunfadores del Orco y del olvido?
Mas si favorecido
De tus virtudes soy, podré dezillas:
Y será singular nuevo portento
Que alcance, lo que intento,
Començando de mí tus maravillas.

Miéntras vengança, estruendo, sangre, espanto,
Entre Iberos y Galos esparzia
Al pueblo de Pompeyo Marte ayrado,
Con un rayo divino ¡o furor sancto!
Que de la excelsa esfera baxaria,
(¿Quién pone duda?) fuyste derribado,
Para ser levantado
Á dignidad de Capitan más fuerte,
Tanto al de Tarso en todo parecido,
Que el un guerrero y otro aveys caydo,
Y ámbas vidas nacieron de una muerte:
Una dichosa suerte
Os cupo, de llevar á las naciones
En vasos de elecciones el dulce nombre
Del Redemptor del hombre,
Desde el Conopo oculto á los Triones.

Avia la meretriz de Babylonia
Con ponçoñoso halago convertido
Hombres en bestias fieras, y cruentas,
Más que las de Erimanto y Calidonia,
Que á la alma grey de Pedro con bramido
Amenazavan fiero, y con sangrientas
Garras presas violentas
El Leon osado sin defensa hacía.
Temblava el orbe ya sin esperança,
Quando para tomar justa vengança
El Cantábrico Oron se apercebia
Con una Compañía
De escogidos Soldados peregrina,

Desnudo el cuerpo, el coraçon armado,
Y el Capitan mudado
Clava en bordon, y piel en esclavina.

Vióle; y temió primero Galia altiva.
Á tierra se arrojó en la Lybia Anteo.
Admiró Hesperia su orgulloso intento.
Rindió Albion su diestra vengativa.
Calladas sombras escondió Leteo.
Á Germania su voz causó tormento.
Perdieron el aliento
Las fieras, que la América infestavan.
Huyó el mónstro de México quexoso,
Que á qualquier jóven suyo victorioso
Las dos colunas fuertes passo davan;
Y que no se borravan
Sus caminos con piélago espumoso:
Que la pobreza menosprecie el oro:
Que llamen por decoro
Cruel la vida, y el morir piadoso.

Tal esplendor de sus virtudes vieron
Al cierto fin los siglos inclinados;
Tal fué su Religion, tal su doctrina,
Que (siendo Dios autor) á un tiempo fueron
El mundo, el tiempo, el hombre renovados
De Ignacio á nueva claridad divina.
Andava peregrina
Luengo tiempo de Athénas desterrada
Minerva, sin hallar su proprio assiento:

Mas fué restituyda á su ornamento,
De docta Compañía acariciada.
La virtud, desechada
Del trato ciudadano, tal concierto
Recibió, que se ven hechas ciudades
Las anchas soledades,
Y la frequencia popular desierto.

¿Qué se escondió á tus hijos, de la tierra?
¿Qué mares, grande Ignacio, más remotos?
¿Qué bárbaras orillas no pisaron?
¿Dó con guerrera paz, ó blanda guerra,
Fuertes soldados ya, ya hechos pilotos,
El Lábaro de Christo no arbolaron?
Alegres escucharon
Su nombre Sancto la áurea Chersoneso:
Y Meliapor oyó nuevos Thomases.
Pidió la astuta China largas pazes.
Sintió Japon su fervoroso excesso.
Diéronle dulce beso
De paz la armada Persia, y Lusitania:
Y á la Cruz hizo reverencia propia
La tostada Ethiopia,
Quando la nieve ardia en Lituania.

Para tantas victorias, tanta hazaña,
Tantos trofeos, tanta maravilla,
¿Qué triunfo igualará, Ignacio Divino?
¿Ignacio Padre de la patria España?
¿Qué la gran Roma? ¿qué mayor Sevilla?

¿Qué humana voz? ¿qué plectro peregrino?
Allá en el cristalino
Excelso Capitolio, donde assiste
Laureada de IESVS la COMPAÑÍA,
Glorioso triunfo harán con alegría,
Que no suspira allí captivo triste.
Allí el Sol Christo viste
La púrpura de eterna primavera;
Carro serán triunfal los Cherubines,
Palma los Serafines,
Que essa es de el fuego, Ignacio, propia esfera.

Cancion, á Ignacio vuela; y si el aliento
Falta para decir lo que as sentido,
Dí que el Genio oprimido
Fué de la gravedad del argumento.

À las Ruinas de Itàlica.

D. R. C.

CANCION (1)

Éstas, Fabio, ¡ai dolor!, que ves aora
Ruinas, que esparzió rústico arado,
Fueron un tiempo Itálica famosa:
Itálica, colonia vencedora
De Scipion. Por tierra derribado
Iaze el temido onor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente.
De su invencible gente
Solas verás memorias funerales,
Donde erraron ia sombras de alto exemplo.
Caió el soberbio alcáçar: caió el templo
De que confuso busco las señales.
El gymnasio y las thermas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas.
Las torres, que desprecio al aire fueron,

(1) La copiamos con toda exactitud del MS. autógrafo, que debemos á la amistad de la Sra. D.ª Cármen Caro, como el opúsculo inserto á la pág. 347.

Á maior pesadumbre se rindieron.

Este despedaçado amphitheatro,
Impio onor de los Dioses, cuia afrenta
Renueva el amarillo jaramago,
Ia reduzido á trágico theatro,
¡O fábula del tiempo! representa
Quánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su rústica arena
Pueblo alegre no suena?
¿Dónde (pues fieras ai) está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció. Cambió la suerte
Vozes alegres en silencio mudo.
Mas aún el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos:
I miran tan confusos el presente,
Que vozes de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel raio de la guerra,
Gran padre de la patria, onor de España,
César Óptimo Máximo Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del Sol la cuna, y la que vaña
El mar de Atlante, y patrio Gaditano.
Aquí de Élio Adriano,
De Theodosio divino,
De Silio peregrino,
De oro i blanco marfil rodó la cuna.

Aquí el laurel i iedra coronaron
Á los que las naciones adoraron.
Á quien Roma rindió su alta fortuna.
Los que dieron al mundo iustas leyes,
I besaron su pié soberbios reyes.
Despareció su gloria: i no contento
El hado, áun no perdona el monumento.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas:
Mira mármoles i arcos derribados:
Mira estatuas soberbias, que violenta
Nemesis humilló, iazer tendidas
I ia en alto silencio sepultados
Sus dueños çelebrados.
Assí á Troia figuro:
Assí su antiguo muro.
I á tí, Roma, á quien queda el nombre apénas.
¡O patria, o domicilio de los reyes!
I á tí, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sábia Athénas:
Aier emulacion de las edades,
Oi cenizas, oi vastas soledades:
Que no os respetó el hado, nó la suerte,
¡Ai! ni por sábia á tí, ni á tí por fuerte.

Ia Iove de su augusta Providencia
Se a olvidado. Dejó el Genio su templo.
Dejaron los Penates sus altares.
Erynnis de iras llena, i de inclemencia,

De su furor renueva el triste exemplo,
I no harta, prosigue sus pesares
En los sagrados lares
Del augusto Trajano,
De el divino Adriano.
Mas eco ia con ronca voz doliente
Tal se quexa, que el caro nombre oido
De tanta ánima excelsa, en dolorido
Acento me responde tiernamente:
Sólo Silio cantar, llorar pudiera,
Su gloria, su desdicha postrimera:
Silio, hijo inmortal de esta ruina,
Que el imperio venció de Libitina.
Esta corta piedad, que agradecido
Guésped á tus sagrados Manes debo,
Les do i consagro: Itálica famosa:
Tú, si dón tan pequeño an admitido
Las ingratas cenizas, de que llevo
Memoria eternamente lastimosa,
Permite, por piadosa
Usura á tierno llanto,
Vea el cadáuer santo
De Geroncio, tu mártyr y prelado:
Dame de su sepulcro algunas señas,
Y cabaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcóphago sagrado:
Tabla votiva offresco á su memoria.
¡Triste! que indigno soi de tanta gloria.
Goza en las tuias sus reliquias bellas,
Onor del mundo, invidia á las estrellas.

À ALONSO DIAS (Sic.)

ESPARSA

(En los preliminares de la *Historia de Nuestra Señora de Aguas-Santas*, poema por Alonso Dias, natural y vecino de la ciudad de Sevilla. —En Sevilla; por Matías Clavijo; año 1611.)

Oluídese de Estinphalia
Lo que de vno al otro Polo
Cantaron hijos de Ápolo
En la Tempe de Tesalia.
Al fin tendrá fin Castalia,
Que no ay cosa permanente:
Mas esta sagrada fuente
Por tí, Alonso Dias, cantada,
Fué ante los siglos criada;
Y ansí, su eterno raudal
Hará tu nombre inmortal
Como sol no obscurecido
(Que por esso Dias te nombras)
Ni en las tierras de las sombras
Ni en las aguas del oluido.

ÍNDICE

Págs.

Composiciones latinas.. V
Al Lector. IX
Á D. Fadrique Enrriquez. XI
Al Lector. XV
Petri Cari.—Epigrama. XIX
Décima. XIX
Advertencia. XX

DIAS GENIALES Ó LÚDICROS

Diálogo I.

Introduccion. 3
Párrafo I. Del pentathlo ó quinquercio y del correr. . . 21
» II. Del circo y juegos circenses. 25
» III. Prosigue la materia del correr y de los toros y juegos de cañas, y su orígen. . . . 31
» IV. Del salto y la saltacion. 50

Diálogo II.

Párrafo I. 69
» II. 76

Págs.

Párr.º III. 81
» IV. Apuñearse, á que llamaban pugilato, y de cómo los muchachos ejercitaron el pentathlo. . 84
» V. Moderacion de la disciplina y juegos. . . 97

Diálogo III.

Párrafo I. 107
» II. Nuestro autor prosigue con los juegos de esta manera. 121
» III. Modo de jugar á la Taba.. 129
» IV. Dados y Tesseras. 138
» V. De las Damas y el Axedréz. 143

Diálogo IV.

Párrafo I. De la Morra, Micacion, Trompos y Peonzas. . 151
» II. De la Pelota. 162
» III. Otros juegos de Pelota. 175
» IV. Hogueras de la noche de San Juan. . . . 181
» V. De los Corros. 188
» VI. Instrumentos del Corro. 196

Diálogo V.

Párrafo I. 207
» II. Darse grita. 217
» III. Otras burlas señalando con las manos, y poner nombres. 223
» IV. Otros juegos que trae Julio Pólux. . . . 228
» V. Llevar el gato al agua, y otros juegos. . . 241
» VI.—Juegos de los Panes, Bolillo, de los Pretendientes de Penélope y otros muchos. . . . 256

Diálogo VI.

Párrafo I. Estimacion de los muchachos, mayas y sus ritos. 275
» II. Columpios y otras fiestas de mujeres.. . . 290
» III. Consejas: la Mala cosa: el Diablo Cojuelo. . 297
» IV. Dioses de los muchachos. Muñecas. . . . 310
» V. Juguetes de los muchachos. 318
» VI. Cantares de los muchachos. Nina, nina, y Lala, lala. 325

Pár.° VII. Disputan los interlocutores si conviene que se sepa y publique esta plática. 334

VARIOS TRATADOS

Antigüedad del apellido CARO. 347
Á la villa de Carmona.—Silva. 365
Respuesta á algunas cosas que escribió el P. Martin de Roa. . 375
El libro de las *Etimologías* es de San Isidoro, arzobispo de Sevilla.. 388
Lo mucho que comprendió la metrópolis de Sevilla antigua. . 406

POESÍAS

Silva á Sevilla antigua y moderna.. 419
Glosa á San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesus. . 425
Cancion al mismo Santo 427
Á las ruinas de Itálica.—Cancion. 433
Á Alonso Dias.—Esparsa. 437

Fué impreso por primera vez este libro titulado
DIAS GENIALES Ó LÚDICROS, del Licenciado Rodrigo Caro, en la ciudad
de Sevilla, en la Oficina tipográfica de EL MERCANTIL SEVILLANO.—Acabóse á veinte dias del mes de Febrero del año
1884.



SOCIEDAD

DE

BIBLIÓFILOS ANDALUCES

(Las impresiones de esta Sociedad fueron premiadas con medalla y diploma en la Exposicion Universal de Filadelfia.)

Sermo. Sr. Duque de Montpensier.
Serma. Sra. Condesa de París.

1 Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos.
2 Sr. D. José M.ª Asensio.
3 » Francisco de B. Palomo.
4 » Mariano Pardo de Figueroa.
5 La Biblioteca Colombina.
6 Excmo. Sr. D. Joaquin de Palacios y Rodriguez.
7 Sr. D. Antonio G. Delgado Otero.
8 Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.
9 William Stirling Maxwell.—Bart.
10 Fréderic William Consens.—Esq.
11 Robert S. Turner.—Esq.
12 Mr. Adolfo Federico Schack.
13 Excmo. Sr. D. José Lamarque de Novoa.
14 Sr. D. José de Hoyos.
15 » Gonzalo Segovia y Ardizone.
16 » José Buiza y Mensaque.
17 » Modesto de Castro.
18 » Manuel Urzay.

19 Sr. D. Manuel Andérica.
20 » Mariano Zabálburu.
21 » Antonio Charlain.
22 » Francisco García Portillo, Pro.
23 Excmo. Ayuntamiento Constitucional de Sevilla.
24 » Sr. D. Manuel Laraña.
25 Sr. D. Leocadio Lopez.
26 El mismo.
27 El mismo.
28 Sr. D. Joaquin Guichot.
29 » Narciso J. Suarez.
30 » Luis Vidart.
31 » Francisco Collantes.
32 Excma. Diputacion Provincial de Sevilla.
33 Sr. D. Luis Montoto.
34 » Francisco Mateos Gago, Pro.
35 Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.
36 Biblioteca Provincial de Sevilla.
37 Excmo. Sr. D. Alejandro Groizard.
38 Sr. D. Francisco A. Barbieri.
39 » José Escudero de la Peña.
40 » José A. de Balenchana.
41 » Federico Rubio.
42 Excmo. Sr. D. Antonio M. Fabié.
43 Sr. D. Rafael Laffite y Castro.
44 » Antonio Sendras y Gambino.
45 » Francisco Gonzalez Álvarez.
46 Venerable Archdeacon Churton.
47 Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
48 » » Marqués de Valmar.
49 Real Academia Sevillana de Buenas Letras.
50 Excmo. Sr. Marqués de Casa-Loring.
51 Sr. D. Manuel Gomez Imaz.
52 » Salvador Gonzalez Montero.
53 Excmo. Sr. Duque de Veragua.

54 Sr. D. Francisco Caballero Infante.
55 » José Vives Ciscar.
56 » Cayetano Fernandez, Pro.
57 » Antonio Picardo.
58 » Ricardo Heredia.
59 » Manuel Noriega.
60 » José de Palacio Vitery.
61 » Juan N. de Acha.
62 El Casino Sevillano.
63 Escuela de Medicina de Sevilla.
64 Sr. D. Juan Rodriguez.
65 » Pedro Borrajo de la Bandera.
66 Sra. D.ª Mercedes de Hoyos y Hurtado.
67 Sr. D. Rafael Tarascó.
68 El mismo.
69 Sr. D. Vicente Barrantes.
70 Excmo. Sr. D. Gaspar Nuñez de Arce.
71 Sr. D. Gregorio de la Maza.
72 » Jacobo Lopez Cepero.
73 Sres. Duland y C.ª
74 » Hijos de Fé.
75 Los mismos.
76 Excmo. Sr. D. Alejandro Llorente.
77 Biblioteca de la Real Academia de la Lengua.
78 Excmo. Sr. D. Andrés Parladé.
79 » » Conde de Casa-Galindo.
80 Mr. Henry Harrisse.—Esq.
81 Jhon Forster.—Esq.
82 Sres. Gerolt y C.ª
83 » A. Asher, and C.º
84 Sr. D. Fernando Fé.
85 El mismo.
86 Sr. D. Francisco Miranda é Iturbe.
87 Excmo. Sr. Marqués de San Roman.
88 Sr. D. José Ivizon.

89 Sr. D. Ramon Sicar.
90 » José Llordachs.
91 » Juan Llordachs.
92 Sres. Viuda é Hijos de Cuesta.
93 Los mismos.
94 Sr. D. Federico de Amores.
95 La Escuela Normal de Sevilla.
96 Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia.
97 » » D. Juan Valera.
98 Sr. D. Ramon Mata.
99 » Enrique Baron y Zea Bermudez.
100 El Círculo de Labradores de Sevilla.
101 Ilmo. Sr. D. Servando Arbolí, Pro.
102 Sr. D. Luis Gonzalez de Búrgos.
103 Ilmo. Sr. D. Francisco Bermudez Cañas, Pro.
104 Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.
105 » » Marqués de la Torrecilla.
106 Sr. D. Antonio Mariño.
107 » Fernando Holm.
108 Mr. Gustave Adolphe.
109 Sres. Reinwald y C.ª
110 Sr. D. M. Alordá.
111 Excmo. Sr. D. José Nuñez de Prado.
112 Sr. D. Antonio Benitez de Lugo.
113 Ateneo Científico y Literario de Madrid.
114 Sr. D. Alonso Mesía de la Cerda.
115 Excmo. Sr. D. Enrique Leguina.
116 El Instituto Provincial de Huelva.
117 Sr. D. José García y Guerra.
118 Círculo de la Amistad de Córdoba.
119 Ayuntamiento de Montilla.
120 Sr. D. José M.ª Sbarbi, Pro.
121 » Francisco de B. Pavon.
122 La Biblioteca de Strasburgo.
123 Sr. D. José Enrique Serrano.

124 El mismo.
125 Sr. D. Mariano Murillo.
126 Casino Industrial de Córdoba.
127 Ayuntamiento de Montoro.
128 Excmo. Sr. Conde de Torres-Cabrera.
129 Sr. D. José Gascon y Moroder.
130 Ayuntamiento de Lucena.
131 Biblioteca del Instituto Provincial de Sevilla.
132 Excmo. Sr. D. Manuel de Peralta.
133 Sr. Vizconde de Bétera.
134 El mismo.
135 Excmo. Sr. Conde de Toreno.
136 » » Marqués de Viluma.
137 Sr. D. Marcelino Menendez y Pelayo.
138 Ayuntamiento de Córdoba.
139 Biblioteca de la Universidad de Bonn.
140 Biblioteca del Ministerio de Marina.
141 Sr. D. Luis Carmena.
142 Real Biblioteca de Munich.
143 Sr. D. Cárlos Fernandez Pasalagua.
144 » Alejandro Andrés Cossío.

SOCIEDAD

DE BIBLIÓFILOS ANDALUCES

para la publicacion de obras inéditas y repeticion de ediciones agotadas, especialmente de los ingenios de las provincias andaluzas.

OBRAS PUBLICADAS

PRIMERA SERIE

I. *Historia de los Reyes Católicos*, por Andrés Bernaldez, cura de los Palacios, con Prólogo del Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel Ruiz de Apodaca.—Dos tomos, 50 rs.

II. *Observaciones del Ldo. Prete Jacopin* á las *Anotaciones* de Fernando de Herrera á las obras de Garcilaso, con una introduccion del Sr. D. José María Asensio.—Un tomo, 16. (Agotada.)

III. *Don Fernando Colon, historiador de su padre*, por el autor de la Biblioteca Americana Vetustíssima.—Un tomo, 20. (Agotada.)

IV. *Pedro de Alcocer*. Relacion de las Comunidades de Castilla, ilustrada por el Sr. D. Antonio Martin Gamero.—Un tomo, 16. (Agotada.)

V. *Adiciones á las Poesías de Rioja, en su edicion de Madrid*, 1867, por el Sr. D. Cayetano A. de la Barrera y Leirado.—Un tomo, 8. (Agotada.)

VI. *Ariño*. Sucesos de Sevilla de 1592 á 1604, con Introduccion, notas y adiciones del Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.—Un tomo, 40. (Agotada.)

VII. *Cancionero* de Sebastian de Horozco, ilustrado por el Sr. D. Antonio Martin Gamero.—Un tomo, 34. (Agotada.)

VIII. *Descripcion de la Galera Real del Sermo. Sr. D. Juan de Austria*, por el maestro Juan de Malara.—Un tomo, 46.

IX. *Don Clarisel de las Flores*, por D. Jerónimo de Urrea, con Prólogo del Sr. D. José María Asensio.—Un tomo, 30. (Agotada.)

X. *Discurso de la Comunidad de Sevilla, año* 1520, con Prólogo del Sr. D. Antonio Benitez de Lugo.—Un tomo, 20.

XI. *Los restos de Cristóbal Colon*. Disquisicion, por el autor de la Biblioteca Americana Vetustíssima.—Un tomo, 4. (Agotada.)

XII. *Tratado de la Sublimidad*, de Dionisio Casio Longino, traducido directamente del griego por D. Miguel José Moreno.—Un tomo, 36.

XIII. *El Culto Sevillano*, por el Ldo. Juan de Robles.—Un tomo, 32. (Agotada.)

XIV. *Memorial de Utrera*, por el Ldo. Rodrigo Caro, con Prólogo del Sr. D. Marcelino Menendez y Pelayo.—Un tomo, 44.

XV. *Dias geniales ó lúdicros*, por el Ldo. Rodrigo Caro.—Un tomo, 42.

SEGUNDA SERIE

I. *Sebastian de Horozco*.—Obras dramáticas inéditas.—Un tomo, 5. (Agotada.)

II. *Luis de Miranda*.—Comedia pródiga, ilustrada por el Sr. D. José María de Álava.—Un tomo, 6. (Agotada.)

III. *¿Miguel de Cervantes?*—Comedia de la Soberana Vírgen de Guadalupe —Un tomo, 2. (Agotada.)

IV. *Francisco Gerónimo Collado*.—Descripcion del túmulo y relacion de las exequias que hizo la ciudad de Sevilla en la muerte de Felipe II, con Prólogo del Sr. D. Francisco de B. Palomo.—Un tomo, 15.

V. *Obras de D. Félix Reinoso*, con una noticia biográfica por el señor D. Antonio Martin Villa.—Dos tomos, 40. (Agotada.)

VI. *Juan de Salinas*.—Poesías.—Dos tomos, 32. (Agotada.)

VII. *Sermones del Loco Amaro*.—Un tomo, 4.

VIII. *Poesías de B. del Alcázar*.—Un tomo, 14.

EN PRENSA

Sevillana medicina, escrita por Maestre Juan de Aviñon, físico del rey D. Pedro I.—Publicada por Nicolás Monardes en 1545.

Itálica, por el P. Fernando Ceballos.

Don Clarisel de las Flores.—Tomo II.



